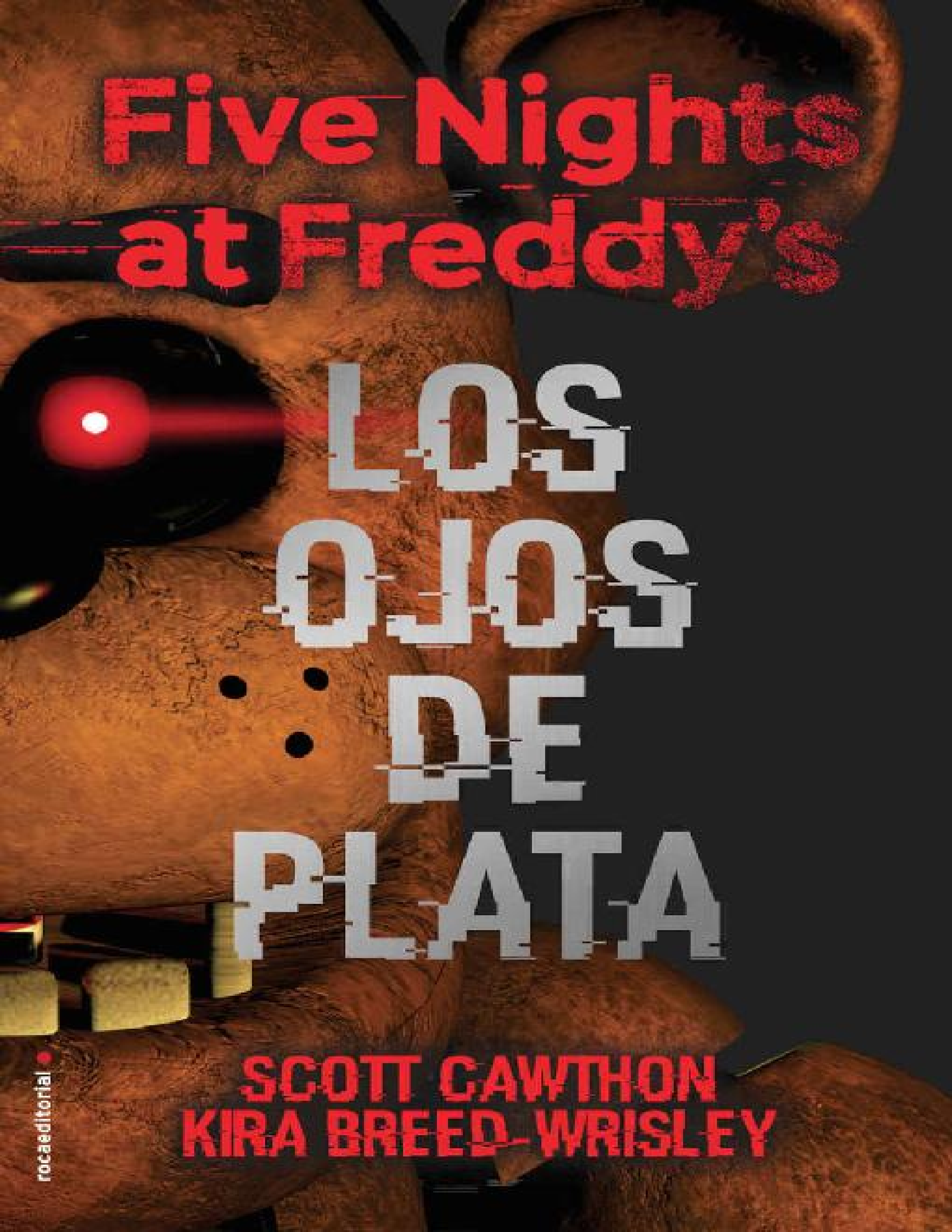
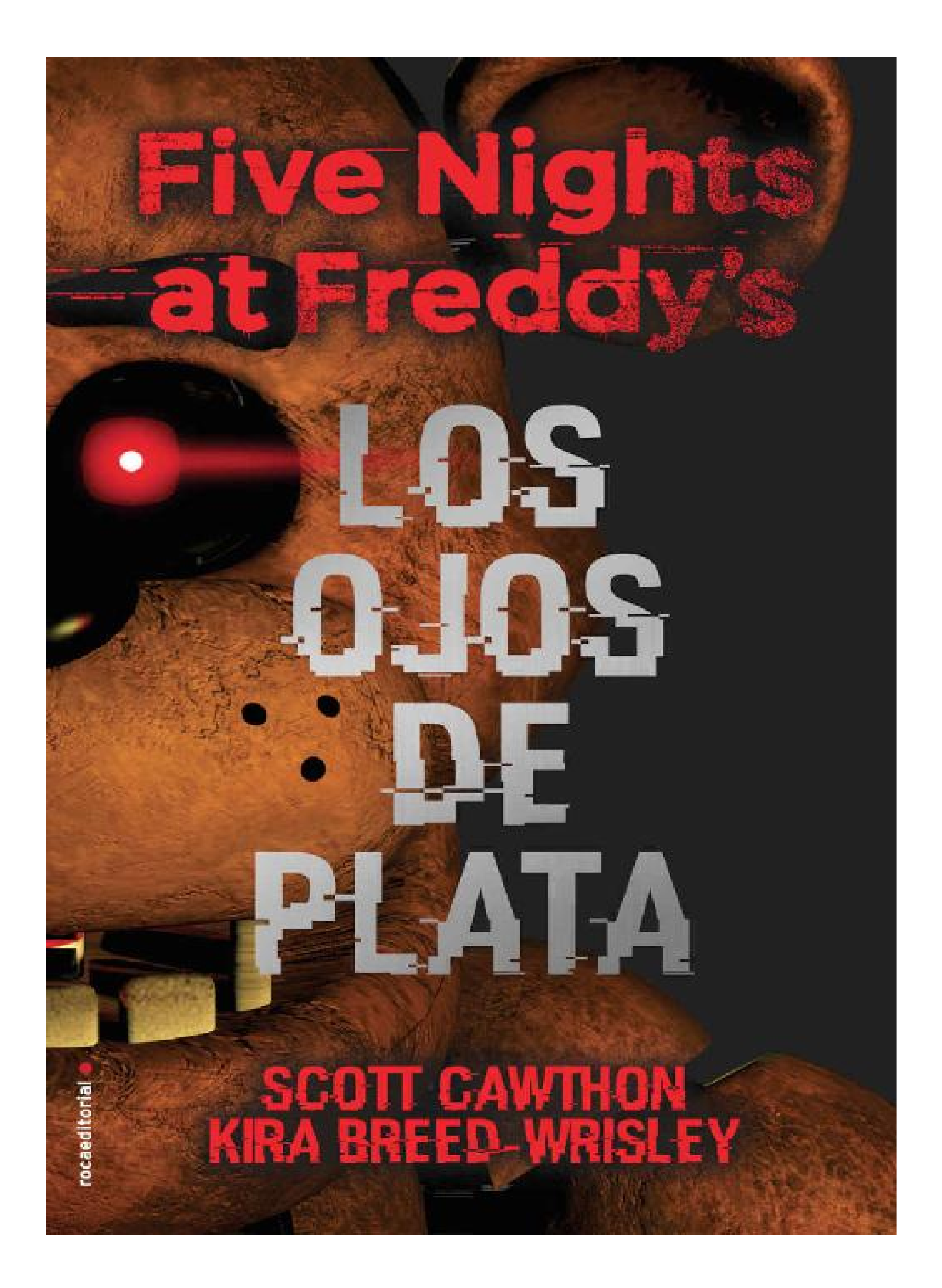

Five Nights at Freddy's
LOS OJOS DE PLATA
SCOTT CAWTHON
KIRA BREED-WRISLEY
rocaeditorial

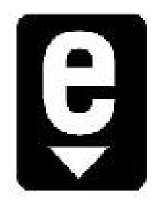

Five Nights
at Freddy's
LOS
OJOS
DE
PLATA
SCOTT CAWTHON
KIRA BREED-WRISLEY
rocaeditorial

Five Nights at Freddy's

LOS OJOS DE PLATA

SCOTT CAWTHON
KIRA BREED-WRISLEY

Traducción de Paula Aguiriano Aizpurua



Rocaeditorial

FIVE NIGHTS AT FREDDY'S. LOS OJOS DE PLATA

Scott Cawthon y Kira Breed-Wrisley

Diez años después de los terroríficos asesinatos en la Freddy Fazbear's Pizza, Charlie, la hija del antiguo propietario de la pizzería, y sus amigos de la infancia se reúnen para recordar el aniversario de la tragedia a las puertas del local que ha estado cerrado y abandonado durante todos estos años.

Cuando encuentran la manera de entrar a la antigua pizzería, descubren que las cosas no son como eran en el pasado. Las cuatro mascotas animatrónicas han crecido y sus patrones han cambiado. Ahora tienen un oscuro secreto y una mente macabra en la que el terror y la muerte son sus prioridades.

ACERCA DE LOS AUTORES

Scott Cawthon es el creador del videojuego superventas *Five Nights at Freddy's*. Además de su fascinación por el diseño de videojuegos, es un gran contador de historias. Graduado en The Art Institute of Houston, vive en Texas con su esposa y sus cuatro hijos.

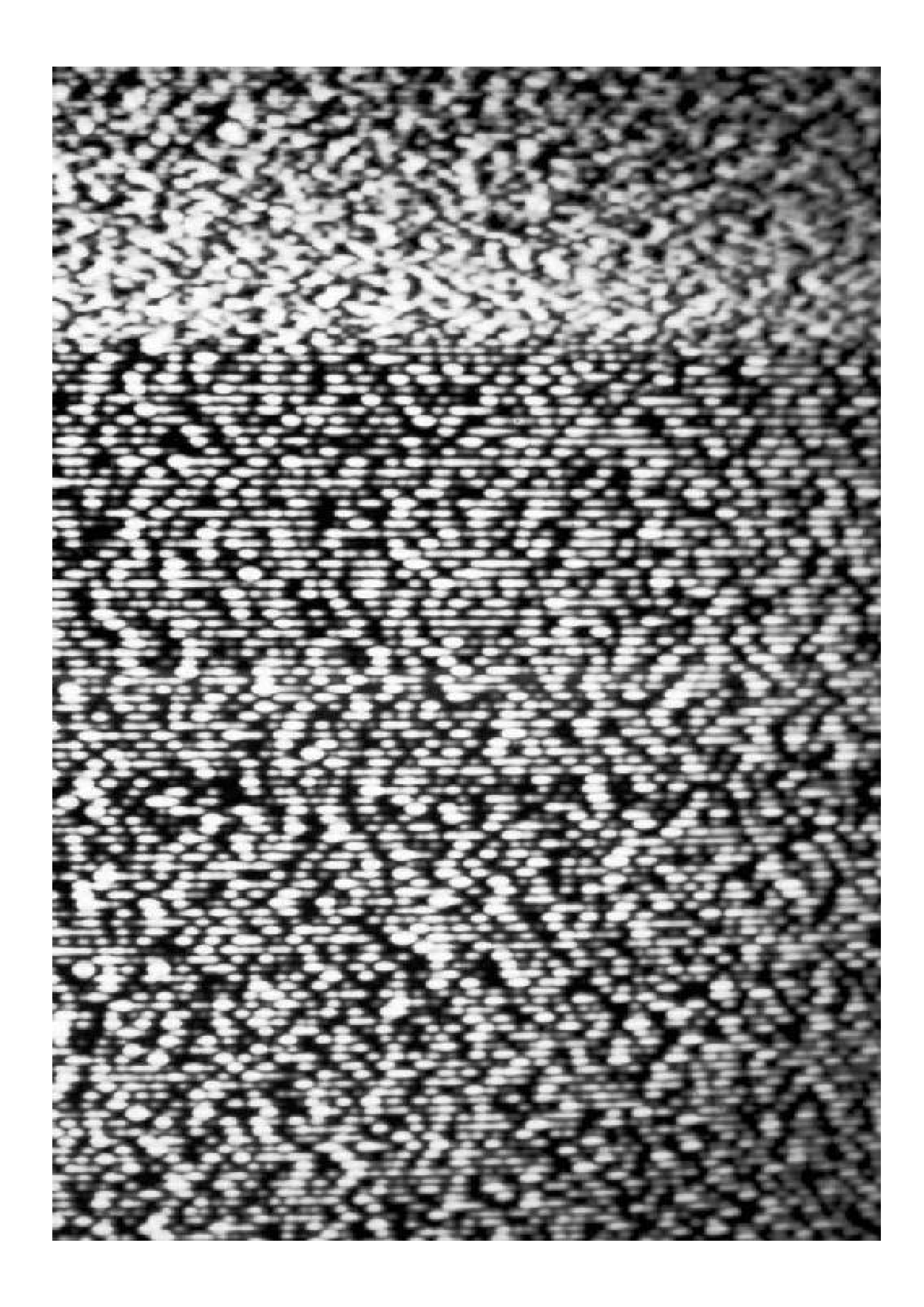
Kira Breed-Wrisley escribe historias desde su infancia y no tiene intención de dejar de hacerlo. Es autora de obras de teatro juvenil en Nueva York; además ha escrito varios libros para la agencia Kevin Anderson. Actualmente vive en Brooklyn, Nueva York.

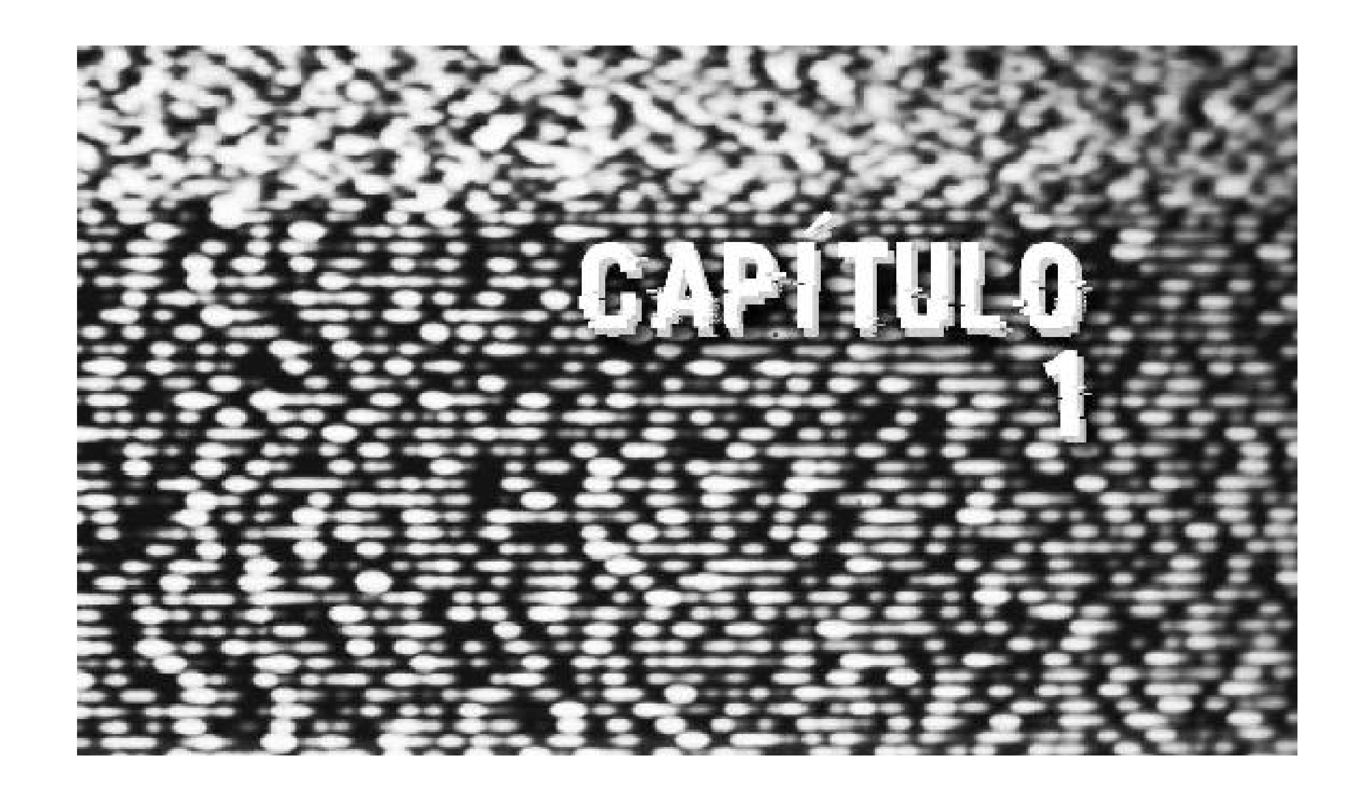
ACERCA DE LA OBRA

BEST SELLER DE *THE NEW YORK TIMES*.

LA NOVELA OFICIAL DEL VIDEOJUEGO DE TERROR QUE ARRASA EN EL MUNDO ENTERO.

Índice





«Me está viendo.»

Charlie se agachó a cuatro patas. Estaba detrás de una hilera de juegos recreativos, encajonada en el hueco entre las consolas y la pared, sobre el amasijo de cables y enchufes inservibles que tenía bajo los pies. Se sentía acorralada; la única salida era pasar junto a esa cosa, y no era lo bastante rápida para lograrlo. La veía acechar de un lado a otro buscando algo que se moviera entre las máquinas. Apenas tenía sitio para desplazarse, pero trató de gatear hacia detrás. Un pie se le enganchó en un cable, así que se detuvo y se retorció para soltarse.

Oyó el ruido de metal contra metal, y la máquina más lejana cayó hacia la pared. La cosa la golpeó de nuevo y rompió la pantalla, para después atacar la siguiente; chocaba contra ellas casi rítmicamente y se abría paso hacia Charlie, cada vez más cerca.

«¡Tengo que salir de aquí!» Aquel pensamiento desesperado no ayudaba; no tenía escapatoria. Le dolía el brazo y tenía ganas de llorar. La sangre empapaba el vendaje hecho jirones y tenía la sensación de que estaba vaciándose.

La máquina que tenía a apenas un par de metros chocó contra la pared y Charlie se estremeció. Se estaba acercando, oía más fuerte que nunca los engranajes y los clics del mecanismo. Con los ojos cerrados seguía viendo cómo la miraba, su pelo apelmazado y el metal expuesto bajo la piel artificial.

De pronto, la cosa tiró de la máquina que tenía delante, que se desplomó como si fuera un juguete. Los cables que tenía bajo las manos y las rodillas desaparecieron de un tirón. Charlie casi se cayó de bruces. Recuperó el equilibrio y miró hacia arriba justo a tiempo para ver un gancho que se cernía sobre ella…

BIENVENIDOS A HURRICANE, UTAH

Charlie dedicó una sonrisa irónica al cartel y siguió conduciendo. El mundo parecía el mismo a un lado y a otro del letrero, pero sintió un nerviosismo de anticipación al pasar junto a él. No reconocía nada, aunque tampoco lo esperaba, sobre todo estando en las afueras, donde todo eran autopistas y espacios vacíos.

Se preguntó qué aspecto tendrían los demás, cómo serían ahora. Hacía diez años eran sus mejores amigos, pero entonces pasó aquello y todo acabó, al menos para Charlie. No había visto a ninguno de ellos desde que tenía siete años. De niños habían intercambiado cartas sin cesar, especialmente con Marla, que escribía tal como hablaba: de forma rápida e inconexa. Pero a medida que crecieron se habían ido distanciando, las cartas habían ido espaciándose en el tiempo y las conversaciones que habían precedido a aquel viaje habían sido superficiales y llenas de pausas incómodas. Charlie repetía sus nombres como para asegurarse de que aún los recordaba: «Marla. Jessica. Lamar. Carlton. John. Y Michael…». En realidad, Michael era el motivo del viaje. Habían pasado diez años desde su muerte, diez años desde que sucedió aquello, y ahora sus padres querían reunirlos a todos para la ceremonia de aniversario. Querían que todos sus viejos amigos estuvieran presentes cuando anunciaran la beca que habían creado en su nombre. Charlie sabía que era lo correcto, pero aun así le parecía algo macabro. Sintió un escalofrío y bajó el aire acondicionado, a pesar de que sabía que no era por el frío.

A medida que se acercaba al centro de la ciudad, comenzó a reconocer

cosas: varias tiendas y el cine, que ahora anunciaba el taquillazo del verano. Se sorprendió momentáneamente, y después se sonrió. «¿Qué esperabas, que todo siguiera como antes? ¿Un monumento a tu marcha, congelado para siempre en julio de 1985?» Lo cierto es que eso era exactamente lo que esperaba. Miró el reloj, aún faltaban varias horas para la cita. Pensó en ir a ver la película, pero sabía lo que quería hacer en realidad. Giró hacia la izquierda en dirección a la salida de la ciudad.

Diez minutos después paró y salió del coche.

La casa se alzaba amenazadora sobre ella con su silueta oscura hendida en el radiante cielo azul. Respiró profundamente para serenarse. Sabía que estaría allí. Un vistazo furtivo a los extractos bancarios de su tía algunos años atrás le había revelado que la hipoteca estaba pagada y que la tía Jen seguía pagando los impuestos. Solo habían pasado diez años, no había ninguna razón para que eso hubiera cambiado. Charlie subió los peldaños despacio, contemplando la pintura desconchada. El tercer escalón tenía una tabla suelta y los rosales se habían adueñado de una parte del porche, donde las espinas daban furiosas dentelladas a la madera. La puerta estaba cerrada con llave, pero Charlie conservaba la suya. Lo cierto es que nunca la había usado. Mientras se la quitaba del cuello y la deslizaba en la cerradura, recordó a su padre colgándole la cadena. «Por si la necesitas.» Bueno, había llegado el momento.

La puerta se abrió con facilidad. Charlie echó un vistazo a su alrededor. No recordaba mucho de la primera época allí. Al fin y al cabo solo tenía tres años, y todos los recuerdos se habían desdibujado en una única sensación infantil de luto y pérdida, de no entender por qué su madre tenía que marcharse, de aferrarse a su padre en todo momento, de no confiar en el mundo que la rodeaba a no ser que él estuviera allí, a no ser que lo abrazara con fuerza, hundiéndose en sus camisas de franela y en su olor a aceite, a metal caliente y a él mismo.

La escalera se extendía en línea recta delante de ella, pero no se dirigió hacia allí, sino que entró en el salón, donde todos los muebles seguían en su sitio. De pequeña no se había dado cuenta, pero la casa era demasiado grande para el mobiliario que contenía. Los objetos estaban muy desperdigados para llenar el espacio: la mesita de centro estaba a una distancia inaccesible, y la butaca se encontraba demasiado lejos para mantener una conversación. Había una mancha oscura en la tarima de

madera más o menos en medio de la sala. Charlie la rodeó rápidamente y entró en la cocina, en la que solo había unas pocas cacerolas, un par de sartenes y algunos platos. De niña nunca había sentido que le faltara de nada, pero ahora tenía la impresión de que la inmensidad innecesaria de la casa era una especie de disculpa, el intento de un hombre que lo había perdido casi todo de darle a su hija lo que podía. Siempre acababa exagerando en todo lo que hacía.

La última vez que ella había estado en aquella casa, el ambiente era oscuro y todo daba la sensación de ir mal. La subieron en brazos a su habitación, a pesar de que ya tenía siete años y habría llegado antes caminando sola. Pero la tía Jen se detuvo en el porche, la levantó y la llevó protegiéndole la cara como si fuera un bebé expuesto al sol.

Una vez en su cuarto, su tía la dejó en el suelo y cerró la puerta. Le dijo que hiciera la maleta, y la niña se echó a llorar porque era imposible que todas sus cosas cupieran en aquella bolsa tan pequeña.

—Volveremos a por el resto más adelante —dijo la tía Jen, que dejó ver su impaciencia mientras Charlie vacilaba ante su cómoda intentando decidir qué camisetas llevarse.

Nunca regresarían a por el resto.

Subió las escaleras en dirección a su antigua habitación. La puerta estaba entreabierta, y al abrirla tuvo la vertiginosa sensación de que su antiguo yo podría estar sentado allí entre sus juguetes, que levantaría la mirada y le preguntaría: «¿Y tú quién eres?». Entró.

Al igual que el resto de la casa, su cuarto estaba intacto. Las paredes eran rosa pálido, y el techo, que descendía bruscamente en uno de los lados siguiendo la línea del tejado, estaba pintado a juego. Su vieja cama aún estaba pegada a la pared bajo una gran ventana; el colchón seguía allí, pero las sábanas no. La ventana estaba entornada y las gastadas cortinas de encaje ondeaban a la suave brisa que entraba del exterior. Había una mancha oscura de humedad en la pintura bajo la ventana, allí donde las inclemencias del tiempo se habían abierto paso revelando el abandono de la casa. Charlie se subió a la cama y forzó la ventana para cerrarla. Esta obedeció con un chirrido, y la muchacha dio un paso atrás para contemplar el resto de la habitación, las creaciones de su padre.

La primera noche que pasaron en la casa, Charlie tuvo miedo de dormir sola. Ella no lo recordaba, pero su padre se lo había contado tantas veces

que la historia había adquirido la calidad de un recuerdo. Se incorporó y lloriqueó hasta que su padre fue a buscarla, la cogió en brazos y le prometió que se aseguraría de que nunca volviera a estar sola. A la mañana siguiente la llevó de la mano al garaje, donde se puso a trabajar para mantener la promesa.

La primera de sus creaciones fue un conejo morado, ahora gris por los años que había pasado sentado al sol. Tenía el tamaño de un niño de tres años (la edad que tenía ella entonces), era de felpa, le brillaban los ojos y llevaba una elegante pajarita roja. No hacía gran cosa, se limitaba a saludar con una mano, inclinar la cabeza y decir con la voz de su padre: «Te quiero, Charlie». Pero era suficiente para convertirse en un vigilante nocturno que le hiciera compañía cuando no podía dormir. Ahora Theodore estaba sentado en una silla blanca de mimbre en el rincón más alejado de la habitación. Charlie le saludó, pero él no devolvió el gesto, pues no estaba encendido.

Después de Theodore, los juguetes ganaron en complejidad. Algunos funcionaban y otros no; algunos parecían tener fallos permanentes, mientras que otros sencillamente no resultaban atractivos para la imaginación infantil de la niña. Sabía que su padre se llevaba estos últimos de vuelta al taller y reutilizaba sus piezas, aunque no le gustaba ver cómo los desmontaba. Sin embargo, aquellos que se quedaron, a los que ella adoraba, seguían allí mirándola expectantes. Charlie, con una sonrisa, pulsó el botón que había junto a la cama. Cuando consiguió que cediera, no sucedió nada. Volvió a pulsarlo, manteniéndolo apretado más tiempo, y esta vez el unicornio se puso en movimiento al otro lado de la habitación con el chirrido cansado del metal contra metal.

El unicornio (Charlie lo había bautizado Stanley por algún motivo que ahora no recordaba) era metálico y estaba pintado de un blanco brillante. Rodaba por el cuarto sobre una vía circular, cabeceando rígidamente arriba y abajo. Los raíles rechinaron cuando Stanley dobló la esquina y se detuvo junto a la cama. Charlie se arrodilló a su lado y le palmeó el costado. La pintura brillante estaba desconchada y el rostro había sucumbido al óxido. Sus ojos vivaces miraban más allá de la decadencia.

—Necesitas otra capa de pintura, Stanley —dijo Charlie.

El unicornio, impasible, mantuvo fija la mirada.

A los pies de la cama había un volante hecho con pedazos de metal que

siempre le había recordado el interior de un submarino. Lo giró. Se quedó atascado un momento y después cedió y dio vueltas como solía hacer; al otro lado del cuarto, la puerta más pequeña del armario se abrió de golpe. De allí salió sobre su raíl Elie, una muñeca del tamaño de un niño con una taza de té y un platillo en sus diminutas manos, como una ofrenda. Su vestido de cuadros seguía bien planchado y los zapatos de charol aún brillaban; quizás el armario la había protegido de la humedad. Cuando las dos medían lo mismo, Charlie tenía un vestido igual.

—Hola, Elie —dijo suavemente.

Con el giro del volante, la muñeca regresó al armario y la puerta se cerró tras ella. Charlie la siguió. Los tres armarios se habían construido para seguir la inclinación del techo, y Elie vivía en el más bajo de todos, que medía más o menos un metro. El siguiente era unos treinta centímetros mayor, y el tercero, el más próximo a la puerta, tenía la misma altura que el resto del cuarto. Sonrió al acordarse.

—¿Por qué tienes tres armarios? —preguntó John la primera vez que estuvo allí.

La niña lo miró perpleja, confundida por la pregunta.

—Porque son los que hay —dijo por fin. Señaló el más pequeño a modo defensivo—. De todas formas, ese es de Elie —añadió.

John asintió satisfecho.

Charlie sacudió la cabeza y abrió la puerta del armario central, o al menos lo intentó. El pomo no giraba, estaba bloqueado. Lo forzó un par de veces, pero se rindió sin demasiado convencimiento. Se quedó agachada y levantó la mirada hacia el armario más alto, el «armario de niña mayor» que algún día utilizaría. «No lo necesitarás hasta que seas más grande», solía decir su padre, pero ese momento nunca llegó. La puerta estaba entreabierta, pero Charlie no la movió. No se había abierto para ella, sino que simplemente había cedido al paso del tiempo.

Cuando se disponía a levantarse, vio algo brillante medio escondido debajo de la puerta cerrada del medio y se inclinó para recogerlo. Sonrió levemente al ver que parecía un pedazo roto de una placa base. En su día había tuercas, tornillos, chatarra y piezas por todas partes, ya que su padre siempre llevaba cosas sueltas en los bolsillos. Traía consigo algo en lo que estuviera trabajando, lo dejaba en algún lugar y olvidaba que estaba allí, o, peor aún, lo guardaba «para no perderlo» y nunca volvía a aparecer.

Aquella pieza también tenía enroscado un pelo de Charlie; lo soltó cuidadosamente del diminuto saliente metálico al que se había enganchado.

Por último, como si lo hubiera dejado para el final, cruzó la habitación y recogió a Theodore del suelo. La espalda del muñeco no se había descolorido al sol como la parte delantera, y conservaba el morado oscuro e intenso que ella recordaba. Apretó el botón que había en la base del cuello, pero el conejo permaneció inerte. Tenía el pelo hecho jirones, una de las orejas le colgaba de un único hilo, y a través del agujero se veía el plástico verde de la placa base. Charlie contuvo el aliento, atenta y asustada por lo que pudiera oír.

—Yo… bi… o —dijo el conejo en tono vacilante y apenas audible, y Charlie lo dejó en el suelo acalorada y con el corazón encogido. No esperaba volver a oír la voz de su padre.

Yo también te quiero.

Charlie miró a su alrededor. De niña, ese era su mundo mágico, y era muy celosa de su espacio propio, solo unos pocos amigos tenían permiso para entrar. Se acercó a la cama y volvió a poner a Stanley en movimiento por su raíl. Se marchó y cerró la puerta antes de que el pequeño unicornio se parara.

Salió por la puerta trasera y se detuvo delante del garaje en el que su padre había instalado el taller. A un par de metros había un trozo de metal medio enterrado en la gravilla. Charlie se acercó a recogerlo. Estaba articulado por la mitad, y sonrió mientras lo doblaba de un lado a otro. «Un codo articulado —pensó—. ¿Para quién sería?»

Había estado en ese mismo lugar muchísimas veces. Cerró los ojos y los recuerdos la invadieron. Volvía a ser una niña pequeña sentada en el suelo del taller de su padre jugando con restos de madera y metal como si fueran bloques de construcción, e intentando levantar una torre con aquellas piezas desiguales. Hacía calor y sudaba, tenía las piernas sucias y pegajosas, vestidas con un pantalón corto y zapatillas. Casi podía oler el penetrante aroma metálico del hierro soldado. Su padre estaba cerca, trabajando en el unicornio Stanley; nunca lo perdía de vista.

El rostro de Stanley no estaba acabado: uno de sus lados era blanco, brillante y agradable, y el reluciente ojo castaño casi parecía estar vivo. La otra mitad de su rostro no eran más que placas base y piezas metálicas expuestas. El padre de Charlie la miró y le sonrió, y ella le devolvió la

sonrisa con amor. Detrás de él, en un rincón oscuro apenas visible, había un batiburrillo de extremidades metálicas, un esqueleto retorcido de ardientes ojos plateados. Cada cierto tiempo se estremecía de forma extraña. Charlie intentaba no fijarse, pero, mientras su padre trabajaba y ella jugaba con sus juguetes improvisados, aquel revoltijo metálico atraía su mirada una y otra vez. Las extremidades contorsionadas casi parecían estar burlándose, como un bufón espantoso; sin embargo, algo en él transmitía un inmenso dolor.

—¿Papá? —dijo Charlie, pero su padre no levantó la mirada—. ¿Papá? —repitió con mayor insistencia, y esta vez él se volvió lentamente hacia ella, aunque no parecía estar del todo presente.

—¿Qué quieres, cariño?

Ella señaló el esqueleto metálico. «¿Le duele?», quiso preguntar, pero cuando miró a los ojos a su padre, se dio cuenta de que no podía. Negó con la cabeza.

—Nada.

Él le dedicó una sonrisa ausente y retomó el trabajo. Detrás de él, la criatura volvió a estremecerse de forma horrorosa. Los ojos aún le ardían.

Charlie sintió un escalofrío y regresó al presente. Echó un vistazo hacia atrás, se sentía expuesta. Bajó la mirada y se fijó en tres marcas muy separadas en el suelo. Se agachó pensativa y recorrió una de ellas con el dedo. La gravilla se había desplazado y las hendiduras eran profundas. «¿Alguna clase de trípode?» Era lo primero que veía que no le resultaba familiar. La puerta del taller estaba ligeramente entreabierta e invitaba a entrar, pero no le apetecía en absoluto. Regresó rápido al coche, pero en cuanto se acomodó en el asiento del conductor se dio cuenta de que sus llaves habían desaparecido; seguramente se le habían caído del bolsillo en algún lugar de la casa.

Volvió sobre sus pasos y echó un vistazo al salón y a la cocina antes de encaminarse hacia su cuarto. Las llaves estaban en la silla de mimbre, junto al conejo Theodore. Las recogió y jugó con ellas un instante, como si no estuviera del todo lista para salir de la habitación. Se sentó sobre la colcha. El unicornio Stanley se había parado junto a la cama, como siempre. Charlie, ausente, le acarició la cabeza. Entre tanto había oscurecido y el cuarto estaba en penumbra. Por algún motivo, ahora que ya no estaban iluminados por la luz del sol, las imperfecciones y el deterioro de los juguetes resultaban muy evidentes. Los ojos de Theodore ya no brillaban, y

su pelo gastado y la oreja suelta le hacían parecer enfermo. Los ojos de Stanley, rodeados por el óxido, parecían cuencas vacías, y sus dientes desnudos, que siempre había imaginado como una sonrisa, se habían convertido en la espantosa dentadura de una calavera. Charlie se levantó con cuidado de no tocarlo y se apresuró hacia la puerta, pero el pie se le enganchó en el volante que había junto a la cama. Tropezó con los raíles y se cayó de bruces. Oyó el zumbido del metal girando. Y, cuando levantó la cabeza, tenía delante un par de pequeños pies calzados en brillante charol.

Tenía encima a Elie, que la observaba desde arriba en silencio; sus ojos vidriosos casi parecían estar viéndola. Sostenía la taza y el platillo ante ella con una rigidez casi militar. Charlie se puso de pie con cuidado de no molestar a la muñeca. Salió del cuarto cautelosamente para no activar otros juguetes. Cuando ya estaba fuera, Elie regresó al armario casi al mismo ritmo.

Corrió escaleras abajo, con prisa por marcharse de allí. Una vez en el coche, no consiguió meter la llave hasta el tercer intento. Echó marcha atrás demasiado deprisa pasando por encima de la hierba del jardín y se largó a toda velocidad. Después de más de un kilómetro, paró en el arcén y apagó el motor mientras miraba a través del parabrisas sin fijar la vista en nada en concreto. Se obligó a ralentizar la respiración y ajustó el espejo retrovisor para verse a sí misma.

Siempre esperaba encontrar dolor, ira y tristeza en su expresión, pero nunca era así. Tenía las mejillas sonrosadas y su rostro redondo parecía casi alegre, como siempre. Durante las primeras semanas que pasó en casa de la tía Jen, siempre que le presentaban a alguien oía los mismos comentarios: «Qué niña tan preciosa, qué feliz parece». Charlie siempre daba la impresión de estar a punto de sonreír, con sus grandes ojos castaños y brillantes, con sus finos labios listos para curvarse hacia arriba, incluso cuando tenía ganas de llorar. Aquella incongruencia era una leve traición. Se pasó la mano por el pelo castaño claro como si eso fuera a solucionar su encrespamiento y volvió a poner el espejo en su sitio.

Arrancó el coche y buscó una emisora de radio con la esperanza de que la música la trajera por completo de vuelta a la realidad. Pasó de cadena en cadena sin escuchar lo que sonaba en ellas hasta que por fin se detuvo en un programa de onda media cuyo presentador parecía gritar a su público con condescendencia. No tenía ni idea de qué decía, pero el ruido descarado y

molesto bastó para devolverla de golpe al presente. El reloj del coche casi nunca daba bien la hora, así que miró el suyo de pulsera. Ya casi había llegado el momento de verse con sus amigos en la cafetería que habían elegido, cerca del centro.

Charlie volvió a la carretera y condujo dejando que el presentador furibundo la calmara.

Cuando llegó al restaurante, entró en el recinto y detuvo el coche, pero no aparcó. La parte delantera del local tenía un amplio ventanal y podía ver el interior. A pesar de que habían pasado años, no tardó ni un segundo en localizar a sus amigos a través del cristal.

Jessica fue la más fácil de reconocer entre la multitud. Siempre incluía fotos en sus cartas, y en ese momento tenía exactamente el mismo aspecto que en la última que le había enviado. Era bastante más alta que los dos chicos, incluso sentada, y estaba muy delgada. No podía verla entera, pero Charlie observó que llevaba una amplia camisa blanca con un chaleco bordado, y se cubría la brillante media melena castaña con un sombrero de ala ancha adornado con una flor enorme que amenazaba con hacerlo caer. Gesticulaba con entusiasmo mientras hablaba.

Los dos chicos estaban sentados juntos frente a ella. Carlton era una versión mayor del niño pelirrojo que había sido; seguía teniendo cara infantil, pero se le habían afinado los rasgos, y llevaba el pelo cuidadosamente despeinado y fijado con algún producto capilar. Era casi guapo para ser chico, y vestía una camiseta negra de deporte, aunque Charlie dudaba que hubiera entrenado una sola vez en toda su vida. Estaba encorvado sobre la mesa con la barbilla apoyada en las manos. John estaba sentado a su lado, junto a la ventana. Solía ser el tipo de niño que se ensuciaba incluso antes de salir a la calle, que se manchaba de pintura antes de que el profesor repartiera las acuarelas y que tenía suciedad bajo las uñas justo después de lavarse las manos. Charlie supo que era él porque tenía que serlo, pero su aspecto era completamente distinto. La mugre infantil había sido sustituida por un toque fresco y limpio. Llevaba una camisa verde claro bien planchada, remangada y con el cuello abierto, de manera que no parecía demasiado estirado. Estaba recostado en el asiento, con aire confiado, y asentía entusiasmado, aparentemente absorto en las palabras de Jessica. El único recuerdo de su antiguo yo era el pelo apuntando en todas direcciones. Además, llevaba barba de un día, una versión adulta y chulesca

de la suciedad que siempre lo cubría de niño.

Charlie sonrió. Podría decirse que de niña había estado colada por él, antes de que ninguno de los dos entendiera lo que significaba eso. Él le daba galletas que sacaba de su fiambrera de los Transformers, y una vez, en el jardín de infancia, había asumido la culpa después de que ella rompiera el frasco en el que se guardaban las cuentas de colores para las manualidades. Recordaba el momento en que se le había resbalado de las manos y lo había contemplado caer. No podría haberlo cogido a tiempo, pero ni siquiera lo intentó. Quería verlo romperse. El cristal chocó contra el suelo de madera y se hizo añicos, y las cuentas multicolores se desperdigaron entre los miles de fragmentos de vidrio. Pensó que era precioso, y después se echó a llorar. John volvió a casa con una nota para sus padres; cuando ella le dio las gracias, él le guiñó el ojo con una ironía que no se correspondía con su edad y se limitó a responder: «¿Por qué?».

Después de aquello, John tuvo permiso para entrar en su cuarto. Le dejó jugar con Stanley y Theodore; lo observó nerviosa la primera vez que aprendió a pulsar los botones y ponerlos en movimiento. Habría sido un desastre que no le gustaran, ya que en el fondo sabía que hubiera tenido peor opinión de él. Eran su familia. Pero John quedó fascinado en cuanto los vio; le encantaron sus juguetes mecánicos. Y a ella le encantó él. Dos años después, detrás de un árbol junto al taller de su padre, casi dejó que la besara. Entonces sucedió aquello y todo terminó, al menos para Charlie.

Se sacudió para obligar a sus pensamientos a regresar al presente. Después de observar el cuidado aspecto de Jessica una vez más, se contempló a sí misma. Camiseta morada, chaqueta vaquera, tejanos negros y botas militares. Esa mañana le había parecido una buena opción, pero ahora desearía haber escogido otra cosa. «Así es como vistes siempre», se recordó. Aparcó y cerró el coche con llave, a pesar de que la gente de Hurricane no solía hacerlo. Entonces entró a la cafetería para ver a sus amigos por primera vez desde hacía diez años.

El calor, el ruido y la luz del restaurante la recibieron con el impacto de una ola. Se sintió superada durante un instante, pero Jessica la vio pararse en la entrada y gritó su nombre. Charlie sonrió y se acercó.

—Hola —dijo incómoda saltando de uno a otro con la mirada pero sin establecer contacto del todo.

Jessica se deslizó por el banco de vinilo rojo y dio unas palmaditas en el

hueco que había dejado a su lado.

—Ven, siéntate. Justo estaba hablándoles a John y a Carlton de mi glamurosa vida. —Lo dijo poniendo los ojos en blanco, con lo que consiguió transmitir al mismo tiempo desprecio hacia sí misma y la sensación de que su vida era realmente emocionante.

—¿Sabías que Jessica vive en Nueva York? —dijo Carlton. Hablaba con cierta cautela, como si pensara en sus palabras antes de darles forma. John permanecía en silencio, pero le sonreía nervioso a Charlie.

Jessica volvió a poner los ojos en blanco y Charlie recordó de pronto aquella costumbre que ya tenía cuando eran niñas.

—Ocho millones de personas viven en Nueva York, Carlton. No es precisamente una hazaña —le respondió.

Carlton se encogió de hombros.

—Yo no he ido a ninguna parte —dijo.

—No sabía que seguías viviendo en el pueblo —dijo Charlie.

—¿Y dónde si no? Mi familia lleva aquí desde 1896 —añadió, agravando la voz para imitar a su padre.

—¿Eso es verdad? —preguntó Charlie.

—No lo sé —contestó Carlton recuperando su propio tono—. Es posible. Papá se presentó a alcalde hace dos años. Perdió, pero, aun así, ¿a quién se le ocurre presentarse a alcalde? Te lo juro, el día que cumpla dieciocho me largo de aquí.

—¿Y adónde irás? —preguntó John mirándolo seriamente.

Carlton le devolvió la mirada durante un instante y con la misma seriedad. Después apartó la cara bruscamente y apuntó por la ventana cerrando un ojo como si tratara de hacer blanco. John levantó una ceja mirando también por el ventanal y tratando de seguir la línea que dibujaba el dedo de Carlton. Charlie también lo intentó, pero no estaba señalando nada. John abrió la boca para decir algo, pero Carlton lo interrumpió.

—O bien… —dijo apuntando en dirección contraria.

—Vale. —John se rascó la cabeza, parecía algo avergonzado—. A cualquier sitio, ¿no? —añadió riéndose.

—¿Dónde están los demás? —preguntó Charlie oteando por la ventana y observando el aparcamiento para ver si llegaba más gente.

—Mañana —respondió John.

—Llegan mañana por la mañana —intervino Jessica para aclararlo—.

Marla viene con su hermano pequeño, ¿te lo puedes creer?

—¿Jason? —Charlie sonrió. Recordaba a Jason como un pequeño fardo de mantas del que asomaba una carita roja.

—No me apetece nada tener que andar con un bebé. —Jessica se recolocó el sombrero con remilgo.

—Estoy bastante segura de que ya no es un bebé —replicó Charlie reprimiendo una carcajada.

—Bueno, prácticamente —zanjó Jessica—. En fin, nos he reservado una habitación en el motel que hay junto a la autopista, es lo único que he encontrado. Los chicos se quedan en casa de Carlton.

—Vale —dijo Charlie.

Estaba ligeramente impresionada por la organización de Jessica, pero no la emocionaba el plan. No le hacía mucha gracia compartir habitación con ella, pues ahora le parecía una desconocida. Se había convertido en el tipo de chica que la intimidaba: de aspecto cuidado e inmaculado, hablaba como si lo tuviera todo clarísimo. Charlie se planteó durante un instante volver a su antigua casa a pasar la noche, pero, en cuanto lo pensó detenidamente, la idea la horrorizó. Esa casa, de noche, ya no pertenecía al mundo de los vivos. «No seas dramática», se reprendió.

Ahora era John quien hablaba; tenía la habilidad de atraer toda la atención con su voz, probablemente porque se pronunciaba con menos frecuencia que los demás. Pasaba la mayor parte del tiempo escuchando, pero no por timidez. Reunía información y solo hablaba cuando podía aportar algo interesante o soltar algún comentario sarcástico. A menudo ambas cosas a la vez.

—¿Alguien sabe cómo será lo de mañana?

Todos enmudecieron un instante, y la camarera aprovechó la oportunidad para acercarse a apuntar la comanda. Charlie sobrevoló rápidamente el menú, pero sus ojos no se concentraron de verdad en las palabras. Le llegó el turno mucho antes de lo que esperaba y se quedó paralizada.

—Mmm, huevos —dijo por fin. El gesto severo de la mujer seguía dirigido hacia ella y se dio cuenta de que no había terminado—. Revueltos. Con tostadas —añadió, y la mujer se marchó.

Charlie odiaba esa característica suya: cuando la cogían desprevenida, parecía volverse completamente incapaz de actuar o de procesar lo que sucedía a su alrededor. De pronto, la gente le resultaba incomprensible, y lo

que decían, extraño. «Pedir comida no debería ser tan difícil», pensó. Los demás habían retomado la charla, así que dirigió la atención hacia ellos con la sensación de haberse quedado atrás.

—¿Y qué les decimos a sus padres? —estaba diciendo Jessica en ese momento.

—Carlton, ¿sueles verlos? —preguntó Charlie.

—La verdad es que no —contestó—. Bueno, a veces, por ahí.

—Me sorprende que se quedaran en Hurricane —dijo Jessica con un matiz de sofisticada desaprobación en la voz.

Charlie no dijo nada, pero pensó: «¿Cómo iban a irse?».

Nunca encontraron su cuerpo. ¿Cómo no iban a mantener la secreta esperanza de que regresara a casa, por mucho que supieran que era imposible? ¿Cómo iban a marcharse del único hogar que conocía Michael? Eso significaría rendirse completa y definitivamente. Quizás en eso consistía aquella beca en realidad: en admitir que jamás regresaría.

Charlie era intensamente consciente de que estaban en un lugar público, donde hablar de Michael parecía muy inapropiado. En cierto modo, eran tanto gente cercana como extraña. Habían sido íntimos de Michael, seguramente más que cualquier otra persona de ese restaurante, pero salvo Carlton, ninguno de ellos era ya de Hurricane. Ya no pertenecían a aquel lugar.

Vio las lágrimas caer sobre el mantel de papel antes incluso de sentirlas, y se secó los ojos apresuradamente mirando hacia abajo con la esperanza de que nadie se hubiera dado cuenta. Cuando levantó la cabeza, John fingía estar estudiando sus cubiertos, pero ella sabía que lo había visto. Le agradeció que no intentara consolarla.

—John, ¿sigues escribiendo? —le preguntó Charlie.

Él mismo se había autodeclarado «escritor» cuando tenían unos seis años; había aprendido a leer y a escribir con cuatro, un año antes que los demás. A los siete terminó su primera «novela» y obligó a sus amigos y a su familia a leer su creación, de ortografía dudosa e ilustraciones indescifrables, para después exigirles críticas. Charlie recordaba que solo le había dado dos estrellas.

La pregunta hizo reír a John.

—Aunque parezca increíble, hoy en día escribo las «e» al derecho y no al revés —respondió—. No puedo creer que te acuerdes. Pero sí, sigo con ello.

Se detuvo, pero estaba claro que quería continuar.

—¿Qué escribes? —lo complació Carlton.

John bajó la mirada hacia el mantel y prácticamente le habló a la mesa.

—Mmm, la mayoría son relatos cortos. El año pasado me publicaron uno. Bueno, en una revista, no fue para tanto. —Todos profirieron sonidos de admiración, y él volvió a levantar la mirada, avergonzado pero satisfecho.

—¿De qué iba el relato? —preguntó Charlie.

John titubeó, pero antes de que pudiera decidir si continuar o no, la camarera regresó con la comida. Todos habían pedido algo del menú de desayuno: café, huevos y beicon; tortitas con arándanos para Carlton. Los coloridos platos parecían un mensaje esperanzador, como el renacer de un día. Charlie dio un mordisco a su tostada, y todos comieron en silencio durante un rato.

—Eh, Carlton —dijo de pronto John—. ¿Qué fue de Freddy's?

Se hizo un breve silencio. Carlton miró nervioso a Charlie, y Jessica clavó la vista en el techo. John se puso rojo y Charlie habló apresuradamente.

—No pasa nada, Carlton. A mí también me gustaría saberlo.

El chico se encogió de hombros e, inquieto, pinchó las tortitas con el tenedor.

—Construyeron algo encima —dijo.

—¿Qué construyeron? —preguntó Jessica.

—¿Hay algo allí ahora? ¿Construyeron encima o simplemente lo echaron abajo? —quiso saber John.

Carlton volvió a encogerse de hombros con un gesto rápido, como si fuera un tic nervioso.

—Ya os he dicho que no lo sé. Está demasiado alejado de la carretera para verlo, y no me he dedicado a investigar precisamente. Puede que se lo alquilaran a alguien, pero no sé qué hicieron. Ha estado cerrado durante años, en obras. Ni siquiera se ve si el edificio sigue en pie.

—¿Así que puede que siga allí? —preguntó Jessica con un evidente atisbo de emoción.

—Ya os he dicho que no lo sé.

Charlie sintió que los fluorescentes de la cafetería la fulminaban, que de pronto brillaban con demasiada intensidad. Se sentía expuesta. Apenas había comido, pero se levantó del banco sin pensarlo, sacó un par de billetes

arrugados del bolsillo y los dejó sobre la mesa.

—Voy fuera un momento. A fumar —añadió rápidamente.

«No fumas.» Se reprendió por aquella mentira torpe mientras iba hacia la puerta, pasó a empujones junto a una familia sin disculparse siquiera y salió al frío de la tarde. Se acercó al coche y se sentó en el capó; el metal cedió levemente bajo su peso. Aspiró el aire fresco como si fuera agua y cerró los ojos. «Sabías que saldría el tema, sabías que tendrías que hablar de ello», se recordó. Había practicado por el camino, se había obligado a recuperar recuerdos felices, a sonreír y a decir: «¿Os acordáis de cuando…?». Pensaba que estaba preparada, pero naturalmente se había equivocado. ¿Por qué, si no, había huido del restaurante como una niña?

—¿Charlie?

Abrió los ojos y vio a John junto al coche tendiéndole su chaqueta a modo de ofrenda.

—Te la has dejado dentro —dijo, y ella forzó una sonrisa.

—Gracias —respondió.

La cogió y se la echó sobre los hombros, después se deslizó sobre el capó para dejarle sitio a él también.

—Siento haberme marchado así —dijo.

La luz tenue del aparcamiento no le impidió ver como él se sonrojaba. Se sentó a su lado dejando un espacio entre ambos a propósito.

—Aún no he aprendido a pensar antes de hablar. Perdona. —John contempló el cielo mientras un avión los sobrevolaba.

Charlie sonrió, esta vez sin necesidad de obligarse.

—No pasa nada. Sabía que el tema surgiría, era evidente. Es solo que… Suena tonto, pero es que nunca pienso en ello. No me lo permito. Nadie sabe qué sucedió, excepto mi tía, y nunca hemos hablado de ello. Entonces llego aquí y de pronto me asalta en todas partes. Me he sorprendido, nada más.

—Oh, oh. —John señaló, y Charlie vio que Jessica y Carlton titubeaban en la puerta de la cafetería. Les hizo un gesto para que se acercaran.

—¿Os acordáis de aquella vez en Freddy’s cuando el tiovivo se atascó, y Marla y ese niño tan malo, Billy, tuvieron que seguir montados hasta que sus padres lo desenchufaron? —dijo Charlie.

John se echó a reír, y ese sonido dibujó una sonrisa en el rostro de la chica.

—Tenían las caras rojísimas y lloraban como bebés. —Se tapó la cara, avergonzada de que le resultara tan gracioso.

Se produjo un breve silencio de sorpresa, entonces Carlton también se echó a reír.

—¡Y Marla le vomitó encima!

—¡Fue una justa venganza! —exclamó Charlie.

—No, creo que fueron nachos —respondió John.

Jessica arrugó la nariz.

—Qué asco. Después de eso no volví a montarme nunca.

—Venga, Jessica, seguro que lo limpiaron —dijo Carlton—. Estoy convencido de que los niños vomitaban por todas partes; por algo pondrían esos letreros de «suelo mojado», ¿no, Charlie?

—A mí no me mires —respondió—. Yo nunca vomité.

—¡Pasábamos tanto tiempo allí! Ventajas de conocer a la hija del dueño —dijo Jessica dedicando una mirada divertida a Charlie.

—¡Qué le voy a hacer si mi padre era quien era! —dijo esta entre risas.

Jessica pareció reflexionar antes de continuar hablando.

—¿Qué mejor infancia que pasarla todo el día en la Freddy Fazbear's Pizza?

—No sé yo —dijo Carlton—. Creo que esa música me afectó con los años.

Tarareó un fragmento de la conocida melodía. Charlie la escuchó recordándola.

—Adoraba aquellos animales —dijo de pronto Jessica—. ¿Cuál es el nombre correcto para llamarlos? ¿Animales, robots, mascotas?

—Creo que todos ellos sirven. —Charlie se recostó.

—Bueno, como sea. Yo solía acercarme a hablar con el conejo, ¿cómo se llamaba?

—Bonnie —contestó Charlie.

—Eso. Solía quejarme a él de mis padres. Siempre pensé que parecía comprenderme.

Carlton se echó a reír.

—¡Terapia animatrónica! Seis de cada siete locos la recomiendan.

—Calla —replicó Jessica—. Ya sabía que no era real, simplemente me gustaba hablar con él.

Charlie esbozó una leve sonrisa.

—Lo recuerdo —dijo.

Jessica, con sus vestiditos y el pelo sujeto en dos trenzas tirantes, como una niña de cuento, acercándose al escenario cuando el espectáculo había terminado, susurrando con seriedad al conejo animatrónico a escala humana. Si alguien se acercaba, enmudecía de inmediato y esperaba a que se marchara para retomar sus monólogos. Charlie nunca había hablado con los animales del restaurante de su padre ni había sentido cercanía hacia ellos, como parecía sucederles a otros niños; aunque le gustaban, se debían al público. Ella tenía sus propios juguetes, sus propios amigos mecánicos que la esperaban en casa, que le pertenecían solo a ella.

—A mí me gustaba Freddy —dijo John—. Siempre me pareció el más accesible.

—Sabéis, hay muchas cosas de mi infancia que no recuerdo en absoluto —intervino Carlton—, pero os juro que cierro los ojos y puedo ver hasta el último detalle de ese sitio. Incluso el chicle que solía pegar debajo de las mesas.

—¿Chicle? Sí, claro, ¡eran mocos! —Jessica se alejó un pasito de Carlton.

Este sonrió burlón.

—Tenía siete años, ¿qué quieres? En aquella época, todos os metíais conmigo. ¿Os acordáis de cuando Marla escribió «Carlton huele a pies» en la pared de fuera?

—Es que olías a pies. —Jessica soltó una carcajada.

Carlton se encogió de hombros, impasible.

—Intentaba esconderme cuando llegaba la hora de ir a casa. Quería quedarme encerrado por la noche y tener todo el local para mí.

—Sí, nos hacías esperar a todos —dijo John—, y siempre te escondías debajo de la misma mesa.

Charlie empezó a hablar lentamente y todos se volvieron hacia ella, como si lo hubieran estado esperando.

—A veces siento que recuerdo cada centímetro del sitio, como Carlton. Pero otras veces es como si no me acordara de casi nada. Son como fogonazos. Por ejemplo, me acuerdo del tiovivo y de cuando se atascó. Recuerdo pintar en los salvamanteles. Se me han quedado grabadas las pequeñas cosas: comer la pizza grasienta, abrazar a Freddy en verano y que su pelo amarillo se me quedara pegado a la ropa. Pero muchas de estas

cosas son simples imágenes, como si le hubieran sucedido a otro.

Todos la miraban raro.

—Freddy era marrón, ¿no? —Jessica se volvió hacia los demás para confirmarlo.

—Parece que no lo recuerdas tan bien como pensabas —bromeó Carlton.

Charlie soltó una risita.

—Eso, quería decir marrón.

«Marrón, Freddy era marrón.» Pues claro que lo era, ahora lo veía claramente. Pero en las profundidades de sus recuerdos vio un destello de otra cosa.

Carlton se lanzó a contar una nueva historia y Charlie trató de centrar su atención en él, pero aquel lapsus de memoria la había dejado confundida, preocupada. «Hace diez años de eso, tampoco es que te estés volviendo senil a los diecisiete», se dijo, pero era raro que hubiera olvidado un detalle tan fundamental. Por el rabillo del ojo vio que John la miraba con gesto pensativo, como si ella hubiera dicho algo importante.

—¿De verdad no sabes qué fue de ese sitio? —le preguntó a Carlton en tono más insistente del que pretendía. Él, sorprendido, enmudeció—. Perdona, lo siento, no quería interrumpirte.

—No pasa nada. Pero sí, bueno, no. De verdad que no sé qué pasó.

—¿Cómo es posible? Pero si vives aquí.

—Venga, Charlie —intervino John.

—La verdad es que no paso mucho tiempo por esa zona. Las cosas han cambiado, el pueblo ha crecido —dijo Carlton con suavidad, aparentemente impasible ante su arrebato—. Y lo cierto es que no busco motivos para pasar por allí. ¿Para qué? Ya no hay ninguna razón para ir.

—Podríamos acercarnos —dijo de pronto John, y el corazón de Charlie dio un vuelco.

Carlton la miró nervioso.

—¿Qué? En serio, está todo hecho un desastre. Ni siquiera sé si se puede acceder a la zona.

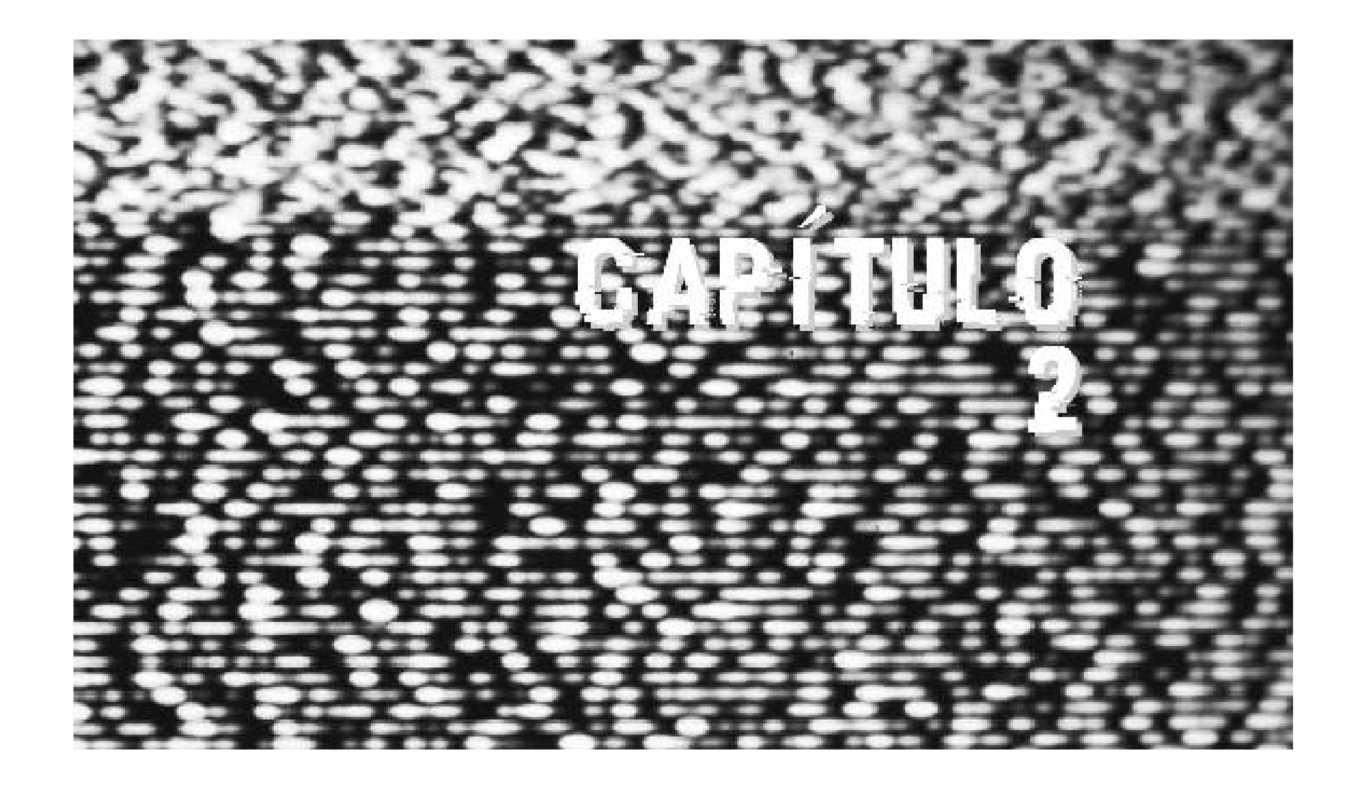
Charlie se sorprendió asintiendo. Tenía la sensación de haber pasado todo el día asfixiada por los recuerdos y viéndolo todo a través del filtro de los años, y ahora de pronto se sentía alerta, completamente presente. Quería ir.

—Vayamos —dijo—. Aunque no haya nada, quiero verlo.

Todos permanecieron en silencio. John sonrió repentinamente con una

confianza temeraria.

—Sí, vayamos.



Charlie paró el coche, sintió que la tierra cedía bajo los neumáticos y apagó el motor. Salió e inspeccionó los alrededores. El cielo tenía un tono azul profundo y oscuro, y el último rastro del atardecer se replegaba hacia el oeste. El aparcamiento no estaba asfaltado, y tenían ante ellos una construcción monstruosa, una mole de cemento y cristal. Las farolas del aparcamiento no se habían usado nunca, y no se veía ninguna luz. El propio edificio parecía un santuario abandonado, sepultado entre árboles negros y rodeado por el rugido lejano de la civilización. Miró a Jessica en el asiento del copiloto, que estiraba el cuello por la ventanilla.

—¿Seguro que es aquí? —preguntó.

Charlie sacudió lentamente la cabeza, sin saber muy bien lo que estaba viendo.

—No lo sé —musitó.

Salió del coche y permaneció quieta en silencio mientras John y Carlton aparcaban junto a ella.

—¿Qué es esto? —John salió del coche con cuidado y clavó los ojos en el mastodonte—. ¿Alguien tiene una linterna?

Carlton levantó su llavero e hizo oscilar la tenue luz de una linterna de bolsillo durante unos instantes.

—Genial —murmuró John, y echó a andar resignado.

—Espera un momento —dijo Charlie, y rodeó el coche hasta el maletero —. Mi tía siempre me hace llevar varios cacharros para emergencias.

La tía Jen, cariñosa pero estricta, le había inculcado a Charlie la independencia por encima de cualquier otra cosa. Antes de dejarle usar su viejo Honda azul, había insistido en que Charlie aprendiera a cambiar una rueda, comprobar el aceite y reconocer las piezas básicas del motor. En el maletero, en una caja negra junto al gato, el neumático de repuesto y una palanca, había una manta, una pesada linterna como las de la policía, agua embotellada, barritas de cereales, cerillas y luces de emergencia. Charlie cogió la linterna; Carlton se llevó una barrita.

Comenzaron a rodear el perímetro del edificio, casi como si lo hubieran acordado en silencio, mientras Charlie iluminaba el camino con el firme haz de la linterna. El edificio parecía casi terminado, pero el suelo era todo tierra y roca, blando e irregular. Charlie apuntó con la luz hacia abajo, y vieron que la hierba había crecido varios centímetros de forma irregular.

—Hace tiempo que nadie excava por aquí —dijo Charlie.

Aquello era inmenso y les llevó un buen rato rodearlo. El azul profundo del atardecer enseguida dio paso a un manto de estrellas y dispersas nubes plateadas. Todas las superficies del edificio eran del mismo cemento beis, y las ventanas estaban demasiado altas para poder mirar dentro.

—¿En serio han construido todo esto y se han largado sin más? —se preguntó Jessica.

—Carlton —intervino John—, ¿de verdad no sabes qué ha pasado?

El chico se encogió de hombros de forma exagerada.

—Ya os lo he dicho, sabía que había obras, pero nada más.

—¿Por qué habrán hecho esto? Sigue, y sigue. —John parecía casi paranoico; oteaba hacia los árboles como si pensara que otros ojos le devolverían la mirada. Entornó los suyos y recorrió con ellos la pared exterior del edificio, que parecía extenderse hasta el infinito. Volvió la mirada hacia los árboles como si quisiera asegurarse de que no habían pasado por alto algún otro edificio. Apoyó la mano en la fachada de color apagado—. No, seguro que era aquí. Y ya no está.

Un rato después hizo una señal a los demás y emprendió el camino de

regreso por donde habían venido. Charlie dio media vuelta de mala gana y siguió al grupo. Continuaron hasta que volvieron a ver los coches a lo lejos en la oscuridad.

—Lo siento, chicos, pensaba que al menos quedaría algo —se disculpó Carlton agotado.

—Ya —dijo Charlie.

Ver que Freddy's había sido arrasado por completo la había impresionado, a pesar de que en el fondo ya sabía que estaría así. A veces los recuerdos se imponían de tal manera en su mente que lo único que quería era borrarlos, los buenos y los malos, como si nunca hubieran existido. Pero ahora que alguien los había eliminado del paisaje, lo sentía como una violación. Tendría que haber sido ella quien decidiera. «Claro —pensó—, porque tenías dinero suficiente para comprarlo y conservarlo, como la tía Jen hizo con la casa.»

—¿Charlie? —John estaba pronunciando su nombre, y sonaba como si lo estuviera repitiendo.

—Perdona, ¿qué decías?

—¿Quieres entrar? —preguntó Jessica.

A Charlie la sorprendió que no se lo hubieran planteado hasta ahora, aunque bien mirado ninguno de ellos era especialmente proclive a la criminalidad. Esa idea la relajó y respiró profundamente, respondiendo con la exhalación:

—¿Por qué no? —dijo casi riendo. Levantó la linterna; se le estaban cansando los brazos. La balanceó como un péndulo—. ¿Alguien quiere llevarla un rato?

Carlton la cogió y se tomó un instante para comprobar su peso.

—¿Por qué pesa tanto? —se preguntó pasándosela a John—. Aquí tienes.

—Es una linterna policial —dijo Charlie como ausente—. Puedes pegar a la gente con ella.

Jessica frunció el ceño.

—Tu tía no se anda con bromas, ¿eh? ¿La has usado alguna vez?

—Todavía no. —Guiñó un ojo y le dirigió una mirada medio amenazadora a John, que le devolvió una media sonrisa ambigua, sin saber muy bien cómo reaccionar.

Las amplias entradas estaban cerradas con puertas metálicas que sin duda eran temporales, hasta que se terminara la obra. De todos modos, no fue

difícil dar con la manera de entrar, ya que había varios montones de gravilla y arena apoyados contra la pared que conducían directamente a la parte inferior de las grandes ventanas entornadas.

—No se han esforzado mucho por impedir la entrada a la gente —dijo John.

—Tampoco hay nada que robar —replicó Charlie mirando los muros desnudos.

Escalaron lentamente la gravilla, que se movía y se deslizaba bajo sus pies. Carlton llegó el primero y echó un vistazo por la ventana. Jessica miró por encima de su hombro.

—¿Podemos saltar dentro? —preguntó John.

—Sí —respondió Carlton.

—No —dijo Jessica exactamente al mismo tiempo.

—Yo lo haré —se ofreció Charlie.

Se sentía aventurera. Pasó las piernas por la abertura sin mirar cuánta era la altura y se dejó caer. Aterrizó con las rodillas dobladas; el impacto la sacudió, pero no se hizo daño. Levantó la mirada hacia sus amigos.

—¡Esperad! —les gritó, y acercó una pequeña escalera de mano de una pared cercana para colocarla bajo la ventana—. Vale, bajad.

Se dejaron caer uno tras otro y miraron a su alrededor. Era una especie de patio interior, o puede que se convirtiera en un comedor, con mesas de plástico y bancos metálicos desperdigados, algunos atornillados al suelo. El techo, de cristal, se elevaba a gran altura sobre ellos y les permitía ver las estrellas.

—Muy posapocalíptico —bromeó Charlie, provocando eco en el espacio abierto.

Jessica cantó de pronto una escala breve que enmudeció a todos. Su voz sonaba pura y clara, algo hermoso en aquel vacío.

—Precioso, pero intentemos no llamar demasiado la atención —dijo John.

—Tienes razón —respondió Jessica, de todos modos muy satisfecha consigo misma.

Cuando siguieron avanzando, Carlton se acercó a ella y la cogió del brazo.

—Tienes una voz impresionante.

—Ha sido cosa de la acústica —dijo Jessica con falsa modestia.

Recorrieron los pasillos vacíos asomándose a cada una de las inmensas oquedades que podrían albergar tiendas. Algunas partes del centro comercial estaban casi terminadas, mientras que otras eran un desastre. En algunos pasillos había montones de ladrillos de cemento polvorientos y pilas de madera; en otros, se alineaban los escaparates de vidrio y las hileras perfectas de luces en el techo.

—Es como una ciudad perdida —dijo John.

—Como Pompeya —añadió Jessica—, pero sin el volcán.

—No —dijo Charlie—, aquí no hay nada.

Aquel lugar transmitía una sensación estéril; no estaba abandonado, sino que nunca había albergado vida.

Miró el escaparate que tenía enfrente, uno de los pocos con vidrio, y se preguntó qué se expondría en él. Probablemente, maniquíes vestidos con ropa colorida, pero cuando trató de imaginárselos, lo único que vio fueron caras en blanco que ocultaban algo. De pronto se sintió fuera de lugar, como si el propio edificio la considerara una molestia. La inquietud crecía mientras parte del lustre de la aventura comenzaba a desvanecerse. Habían venido, Freddy's había desaparecido, y con él el santuario que había conservado en el recuerdo, allí donde Michael seguía jugando como la última vez que lo vio.

John se detuvo en seco y apagó la linterna lo más cuidadosamente que pudo. Se llevó un dedo a los labios indicándoles que guardaran silencio. Señaló la dirección de la que habían venido. A lo lejos vieron una lucecita oscilar en la oscuridad, como un barco entre la niebla.

—Hay alguien más aquí —siseó.

—¿Un guarda nocturno? —susurró Carlton.

—¿Por qué necesitaría vigilancia un edificio abandonado? —se preguntó Charlie.

—Puede que los críos vengan aquí de fiesta —respondió Carlton, y después esbozó una sonrisa burlona—. Yo también lo habría hecho si hubiera sabido que esto existía, o si hubiera salido de fiesta.

—Bueno, retrocedamos despacio. Jessica… —empezó a decir John, y a continuación hizo un gesto de cremallera por encima de los labios.

Siguieron por el pasillo, ahora ya solo con la luz tenue del llavero de Carlton.

—Esperad. —Jessica se detuvo con un susurro, mirando con insistencia

las paredes que los rodeaban—. Hay algo que no encaja.

—Ya, no hay *pretzels* gigantes, lo sé. —Carlton parecía sincero, pero Jessica le hizo un gesto impaciente.

—No, hay algo que no encaja en la arquitectura. —Retrocedió varios pasos para intentar ver el conjunto—. Está claro, no encaja. Es más grande por fuera.

—¿Más grande por fuera? —repitió Charlie, desconcertada.

—Quiero decir que hay una gran diferencia entre la posición del muro interior y la del exterior. Mirad. —Recorrió la longitud de la pared entre los espacios que habrían albergado dos tiendas.

—Aquí habría habido una tienda y allí la otra. —John señaló lo evidente sin entender cuál era el problema.

—¡Pero hay algo en medio! —exclamó Jessica golpeando una sección vacía del muro—. Esta parte también sobresale hacia el aparcamiento, como las tiendas a cada lado, pero no hay forma de entrar.

—Tienes razón. —Charlie se acercó a Jessica estudiando las paredes—. Debería haber otra entrada aquí.

—Y, además —Jessica bajó la voz para que solo Charlie pudiera oírla—, más o menos del mismo tamaño de la de Freddy's, ¿no crees?

Charlie abrió los ojos como platos y se apartó rápidamente de Jessica.

—¿Qué cuchicheáis vosotras dos? —Carlton se acercó.

—Hablamos de ti —respondió Jessica con sequedad, y entraron en uno de los locales vacíos que parecían flanquear el espacio sellado—. Venga, echemos un vistazo.

Comenzaron a peinar la pared en grupo, concentrados en torno a la linternita.

Charlie no estaba segura de qué esperar. La tía Jen la había advertido sobre volver a ese lugar. No había intentado disuadirla directamente de acudir al homenaje, pero no le hacía gracia que regresara a Hurricane.

«Ten cuidado, ¿vale? —le había dicho—. Hay cosas y recuerdos que es mejor no remover.»

«¿Por eso te quedaste la casa de papá? —pensó Charlie ahora—. ¿Por eso seguiste pagándola y la dejaste intacta como una especie de santuario que nunca has visitado?»

—¡Eh! —John corrió dentro con los demás, gesticulando frenéticamente —. ¡Escondeos!

La luz había reaparecido en el pasillo, balanceándose de arriba abajo, y se estaba acercando. Charlie echó un vistazo alrededor. Ya se habían adentrado demasiado en el local para salir a tiempo y no parecía haber ningún sitio donde esconderse.

—¡Aquí, aquí! —susurró Jessica.

Había una abertura en la pared junto a unos andamios; se precipitaron dentro pasando junto a pilas de cajas abiertas y lonas de plástico que colgaban del techo.

Se abrieron paso por lo que parecía ser un pasillo provisional justo al otro lado de la pared del local. En realidad, era más bien un callejón; no encajaba con el resto del centro comercial, no era brillante ni nuevo, sino frío y húmedo. Una de las paredes era del mismo cemento que el exterior del edificio, aunque era irregular y estaba sin terminar, y la otra era de ladrillo visto; en algunas zonas, el tiempo había suavizado la superficie, y en otras, el mortero se deshacía y abría grietas y agujeros. Había pesadas estanterías de madera con productos de limpieza apoyadas contra la pared e inclinadas, cuyos estantes se combaban bajo el peso de viejas latas de pintura y cubos misteriosos. Las tuberías que tenían encima goteaban y formaban charcos que todos rodeaban con cuidado. Un ratón se escabulló y casi pasó por encima del pie de Carlton, que ahogó un grito tapándose la boca.

Se agazaparon detrás de una de las estanterías de madera y se pegaron a la pared. Charlie apagó la luz y esperó.

Respiraba de forma superficial, inmóvil, observaba y deseaba haber escogido una postura mejor. Después de unos minutos, las piernas comenzaron a entumecérsele. Y tenía a Carlton tan cerca que podía oler el ligero y agradable aroma de su champú.

—Huele bien —susurró.

—Gracias —respondió Carlton, que enseguida supo a qué se refería—. Lo venden de brisa marina y de paraíso tropical. Yo prefiero la brisa marina, pero me seca el cuero cabelludo.

—¡Silencio! —siseó John.

Charlie no estaba segura de por qué estaba tan preocupada. No era más que un guarda nocturno, y en el peor de los casos los haría marcharse, o quizá les gritaría un poco. Sin embargo, sentía una aversión exagerada a meterse en problemas.

La luz oscilante se acercaba. Charlie era intensamente consciente de su cuerpo y mantenía inmóviles todos y cada uno de sus músculos. De pronto distinguió una figura que se asomaba desde la enorme sala de al lado. Apuntó con su haz de luz hacia el pasillo y recorrió las paredes de un lado a otro. «Nos ha pillado», pensó Charlie, pero, por algún motivo inexplicable, dio media vuelta y se marchó, aparentemente satisfecho.

Esperaron unos minutos, pero no pasó nada. Se había marchado. Salieron poco a poco de sus posturas agazapadas y estiraron las extremidades que se les habían quedado dormidas. Carlton sacudió con fuerza uno de sus pies hasta que pudo apoyarlo. Charlie miró a Jessica, que seguía agachada, como si se hubiera quedado congelada.

—Jessica, ¿estás bien? —le susurró.

Esta levantó la mirada con una sonrisa.

—No os lo vais a creer.

Señalaba la pared. Charlie se inclinó para ver qué era. Allí, grabadas en el ladrillo gastado, había unas letras torpes, casi ilegibles, obra de una mano infantil: «Carlton huele a pies».

—No me fastidies… —musitó John, alucinado; se volvió hacia la pared y apoyó las dos manos en ella—. Reconozco estos ladrillos, ¡son los mismos de entonces! —dijo riendo. Entonces se le desdibujó la sonrisa—. No lo demolieron; construyeron a su alrededor.

—¡Sigue aquí! —Jessica trató de no levantar la voz, en vano. Con los ojos muy abiertos de un entusiasmo casi infantil, añadió—: Tiene que haber alguna forma de entrar.

Charlie repasó las paredes del pasillo de arriba abajo con la linterna, pero no había ninguna abertura ni puerta.

—Freddy’s tenía una puerta trasera —dijo John—. Marla lo escribió justo al lado, ¿no?

—¿Por qué no lo derribaron…, sin más? —se preguntó Charlie.

—¿Así que este pasillo no lleva a ninguna parte? —dijo Jessica, confundida.

—La historia de mi vida —añadió Carlton como de pasada.

—Esperad… —Charlie pasó los dedos por el borde de una estantería oteando a través de los cachivaches amontonados en ella. La pared que había detrás era distinta; era de metal, no de ladrillo.

—Justo aquí. —Dio un paso atrás y miró a los demás—. Ayudadme a

moverla.

John y Jessica empujaron juntos de un lado; ella y Carlton tiraron del otro. Al estar cargada con productos de limpieza y grandes cubos de clavos y herramientas, era muy pesada, pero se deslizó casi con facilidad.

Charlie se apartó sin aliento.

—John, dame la linterna grande.

Él se la tendió y ella volvió a encenderla apuntando al lugar donde había estado la estantería.

—Aquí está.

La puerta era metálica y estaba oxidada y salpicada de pintura, en un fuerte contraste con las paredes que la rodeaban. Allí donde había estado la manilla solo quedaba un agujero; alguien debía de haberla quitado para que la estantería pudiera apoyarse del todo.

Charlie le devolvió la linterna a John en silencio y él se la sostuvo encima de la cabeza para que pudiera ver. Ella se deslizó entre los demás e intentó meter los dedos en el agujero de la manilla para estirar y abrirla, pero fue en balde.

—No se va a abrir —dijo.

John estaba tras ella y miraba por encima de su hombro.

—Un segundo. —Se apretujó en el espacio que quedaba a su lado y se arrodilló con cuidado—. No creo que esté cerrada, sino simplemente oxidada. Mira.

La puerta llegaba hasta el suelo, y la base era irregular. Las bisagras estaban al otro lado y los bordes estaban cubiertos de óxido. Parecía que no se había abierto desde hacía años. John y Charlie tiraron juntos de ella y se movió casi un centímetro.

—¡Bravo! —exclamó Jessica casi gritando, y acto seguido se tapó la boca y susurró—: Lo siento, contendré mi entusiasmo.

Se turnaron para tirar apoyándose unos en otros y arañándose los dedos con el metal. La puerta aguantó un buen rato, pero finalmente cedió bajo su peso y se abrió de par en par con un chirrido sobrenatural. Charlie miró nerviosa por encima del hombro, pero no había rastro del guarda. La puerta se abrió solo medio metro; pasaron uno a uno hasta estar todos dentro.

El aire era distinto en el interior. Se pararon en seco. Delante tenían un pasillo oscuro que a todos les resultaba familiar.

—¿Esto es…? —musitó Jessica sin apartar la mirada de la oscuridad.

«Aquí está», pensó Charlie. Extendió la mano en busca de la linterna. John se la pasó en silencio. Apuntó con la luz hacia delante y recorrió con ella las paredes. Estaban cubiertas de dibujos infantiles, cera sobre papel amarillento y encogido por las esquinas. Comenzó a caminar y los demás la siguieron arrastrando los pies sobre las viejas baldosas.

Tuvieron la sensación de tardar muchísimo en cruzar el pasillo, o simplemente era que se movían despacio, con pasos metódicos y cuidadosos. En algún momento, el corredor se abrió para formar un espacio mayor: el comedor. Era justo como lo recordaban: estaba perfectamente conservado. El haz de la linterna se reflejaba en miles de pequeños objetos reflectantes, cubiertos de purpurina o envueltos en cintas de papel de aluminio.

Las mesas seguían en su sitio, cubiertas con los manteles de cuadros blancos y plateados; las sillas estaban colocadas de forma caprichosa: algunas mesas tenían demasiadas, y otras, muy pocas. Daba la impresión de que la sala había sido abandonada en plena hora de la comida, de que todo el mundo se había levantado pensando en volver, pero no lo había hecho. Entraron con cuidado, respirando el aire frío y enrarecido que había quedado atrapado allí durante una década. Todo el restaurante transmitía una sensación de abandono, de que nadie regresaría jamás. Había un pequeño carrusel casi escondido en la esquina más alejada, con cuatro ponis de tamaño infantil descansando aún de su última canción. De pronto, Charlie se quedó petrificada, al igual que los demás.

Estaban allí. Los ojos, grandes e inertes, los miraban desde la oscuridad. Sintió que un pánico irracional le recorría el cuerpo; el tiempo se detuvo. Nadie decía nada, nadie respiraba, como si un depredador los estuviera amenazando. Pero a medida que pasaban los minutos, el miedo menguó hasta que volvió a ser ella misma, de niña, y con viejos amigos de los que había estado separada demasiado tiempo. Charlie caminó hacia los ojos en línea recta. Los demás permanecieron inmóviles tras ella, solo se oían sus pasos. Mientras avanzaba tocó el frío respaldo de una vieja silla plegable sin mirarla y la apartó de su trayectoria. Dio un último paso y los ojos que la miraban desde la oscuridad se aclararon. Eran ellos. Charlie sonrió.

—Hola —susurró, demasiado bajo para que los demás la oyeran.

Tenía delante tres animatrónicos: un oso, un conejo y un pollo, todos del tamaño de un adulto o incluso mayores. Sus cuerpos estaban segmentados

como los maniquís de madera de los artistas, y cada extremidad estaba formada por piezas individuales más bien cuadradas y separadas en las articulaciones. Pertenecían al restaurante, o puede que el restaurante les perteneciera a ellos, y hubo una época en que todo el mundo los conocía por su nombre. Estaba el conejo Bonnie, de pelo azul brillante, sonrisa permanente en su hocico cuadrado, y grandes ojos rosas desportillados con párpados gruesos que le daban una permanente expresión de agotamiento. Sus orejas se alzaban rígidas y tenían las puntas dobladas, y separaba sus grandes pies para mantener el equilibrio. En las manos sostenía una guitarra roja, con las patas azules listas para tocar, y al cuello llevaba una pajarita a juego con el intenso color del instrumento.

Chica, el pollo, era más corpulenta y tenía aspecto nervioso; sus gruesas cejas negras se arqueaban sobre los ojos morados, y a través de su pico ligeramente abierto se veían unos dientes; en la mano sostenía una bandeja con una magdalena. El dulce resultaba bastante inquietante, ya que tenía ojos en el glaseado y dientes que sobresalían del bizcocho, además de una única vela encima.

—Siempre pensé que la magdalena saltaría del plato en cualquier momento. —Carlton rio entre dientes y se colocó junto a Charlie con cautela. En un susurro, añadió—: Son más altos de lo que recordaba.

—Eso es porque de niño nunca te acercaste tanto. —Charlie sonrió relajada y se aproximó más.

—Estabas ocupado escondiéndote bajo las mesas —dijo Jessica aún a cierta distancia, por detrás.

Chica llevaba un babero atado al cuello con las palabras *LET’S EAT!* impresas en morado y amarillo contra un fondo cubierto de confeti. Del centro de la cabeza le sobresalía un penacho de plumas.

Entre Bonnie y Chica estaba el mismísimo Freddy Fazbear, que daba nombre al restaurante. Tenía pinta de ser el más simpático de los tres y parecía relajado. Era un oso pardo robusto pero estilizado que sonreía al público con un micrófono en una de las patas, una pajarita negra y una chistera. La única incongruencia era el color de sus ojos, un azul claro que sin duda no era propio de esa clase de animal. Tenía la boca abierta y los ojos entrecerrados, como si se le hubieran parado en medio de la canción.

Carlton se acercó al escenario hasta que las rodillas chocaron contra el borde.

—Eh, Freddy, cuánto tiempo —susurró.

Extendió la mano y agarró el micrófono para ver si podía soltarlo.

—¡No hagas eso! —exclamó Charlie, que levantó la mirada hacia los ojos inmóviles de Freddy, como para comprobar que no lo había notado.

Carlton retiró la mano como si hubiera tocado algo caliente.

—Lo siento.

—Venga —dijo John con una sonrisa—. ¿No queréis ver el resto?

Se desperdigaron por la sala, curiosearon por los rincones y probaron con cuidado las puertas, moviéndose como si pensaran que todo podía romperse con solo tocarlo. John se acercó al pequeño tiovivo y Carlton desapareció en el oscuro salón de juegos de la sala principal.

—Lo recordaba mucho más luminoso y ruidoso. —Sonreía como si volviera a estar en casa y recorría los mandos y los botones de plástico envejecidos con la mano. Murmuró para sí mismo—: Me pregunto si mis récords seguirán grabados.

A la izquierda del escenario había un pasillito. Mientras los otros satisfacían su propia curiosidad, Charlie se adentró en él con la esperanza de que nadie se diera cuenta de hacia dónde había ido. Al final de aquel pasadizo corto y vacío estaba el despacho de su padre, el lugar favorito de Charlie en todo el restaurante. Le gustaba jugar con sus amigos en la zona principal, pero le encantaba tener el exclusivo privilegio de poder retirarse aquí cuando su padre estaba ocupado con el papeleo. Se detuvo un instante ante la puerta cerrada con la mano apoyada en el pomo, y rebuscó entre sus recuerdos. La mayor parte de la habitación la ocupaban el escritorio, los archivadores y pequeñas cajas de piezas anodinas. En un rincón había un archivador más pequeño pintado de color salmón, aunque Charlie siempre insistía en que era rosa. Ese era suyo. En el cajón inferior guardaba juguetes y pinturas; en el de arriba, lo que a ella le gustaba llamar «mi papeleo». Eran sobre todo cuadernos para colorear y dibujos, pero en ocasiones solía acercarse al escritorio de su padre e intentar copiar con ceras y caligrafía infantil lo que él estuviera escribiendo. Charlie trató de abrir la puerta, pero estaba cerrada con llave. «Mejor así», pensó. El despacho era algo personal, y lo cierto es que prefería no abrirlo esa noche.

Regresó al comedor principal y se encontró a John contemplando pensativo el carrusel. Él la miró con curiosidad, pero no preguntó adónde había ido.

—Me encantaba este cacharro —dijo Charlie con una sonrisa.

Sin embargo, ahora las figuras parecían raras y sin vida.

John hizo una mueca como si supiera en qué estaba pensando ella.

—No es lo mismo —dijo. Pasó la mano por encima de un poni como si quiera rascarle detrás de la oreja. Apartó la mano, miró hacia otro lado y repitió—: No, no lo es.

Charlie desvió la atención para ver dónde estaban los demás y distinguió a Jessica y a Carlton vagando entre las máquinas de la sala de juegos.

Las recreativas estaban apagadas, con las pantallas vacías, y parecían lápidas gigantes.

—Nunca me gustó jugar con ellas —dijo Jessica sonriendo. Movió una palanca que chirrió por la falta de uso—. Se movían demasiado rápido. Y, cuando empezaba a saber qué hacer, me mataban y le tocaba al siguiente.

—De todas formas, estaban trucadas —dijo Carlton guiñando un ojo.

—¿Cuándo fue la última vez que jugaste a un juego de estos? —preguntó Jessica mientras observaba de cerca una de las pantallas para ver qué imagen se había quedado grabada después de tantos años de uso.

Carlton estaba ocupado sacudiendo una máquina de *pinball* para intentar liberar una bola.

—Bueno, está esa pizzería a la que voy a veces. —Dejó la máquina en su sitio y miró a Jessica—. Pero no es como Freddy's.

John volvía a recorrer el comedor pasando entre las mesas y dando golpecitos a las estrellas y las espirales que colgaban del techo. Cogió un gorro de fiesta rojo de una de las mesas, estiró la goma atada al borde y se lo puso en la cabeza de tal manera que las borlas rojas y blancas le caían a ambos lados de la cara.

—Eh, vayamos a ver la cocina —dijo.

Charlie lo siguió cuando se encaminó en esa dirección. A pesar de que la cocina les estaba prohibida a sus amigos, ella pasaba mucho tiempo allí; tanto que los cocineros la llamaban por su nombre, o al menos por el nombre con el que oían a su padre llamarla: Charlotte. John oyó que alguien la llamaba así un día en preescolar, y a partir de entonces le tomaba el pelo constantemente. Siempre conseguía provocarla. No es que no le gustara su nombre completo, era solo que para el resto del mundo ella era Charlie. Su padre la llamaba Charlotte; era como un secreto entre ellos, algo que no compartían con nadie más. El día que se marchó de Hurricane para siempre,

el día que se despidieron, John titubeó:

—Adiós, Charlie —dijo. Nunca volvió a llamarla Charlotte, ni en sus postales ni en sus cartas ni por teléfono. Ella nunca le preguntó por qué y él nunca se lo explicó.

La cocina seguía repleta de cazuelas y sartenes, pero no tenía demasiado interés nostálgico para Charlie. Volvió al espacio abierto del comedor y John la siguió. Jessica y Carlton regresaron de la sala de juegos al mismo tiempo y tropezaron en el umbral que unía las dos habitaciones.

—¿Algo interesante? —preguntó John.

—Veamos: un papel de chicle, treinta centavos… y Jessica; así que no, la verdad es que no —contestó Carlton.

Jessica le dio un puñetazo de broma en el hombro.

—Ay, ¿es que se nos había olvidado a todos?

Jessica señaló otro pasillo al otro lado del comedor con una sonrisa malvada. Se dirigió hacia él rápidamente antes de que nadie pudiera responder, y los demás la siguieron. El pasadizo era largo y estrecho; cuanto más avanzaban, menos parecía iluminar la linterna. El corredor desembocó por fin en una pequeña sala para fiestas privadas amueblada con sus propias mesas y sillas. Al entrar, todos guardaron silencio. Delante tenían un pequeño escenario con el telón cerrado y un letrero en el que ponía FUERA DE SERVICIO en cuidadosa caligrafía. Todos permanecieron inmóviles durante un minuto; después Jessica se acercó y dio un golpecito al letrero.

—La Cueva del Pirata —dijo—. Han pasado diez años y sigue fuera de servicio.

«No lo toques», pensó Charlie.

—Yo celebré un cumpleaños aquí —intervino John—, y también estaba fuera de servicio.

Agarró el borde del telón y acarició la tela brillante con los dedos.

«No —quiso decir Charlie, pero se contuvo. Se reprendió—: No seas tonta.»

—¿Creéis que sigue ahí detrás? —preguntó Jessica en tono juguetón, amenazando con descubrir de un tirón lo que había tras la cortina.

—Estoy seguro de que sí. —John esbozó una sonrisa falsa, parecía incómodo por primera vez.

«Sí, sigue ahí», pensó Charlie. Se echó atrás con cuidado, y de pronto se dio cuenta de que los dibujos y los pósteres que los rodeaban parecían

arañas en las paredes. Iluminó con la linterna imagen tras imagen, y todas ellas representaban distintas versiones del mismo personaje: un zorro pirata grande y fortachón con un parche en el ojo y un garfio en lugar de una mano, por lo general sirviendo pizza a niños con hambre.

—Esta es la sala donde tú te escondías debajo de las mesas —le dijo Jessica a Charlie intentando reír—. Pero ya eres mayor, ¿no?

Se subió al escenario con paso vacilante y casi perdió el equilibrio. John le tendió una mano para que se apoyara. Rio nerviosa, bajó la mirada hacia los demás, como si quisiera que le dijeran qué hacer, y después agarró el extremo del telón, adornado con borlas. Se puso la otra mano delante de la cara para protegérsela del polvo que caía de la tela.

—No sé si esto es buena idea. —Lo dijo entre risas, pero algo en su voz indicaba que en parte lo creía, y miró hacia abajo un instante como si estuviera tentada de bajar. Sin embargo, no se movió de allí y volvió a agarrar el borde del telón.

—Espera —dijo John—. ¿Lo oís?

Todos enmudecieron. Charlie oía sus respiraciones en el silencio. La de John era deliberadamente tranquila, la de Jessica, en cambio, era rápida y nerviosa. A medida que pensaba en ello, su propia respiración empezó a parecerle extraña, como si se le hubiera olvidado cómo hacerlo.

—Yo no oigo nada —dijo.

—Yo tampoco —añadió Jessica—. ¿Qué es?

—Música. Viene de… —Hizo un gesto hacia la sala en la que habían estado antes.

—¿Del escenario? —Charlie ladeó la cabeza—. Yo no la oigo.

—Es como una cajita de música —contestó John. Charlie y Jessica aguzaron el oído, pero sus expresiones vacías no cambiaron—. Supongo que ha parado.

—Igual era una furgoneta de los helados —musitó Jessica.

—Pues no nos vendría nada mal ahora mismo. —John agradeció aquel comentario frívolo.

Jessica volvió a concentrarse en el telón, pero John comenzó a tararear una melodía.

—Me ha recordado algo —murmuró.

—Bueno, ¡allá voy! —anunció Jessica, pero no se movió.

Charlie se sorprendió mirando fijamente la mano de Jessica que sujetaba

el telón, la manicura de sus pálidas uñas en contraste con la tela oscura y brillante. Casi parecía ese momento de silencio en el teatro en que las luces se apagaban pero el telón aún no se había levantado. Todos estaban quietos, expectantes, pero no estaban viendo una obra de teatro, ya no estaban jugando. La alegría había desaparecido del rostro de Jessica; sus pómulos destacaban entre las sombras y sus ojos tenían la expresión sombría de quien cree que lo que va a hacer tendrá unas consecuencias terribles. Mientras Jessica dudaba, Charlie se dio cuenta de que le dolía la mano; estaba cerrando el puño con tanta fuerza que se le estaban clavando las uñas en la carne, pero no fue capaz de aflojarlo.

Se oyó un ruido desde donde habían venido, un estruendo en cascada que inundó el espacio. John y Charlie se quedaron paralizados y cruzaron miradas de pánico. Jessica soltó el telón, bajó del escenario de un salto, chocó con Charlie y del golpe le arrancó la linterna de las manos.

—¡¿Dónde está la salida?! —gritó, y John se acercó a ayudar.

Palparon las paredes con urgencia. Charlie persiguió el haz de luz que se deslizaba por el suelo. Cuando todos habían recuperado la compostura, Carlton entró corriendo.

—¡He tirado una pila de cazuelas en la cocina! —exclamó a modo de disculpa.

—Pensaba que estabas aquí con nosotros —dijo Charlie.

—Quería ver si quedaba algo de comida —respondió Carlton sin aclarar si la había encontrado o no.

—¿En serio? —John se echó a reír.

—Puede que el guarda lo haya oído —dijo Jessica nerviosa—. Tenemos que salir de aquí.

Se dirigieron hacia la puerta y Jessica echó a correr. Los demás la imitaron y aceleraron al llegar al pasillo hasta alcanzar tal velocidad que parecía que algo los perseguía.

—¡Corred, corred! —exclamó John, y todos rieron nerviosos; el pánico era fingido, pero la prisa era real.

Se deslizaron por la puerta uno a uno y después Carlton y John se apoyaron en ella para cerrarla con el mismo chirrido quejoso. Todos agarraron la estantería, la pusieron en su sitio y recolocaron las herramientas para que pareciera que nadie la había tocado.

—¿Todo en orden? —preguntó Jessica, y John le tiró del brazo para

llevársela de allí.

Salieron rápido pero con cuidado, siguiendo el camino por el que habían entrado y solamente con la linterna de bolsillo de Carlton, a través de los pasillos vacíos y el atrio hasta el aparcamiento. No volvieron a ver la luz del guarda.

—Ha sido un poco decepcionante —reconoció Carlton, mirando atrás una vez más con la esperanza de que los estuvieran persiguiendo.

—¿Estás de broma? —le dijo Charlie mientras se acercaba al coche y sacaba las llaves del bolsillo. Tenía la sensación de que algo que llevaba oculto en su interior se había despertado, y no estaba segura de si era algo bueno o no.

—¡Ha sido divertido! —exclamó John.

Jessica se echó a reír.

—¡Ha sido aterrador! —replicó.

—Una cosa no quita la otra —dijo Carlton con una amplia sonrisa burlona.

Charlie se echó a reír y John la imitó.

—¿Qué? —preguntó Jessica.

Charlie sacudió la cabeza, riéndose todavía.

—Es solo que… Seguimos siendo iguales. Bueno, somos distintos y mayores y todo eso. Pero somos iguales. Carlton y tú seguís sonando como cuando teníais seis años.

—Sí, claro —contestó Jessica poniendo los ojos en blanco otra vez, pero John asintió.

—Ya sé a qué te refieres. Y Jessica también, aunque no quiera admitirlo. —Volvió la vista hacia el centro comercial—. ¿Estáis seguros de que el guarda no nos ha visto?

—Ahora podríamos escapar de él —dijo con razón Carlton, que tenía la mano apoyada en el coche.

—Supongo que sí —concedió John, pero no sonaba convencido.

—Tú tampoco has cambiado nada —dijo Jessica con cierta satisfacción—. Deja de ver problemas donde no los hay.

—Puede que no —respondió John mirando atrás una vez más—, pero deberíamos marcharnos. No quiero tentar a la suerte.

—¿Nos vemos mañana entonces? —preguntó Jessica mientras se separaban.

Carlton se despidió brevemente con la mano por encima del hombro.

A Charlie se le cayó el alma a los pies cuando Jessica se aposentó en el asiento del copiloto y se abrochó con cuidado el cinturón de seguridad. No era precisamente lo que más le apetecía. No es que no le cayera bien Jessica, solo que le resultaba incómodo estar a solas con ella. Era casi una desconocida. De todas maneras, Charlie seguía emocionada por la aventura nocturna, y la adrenalina que conservaba le daba una mayor confianza. Sonrió a Jessica. Después de esa noche tenían algo en común de verdad.

—¿Sabes llegar al motel? —le preguntó.

Jessica asintió y cogió el bolso que tenía a sus pies. Era pequeño, negro y de correa larga; antes, Charlie ya la había visto sacar de él un brillo de labios, un espejo, un paquete de caramelos de menta, un kit de costura y un cepillo de pelo diminuto. Ahora extrajo un cuaderno pequeño y un bolígrafo. Charlie sonrió.

—Oye, ¿cuántas cosas llevas ahí dentro? —le preguntó, y Jessica la miró con una sonrisa.

—Los secretos de El Bolso no se revelan jamás —dijo juguetona, y ambas se echaron a reír.

Jessica comenzó a darle las indicaciones y su amiga obedeció girando a izquierda y a derecha sin prestar demasiada atención a lo que la rodeaba.

Jessica ya las había registrado, así que fueron directamente a la habitación, una caja de zapatos beis con dos camas de matrimonio cubiertas con brillantes colchas marrones. Charlie dejó su equipaje junto a la cama que estaba más cerca de la puerta y Jessica fue hacia la ventana.

—Como puedes ver, he tirado la casa por la ventana y he cogido la habitación con vistas —dijo abriendo dramáticamente las cortinas para revelar dos contenedores y un arbusto seco—. Creo que organizaré mi boda aquí.

—Claro —dijo Charlie, divertida.

La pinta de estirada y el aspecto de modelo de Jessica enseguida hacían olvidar que también era muy lista. Recordaba que de pequeña se sentía un poco intimidada cada vez que se juntaban para jugar, y pocos minutos después se daba cuenta de cuánto le gustaba aquella niña. Se planteó si le resultaría difícil hacer amigos con aquella apariencia, pero no era el tipo de

pregunta que se le podía hacer a alguien sin más.
Jessica se dejó caer en la cama mirando hacia Charlie.
—Bueno, háblame de ti —le dijo en tono confidencial, imitando la voz de presentadora de un programa de entrevistas o la de una madre cotilla.
Charlie se encogió de hombros, incómoda.
—¿A qué te refieres? —preguntó.
Jessica se echó a reír.
—¡No lo sé! Qué pregunta tan horrible, ¿no? ¿Cómo se responde a eso? Veamos, ¿qué tal el instituto? ¿Algún chico guapo?
Charlie se tumbó en la cama en la misma postura que Jessica.
—¿Chicos guapos? ¿Cuántos años tenemos? ¿Doce?
—¿Y bien? —insistió Jessica, impaciente.
—No lo sé. La verdad es que no. —Su clase era demasiado pequeña. Conocía a la mayoría desde que se mudó a casa de la tía Jen, y salir con alguno de ellos, verlos de «esa manera», le resultaba forzado y muy poco interesante. Se lo contó a Jessica—. La mayoría de las chicas, si quieren salir con alguien, se buscan tíos mayores.
—¿Y tú no tienes uno de esos? —le pinchó Jessica.
—Qué va. He pensado que prefiero esperar a que los de nuestra edad crezcan un poco.
—¡Muy bien! —Jessica estalló en una carcajada y enseguida pensó en algo que contarle—: El año pasado hubo un tío, Donnie. Estaba chiflada por él, en serio. Era simpatiquísimo con todo el mundo. Iba siempre vestido de negro y su pelo oscuro y rizado era tan denso que cuando me sentaba detrás de él solo podía pensar en hundir mi cara en sus tirabuzones. Me distraía tanto que acabé sacando un sobresaliente bajo en trigonometría. Era superartístico, un poeta, llevaba consigo uno de esos cuadernos de cuero negro en los que siempre estaba garabateando algo, pero que nunca le enseñaba a nadie. —Suspiró, soñadora—. Pensé que si conseguía que me enseñara sus poemas, conocería de verdad su alma, ¿sabes?
—¿Y llegó a hacerlo? —preguntó Charlie.
—Oh, sí —contestó asintiendo con énfasis—. Al final le pedí que saliéramos juntos, porque era muy tímido y no me lo iba a pedir nunca, y fuimos al cine y nos besamos un poco, y después subimos a la azotea de su edificio y le conté que quería estudiar civilizaciones antiguas y trabajar en excavaciones arqueológicas y todo eso. Y él me enseñó sus poemas.

—¿Y descubriste el fondo de su alma? —preguntó Charlie, emocionada por participar en una conversación de chicas, algo que le parecía completamente nuevo en su vida. Asentía con entusiasmo. «Pero no demasiado», se calmó a sí misma mientras Jessica se echaba hacia delante en la cama para susurrarle:

—Los poemas eran horribles. No sabía que fuera posible ser melodramático y aburrido al mismo tiempo. Al leerlos, sentí vergüenza ajena. —Se tapó la cara con las manos y Charlie se echó a reír.

—¿Y qué hiciste?

—¿Qué iba a hacer? Le dije que aquello no funcionaba y me fui a casa.

—Espera, ¿justo después de leer sus poemas?

—Todavía tenía el cuaderno en las manos.

—¡Jessica, eso es horrible! ¡Seguro que le rompiste el corazón!

—¡Lo sé! Me sentí fatal, pero fue como si las palabras me salieran solas de la boca. No pude evitarlo.

—¿Volvió a hablarte alguna vez?

—Sí, claro, es de lo más amable. Pero ahora estudia estadística y economía y lleva chalecos de lana.

—¡Te lo cargaste! —Charlie le tiró una almohada a Jessica, que se incorporó y la cazó.

—¡Lo sé! Seguramente se convertirá en un inversor millonario, en lugar de un artista famélico, y todo por mi culpa. —Sonrió—. Bah, seguro que algún día me lo agradecerá.

Charlie negó con la cabeza.

—¿De verdad quieres ser arqueóloga?

—Sí —respondió Jessica.

—Vaya. Perdona, pensaba que… —Sacudió la cabeza—. Perdona, es genial.

—Pensabas que quería hacer carrera en la moda —dijo Jessica.

—La verdad es que sí.

—No pasa nada. Yo también lo creía. Quiero decir que me encanta la moda, sí, pero me parece que no da para mucho, ¿sabes? Y me parece increíble pensar en cómo vivía la gente hace mil años, o dos mil, o diez mil. Eran iguales que nosotros, pero completamente distintos. Me gusta imaginarme viviendo en otras épocas, otros lugares, pensar en quién habría sido. Pero, bueno, ¿y tú?

Charlie se tumbó boca arriba mirando al techo de piezas sueltas de poliestireno manchado; la que tenía encima estaba torcida. «Espero que no haya bichos ahí arriba», pensó.

—No lo sé —dijo lentamente—. Creo que es genial que sepas lo que quieres ser, pero la verdad es que yo nunca he tenido un plan.

—Bueno, tampoco hace falta que lo sepas ya.

—Puede —contestó Charlie—. Pero no sé, tú ya sabes a qué quieres dedicarte; John sabía que quería ser escritor desde que consiguió sostener un lápiz en la mano, y ya le están publicando; incluso Carlton… No sé qué plan tiene, pero es evidente que detrás de todas esas bromas hay una estrategia elaborada. En cambio, yo voy sin rumbo.

—En realidad, no importa. Yo diría que la mayoría de la gente de nuestra edad tampoco tiene ni idea. Además puede que cambie de opinión o que no entre en la universidad o cualquier cosa. Es imposible saber qué pasará. Oye, voy a cambiarme. Necesito dormir.

Entró en el baño y Charlie se quedó donde estaba, contemplando aquel techo de aspecto lamentable. Tenía la impresión de que su completo rechazo a pensar en el pasado o en el futuro se estaba convirtiendo en un defecto. «Vive el presente —solía decir la tía Jen, y Charlie se lo había tomado muy a pecho—. No te regodees en el pasado; no te preocupes por lo que quizá nunca suceda.» En octavo se había apuntado a un taller con la vaga esperanza de que la mecánica despertara en ella algo del talento de su padre, que desatara una pasión heredada latente, pero no fue así. Construyó una casa de pájaros chapucera para el jardín trasero, no volvió a apuntarse a ningún otro taller, y la casa para pájaros solo atrajo a una ardilla que la derribó de inmediato.

Jessica salió del baño con un pijama de rayas rosas. Charlie entró, se cambió y se cepilló los dientes a toda prisa para ir a la cama. Para cuando salió, Jessica ya estaba bajo las mantas y con la luz de su mesilla apagada. Charlie apagó también la suya, pero la luz del aparcamiento se filtraba por la ventana a través de los contenedores. Volvió a levantar la mirada hacia el techo con las manos detrás de la cabeza.

—¿Sabes qué pasará mañana? —preguntó.

—La verdad es que no —respondió Jessica—. Sé que habrá una ceremonia en el colegio.

—Sí, eso lo sé. Pero ¿tendremos que hacer algo? ¿Querrán que hablemos,

por ejemplo?

—No creo —dijo Jessica—. ¿Por qué? ¿Quieres decir algo?

—No, solo me lo preguntaba.

—¿Sueles pensar en él? —preguntó Jessica.

—A veces. Intento no hacerlo —contestó Charlie con una verdad a medias. Había sepultado el tema de Michael en su cabeza, lo había escondido tras un muro mental al que nunca se acercaba. Evitar el tema no le suponía un esfuerzo; de hecho, ahora le costaba pensar en él—. ¿Y tú?

—La verdad es que no. Es raro, ¿verdad? Sucede algo, lo peor que puedas imaginar, y en ese momento se te queda grabado como si fuera a ser así para siempre. Y pasan los años y se convierte en una cosa más de las que te han sucedido. No es que no sea importante ni terrible, pero ya pasó, como todo lo demás. ¿Sabes lo que quiero decir?

—Creo que sí —dijo Charlie. Claro que lo sabía—. Simplemente intento no pensar en ello.

—Yo igual. Justo la semana pasada fui a un funeral.

—Lo siento —dijo Charlie incorporándose—. ¿Estás bien?

—Sí, tranquila. Casi no lo conocía, no era más que un pariente mayor que vivía lejos. Creo que lo vi una vez, pero casi no me acuerdo de él. Fuimos sobre todo por mi madre. Pero fue un velatorio a la antigua usanza, como en las películas, de cuerpo presente. Todos pasamos junto al ataúd. Cuando me llegó el turno, lo miré, y era como si estuviera dormido, ¿sabes? Tranquilo y reposado, como siempre dicen que parecen los muertos. Nada de lo que veía me hacía pensar en que hubiera fallecido; todos los rasgos de su cara tenían el mismo aspecto que si estuviera vivo. La piel estaba igual, el pelo estaba igual. Pero no estaba vivo, y yo lo sabía. Lo habría sabido de inmediato aunque no hubiera estado en un ataúd.

—Ya sé a qué te refieres. Hay algo en ellos cuando están… —dijo Charlie con suavidad.

—Suena tonto cuando lo digo. Pero cuando lo miré parecía muy vivo, y, sin embargo, sabía…, tenía la certeza de que no lo estaba. Me puso la piel de gallina.

—Es lo peor, ¿verdad? —dijo Charlie—. Cosas que actúan como si estuvieran vivas pero no lo están.

—¿Qué?

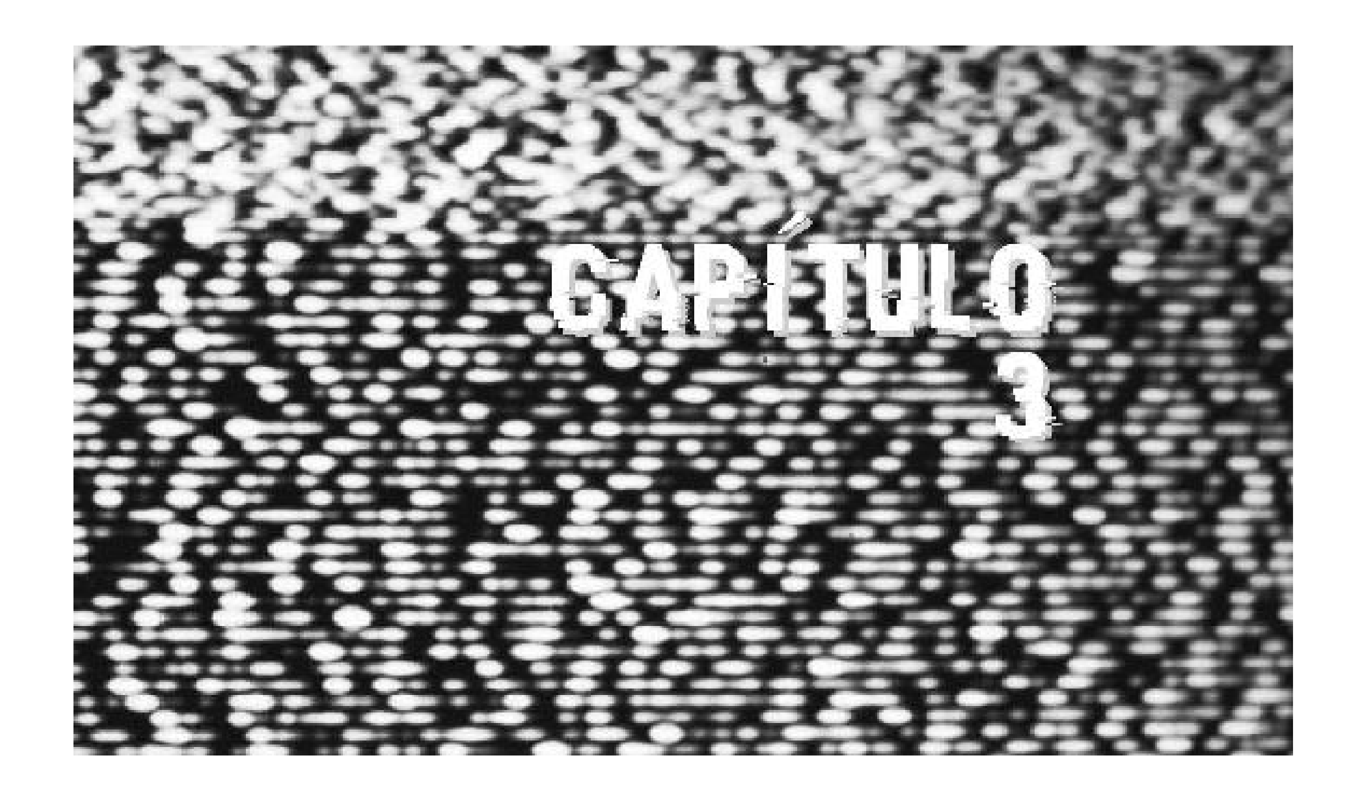
—Quería decir cosas que parecen vivas pero no lo están —añadió Charlie

rápidamente—. Deberíamos dormir. ¿Has puesto la alarma?

—Sí —dijo Jessica—. Buenas noches.

—Buenas noches.

Charlie sabía que le costaría un buen rato conciliar el sueño. También sabía a qué se refería su amiga, probablemente mejor que la propia Jessica. El brillo artificial de unos ojos que te seguían cuando te movías, como harían los de una persona de verdad. Los ligeros bandazos de animales realistas que no se desplazaban como lo haría un ser vivo. Los fallos ocasionales de programación que hacían que pareciera que un robot había hecho algo nuevo, algo creativo. Su infancia había estado repleta de ellos, había crecido en esa extraña franja entre lo vivo y lo no vivo. Ese había sido su mundo. Y el de su padre. Charlie cerró los ojos. «¿Cómo la afectaría todo aquello?»



*P*um. Pum. Pum.

Charlie se despertó sobresaltada y desorientada. Algo golpeaba la puerta intentando entrar.

—Por el amor de Dios —dijo Jessica de mal humor.

Charlie parpadeó y se incorporó.

«Claro.» El motel. Hurricane. Alguien llamaba a la puerta. Mientras Jessica iba a abrir, Charlie se levantó de la cama y miró el reloj. Eran las diez de la mañana. Miró por la ventana hacia la luz del nuevo día. Había dormido peor de lo habitual, sin pesadillas pero con sueños oscuros que no recordaba del todo, cosas que se le habían quedado en el subconsciente, imágenes que no conseguía recuperar.

—¡Charliiiiie! —chilló alguien.

Se acercó a la puerta y se vio inmediatamente envuelta en los brazos rollizos de Marla, que la sujetaban como una pinza. Charlie le devolvió el abrazo con más fuerza de la que pretendía. Cuando Marla la soltó, dio un paso atrás con una sonrisa. Siempre había tenido un carácter intenso y contagioso, y su humor se extendía a cualquiera que tuviera contacto con

ella. Cuando estaba triste, el sol se escondía tras su nubarrón y un velo gris caía sobre todos sus amigos. Cuando estaba contenta, como ahora, era inevitable que levantara el ánimo a los demás. Siempre estaba emocionada, siempre estaba algo dispersa, siempre daba la impresión de estar llegando tarde, a pesar de que casi nunca se retrasaba. Llevaba una blusa amplia granate que le quedaba bien porque realzaba el tono pálido de su piel y su pelo castaño oscuro.

Charlie había mantenido más contacto con Marla que con los demás, ya que era el tipo de persona con el que resultaba fácil conservar la amistad, incluso a distancia. Ya de niña siempre enviaba cartas y postales, sin importarle que Charlie no respondiera a todas ellas. Era firmemente positiva y daba por sentado que caía bien a todo el mundo a no ser que alguien afirmara lo contrario con las palabrotas correspondientes. Charlie admiraba esa cualidad; a pesar de no ser tímida, ella siempre se preguntaba: «¿Le caigo bien a esa persona? ¿O solo está siendo educada? ¿Cómo nota la gente la diferencia?». Marla había ido a visitarla una vez cuando tenían doce años. Encandiló a la tía de Charlie y enseguida se hizo amiga de sus compañeros del colegio, aunque dejando muy claro que era amiga de Charlie y que solo estaba allí para verla a ella.

La sonrisa gigante de Marla se esfumó cuando examinó a Charlie; la escudriñó con la mirada como intentando encontrar las diferencias desde la última vez que se habían visto.

—Estás tan pálida como siempre. —Tomó las manos de su amiga entre las suyas—. Y sudorosa. ¿Es que nunca entras en calor?

Dejó caer las manos de Charlie y procedió a analizar escéptica la habitación del motel, como si no estuviera segura de qué era.

—Es la *suite* de lujo —comentó Jessica mientras buscaba algo en la maleta. El pelo le apuntaba en todas direcciones. Charlie se aguantó la risa. Era agradable ver a Jessica desaliñada por una vez. Encontró el cepillo del pelo y lo levantó triunfal—. ¡Ja! ¡Toma esa, pelo encrespado!

—Entra —dijo Charlie al darse cuenta de que Marla y ella seguían en el umbral y que la puerta estaba abierta de par en par.

—Un segundo. ¡JASON! —gritó por la puerta. No apareció nadie—. ¡JASON!

Un muchacho llegó brincando desde la carretera. Era bajito y delgado, de piel más oscura que la de su media hermana. La camiseta de Batman y los

pantalones cortos negros que llevaba eran del doble de su talla. Tenía el pelo corto y los brazos y las piernas manchados de tierra.

—¿Estabas jugando en la carretera? —le preguntó Marla.

—No…

—Sí, así es. No lo hagas. Si te matas, mamá me echará la culpa a mí. Entro. —Marla empujó a su hermano pequeño dentro y sacudió la cabeza.

—¿Cuántos años tienes ya? —preguntó Charlie.

—Once —respondió Jason. Se acercó al televisor y empezó a toquetear los botones.

—Deja eso —dijo Marla—. Juega con tus muñecos.

—No soy un niño pequeño. Y, además, están en el coche.

Sin embargo, se apartó de la televisión y fue a mirar por la ventana. Marla se frotó los ojos.

—Acabamos de llegar. Hemos tenido que salir a las seis de la mañana, y uno que yo me sé —dijo acusadora mirando por encima del hombro a Jason — no ha dejado de juguetear con la radio. Estoy agotada.

No tenía aspecto de estar cansada, pero la verdad es que nunca lo parecía. De niñas, cuando dormían en casa de algún amigo, Charlie la recordaba saltando de un lado a otro como una loca mientras los demás iban perdiendo energía, y después se quedaba dormida de golpe, como un personaje de dibujos animados al que le hubieran golpeado con un rodillo de cocina.

—Deberíamos prepararnos —dijo Jessica—. Se supone que hemos quedado con los chicos dentro de una hora en la cafetería.

—¡Daos prisa! —dijo Marla—. Nosotros también tenemos que cambiarnos. No quería mancharme en el coche.

—Jason, puedes poner la tele —dijo Charlie mirando a Marla, que asintió.

El niño sonrió, encendió el aparato y empezó a repasar todos los canales.

—Deja algo, por favor —le pidió Marla.

Charlie fue al baño para vestirse mientras Jessica se peleaba con su pelo.

Algo menos de una hora después estaban aparcando en el restaurante. Los demás ya estaban allí, en la misma mesa que habían ocupado la tarde anterior. Cuando entraron, Marla completó una segunda ronda de grititos y abrazos, algo más discreta ahora que estaban en público. Lamar, eclipsado

por el entusiasmo de la chica, se puso de pie, saludó con la mano a Jessica y a Charlie, y esperó a que Marla se sentara.

—Hola, chicas —dijo por fin.

Llevaba una corbata oscura y un traje gris marengo. Era alto y delgado, y llevaba el pelo al rape; tenía rasgos afilados y atractivos, y parecía algo mayor que los demás. Puede que fuera el traje, pero Charlie pensó que se debía a su postura: parecía que podía estar cómodo en cualquier lugar.

Todos se habían arreglado un poco para la ceremonia. Marla se había cambiado en el motel, y tanto ella como Jessica llevaban vestidos. El de Jessica era hasta la rodilla y la tela ligera: se movía cuando caminaba y estaba cubierta de flores color pastel. El de Marla era sencillo, blanco con un estampado de grandes girasoles. A Charlie no se le había ocurrido meter un vestido en la maleta, y esperaba no parecer fuera de lugar con sus pantalones negros y aquella camisa blanca. John llevaba una camisa morada clara, aunque le había añadido una corbata a juego en un tono algo más oscuro; por su parte, la ropa de Carlton parecía idéntica a la del día anterior, también completamente negra. Se sentaron.

—Pero qué guapos que estamos todos —dijo Marla, contenta.

—¿Dónde está Jason? —Jessica giró la cabeza de un lado a otro.

Marla lanzó un quejido.

—Enseguida vuelvo. —Se deslizó fuera del banco y fue corriendo hacia la puerta.

—Lamar, ¿qué es de tu vida? —preguntó Charlie.

El chico sonrió.

—Aquí tenemos a míster universidad de élite —bromeó Carlton.

Lamar bajó un poco la mirada, pero sonreía.

—Preadmitido —fue todo lo que dijo.

—¿En cuál? —quiso saber Jessica.

—Cornell.

—Espera, ¿ya has pedido plaza en la universidad? —dijo Charlie—. Pero si no es hasta el año que viene. Yo ni siquiera sé adónde quiero ir.

—Se saltó sexto —explicó John. Algo cruzó brevemente su rostro, y Charlie supo qué era. A John le gustaba ser el listo, el precoz. De niño, Lamar era bastante inútil, y ahora se había puesto en cabeza. John forzó una sonrisa y se le pasó—. Felicidades.

Marla irrumpió de nuevo en la cafetería, esta vez tirando del brazo de

Jason. Le había hecho ponerse una americana y un pantalón caqui en el hotel, aunque seguía llevando sus deportivas Nike.

—Ya voy, suéltame —lloriqueaba.

—¿Este es Jason? —preguntó Carlton.

—Sí —contestó el niño.

—¿Te acuerdas de mí? —dijo Carlton.

—No me acuerdo de ninguno de vosotros —respondió con descaro.

—Siéntate ahí —le ordenó Marla señalando la mesa de al lado.

—Vale —gruñó él.

—Puede sentarse con nosotros, Marla —dijo Jessica—. Ven aquí, Jason.

—Quiero sentarme aquí —dijo él, y ocupó el banco detrás de ellos. Se sacó una videoconsola del bolsillo y se olvidó del resto del mundo.

La camarera se acercó y pidieron; Marla le dijo que incluyera el desayuno de su hermano en la cuenta. Cuando llegó la comida, Charlie miró la hora.

—No tenemos mucho tiempo —avisó.

—Llegaremos a la hora, no está lejos —dijo Carlton. Se le cayó un pedacito de comida mientras señalaba la carretera.

—¿Has vuelto alguna vez al colegio? —le preguntó Lamar.

Carlton se encogió de hombros.

—Paso por ahí a veces. Ya sé que para todos vosotros esto es una excursión nostálgica, pero yo vivo aquí y ya está, y no es que me pase el día recordando mi época preescolar.

Todos callaron un instante; los pitidos y ruidos del videojuego de Jason llenaban el silencio.

—Eh, ¿sabías que Lamar va a ir a Cornell el año que viene? —le dijo Jessica a Marla.

—¿En serio? Pero mira que eres listo —lo alabó ella.

Lamar bajó la vista hacia el plato. Cuando la levantó estaba un poco sonrojado.

—Todo forma parte del plan quinquenal —dijo. Los demás se rieron y él se puso más rojo aún. Cambió rápidamente de tema—: Es raro estar de vuelta.

—Lo raro es que yo sea el único que sigue viviendo aquí —dijo Carlton—. Nadie se marcha nunca de Hurricane.

—Bueno, no es tan raro, ¿no? —dijo Jessica, pensativa—. Mis padres… Acuérdate, mi madre es de Nueva York, y solía hacer chistes sobre regresar

allí. «Cuando vuelva a Nueva York…» Pero bien podría haber dicho: «Cuando gane la lotería…». No lo decía en serio. Y entonces, justo después de que Michael… Justo después, dejó de bromear y tres meses más tarde estábamos todos en un avión para visitar a su hermana en Queens, y ya no volvimos. El padre de mi padre murió cuando yo tenía nueve años, y vinieron a Hurricane al funeral, pero sin mí. No querían que volviera, y la verdad es que yo tampoco. Estuve nerviosa todo el tiempo que pasaron fuera. No hacía más que mirar por la ventana con la esperanza de que regresaran pronto, con la sensación de que les sucedería algo malo si se quedaban demasiado tiempo.

Se miraron unos a otros pensativos. Charlie sabía que todos se habían mudado, todos menos Carlton, pero nunca había pensado en ello; al fin y al cabo, la gente se muda constantemente. Sin embargo, Carlton tenía razón, nadie se marchaba de Hurricane.

—Nosotros nos mudamos el verano después de tercero porque mi padre consiguió otro trabajo —dijo John—. No es nada misterioso. Lamar, tú te marchaste a mitad de ese curso, ¿no?

—Sí. Pero porque, cuando mis padres se separaron, yo me fui con mi madre a Indianápolis. —Frunció el ceño—. Aunque mi padre también se mudó, está en Chicago.

—Mis padres se marcharon por Michael —dijo Marla. Todos se volvieron hacia ella—. Después de lo que pasó, mi madre no conseguía dormir. Decía que los espíritus de la ciudad estaban inquietos. Mi padre le respondía que no eran más que estupideces, pero de todas formas nos marchamos en cuanto pudimos. —Marla miró a sus amigos y añadió en tono defensivo—: ¿Qué? No soy yo la que cree en fantasmas.

—Yo sí —dijo Charlie. Tenía la impresión de estar hablando desde muy lejos; casi se sorprendió de que pudieran oírla—. Bueno, en fantasmas no, pero sí en… recuerdos. Creo que permanecen, haya alguien o no.

La casa, su antigua casa, estaba impregnada de recuerdos, de pérdida, de nostalgia. Todo aquello pendía en el aire como si fuera humedad; las paredes estaban empapadas, parecía que la madera lo había absorbido. Ya estaba allí antes de que ella llegara, seguía en el ambiente y permanecería para siempre. Así debía ser. Era demasiado como para que Charlie lo hubiera traído con ella.

—Eso no tiene ningún sentido —replicó Jessica—. Los recuerdos están

en nuestras cabezas, literalmente almacenados en el cerebro. Se ve en los escáneres. No existen fuera de la mente de las personas.

—Yo no estoy seguro —intervino John—. Piensa en todos esos sitios que tienen cierta… atmósfera. Casas antiguas, lugares en los que entras y te sientes triste o melancólico, a pesar de no haber estado allí antes.

—Pero eso no son recuerdos de otras personas —dijo Lamar—. Son señales del subconsciente, detalles que percibimos sin darnos cuenta y que nos dicen que debemos sentirnos de una manera determinada. La pintura desconchada, los muebles anticuados y las cortinas de encaje son elementos que nos invitan a sentirnos nostálgicos. Seguramente porque lo vemos en las películas. Una vez, cuando tenía cuatro años, me perdí en una feria. Nunca he estado más asustado en mi vida, pero no creo que nadie sienta una añoranza repentina por su madre cuando pasa junto a aquella noria.

—Quizá sí —dijo Marla—. No sé, a veces hay instantes en los que tengo la sensación de haber olvidado algo, algo de lo que me arrepiento o que me hace feliz, o algo que me da ganas de llorar, pero solo durante una milésima de segundo, y después desaparece. Puede que todos vayamos dejando nuestros miedos, remordimientos y esperanzas allá donde vamos, y percibimos el rastro de personas a las que no hemos conocido. Igual está por todas partes.

—¿Qué diferencia hay entre eso y creer en fantasmas? —preguntó Lamar.

—Es completamente diferente —respondió Marla—. No es sobrenatural y no estoy hablando de las almas de los muertos. No es más que… el rastro que dejan las personas en el mundo.

—O sea, ¿espíritus de gente viva? —insistió Lamar.

—No.

—Estás diciendo que la gente tiene una especie de esencia que puede permanecer en un lugar concreto una vez que la persona se ha marchado. Eso es un fantasma.

—¡No, no lo es! No me estoy explicando bien —dijo Marla. Cerró los ojos un momento para pensar. Por fin dijo—: Vale, ¿os acordáis de mi abuela?

—Yo sí —dijo Jason—. También era mi abuela.

—Era la madre de mi padre, no del tuyo —replicó Marla—. De todas formas, solo tenías un año cuando murió.

—Pero sí que me acuerdo de ella —dijo Jason en voz baja.

—Vale. Pues coleccionaba muñecas de la época de su infancia. Después de que mi abuelo se jubilara, viajaban muchísimo y se las traía de todo el mundo: Francia, Egipto, Italia, Brasil, China, de todas partes. Las guardaba en una habitación especial para ellas, estanterías y más estanterías de muñecas, algunas de ellas pequeñas y otras casi tan grandes como yo. A mí me encantaban; uno de mis primeros recuerdos es estar jugando con ellas en aquel cuarto. Me acuerdo de que mi padre siempre me pedía que tuviera cuidado, y mi abuela se echaba a reír y decía: «Los juguetes son para jugar».

»Mi favorita era una pelirroja de medio metro con un vestido corto y blanco brillante, como Shirley Temple. La llamaba Maggie. Era de los años cuarenta y me encantaba. Se lo contaba todo, y cuando me sentía sola, me imaginaba a mí misma jugando con ella en esa habitación. Mi abuela murió cuando yo tenía seis años, y cuando mi padre y yo fuimos a visitar a mi abuelo después del funeral, me dijo que eligiera una muñeca de la colección y me la quedara. Fui al cuarto a por Maggie, pero en cuanto crucé el umbral me di cuenta de que ya no era lo mismo.

»Era como si la luz hubiera cambiado, como si fuera más oscura y dura de lo normal. Miré a mi alrededor y las posturas alegres y juguetonas de las muñecas parecían ahora antinaturales, deslavazadas. Tenía la sensación de que todas me miraban fijamente, y no sabía lo que querían. Maggie estaba en un rincón y di un paso hacia ella, pero me detuve. La miré a los ojos y en lugar de vidrio pintado vi a una desconocida. Me di la vuelta y salí corriendo. Corrí por el pasillo como si algo me persiguiera y no me atreví a mirar atrás hasta que llegué donde mi padre. Me preguntó si había elegido una muñeca y yo me limité a negar con la cabeza. Nunca volví a la habitación.

Todos enmudecieron. Charlie estaba paralizada imaginando a la pequeña Marla corriendo para salvarse.

—¿Qué pasó con las muñecas? —preguntó Carlton, rompiendo el hechizo solo a medias.

—No lo sé, creo que mi madre se las vendió a otro coleccionista cuando murió mi abuelo.

—Lo siento, Marla —dijo Lamar—, siguen siendo jugarretas de la mente. Echabas de menos a tu abuela, tenías miedo de la muerte, y las muñecas son extrañas de por sí.

Charlie intervino para zanjar la discusión.
—¿Hemos acabado todos de comer? Tenemos que irnos enseguida.
—Todavía tenemos mucho tiempo —dijo Carlton mirando la hora—. Está como a cinco minutos.
Se le cayó un pedacito más de comida de la boca que aterrizó junto al anterior. John recorrió con la mirada a todos y cada uno de los que estaban sentados a la mesa, como si estuviera esperando algo.
—Tenemos que contárselo —dijo mirando a Charlie.
—¡Ay, sí, es verdad! —exclamó Jessica.
—¿Contarnos qué? —intervino Jason mirando por encima del asiento de Marla.
—Shh —dijo Marla, no muy convencida, y miró a John—. ¿Contarnos qué?
John bajó la voz, lo que obligó a todos a inclinarse hacia él. Charlie también se acercó, deseando oírlo, a pesar de que sabía perfectamente lo que iba a decir.
—Anoche fuimos a Freddy's —dijo.
—¿Sigue ahí? —exclamó Marla, demasiado alto.
—¡Shhh! —hizo Jessica gesticulando con las manos.
—Perdón —susurró Marla—. Es que no puedo creer que Freddy's siga donde estaba.
—Es que no es así —dijo Carlton levantando las cejas y sonriendo enigmáticamente a Lamar.
—Está escondido —explicó John—. Se suponía que iban a derribarlo para erigir allí un centro comercial, pero no lo hicieron. Se limitaron a construir alrededor.
—A sepultarlo más bien —le corrigió Carlton.
—¿Y entrasteis? —preguntó Lamar.
Charlie asintió.
—No puede ser.
—¿Cómo era? —quiso saber Marla.
—Estaba exactamente igual —contestó John—. Era como si…
—Como si la gente se hubiera desvanecido —dijo Charlie con suavidad.
—¡Yo también quiero ir! Tenéis que llevarnos —dijo Marla.
Jessica carraspeó, dudando. Todos la miraron.
—No lo sé —dijo despacio—. Quiero decir, ¿precisamente hoy? ¿Creéis

que deberíamos?

—Tenemos que verlo —dijo Lamar—. No podéis contarnos esto y no dejarnos ir.

—Yo quiero verlo —se metió Jason—. ¿Qué es Freddy's?

Lo ignoraron. El chico tenía los ojos abiertos como platos y estaba atento a cada palabra.

—Puede que Jessica tenga razón —dijo John, reticente—. Puede que sea una falta de respeto ir hoy.

Se hizo un silencio momentáneo y Charlie supo que estaban esperando a que ella dijera algo. Era la única a la que tenían miedo de ofender de verdad; necesitaban su permiso.

—Deberíamos ir —afirmó—. No creo que sea una falta de respeto. Es casi una forma de honrar… lo que sucedió.

Miró a su alrededor. Jessica asintió. Charlie no estaba segura de que fuera un argumento válido, pero no era preciso convencerlos; solo necesitaban una excusa.

Marla se dio la vuelta para mirar el plato de Jason.

—¿Has terminado de comer?

—Ajá —respondió.

Marla señaló el videojuego que tenía en la mano.

—Sabes que no puedes jugar con eso durante la ceremonia.

—Ajá.

—Lo digo en serio, Jason. Voy a cerrar el coche con eso dentro.

—¿Y por qué no conmigo también? —murmuró.

—Me encantaría —dijo Marla entre dientes volviéndose hacia el grupo —. Vale, ya podemos irnos.

Condujeron hasta el colegio en caravana, con los chicos en el coche de Carlton, Marla detrás, y Charlie en la cola.

—Tendríamos que haber compartido coche para venir —dijo Jessica, distraída mirando por la ventanilla.

A Charlie no se le había ocurrido.

—Supongo —respondió.

—Aunque, por otra parte, no sé si habría querido ir con Marla y Jason —añadió Jessica sin rodeos.

—Son bastante intensos, sí.

Cuando llegaron, el aparcamiento ya estaba a rebosar. Charlie aparcó en

una bocacalle, en lo que esperaba que fuera una plaza legal, y caminaron hasta el colegio por la acera que tan familiar les resultaba.

Jessica se estremeció.

—Tengo la piel de gallina.

—Es raro estar aquí —dijo Charlie.

El colegio parecía igual por fuera, pero la valla estaba nueva e impecable, una tela metálica negra revestida con plástico. El pueblo entero era así, una mezcla de lo viejo y lo nuevo, de lo conocido y lo desconocido. Lo que había cambiado parecía fuera de lugar, y lo que seguía igual hacía que Charlie se sintiera fuera de lugar. «Para Carlton debe de ser muy raro vivir aquí», pensó. «Ya sé que para todos vosotros esto es una excursión nostálgica, pero yo vivo aquí y ya está», había dicho. Por algún motivo, Charlie no se lo creía del todo.

Cuando llegaron a la cancha que había detrás del edificio, las gradas ya estaban llenas. Se habían colocado varias filas de sillas plegables para ofrecer más asientos. Charlie distinguió a Marla y a los chicos delante del todo.

—Vaya, genial —se lamentó—. No quiero sentarme en primera fila.

—A mí no me importa —contestó Jessica.

Charlie la miró.

«Pues claro que no —le habría gustado decir—. Porque tú eres… tú.»

—Tienes razón, no es para tanto —dijo en cambio, y mientras avanzaban hacia el grupo comentó—: Ha venido medio pueblo.

Les habían guardado dos sitios. Había uno libre en primera fila, junto a Carlton, y otro justo detrás, junto a Marla. Jessica le hizo un gesto a Charlie y se sentó al lado del chico. Se inclinó hacia él y comenzaron a cuchichear. Charlie le repitió a Marla:

—Ha venido un montón de gente.

—Sí. Es un pueblo pequeño, ya sabes. Lo de Michael… fue tremendo. Además, sus padres siguen viviendo aquí. La gente se acuerda.

—La gente se acuerda —repitió Charlie en voz baja.

Tenían delante un pequeño escenario elevado, con un atril y cuatro sillas. Detrás de las sillas había una pantalla en la que se proyectaba un enorme primer plano de Michael. No es que fuera favorecedor (tenía la cabeza echada hacia atrás en un ángulo extraño y se reía con la boca abierta), pero era perfecto. Un momento de alegría captado y guardado, no algo

preparado. Parecía feliz.

—Maldita sea —dijo Marla en voz baja.

Charlie la miró. Se estaba secando los ojos con un pañuelo. La rodeó con el brazo.

—Lo sé.

El equipo de sonido se encendió de pronto con un zumbido que se fue desvaneciendo. Cuatro personas se subieron al escenario: un hombre fornido de traje que fue directo hacia el micrófono, una mujer mayor y una pareja, un hombre y una mujer. El hombre del traje se acercó al atril y la anciana se sentó en una de las cuatro sillas. La pareja se quedó detrás, pero no se sentó. Charlie sabía que debían de ser los padres de Michael, pero no los reconoció. Cuando eran niños, no eran más que padres, una especie que pasaba desapercibida para ellos casi todo el tiempo. Cayó en la cuenta de que ni siquiera sabía cómo se llamaban; los padres de Michael no se esforzaban demasiado por interactuar con los amigos de su hijo, y Charlie se dirigía a ellos como «mamá de Michael» y «papá de Michael», como si esa fuera la forma de hablarle a alguien.

El hombre del atril se presentó como el director del colegio. Dijo algunas palabras sobre la pérdida y la comunidad y la belleza efímera de la juventud. Habló brevemente sobre la bondad de Michael, su talento artístico, y lo mucho que impresionaba a todo el que lo conocía, incluso de muy pequeño. Era verdad, reflexionó Charlie. Michael había sido un niño más carismático de lo normal. No era exactamente un líder, pero todos acababan queriendo contentarlo, hacerlo sonreír, así que a menudo hacían lo que sabían que él quería hacer con el solo objetivo de satisfacerlo.

El director terminó y presentó a los padres de Michael, Joan y Donald Brooks. Estos permanecieron de pie junto al atril, incómodos, recorriendo una a una las caras del público con la mirada, como si no estuvieran del todo seguros de cómo habían llegado allí. Por fin Joan dio un paso al frente.

—Es extraño estar aquí arriba —dijo, y un murmullo de algo parecido a la aprobación recorrió el público—. Os estamos muy agradecidos a todos por haber venido, especialmente a los que habéis llegado de fuera. —Miró directamente a la primera fila y les habló a Charlie y a los demás—. Algunos amigos de Michael vienen de muy lejos, y creo que diez años después, con vuestras vidas encaminadas hacia otra etapa, es toda una prueba de quién era…

Charlie estaba tan cerca del escenario que veía que tenía los ojos inundados de lágrimas y que estaba a punto de llorar, pero mantuvo la voz firme.

—Os damos las gracias por estar aquí. Con esta beca queríamos que Michael dejara un legado, pero está claro que ya dejó uno.

Marla le cogió la mano a Charlie y esta le devolvió el apretón.

—Me gustaría decir algo sobre las familias que no están aquí —prosiguió Joan—. Como todos sabemos, Michael no fue el único niño desaparecido durante esos horribles meses.

Leyó otros cuatro nombres, dos niñas y dos niños. Charlie miró de reojo a Marla. Todos sabían que había otros, pero la muerte de Michael había afectado de tal manera a sus vidas que jamás habían hablado de las demás víctimas. Charlie sintió una punzada de culpa. Había personas para las que aquellos niños y niñas eran tan importantes como Michael, para las que su pérdida había supuesto el fin del mundo. Cerró los ojos un instante. «No puedo llorar a todo el mundo —pensó—. Es imposible.»

Joan seguía hablando:

—A pesar de que sus familias se han mudado a otros lugares, esos chicos y chicas siempre tendrán un hueco en nuestro corazón. Ahora me gustaría invitar a hablar a un joven que era especialmente cercano a mi hijo. Carlton, ¿tendrías la bondad?

Todos observaron sorprendidos cómo Carlton se levantaba y subía al estrado. Joan lo abrazó con fuerza y se quedó justo detrás mientras él sacaba del bolsillo un pedazo de papel arrugado. Carraspeó contemplando al público, después volvió a arrugar el papel y se lo metió otra vez en el bolsillo.

—No recuerdo a Michael tanto como debería —dijo por fin—. Tengo demasiadas imágenes borrosas de aquellos años. Sé que nos conocimos cuando aún llevábamos pañales, pero por suerte no me acuerdo. —Hubo una leve risita nerviosa entre el público—. Lo que sí sé es que Michael está presente en mis recuerdos desde que tengo uso de razón. Me acuerdo de que jugábamos a superhéroes; pintábamos, algo que él hacía mucho mejor que yo; y a medida que crecíamos… la verdad es que seguimos jugando a superhéroes y pintando. Algo de lo que me acuerdo perfectamente es de que mis días siempre eran más emocionantes si él estaba conmigo. Era más listo que yo, siempre se le ocurrían nuevas ideas, nuevas formas de buscarnos

problemas. Por cierto, señora Brooks, perdón por aquellas lámparas. Si hubiera saltado tal como me dijo Michael, seguramente solo habría roto una.

Donald lanzó una carcajada atragantada de desesperación. Charlie, incómoda, cambió de postura y apartó su mano de la de Marla con una media sonrisa de disculpa. Ser testigo de su dolor al desnudo la superaba. Era una herida abierta, en carne viva, y no soportaba contemplarla.

Carlton volvió a sentarse con ellos. Habló la abuela de Michael y después su padre, que se había recuperado lo bastante para compartir con los demás una anécdota de cuando llevó a su hijo a su primera clase de arte. Habló al público de la beca, dirigida a un estudiante de último curso que hubiera demostrado tanto excelencia como pasión por las artes, y anunció la ganadora de la primera convocatoria, Anne Park, una coreana menuda que subió rápidamente al escenario para recibir la placa y los abrazos de los padres de Michael. Charlie pensó que para esa chica debía de ser extraño que aquel honor se viera ensombrecido por el origen de este. Pero entonces se dio cuenta de que Anne también debía de conocer a Michael, aunque solo fuera de pasada.

Después de la ceremonia se acercaron a saludar a los padres de Michael, a darles un abrazo y a balbucear palabras de pésame. «¿Qué se le dice a alguien que ha perdido a un hijo? ¿Pueden haber aliviado su dolor lo más mínimo? ¿Diez años pueden marcar alguna diferencia o siguen despertándose cada mañana con el dolor tan intenso como el día que murió?» Había una larga mesa de comedor junto al escenario en la que se estaban acumulando lentamente fotos y tarjetas, flores que había llevado la gente, notas para los padres de Michael o para él. Cosas que recordaban o que les gustaría haber dicho. Charlie se acercó y las repasó. Además de Michael, había fotos de ella y de los demás. No tendría que haberse sorprendido; al fin y al cabo siempre estaban juntos, o bien en grupo, o bien de dos en dos o de tres en tres. Se vio posando en medio de todo aquello: Michael, John y ella cubiertos de barro, y Jessica al lado, impoluta, y negándose a acercarse. Charlie sonrió. «Cómo no.» En otra imagen, una Marla de cinco años hacía grandes esfuerzos para aguantar el peso de su hermano recién nacido, y Lamar observaba con recelo a esa cosa diminuta por encima del hombro de la chica. También estaban allí algunos de los dibujos de Michael, garabatos enmarcados de forma profesional e

incongruente.

Charlie cogió un dibujo de lo que supuso que era un tiranosaurio rex pisoteando una ciudad. Se dio cuenta de que verdaderamente tenía un talento increíble. Mientras ella y los demás garabateaban muñecos palo, los dibujos de Michael parecían realistas, o casi.

—Este es buenísimo —dijo John por encima de su hombro.

Charlie se quedó paralizada.

—Me has asustado —dijo.

—Lo siento.

Volvió a mirar el dibujo. Fuera lo que fuera, era mejor de lo que ella podía dibujar ahora. De pronto, la pérdida y la rabia le encogieron el pecho. No era solo que Michael hubiera muerto joven, también era lo que significaba: lo habían parado en seco, le habían arrebatado violentamente años y décadas de vida. Sintió que una indignación infantil se apoderaba de ella, como si volviera a ser una niña que solo quería lloriquear: «¡No es justo!».

Dejó el cuadro en la mesa con una respiración profunda y se dio la vuelta. La reunión continuaba, pero ella necesitaba marcharse. Su mirada se cruzó con la de Marla, y esta, tan intuitiva como siempre, asintió y agarró a Lamar por la manga. Todos se dirigieron al aparcamiento desde donde estaban. Nadie pareció percatarse de su marcha; lógico, ya que salvo Carlton, todos eran extraños en aquel lugar.

Se detuvieron junto al coche de Marla. Había invocado un milagro quién sabe cómo y había encontrado sitio justo al lado del colegio.

—¿Puedo jugar ya? —dijo Jason de inmediato.

Marla sacó las llaves del bolso y se las dio.

—No te vayas con el coche —le advirtió. De pronto agarró a su hermano, se lo acercó y lo abrazó durante un buen rato.

—Pero si solo me voy al coche —murmuró cuando ella lo soltó.

—Sí, quizá sería mejor que te dejara marchar —dijo dándole un empujoncito. Carraspeó—. Bueno, ¿vamos a ir a Freddy's?

Se miraron unos a otros.

—Sí, yo creo que deberíamos ir —contestó Charlie. En cierto modo, ir a Freddy's después de la ceremonia parecía algo más que un simple juego. Parecía lo correcto—. Nos vemos allí al atardecer. Jessica, ¿puedes ir con los chicos? Yo me voy a dar un paseo.

—Puedes venir con nosotros —dijo Marla—. Le he prometido a Jason que lo llevaría al cine.

Charlie se puso en camino sin esperar a oír el resto de la conversación. A unos metros del aparcamiento se dio cuenta de que la seguían. Se dio la vuelta.

—¿John?

—¿Te importa que te acompañe? Vas a tu antigua casa, ¿verdad?

—¿Cómo lo has sabido?

—Es lo único interesante que hay en esta dirección. Yo también fui a ver la casa en la que vivía. Está pintada de azul y tiene jardín. Fue raro, porque sé que no era azul cuando yo era niño, pero no consigo recordar de qué color era. Todo es muy distinto.

Charlie no dijo nada. Ni siquiera estaba segura de querer que John la acompañara. Su casa, la casa de su padre, era privada. Pensó en la primera vez que él había visto sus juguetes, la fascinación y el interés que había mostrado, y no por complacerla a ella. Transigió.

—Vale, puedes venir.

—Es… —titubeó—. ¿Está distinta?

—La verdad es que no —respondió Charlie. No era del todo verdad, pero no sabía muy bien cómo explicar lo que había cambiado.

Caminaron juntos casi cinco kilómetros alejándose del pueblo y siguiendo viejas carreteras, al principio asfaltadas y después no. A medida que se acercaban a la casa dejaron la calzada y ascendieron la pendiente de una colina llena de maleza y árboles que deberían haberse podado o talado hacía años. Sobre las hojas asomaban tres tejados desperdigados por la colina; hacía mucho tiempo que nadie vivía en esas casas.

Por fin enfilaron la entrada. John se detuvo repentinamente para contemplar la casa.

—Pensaba que resultaría menos intimidante —dijo con suavidad.

Charlie, impaciente, lo agarró del brazo y se lo llevó de allí para después rodear el edificio. Una cosa era que estuviera allí con ella, pero no estaba preparada para dejar entrar a nadie más. Ni siquiera estaba segura de querer volver dentro ella misma. Él la siguió sin protestar, como si fuera consciente de que era su territorio y de que ella decidiría adónde iban.

El terreno era extenso, más que un simple césped. Un bosque rodeaba el amplio patio trasero. De niña, Charlie solía tener la sensación de estar en su

pequeño reino, de ser la soberana de todo lo que veía. El césped se había asilvestrado y las malas hierbas les llegaban hasta las rodillas. Rodearon el perímetro. John se asomó al bosquecillo y Charlie volvió a sentir aquel miedo infantil, como de cuento. «No entres en el bosque sola, Charlotte», le advertía su padre. No lo decía en tono siniestro, era una simple advertencia paternal, «no te pierdas», como cuando le decía que no cruzara la calle sin dar la mano a alguien o que no tocara el fogón cuando estaba caliente; pero Charlie se lo tomaba más en serio. En sus cuentos había leído, como todos los niños, que en los bosques había lobos y cosas más peligrosas. Agarró a John de la manga.

—Por ahí no —dijo, y el chico se apartó del bosque sin preguntar por qué. Entonces se acercó a un árbol en el centro del jardín y apoyó la mano en él.

—¿Te acuerdas de este árbol? —preguntó sonriendo con algo de malicia en la voz.

—Pues claro —dijo Charlie acercándose—. Estaba aquí antes que yo.

Sin embargo, John la miraba a ella, esperando más, y de pronto se acordó. Era un día soleado de primavera; tenían seis años más o menos. John estaba de visita y jugaban al escondite, supervisados a medias por el padre de Charlie, que estaba en el taller del garaje absorto en sus máquinas. La puerta estaba abierta para oír si alguien gritaba, pero, aparte de eso, el jardín era para ellos dos. John contaba hasta diez con los ojos tapados de cara al árbol. El patio era abierto, así que no había muchos sitios donde esconderse. Charlie, animada por la emoción del juego, se atrevió a ir más allá del límite prohibido del bosque, justo detrás de la línea de árboles. John buscó primero en los demás sitios: detrás del coche de su padre; en el rincón del saliente del garaje; en el espacio que había debajo del porche, por el que un niño apenas podía arrastrarse. Se dio cuenta de dónde debía de estar Charlie, y esta se preparó para correr en cuanto él se encaminó hacia el extremo del jardín y se asomó hacia el bosque una y otra vez mirando detrás de los árboles. Cuando por fin la encontró, ella salió corriendo y cruzó el césped hasta el árbol. Él iba justo detrás de ella y casi pudo tocarla, pero ella aceleró y se mantuvo fuera de su alcance por poco. Golpeó el árbol, casi se dio de bruces contra él, y John chocó contra ella justo un segundo después porque iba demasiado rápido para frenar. Los dos se rieron histéricos y después pararon al mismo tiempo, tratando de recuperar el

aliento.

—Eh, Charlotte —dijo John insistiendo en su nombre con el tono de burla que siempre utilizaba.

—No me llames así —contestó Charlie automáticamente.

—¿Alguna vez has visto besarse a los adultos?

Cogió un palo y comenzó a rascar la corteza del árbol, como si estuviera más interesado en ella que en la respuesta. Charlie se encogió de hombros.

—Sí, creo que sí.

—¿Quieres probar?

Seguía sin mirarla a la cara; él tenía la suya manchada de tierra, como tantas veces, el pelo le sobresalía en todas direcciones, y tenía una ramita enganchada justo encima de la frente.

—Qué asco —dijo Charlie arrugando la nariz. Entonces, después de un instante, añadió—: Vale, venga.

John tiró el palo y se inclinó hacia ella con las manos a la espalda. Charlie cerró los ojos y esperó, sin saber muy bien qué se suponía que debía hacer.

—¡Charlotte!

Era su padre. Charlie se apartó de un salto. La cara de John estaba tan cerca que sus frentes chocaron.

—¡Ay! —gritó él llevándose la mano a la nariz.

El padre de Charlie rodeó el árbol.

—¿Qué estáis haciendo? ¿John? —Apartó los dedos del niño de su nariz —. No estás sangrando, se te pasará. Charlotte, jugad más cerca de la casa, por favor. De todas formas, creo que tu madre ya está aquí, John.

Se les adelantó y se dirigió a la entrada, donde un coche acababa de parar.

—Vale —dijo John, trotó hacia allí y se dio la vuelta para despedirse de Charlie con la mano.

Sonreía como si hubiera sucedido algo maravilloso, aunque Charlie no estaba segura de qué había sido.

—Madre mía —dijo Charlie ahora tapándose la cara, con la seguridad de que se había sonrojado. Cuando volvió a levantar la mirada, John esbozaba esa misma sonrisa satisfecha de aquel niño de seis años.

—¿Sabes qué?, todavía me duele la nariz cuando llueve —dijo tocándosela.

—No es verdad —replicó Charlie, y se recostó en el árbol. Le dirigió una mirada acusadora—. No puedo creer que intentaras besarme. ¡Teníamos

seis años!

—Hasta el corazón más diminuto sabe lo que quiere —dijo John con voz romanticona, aunque escondía algo de verdad que no logró ocultar del todo. De pronto, Charlie se dio cuenta de que estaba muy cerca de ella—. Vamos a ver el taller de tu padre —dijo de pronto en un tono demasiado elevado.

Charlie asintió.

—Vale.

Se arrepintió en cuanto lo dijo. No quería abrir la puerta del taller. Cerró los ojos, todavía apoyada en el árbol, y lo vio; era todo lo que veía cuando pensaba en ese lugar. El esqueleto metálico retorcido y amorfo en su rincón oscuro, con los hombros distendidos y los ojos plateados y desconchados. La imagen fue ampliándose hasta ocupar toda su mente. El recuerdo le transmitía una angustia hiriente, pero no sabía a quién pertenecía esa sensación: a esa cosa, a su padre o a ella misma.

Charlie sintió una mano en el hombro y abrió los ojos. Era John. Tenía el ceño fruncido, como si estuviera preocupado.

—¿Estás bien, Charlie?

«No.»

—Sí. Venga, vayamos a ver qué hay en el taller.

La puerta no estaba cerrada, y tampoco había motivo para que lo estuviera, pensó Charlie. Sus ojos buscaron en primer lugar el rincón oscuro. El muñeco no estaba. En su lugar colgaba un delantal gastado, el que su padre se ponía para soldar, y junto a él estaban las gafas, pero no había ni rastro de aquella presencia inquietante. Debería haber sentido alivio, pero no era eso, sino más bien una vaga intranquilidad. Miró a su alrededor. No parecía quedar casi nada del taller: las mesas de trabajo en las que su padre montaba y retocaba sus inventos seguían allí, pero habían desaparecido los materiales, los planos y los robots a medio terminar que solían ocupar todas las superficies.

«¿Dónde están?» ¿Los habría llevado su tía a un vertedero para que se oxidaran y se deshicieran entre otros objetos inútiles? ¿O habría sido su propio padre para que nadie más tuviera que hacerlo? Había restos aquí y allá sobre el suelo de cemento; quienquiera que hubiera limpiado no había sido demasiado concienzudo. Charlie se agachó y recogió un pedacito de madera de forma extraña, después una pequeña placa base. La giró. «¿De quién sería este cerebro?», se preguntó, pero lo cierto es que no importaba.

Estaba estropeada. E incluso si alguien hubiera querido arreglarla, el cobre estaba demasiado rayado.

—Charlie —dijo John desde el otro lado del taller. Estaba en el rincón oscuro; si el esqueleto estuviera allí, podría alargar la mano para tocar al chico.

«Pero no está.»

—¿Qué?

—Mira lo que he encontrado.

Charlie se acercó a John, que estaba junto a la caja de herramientas de su padre y se apartó para dejarle sitio a ella. La chica se arrodilló delante de la caja, que parecía que habían limpiado hacía poco. Era de madera oscura y manchada, y brillaba gracias a algún tipo de laca. La abrió suavemente, cogió un punzón de la bandeja superior y lo sostuvo un instante con el mango redondeado de madera tan bien encajado en la palma de la mano que parecía hecho para ella. Aunque no habría sabido cómo; la última vez que lo había cogido apenas podía rodear la base con los dedos. Contempló las herramientas una por una sacándolas de sus compartimentos, tallados en la madera con la forma exacta de cada una de ellas. Todas estaban limpias y lustrosas; los mangos conservaban su suavidad y el metal no estaba oxidado. Parecían haberse usado esa misma mañana, y que después se hubieran repasado y guardado meticulosamente. Como si alguien siguiera cuidando de ellas. Las miró con una alegría intensa e inesperada, la que se siente al recuperar algo por lo que se ha luchado. Pero esa misma alegría no parecía apropiada para ese momento ni ese lugar; contemplar las cosas de su padre la desestabilizaba. Había algo que no encajaba. Un miedo repentino la obligó a soltar el punzón como si quemara. Lo tuvo que devolver a su sitio en la caja. Cerró la tapa, pero no se levantó.

Los recuerdos se apoderaron de ella y se abandonó a ellos cerrando los ojos.

Tenía los pies clavados en el polvo. Dos manos grandes y callosas le tapaban los ojos. De pronto, la luz la deslumbró y parpadeó impaciente para ver lo que tenía delante. Ante ella se alzaban tres figuras completas y relucientes, inmóviles, que reflejaban el sol en todos sus contornos. Eran impresionantes.

—¿Qué te parecen?

Oyó la pregunta, pero no pudo responder, ya que sus ojos todavía no se

habían adaptado a la luz. Las tres figuras de metal tenían una estructura similar, pero Charlie se había acostumbrado a ver más de lo que había, a imaginar el resultado final. Desde hacía un tiempo, tres trajes vacíos colgaban como cadáveres de una viga del desván. Y ella sabía que tenían un destino especial. Y ahora entendió cuál.

Dos barras sobresalían de la parte superior de la cabeza de una de esas figuras descomunales, una cabeza maciza y con forma de calavera; parecía que las barras se habían incrustado en ella a la fuerza.

—¡Ese es el conejo! —chilló Charlie, orgullosa de sí misma.

—¿No te da miedo? —preguntó la voz.

—Claro que no. ¡Se parece a Theodore!

—Theodore. Eso es.

La figura del medio tenía rasgos más claros: sus facciones estaban esculpidas de forma distintiva. Sin duda era un oso, y de su cabeza también sobresalía una única barra metálica. Charlie se quedó perpleja un instante, pero enseguida sonrió.

—Para la chistera —dijo confiada.

La última figura era quizá la más aterradora: de su rostro vacío, allí donde habría ido la boca, sobresalía una larga pinza metálica. En una bandeja presentaba una estructura metálica que parecía una mandíbula con cables por todas partes.

—Esa da miedo —reconoció dubitativa.

—Bueno, esto luego será ¡una magdalena! —Su padre apretó la parte superior y la mandíbula se cerró, lo que hizo que Charlie diera un brinco y después se echara a reír.

De pronto enmudeció. Había estado tan distraída que lo había olvidado. «Se supone que no debo estar aquí. ¡Este no es mi sitio!» Le temblaban las manos. ¿Cómo podía haberse olvidado. «El rincón.» Miró hacia el suelo incapaz de levantar la vista ni de moverse. Tenía uno de los cordones desatados. Junto a su pie había un tornillo y un pedazo de cinta adhesiva opaco por el polvo. Había algo detrás de ella.

—¿Charlie?

Era John.

—¡Charlie!

Levantó la vista hacia él.

—Lo siento. Estaba en otro mundo. Este lugar…

Se puso de pie, dio un paso adelante y se colocó en el punto que recordaba. Echó un vistazo a su espalda para ver si el recuerdo se manifestaba. El rincón estaba vacío, no había nada. Volvió a arrodillarse y registró el suelo hasta encontrar un pequeño tornillo entre la suciedad. Lo sacudió y después miró con más atención; al barrer el polvo con la mano, descubrió unos agujeritos en el suelo. Pensativa, pasó los dedos por encima.

—Charlie, tengo que contarte una cosa. —Había cierta urgencia en la voz de John.

La chica dejó vagar la vista por el taller y se levantó.

—¿Te importa que salgamos? Aquí dentro no puedo respirar.

—Claro —dijo él.

La siguió al patio y hasta el árbol del escondite.

Charlie estaba cansada, el agotamiento la oprimía por dentro. Se recuperaría en un instante, pero quería estar en un sitio que solo transmitiera recuerdos tontos de la infancia. Se sentó en la hierba apoyada en el tronco y esperó a que John hablara. Él se colocó delante de ella con las piernas cruzadas, algo rígido y estirándose los pantalones. Ella se echó a reír.

—¿Te preocupa ensuciarte, precisamente a ti?

—Las cosas cambian —contestó con una sonrisa irónica.

—¿Qué me querías contar? —le preguntó, y él se puso serio.

—Tendría que habértelo dicho hace mucho tiempo. Es solo que… Cuando sucede algo así, ya no te fías de ti mismo ni de tu memoria.

—¿De qué estás hablando?

—Perdona. —Respiró hondo—. Aquella noche, la noche que Michael desapareció, vi a alguien.

—¿Qué quieres decir?

—¿Te acuerdas de cuando estábamos sentados a la mesa junto al escenario y los animales empezaron a volverse locos?

—Sí, lo recuerdo —contestó Charlie.

Fue muy extraño, actuaban de forma angustiosa. Se movían demasiado rápido, se doblaban y giraban, repetían una y otra vez sus ciclos limitados y programados. Parecían frenéticos, presas del pánico. Charlie se quedó hipnotizada. Debería haberse asustado, pero no fue así; en sus sacudidas veía cierta desesperación. Por un momento le vinieron a la mente los sueños en los que corría, sueños en los que el mundo dependía de que ella diera diez pasos más, a pesar de que solo lograba mover su cuerpo a cámara

lenta. Algo iba mal, muy mal. En medio del caos, los animatrónicos del escenario comenzaron a lanzar extremidades en todas direcciones mientras los ojos les giraban en las órbitas.

—¿Qué fue lo que viste? —le preguntó Charlie a John al tiempo que sacudía la cabeza para librarse de la imagen

—Había otro muñeco. Un oso.

—Freddy —lo interrumpió Charlie sin pensar.

—No, no era Freddy. —John le cogió las manos como para calmarla a ella y a sí mismo, pero las soltó antes de seguir hablando—. Estaba justo a nuestro lado, junto a nuestra mesa, pero no miraba hacia el escenario como todo el mundo. No sé si te acuerdas de que apareció aquel técnico, e incluso él se quedó mirando a los animatrónicos… Supongo que intentaba averiguar qué sucedía. Yo miré al muñeco y me devolvió la mirada…

—John, ¿qué más? —se impacientó Charlie.

—Entonces los animatrónicos dejaron de moverse y me volví hacia el escenario, y cuando todos nos dimos la vuelta otra vez, Michael había desaparecido. Y el muñeco también.

Charlie lo miró incrédula.

—Viste al secuestrador.

—No sé lo que vi —respondió John—. Era un caos. Ni siquiera lo pensé, no establecí el vínculo, era otro animal más en Freddy's. No pensé en quién podía ir dentro del traje. Yo… no era más que un niño, ¿entiendes? Piensas que los adultos ya saben todo lo que sabes tú.

—Sí, lo entiendo. ¿Te acuerdas de algo? ¿De qué aspecto tenía esa persona?

John miraba hacia el cielo, como si viera algo que Charlie no veía.

—Sí —contestó con voz firme, decidida—. Sus ojos. Fue lo único que vi, pero me siguen apareciendo a veces. Estaban muertos.

—¿Cómo?

—Estaban muertos, apagados. Es decir, se movían, parpadeaban y veían, pero lo que hubiera detrás de ellos había muerto hacía mucho tiempo. —Enmudeció.

Estaba oscureciendo. Una franja rosa brillante casi artificial cruzaba el cielo por el oeste. Charlie se estremeció.

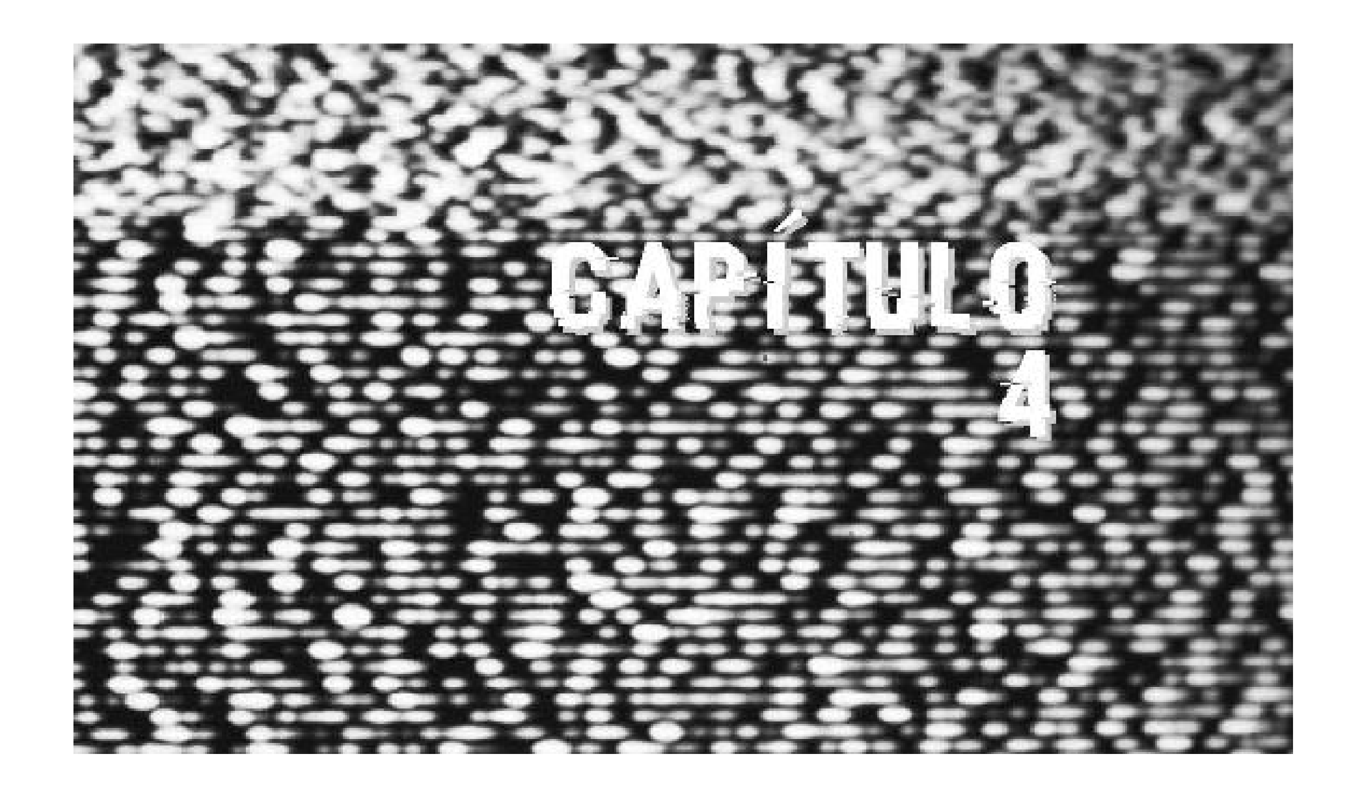
—Deberíamos volver al coche —dijo—. Ya casi es hora de vernos con los demás.

—Vamos —respondió John, pero no se movió inmediatamente, se quedó mirando hacia el infinito.

—¿John? Tenemos que irnos —insistió Charlie. Pareció volver en sí poco a poco.

—Sí, deberíamos irnos. —Se levantó y se sacudió los pantalones, después le sonrió a su amiga—. ¿Una carrera?

Charlie lo persiguió golpeando el asfalto con los pies y balanceando los brazos.



Charlie y John fueron los últimos en llegar al centro comercial. Cuando pararon, los demás formaban un pequeño círculo de aspecto conspirativo delante del coche de Marla.

—Venga —dijo Marla antes de que hubieran alcanzado el grupo. Botaba sobre los dedos de los pies como si estuviera lista para correr hacia la puerta del edificio abandonado.

Todos salvo Charlie y John se habían cambiado de ropa: ahora llevaban vaqueros y camisetas, más apropiados para explorar, y ella tuvo la breve impresión de estar fuera de lugar.

«Por lo menos no me he puesto un vestido», pensó.

—Vamos —dijo.

La impaciencia de Marla parecía contagiosa, o simplemente le daba a Charlie una excusa para dejar aflorar sus auténticos sentimientos. Quería presumir de Freddy's ante los demás.

—Un momento —dijo John. Miró a Jessica—. ¿Se lo has explicado todo?

—Les he hablado del guarda nocturno. ¿Qué más tenía que decirles?

El chico pareció pensarlo un instante.

—Supongo que nada más.

—He traído más luz —dijo Carlton sujetando tres linternas de distintos tamaños.

Le lanzó a Jason una linterna pequeña atada a una cinta elástica. Jason la encendió, se la puso en la cabeza y empezó a moverla en círculos con entusiasmo para que la luz bailara.

—Shhh —dijo Charlie, a pesar de que no estaba haciendo ruido.

—Jason, apágala —susurró Marla—. No debemos llamar la atención, ¿recuerdas?

Jason las ignoró con alegría y siguió girando por el aparcamiento como una peonza.

—Le he dicho que si no se porta bien tendrá que esperar en el coche —le dijo Marla a Charlie en voz baja—. Pero ahora que estamos aquí, no estoy segura de qué sitio da más miedo.

Dirigió la mirada hacia las ramas desnudas que se zarandeaban al viento amenazando con extenderse hasta ellos y atraparlos.

—O podemos dejar que Foxy se lo coma. —Charlie le guiñó un ojo.

Fue a su maletero y sacó la linterna policial, pero no la encendió. Carlton activó dos de las más pequeñas y le dio una a Jessica. Fueron hacia el centro comercial. Ahora que sabían adónde iban y qué les esperaba allí, Charlie, John, Jessica y Carlton se movían por los espacios vacíos con determinación, pero los demás se detenían constantemente para mirar a su alrededor.

—Venga —dijo Jessica impaciente cuando Lamar se paró a contemplar la cúpula del atrio.

—Se puede ver la luna —dijo señalando.

Marla asintió junto a él, en la misma postura.

—Es precioso —dijo, a pesar de que no la veía en ese momento.

Oyeron el eco de pasos en la distancia.

—¡Eh, eh, por aquí! —siseó John, y se movieron lo más silenciosamente que pudieron.

No querían correr por miedo a hacer ruido, así que caminaron con rapidez pero con cautela y apretándose contra las paredes. Entraron en el agujero oscuro de la tienda y se arrastraron por la pared hasta llegar a la grieta. John sujetó el plástico que tapaba la entrada mientras los demás se deslizaban por entre los andamios. Jason iba lento, así que Charlie le puso una mano en el

hombro para meterle prisa. Mientras lo dirigía hacia la entrada, un intenso haz de luz barrió la sala y repasó las paredes de arriba abajo. Se metieron por la abertura del plástico y corrieron por el pasillo hasta donde los demás estaban agachados contra la pared.

—¡Nos ha visto! —susurró Jason, asustado, y fue directamente hacia su hermana.

—Shh —dijo Marla.

Esperaron. Esta vez Charlie estaba junto a John. Después del momento que habían compartido junto al árbol, era muy consciente de su presencia, casi hasta resultarle incómoda. En realidad, no se estaban tocando, pero tenía la sensación de saber exactamente dónde estaba él, un embarazoso sexto sentido. Le echó un vistazo, pero el chico tenía los ojos clavados en la abertura del pasillo. Ahora oían claramente cada uno de los pasos del guarda en el espacio vacío. Se movía despacio, adrede. Charlie cerró los ojos y aguzó el oído. Creyó poder saber dónde estaba por el ruido que hacía, se acercó, después se alejó, y recorrió toda la sala como en busca de algo. Los pasos se acercaron justo hasta la entrada del pasillo y se detuvieron. Todos contuvieron el aliento.

«Lo sabe», pensó Charlie. Pero los pasos se reanudaron, y ella abrió los ojos y vio que la luz retrocedía. Se estaba marchando.

Esperaron inmóviles hasta que ya no oyeron el golpeteo de sus zapatos de suela dura. Tanto Charlie como John tropezaron al levantarse, y ella se dio cuenta de que habían estado apoyados el uno en el otro sin querer. En lugar de mirarlo, se puso a trabajar quitando las cosas más pesadas de la estantería de madera.

—¿Por qué necesito esto? —preguntó Lamar cuando Charlie le pasó un cubo del que sobresalía una sierra.

—Tenemos que mover la estantería —explicó Jessica—. Vamos.

Jessica, Charlie, Carlton y John volvieron a ocupar sus puestos y empujaron. Lamar intentó encontrar un hueco para ayudar, pero lo cierto es que no había demasiado sitio. Marla se limitó a esperar.

—Se me da mejor supervisar —dijo cuando Charlie le dirigió una mirada burlona.

Esta vez el chirrido del metal no fue tan fuerte, no protestó con tanta vehemencia por que entraran. De todas formas, Marla y Jason se taparon los oídos.

—¿De verdad creéis que eso no va a atraer al guarda? —siseó Marla.

Charlie se encogió de hombros.

—La otra vez no pasó nada.

—Estoy seguro de que nos ha visto —insistió Jason. Los demás lo ignoraron—. La luz de la linterna me ha pasado por encima.

—De verdad que no pasa nada, Jason —dijo Jessica—. También pensábamos que nos había visto anoche, pero todo salió bien.

Jason no parecía muy seguro. Lamar se agachó para ponerse a la altura de sus ojos:

—Eh, Jason, ¿qué crees que haría el guarda si nos viera?

—¿Dispararnos? —gimoteó Jason mirando temeroso a Lamar.

—Peor —respondió el chico con gravedad—. Servicios comunitarios.

Jason no estaba seguro de a qué se refería, pero abrió los ojos como si fuera algo terrible.

—Déjalo en paz —susurró Marla, divertida.

—No nos ha visto —se reafirmó Jason, aunque era evidente que no estaba convencido.

Charlie encendió la linterna grande e iluminó el pasillo.

—¡Dios mío! —exclamó Marla con la voz entrecortada cuando el primer haz de luz cruzó el interior de la pizzería. De pronto era real, y el asombro y el miedo la pusieron colorada.

Entraron de uno en uno. La temperatura parecía muy inferior dentro de la sala. Charlie sintió un escalofrío, pero estar allí no le resultaba incómodo. Ahora sabía dónde estaban y qué se encontrarían. Cuando llegaron al comedor, Carlton extendió los brazos y se puso a dar vueltas.

—Bienvenidos… ¡a Freddy Fazbear’s Pizza! —dijo con voz de anunciante.

Jessica se echó a reír, pero lo cierto es que el melodrama no estaba completamente fuera de lugar. Marla y Lamar admiraron la sala boquiabiertos. Charlie dejó la linterna grande en el suelo con el haz de luz apuntando hacia arriba, que iluminó la estancia de forma tenue y fantasmal.

—Mola —dijo Jason. Su mirada recayó en el tiovivo, corrió hacia allí y se subió de un salto a un poni antes de que nadie pudiera detenerlo. Era demasiado grande para la atracción, y las zapatillas le colgaban hasta el suelo. Charlie sonrió—. ¿Cómo lo pongo en marcha?

—Lo siento, amigo —dijo John.

Jason se bajó, decepcionado.

—¡Los recreativos están por aquí! —los llamó Carlton haciendo un gesto a quien quisiera seguirlo.

Marla lo acompañó mientras Jason toqueteaba esperanzado la caja de mandos del carrusel. Lamar se había acercado al escenario y, paralizado, miraba fijamente los animales. Charlie se puso a su lado.

—No puedo creer que sigan aquí —dijo cuando la vio.

—Ya.

—Se me había olvidado que este sitio era real. —Lamar sonrió.

Charlie reconoció por primera vez al niño que había sido; le devolvió la sonrisa.

Aquel lugar tenía un aire surrealista; desde luego no les había hablado de él a sus amigos del instituto. Tampoco habría sabido por dónde empezar, o peor aún, dónde acabar. Jessica asomó la cabeza por detrás del telón del escenario principal y los dos se quedaron atónitos.

—¿Qué haces? —le preguntó Lamar.

—¡Explorar! —contestó—. Pero aquí atrás no hay más que un puñado de cables.

Volvió a desaparecer detrás de la tela. Un momento después oyeron el golpe que hizo al saltar al suelo, y finalmente se acercó a ellos.

—¿Funcionan? —preguntó Lamar señalando los animales.

—No lo sé. No parece que falte nada, así que deberían funcionar —respondió Charlie a regañadientes, aunque en silencio cuestionara la idea de intentar encenderlos. La verdad es que no tenía ni idea de cómo se accionaban. Siempre habían estado allí, y despertaban a la vida de forma intermitente gracias a la alquimia que su padre obraba en el taller.

—¡Eh! —exclamó Jessica. Estaba arrodillada junto a la escalera del escenario—. ¡Venid todos!

Charlie se acercó y Lamar la siguió.

—¿Qué pasa?

—Mirad —dijo Jessica apuntando con la pequeña linterna. A pesar de estar bien escondida entre las marcas de la madera, había una puerta incrustada en la pared del escenario.

—¿Cómo no lo habíamos visto? —se preguntó Charlie.

—Tampoco lo buscábamos —dijo John clavando los ojos en la puertecita.

Todo el grupo se había reunido y Jessica los miró con una sonrisa, puso la

mano en el pequeño picaporte y tiró de él.

Mágicamente se abrió. La puerta descubrió una sala pequeña a ras de suelo. Jessica la recorrió con la linterna: estaba llena de equipamiento, y una de las paredes estaba cubierta de pantallas de televisión.

—Debe de ser el circuito de vigilancia —dijo Lamar.

—Vamos. —Jessica le dio la linterna a Charlie y pasó las piernas por la puerta. Un profundo escalón permitía bajar a la estancia, que no era mayor que una nevera grande colocada de lado.

—Es un poco estrecho para mí, seguiré echando un vistazo —se excusó John, y se volvió como para hacer guardia.

—Es como el coche de los payasos —comentó Marla apretándose contra Charlie.

Era demasiado pequeño para todos ellos, pero se amontonaron; Jason se sentó en el escalón, ya que se sentía más cómodo junto a la salida. En la pared había ocho pantallas de televisión, cada una de ellas con su pequeño cuadro de botones y palancas, y debajo de ellas había un panel cubierto de interruptores que casi parecía una mesa. Los botones eran grandes y negros, no tenían leyenda, y el espacio entre ellos era irregular. La otra pared estaba vacía a excepción de un gran interruptor junto a la puerta.

—¿Para qué es esto? —dijo Jason poniendo la mano encima. Esperó el tiempo justo para que alguien lo detuviera, y después lo accionó.

Se encendieron las luces.

—¿Cómo? —Carlton miró a los demás, muy nervioso.

Todos se miraron unos a otros en silencio y confundidos. Jason se subió al escalón y asomó la cabeza hacia la sala principal.

—También se han encendido aquí fuera, al menos algunas de ellas —dijo demasiado alto.

—¿Por qué hay corriente? —susurró Jessica tirando de Jason para que volviera a cerrar la puerta.

—¿Cómo es posible? —se preguntó Charlie—. Este sitio lleva diez años cerrado.

—Mola. —Marla se inclinó hacia delante y observó los monitores como si esperara que apareciera alguna respuesta.

—Enciende las teles, que yo no llego —dijo de pronto Jason.

Jessica encendió la primera y la electricidad estática crepitó por la pantalla.

—¿Nada? —preguntó Charlie, impaciente.

—Un segundo.

La chica giró un dial de un lado a otro hasta que apareció una imagen. Era el escenario, y la cámara apuntaba a Bonnie; no se veía a los demás animales. Jessica encendió los otros televisores y los ajustó hasta que todas las imágenes se vieron claras, aunque la mayoría no estaban lo bastante iluminadas.

—Todavía funcionan —dijo Charlie casi sin aliento.

—Puede que sí —dijo Jessica—. Eh, que alguien salga para ver si es en directo.

—Vale —aceptó Marla después de dudar un instante, y se abrió paso hacia la salida para escalar por encima de Jason. Enseguida apareció en la cámara del escenario junto a Bonnie y saludó. Las luces la iluminaban en tonos morados, verdes y amarillos desde varios ángulos.

—¿Me veis?

—Sí —gritó Carlton.

Lamar miraba fijamente los botones.

—¿Para qué servirá todo esto? —preguntó con una sonrisa malvada, y pulsó uno.

Marla gritó.

—Marla, ¿estás bien? —gritó Charlie—. ¿Qué ha pasado?

La chica seguía en el escenario, pero se había apartado de Bonnie y lo miraba como si fuera a morder.

—¡Se ha movido! —chilló—. ¡Bonnie se ha movido! ¿Qué habéis hecho?

—¡No pasa nada! —gritó Jessica entre risas—. ¡Hemos apretado un botón!

Lamar volvió a pulsarlo y esta vez todos miraron la pantalla. Efectivamente, Bonnie viró hacia un lado con un gesto algo envarado. Volvió a pulsarlo y el conejo giró de nuevo hasta mirar al público ausente.

—Prueba otro —dijo Carlton.

—Hazlo tú mismo —dijo Lamar, y salió del cuartito para unirse a Marla en el escenario. Se agachó para inspeccionar los pies de Bonnie—. Están fijados a un panel de rotación.

—¿Ah, sí? —le respondió Jessica desde dentro, pero sin escucharlo realmente.

Carlton empezó a apretar botones mientras los demás miraban las

pantallas. Al rato, Charlie también salió de allí.

—El ambiente está muy cargado —se excusó.

El perfume de Jessica y el gel para el pelo de Carlton, que olían bastante bien en un espacio abierto, comenzaban a agobiarla. Salió para observar cómo experimentaban con los animales en el escenario. La mayor parte del comedor seguía a oscuras, pero había tres focos de colores colgados del techo, que proyectaban haces morados, amarillos y verdes hacia el escenario. Ahora los animales presentaban colores artificiales. El polvo suspendido brillaba como estrellitas a la luz de los focos, tantas que resultaba difícil ver a través de ellas. El suelo bajo las mesas estaba cubierto de purpurina que había caído de los gorros de fiesta. Al mirar a su alrededor volvió a ver los dibujos que decoraban las paredes a la altura de los ojos de los niños.

Siempre habían estado allí. Charlie se preguntó de dónde habría sacado su padre los primeros cuando abrió el restaurante. ¿Habría usado los garabatos de su hija o los habría falsificado él mismo para animar a los niños a exponer sus obras de arte? La imagen de su padre inclinado sobre su mesa de trabajo con una pintura en esa mano más acostumbrada a manipular microchips le dio ganas de echarse a reír. Vio que la linterna seguía en el centro de la estancia y fue a apagarla. «No malgastes las pilas», se dijo mentalmente, al mismo tiempo con la voz de la tía Jen.

Volvió a fijarse en el escenario. Al parecer, los otros habían conseguido que Chica y Bonnie llevaran a cabo una serie de pequeños movimientos. Los dos muñecos podían rotar el cuerpo entero y mover las manos, los pies y la cabeza en varias direcciones, pero cada gesto era independiente.

Regresó a la sala de control y asomó la cabeza.

—¿Podéis hacer que bailen? —preguntó.

—No sé cómo —dijo Carlton apartándose de los monitores—. Todo esto debía de usarse para programar los bailes, no creo que alguien lo controlara todo manualmente desde aquí durante los espectáculos. Habría sido imposible.

—Ajá —contestó Charlie.

—Silencio todo el mundo —avisó Marla, y el grupo enmudeció.

No se oyó nada en un buen rato, y finalmente Lamar dijo:

—¿Qué pasa?

Marla frunció el ceño, ladeó la cabeza y aguzó el oído.

—Pensaba que había oído algo —dijo por fin. Apenas movía los labios —. Era como… ¿las notas de una caja de música? Pero ya no se oye.

—¿Por qué Freddy no se mueve? —preguntó Charlie.

—No lo sé —contestó Carlton—. No encuentro sus mandos.

—Mmm —murmuró Jessica dando golpecitos en las pantallas—. En estas cámaras no se ve todo el local.

Charlie observó las imágenes, pero estaban mezcladas sin orden lógico alguno. No podía hacerse una idea completa del restaurante.

—Tres cámaras enfocan el escenario, una por cada animal, pero debería haber una que lo grabara todo —estaba diciendo Jessica—. Está la entrada a la cocina, pero no la propia cocina, y no se ven el pasillo ni la sala del escenario pequeño en la que estuvimos ayer.

—¿Y si solo hay cámaras en la sala principal? —sugirió Carlton.

—No, ahí fuera hay cámaras por todas partes —contestó Jessica.

—¿Entonces?

—¡Pues tiene que haber otra sala de control! —exclamó Jessica, triunfal —. Puede que al final del pasillo, junto al otro escenario.

Charlie salió de nuevo a la sala. Se sentía inquieta, menos emocionada por los descubrimientos que los demás, aunque no estaba segura de por qué. Observó el escenario. Carlton seguía jugando con los botones, de manera que Bonnie y Chica realizaban movimientos breves e inconexos, mientras que Freddy Fazbear permanecía inmóvil con los ojos medio cerrados y la boca ligeramente abierta.

—Eh, Marla —dijo de pronto Lamar—. La música. Ahora sí que la oigo.

Todos guardaron silencio otra vez, entonces Marla sacudió la cabeza.

—Qué mal rollo —dijo, más emocionada esta vez y frotándose las manos como si estuvieran compartiendo historias de campamento.

Lamar miró a Freddy, pensativo.

—Vamos a buscar la otra sala de control —dijo Jessica con gesto decidido.

—¡Vale! —Marla saltó del escenario para unirse a ellos y empezaron a registrar el resto de la tarima en busca de una segunda puerta.

—Yo me quedo aquí —gritó Jason desde el primer cuartito—. ¡Esto es guay!

Chica giró de un lado a otro a gran velocidad mientras el niño pulsaba su botón repetidas veces. Lamar se unió a Jason.

—Vale, me toca —dijo apoyado en la puerta.

Entró sin esperar la respuesta del chico.

Charlie se quedó donde estaba, mirando fijamente a Freddy, congelado en plena actuación. John se le acercó y ella sintió un arrebato de irritación; no quería que la persuadiera de que se uniera a la búsqueda. El muchacho se quedó quieto un momento mirando a Freddy, y después se inclinó hacia ella y susurró:

—Voy a contar hasta cien, será mejor que te escondas.

Sorprendida, lo miró un momento; la irritación desapareció. Él le hizo un guiño y después se tapó los ojos. Era absurdo, infantil, y en ese instante era lo único que quería hacer. Un poco atolondrada, Charlie se puso en marcha para buscar dónde esconderse.

Jason pulsaba los botones cada vez más frustrado.

—Me estoy aburriendo —anunció.

—¿Cómo es posible? —preguntó Lamar con los ojos muy abiertos.

—Ya no funcionan. —Jason seguía apretando los botones sin mirar a las pantallas.

Lamar analizó la imagen. Bonnie tenía la cabeza levantada y girada a un lado, y parecía estar mirando a la cámara.

—Bueno, pues vamos a buscar a tu hermana —le dijo al chico.

—¡No necesito su permiso para aburrirme! —Jason salió del cuarto por la escalera.

—Qué sensible está todo el mundo —murmuró Lamar, y de pronto se dio cuenta de que se había quedado solo en la sala de control. Salió también, pero Jason ya se había ido.

Jessica lideraba la expedición en dirección al pequeño escenario que habían descubierto la noche anterior. Marla miró hacia atrás y vio a Jason intentando alcanzarlos a saltos, justo antes de que se adentraran en el largo pasillo.

—¡Eh, ten cuidado! —dijo por encima del hombro cuando Jason se desvió por su cuenta.

Lamar alcanzó al grupo y los siguió hacia el pasillo. El comedor principal estaba vacío, aunque Jason oía los gritos de Charlie y John jugando en las salas para fiestas que había junto al comedor principal. Ahora que estaba solo, Jason fue directo a la zona de los juegos recreativos.

Estaba menos iluminada que el resto del local, y las máquinas, sin

corriente eléctrica, parecían enormes monolitos negros de un cementerio abandonado. El aire estaba estancado. Jason se acercó al juego más cercano y pulsó varios botones, algunos de ellos atascados por el tiempo, pero no sucedió nada.

«Enchúfala, idiota.» Se agachó por detrás de las máquinas para ver, pero aunque la maraña de cables se veía enredada de forma irremediable, parecía que estaban conectadas a la corriente. «¿Habrá un interruptor para toda la sala?» Comenzó a registrar las paredes.

No parecía haber ningún interruptor a la vista, pero, mientras repasaba las paredes, Jason se distrajo con los dibujos colgados en grupos. Era demasiado joven para recordar haber estado en Freddy's; incluso el propio Hurricane no era para él más que un conjunto de imágenes difusas. Pero, por algún motivo, esos dibujos lo pusieron nostálgico. La verdad es que eran todos iguales, el tipo de garabato que había hecho él y cualquier otro niño: figuras con círculos a modo de cuerpos y palos para los brazos en una gran variedad de colores. Solo unos pocos detalles revelaban cuáles eran los animales: el pico de Chica o las orejas de Bonnie. Parecía que los dibujos de Freddy Fazbear habían recibido algo más de atención, eran un poco mejores; los niños habían tenido un poco más de cuidado en acertar con los detalles. Jason se sorprendió a sí mismo contemplando uno de ellos en particular. Era como los demás, quizás un poco más elaborado; era el conejo Bonnie abrazando a un niño, y no tenía nombre. Jason lo despegó de la pared sin saber por qué le había interesado tanto ese en particular.

John se precipitó en la sala con una amplia sonrisa y una respiración profunda, pero, al ver que allí solo estaba Jason, recuperó rápidamente la apariencia seria.

—¿Qué tal? —dijo asintiendo con la cabeza, intentando parecer tranquilo, y después salió como si nada; una vez fuera, retomó el *sprint*.

«Jugando al escondite como bebés —pensó Jason—. Espero no enamorarme nunca.»

Volvió a mirar el dibujo y entrecerró los ojos como si no lo viera bien. Ahora el niño miraba hacia el otro lado. Jason se fijó durante un buen rato. «¿Antes no estaba abrazando a Bonnie?» Se asomó a la estancia principal, pero no había rastro de Marla, que buscaba la otra sala de control. Jason dobló el dibujo con cuidado y se lo metió en el bolsillo. De pronto se dio cuenta del silencio que reinaba fuera. Salió de esa habitación con cautela y

oteó el comedor.

—¿Chicos? —susurró, miró hacia atrás una vez y se aventuró a buscar al grupo.

Jessica, Lamar, Carlton y Marla todavía estaban deslizándose despacio por la otra mitad del edificio. Los focos del comedor no alcanzaban esa zona, y únicamente acentuaban los contornos o los restos de purpurina. Jessica repasaba la pared con la linterna en busca de aberturas en el yeso. Animó a Marla a hacer lo mismo.

—Tenemos que buscar una puerta oculta —le dijo.

—En realidad, la otra no estaba escondida —señaló Carlton.

—Ya —reconoció Jessica, pero mantuvo la luz dirigida hacia la pared, dejando claro que no estaba dispuesta a rendirse.

Pasaron junto a dos baños que no habían visto la noche anterior.

—¿Creéis que habrá agua corriente? —preguntó Carlton—. Tengo muchas ganas de hacer pis.

—¿Qué tienes, cinco años? No quiero saber estas cosas. —Jessica puso los ojos en blanco y aceleró.

Cuando llegaron a la sala del escenario pequeño, todos se detuvieron. Marla y Lamar se acercaron a la tarima, agrupándose como sin darse cuenta. A pesar de que Carlton y Jessica habían estado allí la noche anterior, tenían la sensación de estar viéndolo por primera vez a través de los ojos de los otros dos. Carlton se dio cuenta de que no habían visto lo que había detrás del telón.

—Me acuerdo de estos pósteres —dijo Lamar.

—Yo también me acuerdo de esto —coincidió Marla señalando el cartel de FUERA DE SERVICIO que cruzaba el escenario—. Siempre me pongo nerviosa cuando veo esa frase, aunque sea en una máquina de comida.

Lanzó una carcajada falsa.

—Ya sé a qué te refieres —dijo Lamar en voz baja, pero, antes de que pudiera continuar, Carlton lo interrumpió.

—La encontré.

—O eso crees —lo corrigió Jessica.

Había una puerta incrustada en la pared como la de debajo del escenario; no estaba realmente escondida, pero se suponía que no debía verse. Estaba

pintada de negro, como los muros. Jessica giró el pomo y tiró, pero no cedió.

—¿Cerrada con llave? —preguntó Lamar.

—No creo.

—Déjame probar —se ofreció Marla. Agarró el picaporte y dio un tirón; la puerta se abrió y ella se tambaleó hacia atrás.

—¡Impresionante! —exclamó Lamar.

—Bueno, es que cuidar de Jason me ha hecho fuerte. —Sonrió mientras se arrodillaba para deslizarse por la puertita.

Era casi idéntica a la otra sala: ocho pantallas y un gran panel de botones sin rotular. Carlton rebuscó el interruptor principal y extendió la mano hacia un rincón oscuro. Se encendió todo con un clic y un zumbido suave inundó la habitación. La luz intensa y extravagante de los focos rojos y azules del escenario entró por debajo de la puerta. Jessica y Carlton comenzaron a encender los televisores; giraron los diales hasta que aparecieron las imágenes, aunque la mayoría de ellas estaban muy oscuras. Desde allí podían ver un plano general del escenario principal, como en la otra sala, pero el resto de las cámaras mostraban otros puntos del local y distintos ángulos. Mientras que la primera sala de control solo tenía planos del comedor, aquí podían ver otras zonas del restaurante: los espacios para fiestas privadas, decorados con adornos brillantes para celebraciones que jamás tendrían lugar; los pasillos; una oficina; e incluso lo que parecía una almacén. También veían la habitación que tenían detrás, con la cámara enfocando el letrero de FUERA DE SERVICIO, ahora iluminado entre sombras espectrales, y el telón. En una de las pantallas vieron a Jason agachándose detrás de las máquinas recreativas.

—Igual debería ir a buscarlo —dijo Marla, pero nadie contestó.

Carlton empezó a pulsar botones. A medida que lo hacía, los focos del escenario principal se encendían y se apagaban, e iluminaban a los animales uno tras otro y los espacios vacíos en los que podrían haberse colocado otros personajes. Entonces Lamar se echó a reír señalando una de las pantallas. Los adornos en forma de pizza de las paredes estaban girando a toda velocidad, como si estuvieran a punto de saltar y echar a rodar.

—Se me había olvidado que hacían eso —dijo Lamar cuando Carlton las hizo parar lentamente.

Había una rueda negra a un lado de los botones. Carlton la giró, pero no

vieron que sucediera nada.

—Déjame probar —pidió Lamar. Apartó a Carlton con el codo y pulsó otro botón.

Se oyó un chirrido muy agudo y todos dieron un bote, pero enseguida se rebajó a un zumbido como de electricidad estática. Lamar volvió a apretar el botón y el sonido desapareció.

—Supongo que ya sabemos cómo encender los altavoces —comentó Carlton.

—Me apuesto lo que sea a que conseguimos poner música —dijo Jessica.

Se echó hacia delante y pulsó otra cosa que hizo que las luces de la tarima se intensificaran mientras que la iluminación general se atenuó. De pronto, las figuras del escenario principal estaban resaltadas y reclamaban atención. Volvió a pulsarlo y las luces volvieron a la normalidad.

—Me encanta —dijo Carlton.

—¿El qué? —preguntó Marla.

—La iluminación del escenario. Un simple interruptor y es como si te transportaras a otro mundo.

Otro botón hacía parpadear las luces de la sala que tenían detrás, mientras que otro ponía en marcha y detenía el pequeño carrusel; el tintineo de la música que lo acompañaba sonaba demasiado lento, como si la propia atracción intentara recordar la melodía. Consiguieron volver a encender los altavoces sin el chirrido, pero lo único que se oía era la electricidad estática.

—Tengo una idea —dijo Jessica poniéndose delante de los demás. Encendió de nuevo los altavoces y después giró la rueda de un lado a otro. El zumbido bajó y aumentó en respuesta al movimiento.

—Vamos avanzando —comentó Carlton.

—Sigue siendo un zumbido —dijo Marla poco impresionada.

Jessica bajó el volumen una vez más, pero entonces apartó la mano de la rueda como si le hubiera mordido y dio un puñetazo al botón para apagar los altavoces.

—¿Qué pasa? —preguntó Marla.

Jessica permaneció inmóvil con las manos en el aire.

—¿Qué ha pasado? ¿Te ha dado un calambre? —quiso saber Carlton.

—Sonaba como una voz —respondió Jessica.

—¿Y qué decía? —preguntó Marla, que al parecer había recuperado el interés.

—No lo sé, déjame volver a intentarlo.

Encendió los altavoces una vez más activando el zumbido estático, y bajó el volumen mientras todos aguzaban el oído. Cuando alcanzó un tono muy grave, justo por debajo del rango de la voz humana, todos lo oyeron: palabras lentas y entrecortadas, casi demasiado distorsionadas para considerarse habla. Se miraron unos a otros.

—¿Qué demonios es eso? —exclamó Marla.

—Nada, no es más que electricidad estática —respondió Lamar. Extendió la mano hacia los controles y subió el volumen lentamente. Durante un instante fugaz, se oyó otro sonido intencionado.

—Sonaba como si alguien cantara —dijo Carlton.

—Qué va —replicó Lamar, menos seguro esta vez.

—Repítelo —pidió Marla.

Lamar lo hizo, pero esta vez no hubo nada.

—¿Esa es Charlie? —De pronto, Marla se concentró en una imagen borrosa que recorría el pasillo hacia ellos, pegada a la pared para pasar desapercibida.

Charlie se movía a toda prisa, casi a saltos, e intentaba encontrar otro escondite. Echó un vistazo a su espalda con la ligera sospecha de que John podía estar haciendo trampa. Atravesó la oscuridad en dirección al colorido brillo del telón del escenario pequeño, que reflejaba inquietantes luces rojas y azules sobre las mesas y los gorros de fiesta. Recorrer este pasillo siempre le había parecido una excursión larga y peligrosa, algo que no se atrevía a hacer sola. Mantuvo la mirada fija detrás de sí y dejó que la pared guiara sus pasos. Sabía que John estaba cerca, seguramente aproximándose sin hacer ruido en la oscuridad. De pronto chocó de espaldas contra algo que hizo que se detuviera. Se había movido más rápido de lo que pensaba, aunque lo más probable es que el pasillo no fuera tan largo como lo recordaba.

Vio la sombra del chico al final del pasillo; si giraba la cabeza, la vería. Charlie se subió sin pensarlo a la plataforma contra la que había chocado y se escondió detrás del telón, agazapada entre la pared y un elemento voluminoso de la decoración, e intentó no respirar.

—¿Charlie? —la llamó John desde lejos aún—. ¡Charlie!

La muchacha sintió que se le aceleraba el corazón. De vez en cuando le había gustado algún chico, pero esto era distinto. Quería que la encontrara, pero todavía no. Mientras esperaba, sus ojos se acostumbraron a la oscuridad y consiguió distinguir la silueta del telón y el borde de la tarima. Levantó la mirada hacia el objeto que tenía delante.

«No.»

Sintió un escalofrío por todo el cuerpo y después se quedó paralizada.

Esa cosa se alzaba sobre ella. Era aquel amasijo del taller de su padre, esa cosa deforme de brillantes ojos plateados que colgaba del rincón y que sufría convulsiones fortuitas. «¿Le duele?» Ahora estaba quieta y tenía los ojos vacíos y apagados. Miraba impasible hacia delante y el brazo del garfio le colgaba inútil a un lado. Reconoció sus ojos, pero casi era peor ahora, revestido con extremidades huecas y cubierto de pelo rojo; apestaba a aceite y a pegamento. Tenía nombre, ahora lo llamaban Foxy. Pero ella sabía la verdad.

Charlie se encogió hacia atrás y se apretó contra la pared. El corazón le latía a mil por hora y su respiración era superficial, demasiado rápida. Su brazo había estado en contacto con la pierna del muñeco y ahora sentía un picor repentino, como si se hubiera contaminado. Se frotó enérgicamente la mano contra la camiseta, presa del pánico.

«Corre.»

Se apartó de un salto y se dio impulso contra la pared para escapar, para huir antes de que la viera, pero el pie se le quedó enganchado en el borde del escenario. Tropezó hacia delante y se enredó momentáneamente en el telón. Trataba de liberarse cuando de pronto el brazo de la cosa se levantó y el garfio le dio en el hombro. Tardó demasiado en agacharse y le hizo un corte. El dolor la impresionó, como un cubo de agua helada. Se tambaleó hacia atrás y sintió que se caía durante unos segundos eternos, y entonces alguien la cogió.

—¿Charlie? ¿Estás bien?

Era John, él la había atrapado. Intentó asentir, pero estaba temblando. Se miró el brazo. Tenía un corte de casi diez centímetros por encima del codo. Le sangraba y se lo tapó con la mano, pero se le inundaron los huecos entre los dedos con la sangre que se filtraba.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Marla corriendo hacia ella—. Charlie, lo siento mucho, debo de haber tocado un botón que lo ha accionado. ¿Te

encuentras bien?

Charlie asintió, algo menos temblorosa.

—Estoy bien. No es para tanto. —Probó a mover el brazo—. ¿Ves? No ha llegado al nervio, se me curará.

Carlton, Jessica y Lamar salieron corriendo de la sala de control.

—Deberíamos llevarla a Urgencias —dijo Carlton.

—Estoy bien —insistió Charlie.

Se levantó rechazando la ayuda de John y se concentró en el escenario durante un instante. Oyó la voz de la tía Jen: «¿Cuánta sangre has perdido? No hace falta que vayas al hospital». Podía mover el brazo sin problemas y no se desangraría por esa herida. De todos modos, se sentía mareada.

—Charlie, pareces un fantasma. Tenemos que sacarte de aquí —dijo John.

—Vale —contestó.

No podía concentrarse en sus pensamientos. Y la herida le dolía menos de lo que debía. Respiró hondo para intentar centrarse mientras se dirigían hacia la salida. John le dio un trozo de tela y ella se la puso encima del corte para frenar la hemorragia.

—Gracias —dijo mirándolo. Le faltaba algo—. ¿Eso era tu corbata?

Él se encogió de hombros.

—¿Te parezco el tipo de persona que lleva corbata?

Ella sonrió.

—Yo creo que te quedaba bien.

—¡Jason! —gritó Marla cuando pasaron junto a la sala de juegos—. ¡Muévete, que si no te dejamos aquí!

El chico corrió para alcanzarlos.

—¿Charlie está bien? —preguntó nervioso.

Marla paró un segundo y lo rodeó con el brazo.

—Sí —lo tranquilizó.

Recorrieron a paso ligero el mismo pasillo por el que habían entrado. Mientras lo conducían afuera, Jason echó la vista atrás para contemplar los dibujos una última vez antes de perderlos de vista. Las luces de colores del escenario se desvanecían y la linterna proyectaba formas y sombras en todas partes, de manera que era difícil ver los garabatos, pero él habría jurado que las figuras de los dibujos se movían.

Todos atravesaron rápidamente el edificio vacío hasta llegar al

aparcamiento, ya sin preocuparse por el guarda. Cuando alcanzaron el coche, Lamar, que había cogido la linterna grande, la encendió y la apuntó hacia el brazo de Charlie.

—¿Vas a necesitar puntos? —preguntó Marla—. Lo siento mucho, Charlie.

—Ninguno de nosotros estaba teniendo cuidado, no es culpa tuya —dijo Charlie.

Sabía que sonaba enfadada, pero no era su intención; tenía la voz constreñida por el dolor. La impresión se le había pasado, pero eso significaba que había empezado a dolerle de verdad.

—No pasa nada —insistió, y después de un rato los demás se rindieron a regañadientes.

—Al menos deberíamos limpiarte la herida y vendarla —dijo Marla, que quería hacer algo, lo que fuera, para compensarla.

—Hay una farmacia abierta veinticuatro horas justo a un lado de la calle principal —propuso Carlton.

—Charlie, ¿por qué no vas con Marla y yo llevo tu coche de vuelta al motel? —se ofreció Jessica.

—Que estoy bien —protestó Charlie no muy convencida, pero le tendió las llaves a Jessica—. Eres buena conductora, ¿verdad?

Jessica puso los ojos en blanco.

—La gente de Nueva York sabe conducir, Charlie.

John se quedó junto a ellas un momento mientras Charlie subía al coche de Marla.

Ella le sonrió.

—Estoy bien. Nos vemos mañana.

El chico la miró como si quisiera decirle algo más, pero se limitó a asentir y se marchó.

—Vale, ¡a la farmacia! —dijo Marla.

Charlie se dio la vuelta en su asiento para mirar a Jason.

—¿Te lo has pasado bien?

—Los juegos no funcionaban —respondió distraído.

La farmacia estaba solo a unos minutos de allí.

—Quédate en el coche —le ordenó Marla a su hermano cuando se detuvieron.

—No me dejéis aquí fuera —pidió Jason.

—Te he dicho que te quedes —repitió ella, algo perpleja por el miedo en su voz.

Jason no contestó, y ella y Charlie entraron en la tienda.

En cuanto se fueron, Jason se sacó el dibujo del bolsillo. Lo sostuvo bajo la débil luz del aparcamiento para estudiarlo. No había vuelto a cambiar: el conejo Bonnie miraba a un niño que le daba la espalda. Jason rascó las líneas de pintura con la uña, por curiosidad. La cera se despegó fácilmente dejando marca en el papel.

En cuanto entraron en la farmacia, iluminada con fluorescentes y climatizada, Marla suspiró y se llevó las manos a las sienes.

—Es un crío —dijo.

—A mí me cae bien —dijo Charlie con sinceridad.

Todavía llevaba la corbata de John para frenar la hemorragia. Ahora que había más luz, se la despegó para ver el corte. Casi había dejado de sangrar; no eran tan grave como parecía en un primer momento, aunque la corbata no tenía remedio.

—Oye, ¿y por qué has traído a Jason?

Marla no respondió enseguida, sino que buscó con la mirada el pasillo de primeros auxilios y se dirigió a él.

—Aquí está. ¿Qué opinas, gasas?

—Vale, pero no me llames gasas. —Charlie se inclinó hacia Marla, pero esta ignoró su broma.

—Antiséptico —prosiguió Marla mientras cogía los productos—. A ver, el padre de Jason y nuestra madre llevan casados desde antes de que él naciera, evidentemente. Y es probable que se divorcien. Yo lo sé, pero Jason no.

—Vaya.

—Discuten todo el tiempo. Él se asusta, ¿entiendes? Mi padre se marchó cuando yo era pequeña, así que crecí con ello, estoy acostumbrada. Además, tuve un padrastro fantástico. Pero para él será como el fin del mundo. Y la verdad es que no se están esforzando por facilitar las cosas, se pelean delante de nosotros todo el tiempo. Así que no quería dejarlo allí solo toda una semana.

—Lo siento mucho, Marla.

—Ya, tranquila. De todas formas, yo me marcho dentro de un año. El que me preocupa es el mocoso ese.

—Ya no es ningún mocoso —dijo Charlie.

Marla sonrió.

—Lo sé, es bastante genial, ¿verdad? La verdad es que me gusta tenerlo a mi lado.

Pagaron por los productos. El dependiente, un adolescente, ni siquiera parpadeó ante las manchas de sangre de Charlie. Una vez fuera se sentaron en el capó del coche. Marla empezó a abrir el frasco de antiséptico, pero Charlie extendió la mano.

—Puedo hacerlo yo misma —dijo.

Marla parecía estar a punto de replicar, pero se tragó aquello que le hubiera gustado decir y le dio a Charlie el frasco junto con un pedazo de gasa. Cuando la chica se limpió la herida con torpeza, Marla sonrió socarrona.

—Hablando de gente con la que nos gusta estar, ¿te estás divirtiendo con John?

—¡Au! Cómo pica. Y no sé a qué te refieres —dijo Charlie, remilgada; de pronto, centró toda su atención en lo que hacía.

—Sí que lo sabes. Te sigue como un cachorrito, y te encanta.

Charlie reprimió una sonrisa.

—¿Y qué pasa contigo y con Lamar? —contraatacó.

—¿Yo y quién? Dame. —Extendió la mano para recoger la gasa ensangrentada. Charlie se la dio y después cogió una limpia—. Tendrás que dejarme pegarla.

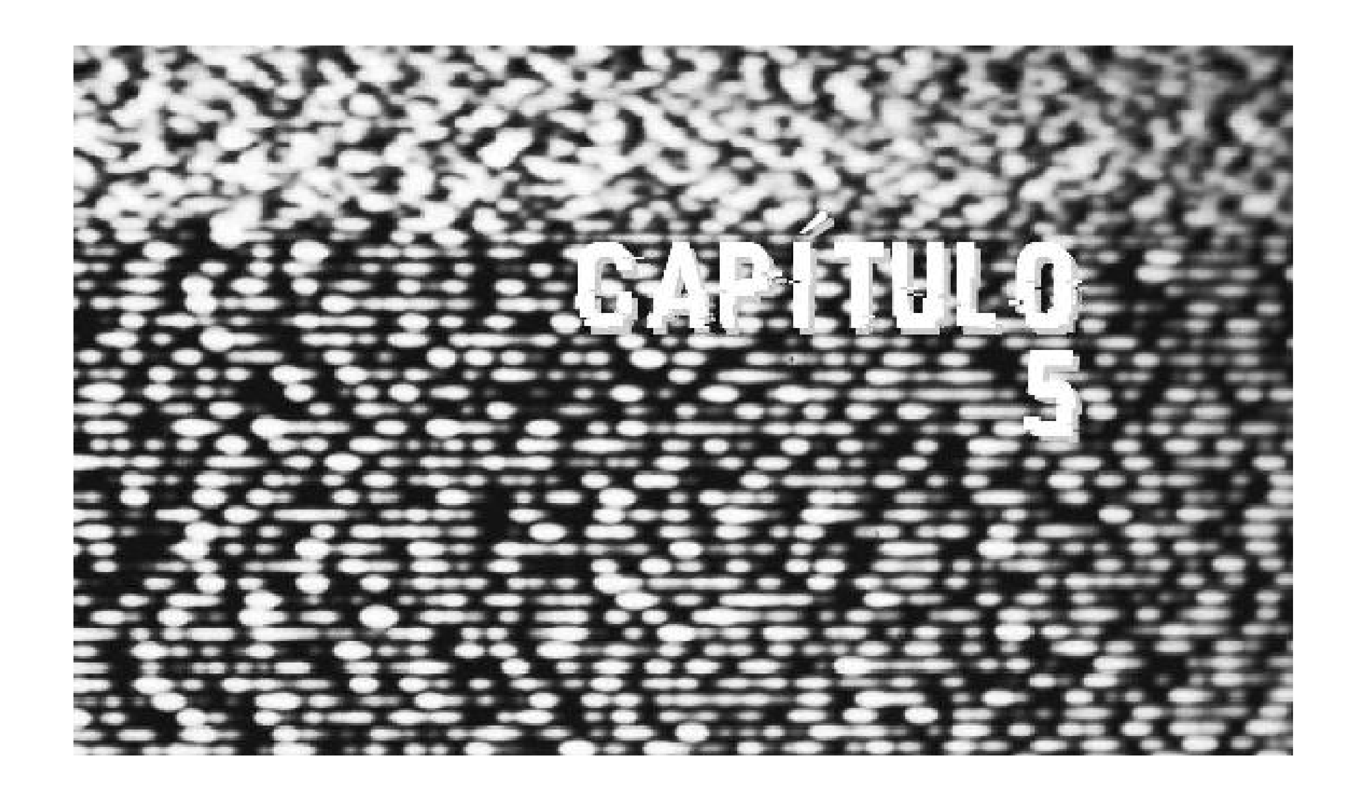
Charlie asintió y sujetó la gasa en su sitio mientras Marla sacaba el esparadrapo.

—Venga, que ya he visto cómo lo miras.

—¡Qué va! —Marla alisó el último pedazo de esparadrapo y volvió a meterlo todo en la bolsa.

—Lo digo en serio —insistió Charlie mientras volvían al coche—. Se os ve encantados cuando estáis juntos. Y vuestros nombres son anagramas entre sí. ¡Marla y Lamar! Es el destino.

Después, entre risas, regresaron al motel.



Cuando llegaron, Jessica ya estaba allí, igual que John. El chico se levantó en cuanto entró Charlie.

—Estaba preocupado por ti. ¿Qué os parece si duermo en el suelo? —Esperó nervioso su reacción, como si solo al tenerla delante se hubiera dado cuenta de que quizá se había extralimitado.

En otro momento y en otro lugar, a Charlie habría podido molestarle su preocupación. Era excesiva. Pero allí, en Hurricane, se alegraba de contar con él. «Deberíamos estar todos juntos —pensó—. Es más seguro.» No es que tuviera mucho miedo, pero la inquietud aún se aferraba a ella como una telaraña. La presencia de John le había resultado tranquilizadora desde que habían llegado. Todavía la estaba mirando y esperando una respuesta, y ella le sonrió.

—Mientras no te importe compartirlo con Jason —dijo.

—Si me prestáis un cojín, estaré perfectamente —respondió él con una sonrisa.

Marla le lanzó uno, el chico lo ahuecó concienzudamente, dejó el cojín en el suelo y se tumbó.

Se acostaron casi de inmediato. Charlie estaba agotada; ahora que tenía la herida limpia y vendada, la adrenalina de la noche la abandonó de golpe y la dejó exhausta y un poco temblorosa. Ni siquiera se molestó en ponerse el pijama, sino que se desplomó sobre la cama junto a Jessica y se quedó dormida al cabo de unos segundos.

Se despertó justo después de amanecer, cuando el cielo seguía pálido y un poco rosa. Miró a su alrededor en la habitación. Sospechaba que los demás no se despertarían hasta varias horas después, pero se sentía demasiado alerta para intentar dormirse de nuevo. Cogió los zapatos y salió pasando por encima de Jason y John. El motel estaba un poco apartado de la carretera, rodeado por una densa arboleda. Charlie se sentó en el bordillo para ponerse los zapatos y se preguntó si podría pasear por el bosque sin perderse. El aire era fresco y ella se sentía renovada y fortalecida por las escasas horas que había dormido. Le dolía el brazo, un dolor sordo cuyo latido atraía su atención una y otra vez, pero la hemorragia no había atravesado el vendaje. Normalmente le resultaba fácil ignorar el dolor cuando sabía que no suponía ningún peligro. El bosque era tentador, así que decidió correr el riesgo de perderse.

Cuando estaba a punto de levantarse, John se sentó a su lado.

—Buenos días —le dijo.

Tenía la ropa arrugada por haber pasado la noche en el suelo, y su pelo era un desastre. Charlie contuvo la risa.

—¿Qué pasa? —preguntó él.

Charlie negó con la cabeza.

—Hoy te pareces un poco a como eras antes —contestó.

Él se miró y se encogió de hombros.

—Aunque la mona se vista de seda… ¿Por qué te has levantado tan pronto?

—No sé, no podía dormir. ¿Y tú?

—Alguien me ha pisado.

Charlie hizo una mueca de vergüenza.

—Lo siento —dijo, y él se echó a reír.

—Es broma, ya estaba despierto.

—Iba a dar un paseo por ahí —explicó ella señalando la linde del bosque

—. ¿Quieres venir?

—Sí, claro.

Se dirigieron hacia la arboleda. John se quedó atrás un momento para meterse la camisa dentro del pantalón a escondidas e intentar alisar las arrugas. Charlie fingió no darse cuenta.

No había camino, así que se abrieron paso entre los árboles sin rumbo, echando la vista atrás de vez en cuando, para asegurarse de que aún distinguían el aparcamiento del motel. John tropezó con una rama caída. Charlie estiró el brazo bueno para sujetarlo antes de que se cayera.

—Gracias. Y vaya brazo.

—Bueno, tú me sujetaste ayer, ahora ya estamos en paz —contestó ella.

Miró alrededor: ya casi no se veía el motel. Se sentía escondida, protegida por los árboles. Allí podía decir cualquier cosa, que no pasaría nada. Se apoyó en un árbol y rascó distraída la corteza que tenía detrás.

—¿Sabes que Freddy's no fue el primer restaurante? —dijo de pronto, sorprendiéndose a sí misma. John la miró confuso, como si no la hubiera oído bien. No quería repetirlo, pero se obligó—: Freddy's no fue el primer restaurante de mi padre. Antes tuvo una pequeña cafetería. Cuando mi madre todavía no se había marchado.

—No tenía ni idea —dijo John lentamente—. ¿Dónde estaba?

—No lo sé. Es uno de esos recuerdos que tienes de cuando eras pequeño, ¿sabes? Solo te acuerdas de las cosas que tienes justo a tu alrededor. Recuerdo el linóleo del suelo de la cocina, a rombos blancos y negros, pero no me acuerdo de dónde estaba el restaurante ni de cómo se llamaba.

—Te entiendo. Cuando tenía unos tres años fuimos de vacaciones a un parque temático y lo único que recuerdo es el asiento trasero del coche. Oye, ¿y «ellos» también estaban?

Bajó un poco la voz al decir aquello último, casi en tono reflexivo. Charlie asintió.

—Sí, había un oso y un conejo, creo. A veces mezclo los detalles, no son recuerdos normales —le explicó, ya que necesitaba que comprendiera los fallos en la historia antes de contarle el resto—. Es como cuando tienes un sueño muy real y a la mañana siguiente no estás segura de si ha sucedido o no. Son impresiones, retazos de tiempo. Es como si…

Fue enmudeciendo. No lo estaba explicando bien, no estaba escogiendo las palabras apropiadas. Estaba remontándose demasiado atrás, a una época

en la que aún no hablaba. Hubo un tiempo en que no tenía vocabulario para nombrar lo que veía, así que ahora, cuando trataba de recordarlo, nunca acertaba con las palabras.

Miró a John, que la observaba pacientemente esperando a que continuara. Quería contarle a él esa historia de su vida que no le había contado nunca a nadie. En realidad, ni siquiera era una historia, sino algo que la incordiaba desde el margen de su memoria, algo brillante que solo veía por el rabillo del ojo. No estaba del todo segura de que fuera real, así que no se lo había dicho a nadie. Pero quería contárselo a John porque quería hablarlo con otra persona; porque él la miraba con confianza y ella sabía que la escucharía y la creería; porque era importante para él hacía mucho tiempo; porque la había sujetado cuando se había caído y había venido aquí a dormir y a hacer guardia toda la noche. Además, su parte pragmática y ligeramente cruel también lo hacía porque él no formaba parte de su vida real. Podía contarle aquello, o cualquier cosa, y cuando regresara a casa sería como si no hubiera pasado nada. De pronto quiso tocarlo, confirmar que de verdad estaba allí, que aquello no era otro sueño. Extendió la mano y él se la cogió, sorprendido pero contento. Permaneció donde estaba, como si tuviera miedo de asustarla si se acercaba. Se quedaron así un instante, después ella lo soltó y le contó la historia del modo en que la reproducía en su cabeza: los recuerdos de una niña pequeña mezclados con las cosas que había comprendido a medida que crecía.

Había otro restaurante, rústico y pequeño, con manteles a cuadros rojos en las mesas y una cocina que se veía desde el comedor, y todos estaban juntos: su padre, su madre y… nosotros. Cuando Charlie era muy muy pequeña, nunca estaba sola. Estaba ella y estaba ese niño pequeño, ese niño tan cercano a Charlie: recordarlo era como recordar una parte de sí misma. Siempre estaban juntos. De hecho, ella aprendió a decir «nosotros» antes que a decir «yo».

Jugaban juntos en el suelo de la cocina, y a veces pintaban dibujos escondidos debajo de una mesa de madera. Recordaba el trajín de pies y sombras de los clientes que pasaban junto a ellos. La luz parpadeaba interrumpida por un ventilador que giraba lentamente, y caía sobre el suelo en franjas. Recordaba el olor de un cenicero y las carcajadas de los adultos absortos en una buena historia mientras sus hijos jugaban.

Con frecuencia oía resonar la risa de su padre desde un rincón lejano

mientras hablaba con los clientes. Ahora, cuando se lo imaginaba riendo así, sentía un pequeño dolor, un encogimiento en el centro del pecho, porque a su padre le brillaban los ojos y sonreía con facilidad y quería que todos formaran parte del restaurante, quería compartirlo con ellos. No tenía miedo de dejar que sus hijos deambularan y exploraran. El dolor todavía no había hecho mella en él, así que, aunque se parecía un poco al padre que ella conoció de verdad, no era el mismo hombre en absoluto.

Charlie hablaba mirando el suelo, la tierra, las piedras y los restos de hojas, y tenía la mano detrás de la espalda; arrancaba pedazos de corteza del árbol. «¿Le dolerá?», se preguntó, y se obligó a apartar las manos para entrelazarlas delante.

El restaurante abría hasta muy tarde, así que cuando empezaban a flaquearles las fuerzas, Charlie y el niño pequeño se acurrucaban con mantas y peluches en la despensa y dormían hasta la hora de cierre. Recordaba usar sacos de harina como almohadas, bolsas tan altas como ellos. Se abrazaban y se susurraban palabras sin sentido que significaban cosas muy profundas solo para ellos dos, y Charlie se abandonaba al sueño escuchando a medias los cálidos sonidos del restaurante, el entrechocar de platos y el murmullo de las conversaciones de adultos, así como el ruido del oso y el conejo mientras bailaban al ritmo de melodías metálicas.

Les encantaban los animales, el oso color mostaza y el conejo a juego, que recorrían el restaurante cantando y bailando para los clientes, y en ocasiones para Charlie y el niño pequeño. Unas veces se movían de forma rígida y mecánica; otras, sus movimientos eran fluidos y humanos; y mientras que el niño prefería que actuaran como personas, a Charlie le gustaban más de la otra manera. Los movimientos forzados, los ojos inertes y sus fallos ocasionales la cautivaban: actuaban como si estuvieran vivos, pero no lo estaban. El abismo estrecho pero profundo entre ambos estados, vivo y no vivo, la tenía fascinada, a pesar de que nunca sabría explicar por qué.

—Creo que eran trajes —dijo Charlie con la vista aún clavada en el suelo —. Los animales no eran siempre robots; el oso y el conejo eran disfraces, y unas veces se los ponían personas, y otras mi padre se los ponía a sus robots. Siempre sabías quiénes eran por cómo bailaban.

Charlie calló. Había más, pero no conseguía seguir hablando. Había algo ahí que le bloqueaba la mente y apartaba los recuerdos, lo mismo que le

impedía pedirle respuestas a la tía Jen por miedo a conocerlas. Charlie no se había atrevido a mirar a John durante el tiempo que había estado hablando; se había limitado a observar el suelo, las manos, las zapatillas. Ahora sí que lo miró, y estaba absorto, casi parecía que contenía la respiración. Esperó, no quería hablar hasta estar seguro de que ella había terminado.

—Eso es todo lo que recuerdo —dijo por fin, a pesar de que era mentira.

—Espera, ¿quién era ese niño pequeño?

Charlie sacudió la cabeza, frustrada porque no lo hubiera entendido.

—Era mío. Quiero decir que era mi hermano. Éramos lo mismo. —Hablaba como una niña, como si el recuerdo la hubiera poseído y obligado a volver allí. Carraspeó y comenzó a hablar más lentamente y escogiendo las palabras con cuidado—. Perdona. Creo que era mi hermano gemelo.

Vio que John abría la boca dispuesto a preguntar: «¿Y qué le pasó?». Pero debió de ver algo en el rostro de su amiga, alguna señal de alerta, porque se contuvo:

—¿Crees que ese sitio estaba por aquí? Porque en realidad habría podido estar en cualquier parte, incluso en otro estado.

—No lo sé —contestó Charlie, despacio, mirando por encima del hombro y después hacia las copas de los árboles—. La sensación es la misma. Tengo la impresión de que podría toparme con él al doblar cualquier esquina. Quiero encontrarlo —declaró con la voz un poco entrecortada; en cuanto lo dijo, se convirtió en lo único que quería hacer.

—A ver, ¿qué recuerdas del sitio? —preguntó John con entusiasmo, casi lanzándose sobre ella como un perro ansioso con correa. Debía de morirse de ganas de ir a buscarlo desde el momento en que ella lo había mencionado.

Charlie sonrió, pero negó con la cabeza.

—En realidad no me acuerdo de gran cosa. La verdad es que no sé si seré de mucha ayuda; como te he dicho, lo que recuerdo no son más que retazos, no tengo información. Es como un álbum de fotos. —Cerró los ojos para intentar ver mentalmente el lugar—. El suelo temblaba. ¿Un tren? Recuerdo ese estruendo todos los días, era el sonido más fuerte que había escuchado jamás. Y no me refiero al volumen, es más bien que se sentía en todo el cuerpo, como si te retumbara en el centro del pecho.

—Entonces debía de estar cerca de una vía, ¿no?

—Sí —contestó Charlie con un atisbo de esperanza—. Delante había un

árbol que parecía un monstruo viejo y enfadado, encorvado y marchito, con dos ramas gigantes y nudosas que se extendían como brazos. Cuando nos íbamos por la noche, siempre escondía la cara en la camisa de mi padre para no tener que verlo al pasar junto a él.

—¿Y qué más? ¿Había otras tiendas o restaurantes?

—No. Bueno, no creo, Lo siento. Ha desaparecido todo. —Se rascó la cabeza.

—No es suficiente —dijo John, un poco frustrado—. Eso podría ser en cualquier lado, un tren y un árbol. Tiene que haber algo más. ¿Nada?

—No —contestó Charlie.

Cuanto más se forzaba a recordar, más difícil le resultaba. Buscaba a ciegas. Era como si tratara de agarrar criaturas vivas, como si los recuerdos la vieran venir y escaparan. Desechaba fragmentos a medida que conseguía atraparlos: los manteles, de cuadros rojos y blancos, de tela de verdad, no plástico. Se acordaba de haberse agarrado a uno cuando aún no caminaba muy estable, y de que los platos y los vasos se le habían caído encima y se habían roto contra el suelo mientras ella se cubría la cabeza. *Charlotte, ¿estás bien?* La voz de su padre sonaba más clara que nunca.

En un rincón del comedor había una tabla que chirriaba y que a Charlie le gustaba apretar para hacerla sonar como si tocara música. Había una mesa de pícnic en el jardín trasero, donde solían sentarse al sol. Una de sus patas se hundía en la tierra blanda. También estaba la canción que sus padres solían cantar en el coche siempre que volvían a casa de una excursión; solían entonarla a pleno pulmón cuando ya quedaba poco para llegar, y entonces se echaban a reír como si hubieran dicho algo ingenioso.

—Nada que ayude, solo cosas de niños —dijo Charlie.

Se sentía un poco mareada. Había pasado muchos años evitando estos recuerdos; su mente los rehuía como a las serpientes. Se sentía un poco culpable, como si hubiera hecho algo malo. Pero entre todo aquello sobre lo que nunca se permitía pensar también percibía algo que podría haber sido alegría. Los recuerdos de aquella época no eran seguros, tenían trampas y cepos incrustados en su propia esencia, pero entre ellos también había instantes valiosos.

—Lo siento, no recuerdo nada más.

—Tranquila, es realmente impresionante que recuerdes cosas de tan pequeña. No pretendía forzarte —añadió algo avergonzado; después puso

un gesto pensativo—. ¿Qué canción era?

—Creo que era la misma que bailaban los muñecos de Freddy's.

—No, me refiero a la que cantaban tus padres en el coche.

—Ah, no sé si me acuerdo. En realidad, no era una canción, solo un pequeño verso, ¿sabes?

Cerró los ojos y se imaginó el coche, trató de visualizar las nucas de sus padres como si estuviera en el asiento trasero. Esperó y confió en que su mente lo revelara, y finalmente lo hizo. La tarareó, solo seis notas.

—Hemos vuelto a la armonía —cantó—. Y acababan con un acorde armónico —añadió, avergonzada por sus padres incluso ahora.

John puso un gesto inexpresivo al principio, porque las palabras no parecían tener sentido, pero entonces un halo de esperanza le iluminó la mirada.

—Charlie, hay un pueblo aquí al norte que se llama New Harmony.

—Ajá —se limitó a decir ella. Se repitió las palabras mentalmente intentando que la inspiraran, que desencadenaran un recuerdo, pero no fue así—. Tengo la impresión de que debería sonarme, pero no. Lo siento. Quiero decir que no suena equivocado, pero tampoco correcto.

Estaba decepcionada, pero John seguía pensativo.

—Vamos —dijo tendiéndole la mano.

Charlie se secó la mejilla y respiró entrecortadamente. A continuación, lo miró. Asintió con una sonrisa agotada y se puso de pie.

—¿Deberíamos esperar a que se despierten todos? —dijo John cuando salieron al aparcamiento después de un enérgico paseo de vuelta.

—No —contestó Charlie con una vehemencia inesperada. Después añadió en tono más suave—: No quiero que vengan todos.

Se angustiaba con solo imaginar al grupo entero acompañándola. Era demasiado arriesgado, demasiado personal; no tenía ni idea de qué encontrarían ni de qué efectos tendría sobre ella, y no soportaba la idea de descubrirlo con público presente.

—Vale, pues solo nosotros.

—Solo nosotros.

Charlie entró y cogió las llaves del coche moviéndose despacio para no molestar a los demás. Cuando ya se dirigía hacia la puerta, Jason se

revolvió y abrió los ojos. Levantó la mirada hacia ella como si no estuviera seguro de quién era. Charlie se llevó el dedo a los labios.

El chico asintió medio dormido y volvió a cerrar los ojos. Ella se deslizó rápidamente por la puerta. Le lanzó las llaves a John y se subió al asiento del copiloto.

—Aquí dentro hay un mapa —dijo, tratando de abrir la guantera.

El mapa se cayó, junto con un montón de calentadores de manos y raciones de alimentos de emergencia.

—Tu tía ataca de nuevo. —John sonrió.

Charlie sostuvo el mapa a pocos centímetros de la cara. New Harmony estaba cerca, a más o menos media hora en coche.

—¿Podrás guiarme? —le preguntó él.

—¡Sí, capitán! Al salir del aparcamiento, gira a la izquierda.

—Gracias —contestó con ironía.

Atravesaron el pueblo y salieron por el otro lado; a medida que avanzaban, las casas cada vez estaban más separadas. Cada una de ellas se alzaba solitaria, conectada únicamente por cables eléctricos flojos. Charlie observaba que los postes de teléfonos se repetían de manera hipnótica como si fueran a continuar para siempre, y entonces parpadeaba y rompía el encantamiento. Más allá, las montañas se erguían antiquísimas y oscuras contra el cielo azul; parecían más solidas que todo lo que las rodeaba, incluso más reales. Y quizá lo eran. Ya estaban allí observando mucho antes que las casas, antes que las carreteras. Y seguirían allí mucho después de que todo desapareciera.

—Hace muy buen día —dijo John, y ella lo miró apartando los ojos del paisaje.

—Sí —contestó Charlie—. Casi se me había olvidado lo bonito que es esto.

—Ya. —Permaneció en silencio un momento, después la miró de reojo. Charlie no supo si era por timidez o por mantener los ojos en la carretera. Por fin dijo—: Es raro. Cuando era niño, las montañas me asustaban, especialmente cuando conducíamos de noche. Eran como unas bestias monstruosas que nos acechaban.

Se rio un poco, pero Charlie no.

—Lo entiendo —dijo, y después le sonrió—. Pero creo que no son más que montañas. Oye, no llegaste a contarme de qué iba tu relato.

—¿Mi relato? —Volvió a mirarla de reojo un poco nervioso.

—Sí, dijiste que te habían publicado uno. ¿De qué trataba?

—Bueno, fue en una pequeña revista local, nada más —dijo, todavía algo reacio. Charlie esperó, y por fin continuó—: Se titula «La casita amarilla». Trata sobre un niño de diez años cuyos padres discuten sin cesar, y él tiene miedo de que se divorcien. Se pelean. El niño les oye decirse cosas terribles el uno al otro. Se esconde en su cuarto con la puerta cerrada, pero sigue oyéndolos.

»Así que empieza a mirar por la ventana, a la casa de enfrente. Las cortinas están abiertas lo suficiente para que pueda echar un vistazo al interior. Observa a la familia ir y venir por la casa, y empieza a inventarse historias sobre ellos, se imagina quiénes son y qué hacen, y con el tiempo comienzan a resultarle más reales que su propia familia.

Miró a Charlie como para medir su reacción. Ella sonrió.

—Así que llega el verano y su familia se va de vacaciones una semana, lo pasa fatal. Cuando vuelven, la familia de enfrente se ha mudado. No queda nada, solo un letrero de EN VENTA.

Charlie asintió esperando a que continuara, pero él la miró algo apocado.

—Ese es el final.

—Oh, es muy triste.

John se encogió de hombros.

—Supongo. Pero ahora estoy trabajando en algo alegre.

—¿Y qué es?

Él le sonrió.

—Es un secreto.

Charlie le devolvió la sonrisa. Se sentía bien allí, era agradable conducir hacia el horizonte sin más. Bajó la ventanilla, sacó el brazo y disfrutó de la velocidad del viento. «No es la velocidad del viento», es la nuestra, pensó.

—¿Y tú? —preguntó John.

—¿Qué pasa conmigo? —contestó Charlie, que seguía jugueteando con el aire.

—Venga, ¿cómo es tu vida hoy en día?

Charlie le sonrió y metió el brazo dentro del coche.

—No sé, bastante aburrida.

Había una parte de ella que no quería contárselo por la misma razón que deseaba tenerlo a su lado en ese momento: no quería que su nueva vida se

mezclara con la antigua. Pero John le había contado algo real, algo personal, y sentía que le debía algo a cambio.

—No está mal —dijo por fin—. Mi tía es guay, aunque a veces me mira como si no supiera de dónde he salido. El instituto está bien, tengo amigos y eso, pero siento que todo es temporal. Todavía me queda un año, pero ya tengo la impresión de haberme ido.

—¿Adónde? —preguntó John.

Charlie se encogió de hombros.

—Ojalá lo supiera. Supongo que a la universidad. No estoy segura de qué vendrá después.

—Yo creo que nadie sabe nunca qué vendrá después. ¿Alguna vez…? —Se quedó callado, pero Charlie lo pinchó para que continuara.

—¿Alguna vez qué? ¿Si alguna vez he pensado en ti? —dijo en broma.

Él se sonrojó y ella se arrepintió enseguida de sus palabras.

—Iba a preguntarte si alguna vez has visto a tu madre —dijo en voz baja.

—Ah. No, la verdad es que no.

La agotaba pensar en su madre, y creía que a su madre le sucedía lo mismo. Había demasiados asuntos pendientes entre ellas; no culpa, porque ninguna de ellas era responsable de lo que había sucedido, pero sí algo parecido. Ambas irradiaban dolor como si fuera un aura. Y eso las alejaba como a dos polos opuestos.

—¿Charlie?

John estaba pronunciando su nombre; ella se volvió para mirarlo.

—Lo siento, me he distraído un momento.

—¿Tienes algo de música en el coche? —preguntó.

La chica asintió con entusiasmo por el cambio de tema.

Se agachó, recogió los casetes desperdigados por el suelo y comenzó a leer las etiquetas. Él se burló de lo que tenía, ella se defendió. Después de pelearse en broma, Charlie metió una cinta en el reproductor y se recostó de nuevo para mirar por la ventanilla.

—Creo que aquí es donde el mapa deja de ser útil. —John señaló la carretera que tenían delante—. Toda esta zona está casi en blanco; creo que lo que estamos buscando no aparece.

Dobló el mapa, lo guardó cuidadosamente en el bolsillo lateral junto al asiento y estiró el cuello hacia la ventanilla para ver lo que dejaban atrás.

—Tienes razón —dijo ella.

Parecía que habían vuelto a la civilización. Casas aisladas salpicaban los campos y los caminos de tierra se ramificaban en todas direcciones. El paisaje se componía principalmente de arbustos y árboles bajos. Además, toda la zona estaba rodeada de hileras de montes.

John miró a Charlie con la esperanza de que viera algo que les indicara la dirección correcta.

—¿Nada? —preguntó, aunque su mirada vacía ya le había dado una respuesta.

—No —se limitó a decir. No tenía ganas de explayarse.

Cada vez había menos casas, y cada vez más dispersas. Y los campos de matojos secos parecían extenderse hacia la lejanía; todo daba la impresión de desierto. John lanzaba miradas a Charlie cada poco tiempo en busca de una señal, casi esperando que le dijera que parara y diera la vuelta, pero la chica se limitaba a mirar hacia el horizonte, sin fijar la vista en nada y con la mejilla apoyada en la mano.

—Volvamos —dijo al fin en tono resignado.

—Puede que se nos haya pasado algo —dijo John. Redujo la velocidad y buscó un sitio donde dar la vuelta—. Nos hemos saltado muchas cosas, puede que esté en uno de esos caminos de tierra.

Charlie se echó a reír.

—¿En serio crees que nos hemos saltado cosas? —Se puso pensativa—. No, nada de esto encaja. Nada me suena.

Sintió que una lágrima le resbalaba por la mejilla y se la secó antes de que John se diera cuenta.

—No pasa nada, no te preocupes —dijo de repente recuperándose de su ensimismamiento—. Vamos a comer algo los dos solos.

John sonrió; todavía estaba buscando un sitio donde dar la vuelta. Charlie sintió un escalofrío y entonces algo le llamó la atención. Pegó un brinco en el asiento y se irguió por completo.

—¡PARA! —gritó.

John pisó a fondo el freno y el coche derrapó levantando una nube de polvo a su alrededor. Cuando pararon, Charlie se quedó sentada en silencio mientras John miraba otra vez por el retrovisor con el corazón a mil por hora.

—¿Estás bien? ¡Eh!

Charlie ya había salido del coche. Él se quitó el cinturón de seguridad a

toda prisa y cerró el coche tras él.

La chica corría de vuelta al pueblo, pero miraba hacia el terreno junto a la carretera. La alcanzó enseguida y trotó a su lado sin preguntarle nada. Unos minutos después, Charlie frenó un poco y comenzó a arrastrar los pies buscando con la mirada como si hubiera perdido algo pequeño y valioso entre el polvo.

—¿Charlie?

Hasta ese momento, John no había pensado en lo que estaba haciendo. Era una aventura, la oportunidad de estar a solas con Charlie, de seguir una pista, pero ahora estaba empezando a preocuparse por ella. Se apartó el pelo de la cara.

—¿Charlie? —dijo otra vez en un tono ligeramente inquieto, pero la muchacha no lo miró; estaba concentrada en lo que fuera que había visto.

—Justo aquí —dijo.

Giró bruscamente hacia el borde de la carretera, donde algo sobresalía del suelo y serpenteaba. John se arrodilló con cuidado, apartó un poco de tierra suelta con la mano y descubrió una barra metálica y lisa. Siguió avanzando a medida que destapaba una vía que cruzaba la carretera y continuaba hacia el campo en ambas direcciones. Tardó un rato en volver a hablar; era como si la propia tierra hubiera tratado de ocultarles aquello que habían encontrado. «Ten cuidado», pensó con una leve punzada de alarma, pero no hizo caso.

—Creo que hemos encontrado tus vías —dijo, y levantó la mirada hacia Charlie, pero no había rastro de ella—. ¿Charlie? ¡Charlie!

Miró a un lado y a otro de la carretera, pero no vio ningún coche. Se limpió el polvo de la cara y echó a correr. Cuando la alcanzó, se quedó un poco atrás por miedo a perturbar su concentración.

Un poco más adelante había un grupo de árboles que daban la impresión de rodear una hoguera; los había altos y bajos, tupidos y ralos. Charlie caminaba arrastrando el pie por la vía, como si fuera a desvanecerse cuando dejara de tocarla.

—¿Qué es eso, una vieja estación? —preguntó John entornando los ojos y protegiéndose del sol con la mano.

Entre los árboles había un edificio alargado de un color que se fundía con el del bosquecillo, de manera que era difícil distinguirlo.

La vía se alejaba en dirección a las montañas. Charlie levantó el pie y la

dejó ir. John por fin se puso a su altura y caminaron a través de la hierba seca hacia la arboleda, que ya no quedaba lejos.

—Tiene que haber una carretera. —Charlie se desvió de forma casi aleatoria y se alejó del edificio.

John titubeó.

—Pero…

Señaló el edificio y después la siguió echando la vista atrás para asegurarse de que sabría volver al coche. Al cabo de poco tiempo, el suelo se niveló bajo sus pies. El pavimento, viejo y agrietado por las malas hierbas y los montículos de roca deshecha, se extendía por el terreno dibujando un camino casi oculto que conducía también al pequeño edificio.

—Aquí está —dijo Charlie en voz baja.

John se puso a su lado. Caminaron juntos por la carretera esquivando los manojos de hierba que crecían en las grietas y los agujeros. Allí estaba el árbol de los brazos extendidos y el rostro abominable, pero ya no daba miedo, ya no era como Charlie lo recordaba. Se dio cuenta de que ya debía de estar muerto cuando era una niña. Al caer, las ramas habían dejado agujeros dentados. Y allí seguían, pudriéndose en el suelo. El árbol parecía una débil sombra de lo que había sido, y solo era reconocible por los bultos que antes conformaban su rostro. Ahora incluso la cara parecía cansada.

El edificio era alargado y estaba muy deteriorado. Tenía una única planta, tejado oscuro y paredes castigadas por el tiempo. Antes era rojo, pero los años, el sol y la lluvia habían ganado la batalla a la pintura, que ahora se desconchaba y se levantaba. Y bajo las franjas que se habían desprendido aparecía la madera, en un tono oscuro que podía deberse a la putrefacción. Los cimientos estaban cubiertos de hierba alta. Charlie tuvo la impresión de que el edificio se estaba hundiendo, de que toda la estructura estaba siendo engullida lentamente por la tierra. Se agarró del brazo de John mientras se acercaban, después lo soltó y estiró la espalda. Era como si se estuviera preparando para un combate, como si el propio edificio pudiera atacarla si percibía debilidad.

Subió con cautela los peldaños que conducían a la puerta. Para hacerlo se mantuvo a un lado y tanteó la madera antes de apoyar todo el peso. Los escalones aguantaron, pero había zonas blandas y astilladas en el centro que no quiso probar. John no la siguió de inmediato porque algo casi oculto en la hierba atrajo su atención.

—Charlie.

Lo levantó: era un letrero de metal maltrecho con las palabras FREDBEAR'S FAMILY DINER pintadas en rojo.

Charlie sonrió con suavidad. «Pues claro que es aquí. He llegado a casa.»

John subió la escalera tras ella y dejó el letrero junto a la entrada. Cruzaron el umbral. La puerta se abrió con facilidad. La luz entraba a raudales por todas las ventanas y revelaba la decadencia del local. A diferencia de Freddy's, ese lugar sí se había vaciado. Los suelos de madera parecían intactos, pero el tiempo los había deformado. La luz del sol penetraba sin obstáculos y llegaba a todos los rincones, al no haber muebles o personas que le cortaran el paso. Charlie levantó la vista hacia el ventilador de techo; seguía allí, pero le faltaba una de las aspas.

A su derecha había una puerta doble con ventanas redondas. A diferencia del comedor, inundado por la luz y los sonidos del exterior, la sala que había detrás de esa puerta estaba completamente a oscuras. John tenía más curiosidad que Charlie, por lo que se asomó con cuidado a una de las ventanas, con la evidente tentación de empujar y ver lo que había dentro. Ella le dejó hacer y se adentró en lo que recordaba que había sido el comedor. Ahora no era más que una sala vacía y solitaria, alargada y estrecha, que alcanzaba al menos los quince metros de longitud y se oscurecía hacia el fondo. Al final de la estancia había un pequeño escenario. Al mirar a su alrededor, Charlie se dio cuenta de que aquel lugar probablemente había sido antes una sala de baile, cuya barra podría haber ocupado el mostrador de la entrada en el que sus padres tenían la caja registradora. Se acercó y vio que tenía razón: incluso había muescas y rayas en el suelo de madera allí donde se habían clavado las patas de los taburetes. Intentó imaginar un bar oscuro con un grupo de *country* tocando sobre la tarima, pero no pudo.

Cuando miró hacia el escenario, aún le parecía ver la sombra de dos animatrónicos dando vueltas y haciendo giros antinaturales. Todavía creía oír el eco de la música carnavalesca y las risas lejanas. Aún olía el humo de cigarrillo que había en el ambiente. Dudó antes de avanzar, por si los fantasmas que recordaba acechaban junto al escenario. Intentó localizar a John con la mirada. Finalmente, había abierto a medias la puerta de la cocina y había asomado la cabeza. Charlie volvió a centrarse en la tarima y caminó hacia ella por el suelo chirriante. El mínimo ruido resultaba

ensordecedor, acompañado por los débiles silbidos del viento colándose por las rendijas de las ventanas y las paredes. De la pared colgaban tiras de papel pintado que se habían despegado, inertes hasta que un soplo de aire las levantaba; entonces ondeaban como dedos delgados que señalaban a Charlie a medida que avanzaba.

Se quedó a los pies del escenario y estudió el suelo cuidadosamente en busca de rastros de lo que podría haber estado allí antes. Lo único que quedaba eran agujeros allí donde habían estado los tornillos. Las esquinas estaban ennegrecidas y en ellas se veían las marcas que habían dejado los cables y las bobinas en la madera.

«No queda nada.»

Giró bruscamente la cabeza hacia el rincón de la derecha; había otra puerta. «Pues claro que hay otra puerta. Por eso estás aquí.» Permaneció quieta mirándola, pero aún no estaba lista para tocarla. Un miedo extraño e irracional se apoderó de ella, como si de allí pudieran salir arañas o monstruos.

La puerta estaba entornada. Charlie se volvió para mirar de nuevo a John, sin saber si debía continuar sin él. Como si la hubiera oído llamarlo, se asomó desde dentro de la cocina con los ojos muy abiertos.

—Todo esto da un poco de miedo. —Era evidente que estaba disfrutando como un niño en una casa encantada.

—¿Puedes venir conmigo?

Su súplica le sorprendió. A un tiempo se mostró complacido y molesto, ya que estaba disfrutando de su propia aventura al otro lado del edificio.

—Dos segundos —prometió, y volvió a desaparecer.

Ella puso un gesto impaciente, decepcionada. Aunque no la sorprendía que su curiosidad infantil tuviera prioridad. Apoyó el dorso de la mano en la puerta de madera envejecida y la empujó suavemente, preparándose para lo que pudiera encontrar dentro.

Esperara lo que esperara encontrar allí, no había acertado. Se trataba de un armario que se adentraba en la oscuridad unos dos o tres metros hacia su izquierda. Había unas barras horizontales en la pared de las que en su día habían colgado perchas. Las siluetas cuadradas grabadas en el polvo le hicieron pensar en cajas, quizás altavoces.

Abrió la puerta por completo para que entrara la mayor cantidad de luz posible. Mientras avanzaba pasó la mano por la pared. Aunque ya no había

nada, sentía la tela pesada, los abrigos y los jerséis colgados.

«No. Eran disfraces.»

Los disfraces se guardaban allí, en la oscuridad, ocultando sus colores, pero permitiendo que cualquier mejilla o mano los acariciara. Las palmas y los dedos acolchados con goma se balanceaban de un lado a otro. Los reflejos de los ojos falsos brillaban a más altura.

Charlie llegó al final y se dio la vuelta para mirar hacia el otro lado. Se agachó contemplando el espacio vacío. Todavía sentía los disfraces colgando a su alrededor. Había alguien más en el armario con ella, en cuclillas a su misma altura. Era su amigo, el niño pequeño.

«Mi hermano pequeño.»

Estaban jugando y escondiéndose juntos, como siempre. Esta vez era distinto. El niño pequeño miró de pronto hacia la puerta, como si les hubieran pillado haciendo algo que no debían. Charlie también levantó la mirada. Había una figura en la puerta. Parecía que uno de los disfraces se mantenía en pie por sí solo, pero no se movía, de manera que Charlie no estaba segura de qué estaba viendo.

Era el conejo color mostaza que tanto les gustaba, pero no estaba bailando ni cantando: se limitó a quedarse allí y a mirarlos fijamente sin parpadear. Comenzaron a sentir vergüenza bajo su mirada. El niño hizo una mueca y gimió. Charlie le pellizcó el brazo, ya que su instinto le decía que no debían llorar. Los ojos demasiado humanos del conejo miraban a uno y a otro con gravedad, como si los estuviera midiendo y analizando en un sentido que Charlie no comprendía; parecía estar a punto de tomar una decisión trascendental. La niña veía sus ojos, ojos humanos, y el terror la paralizó. También sentía el miedo de su hermano, un miedo que reverberaba entre ambos y que crecía al ser compartido. No podían moverse, no podían gritar. Finalmente, la criatura dentro del gastado y parcheado traje de conejo amarillo extendió los brazos hacia el chico. Hubo un instante, un único instante en que los niños seguían abrazados, pero el conejo los separó de un tirón, se llevó el niño al pecho y huyó.

A partir de ese momento, el recuerdo se fragmentaba en gritos penetrantes e implacables, no de su hermano, sino suyos. La gente se acercó veloz a ayudar y su padre la cogió en brazos, pero nada la consolaba; gritaba sin cesar, cada vez más alto. Charlie despertó de su ensoñación con aquel sonido agudo y doloroso todavía en los oídos. Estaba agachada en

silencio. John estaba en la puerta sin atreverse a interrumpir.

No recordaba mucho de lo que había sucedido después, todo estaba oscuro. Las imágenes y los datos eran un amasijo borroso que había reconstruido tiempo más tarde, algunas cosas que podía haber recordado y otras que quizás había imaginado. Jamás había vuelto al restaurante. Sabía que sus padres lo habían cerrado de inmediato.

Entonces se mudaron a la casa nueva y su madre se marchó poco después. Charlie no recordaba que se hubiera despedido, aunque sabía que lo había hecho. No se habría marchado sin decir adiós, pero era una de las muchas cosas que se habían perdido en la bruma del tiempo y el dolor. Se acordaba de la primera vez que había estado en el umbral del taller de su padre, el primer día que habían estado solos para todo. Era el día en que empezó a construirle un juguete mecánico, un perrito que movía la cabeza de un lado a otro. Charlie sonrió cuando lo vio terminado, y su padre la miró como la miraría el resto de sus días: como si la quisiera más que a la propia vida, pero como si ese amor lo entristeciera de una forma insoportable. Incluso entonces, ella sabía que algo vital había muerto en su interior, algo que nunca podría reparar. A veces parecía atravesarla con la mirada como si no la viera, a pesar de estar justo delante de él.

Su padre no volvió a pronunciar el nombre de su hermano, así que Charlie aprendió a no decirlo tampoco, por si hacerlo los devolvía a ambos a aquella época y los desestabilizaba. Se despertaba por las mañanas y buscaba al niño, porque había olvidado en sueños que ya no estaba. Cuando se volvía hacia donde solía estar y no veía más que sus peluches, se echaba a llorar, pero no decía su nombre. Tenía miedo incluso de pensar en él. Intentó apartar una y otra vez ese recuerdo hasta que de verdad lo olvidó…, pero en el fondo lo recordaba: Sammy.

Se oyó un ruido sordo y grave que se acercaba como un tren. Charlie se quedó pasmada.

—¿Un tren? —Miró a su alrededor con los ojos muy abiertos; estaba desorientada, no sabía si estaba en el presente o en el pasado.

—No pasa nada. No creo que sea cerca de aquí. Puede que no sea más que un camión grande. —John cogió a Charlie del brazo y la ayudó a levantarse—. ¿Has recordado algo? —le susurró.

Intentó captar la mirada de la chica, pero ella estaba concentrada en otra cosa.

—Muchísimo.

Charlie se llevó la mano a la boca con la mirada clavada en la oscuridad, como si todavía estuviera viendo la escena. La mano de John apoyada en su brazo era como un ancla. Se aferró a ella. «Esto es real. Esto es el presente», pensó, y se volvió hacia él presa de una profunda gratitud por que estuviera allí, a su lado. Hundió la cara en el pecho del chico como si su cuerpo pudiera protegerla de lo que había visto y se echó a llorar. John la abrazó con fuerza y con una mano le acarició cuidadosamente el pelo. Se quedaron así largo rato. Al final, Charlie se calmó y recuperó la respiración profunda y regular. John la soltó. En cuanto lo hizo, ella se echó hacia atrás al ser consciente de pronto de lo cerca que habían estado.

Las manos de John seguían suspendidas en el aire donde antes estaba Charlie. Después de un momento de sorpresa, bajó una y con la otra se rascó la cabeza.

—Bueno… —Esperaba que una respuesta llenara el silencio.

—Un conejo —dijo Charlie tranquilamente mirando hacia la puerta. La voz se le agravó, porque seguía teniendo la imagen fresca—. Un conejo amarillo.

—Estoy casi seguro de que el oso que vi la noche que desapareció Michael también era amarillo.

—Pensaba que habías dicho que era como los demás —dijo Charlie.

—Eso pensaba. La primera noche que nos vimos, cuando todo el mundo dijo que Freddy era marrón, simplemente pensé que lo recordaba mal. La verdad es que no tengo recuerdos muy claros de aquella época, ¿sabes? Ni siquiera recuerdo de qué color era mi casa. Pero entonces tú también dijiste que era amarillo.

—Sí, eran amarillos —asintió.

Era la respuesta que él esperaba.

—Creo que los animales de aquí y el que vi en Freddy’s están relacionados.

«Y el que se llevó a mi hermano», pensó Charlie. Echó un último vistazo al lugar.

—Volvamos —dijo—. Quiero salir de aquí.

—Vale —contestó John.

Cuando se dirigieron a la puerta, un pequeño objeto atrajo la atención de Charlie, que lo recogió. Era una pieza de metal retorcida. Mientras John la

observaba de cerca, la enderezó y la soltó para que se retorciera de nuevo con un sonoro zap, como un látigo.

John dio un brinco.

—¿Qué es eso? —preguntó recuperando la compostura.

—No estoy segura —contestó, pero se lo metió en el bolsillo.

El chico la miró como si quisiera decirle algo.

—Vámonos —dijo Charlie.

Comenzaron a caminar de vuelta al coche. «Sammy, y diez años después Michael y los demás niños… Claro que está relacionado —pensó Charlie —. Las casualidades existen, pero no cuando se trata de asesinatos.»

—¿Puedes conducir otra vez? —le preguntó a John después de un largo silencio. El único sonido hasta entonces había sido el de sus zapatos pisando la hierba seca.

—Sí, claro.

John consiguió dar la vuelta al coche en el reducido espacio y Charlie se apoyó contra la ventana con los ojos ya medio cerrados. Contempló los árboles que pasaban volando fuera y sintió que se adormecía. El objeto de metal del bolsillo se le clavaba en la pierna y la mantenía despierta, así que lo recolocó pensando en la primera vez que había visto uno de esos.

Estaba sentada con Sammy en el restaurante, antes de que abriera; estaban bajo una ventana, iluminados por un haz de luz polvoriento. Se entretenían con algún juego inventado que ya no recordaba y su padre se acercó sonriente. Tenía algo que enseñarles.

Sostuvo en el aire la pieza de metal retorcido y les enseñó cómo se abría; después dejó que se cerrara de golpe. Ambos chillaron sorprendidos para después echarse a reír y aplaudir.

Su padre lo repitió.

—¡Podría arrancaros la nariz! —exclamó, y volvieron a reírse, pero entonces se puso muy serio—. Lo digo de verdad. Quiero que sepáis cómo funcionan estos resortes porque son muy peligrosos y no quiero que os acerquéis a ellos. Por eso nunca hay que tocar los disfraces de los animales; es muy fácil activar estas piezas si no sabéis lo que estás haciendo, y podríais haceros daño. Es como tocar los fogones. ¿Hay que tocar los fogones?

Ambos negaron con la cabeza más solemnes de lo que correspondía a su edad.

—Bien. ¡Porque quiero que los dos crezcáis con la nariz entera! —exclamó, y los levantó a los dos, uno en cada brazo, para darles vueltas mientras se reían.

De pronto, se oyó un zap muy fuerte.

Charlie se despertó, sobresaltada.

—¿Qué ha sido eso?

—¿Qué ha sido qué? —dijo John.

El motor estaba apagado. La chica miró a su alrededor y vio que ya estaban en el motel.

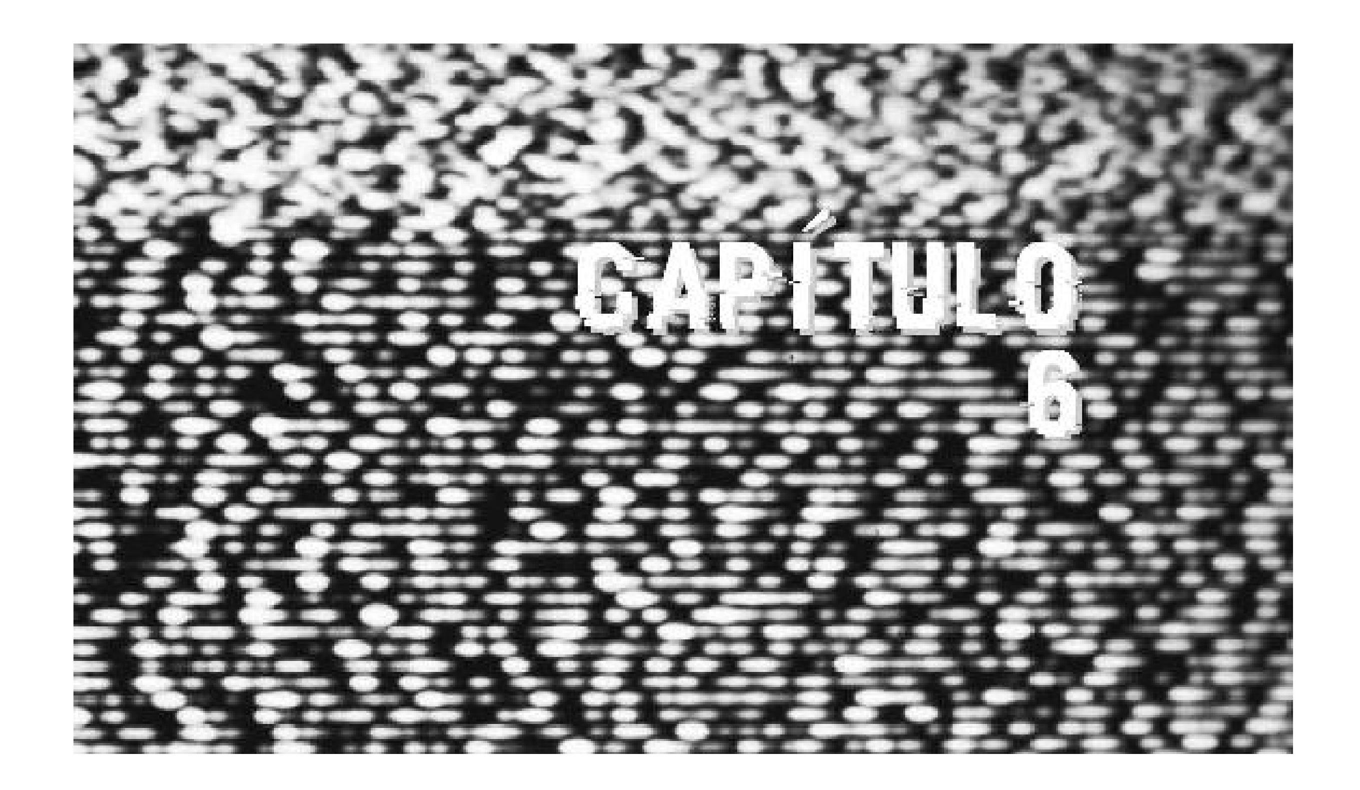
Tardó un momento en orientarse. Finalmente, esbozó una sonrisa forzada.

—Gracias por conducir.

—¿Con qué estabas soñando? —preguntó John—. Parecías feliz.

Charlie negó con la cabeza.

—No me acuerdo.



El otro coche no estaba en el aparcamiento. Cuando entraron en la habitación, había una nota en la almohada de Charlie con la caligrafía grande y redonda de Marla:

¡Hemos quedado a las 6.30 para cenar y después ir adonde ya sabéis! Nos vemos pronto, pareja, ¡no os olvidéis de nosotros! Besos, Marla

Debajo de su nombre había dibujado una carita sonriente y un corazón. Charlie sonrió para sí, dobló la nota y se la metió en el bolsillo sin enseñársela a John.

—¿Qué dice? —preguntó él.

—Hemos quedado en la cafetería dentro de una hora —respondió mirando el reloj.

John asintió. Seguía en la entrada, esperando algo.

—¿Qué? —le preguntó Charlie.

—Tengo que ir a cambiarme —contestó señalando la ropa arrugada que llevaba. Levantó las llaves, las balanceó y preguntó—: ¿Puedo llevarme tu coche?

—Ah, sí, claro. Pero acuérdate de venir a por mí —dijo Charlie con una sonrisa burlona.

Él sonrió.

—Por supuesto —añadió con un guiño.

Cuando la puerta se cerró tras él, Charlie suspiró. «Por fin sola.» No estaba acostumbrada a tanta compañía; ella y la tía Jen se movían en sus propios universos y se alegraban de encontrarse de vez en cuando a lo largo del día, pero dando por hecho que Charlie podía cubrir sus propias necesidades; de lo contrario, ya avisaría. Nunca lo hacía. Era capaz de alimentarse, ir al instituto, volver, y mantener sus buenas notas y sus amistades informales. ¿Qué podía hacer la tía Jen respecto a sus pesadillas? ¿Qué podía hacer en relación con las preguntas para las que en realidad no quería respuestas? ¿Qué podía contarle la tía Jen que no fuera aún más terrorífico de lo que ya sabía? Así que no estaba acostumbrada a la presencia constante de otras personas. Y lo cierto es que le resultaba un poco cansado.

Se duchó rápidamente y se puso ropa limpia, vaqueros y una camiseta negra; después se tumbó en la cama mirando al techo. Tenía la vaga sensación de que su mente debía estar alterada u horrorizada por lo que había descubierto, repasando una y otra vez recuerdos que se habían despertado y buscando nuevas imágenes. En cambio, estaba en blanco. Quería estar sola y arrinconar los recuerdos al fondo de su cabeza, donde debían estar.

Después de lo que le parecieron unos pocos minutos, alguien llamó a la puerta. Charlie se incorporó mirando el reloj. Había pasado más tiempo del que pensaba y ya era hora de irse. Dejó pasar a John.

—Tengo que ponerme los zapatos —dijo.

Mientras se ataba los cordones, levantó la mirada para observarlo. Se había cambiado y se había puesto unos vaqueros y una camiseta, una gran diferencia con la ropa formal con la que se había acostumbrado a verlo. Todavía tenía el pelo mojado. Y lucía un aire fresco y radiante. Charlie sonrió ligeramente.

—¿Qué pasa? —preguntó él cuando se dio cuenta.

—Nada. Todavía estás sucio —bromeó y pasó a su lado.

Se subieron al coche. Esta vez condujo ella. Cuando llegaron al restaurante, apagó el motor, titubeó: no hizo ningún amago de salir.

—John, no quiero contarle a nadie lo de Fredbear's.

—Pero… —Él mismo se calló—. Vale. Creo que a veces nos olvidamos de que se trata de tu vida y no de una simple aventura. No pasa nada, sé guardar un secreto.

—Se trata de las vidas de todos. Todos estábamos allí. Podemos contárselo más adelante, pero antes prefiero asimilarlo.

—Eso está hecho —dijo él. Parecía complacido, y Charlie sabía por qué: era un secreto entre ambos, algo que solo le había confiado a él.

Cuando entraron, todos iban ya por la mitad de la cena. Charlie se dio cuenta con una punzada de que no había comido nada en todo el día: sintió un hambre voraz. La camarera los vio sentarse y se acercó inmediatamente. Todos hablaron de forma intermitente: Lamar, Jason y Marla habían ido al cine, y Carlton y Jessica habían jugado a videojuegos en casa de él. Sin embargo, la conversación era superficial, para pasar el tiempo mientras comían. Charlie apenas escuchaba y tenía la sensación de que ni siquiera los que hablaban prestaban demasiada atención a sus propias palabras. El ambiente en el grupo era agitado; en realidad, todos estaban esperando y ya tenían la mente puesta en Freddy's.

—¿Y vosotros dos? —preguntó Jessica, mirando a Charlie y a John.

—Eso, ¿y vosotros dos? —repitió Marla guiñando el ojo.

—Hemos salido a dar una vuelta con el coche —dijo John rápidamente —. Nos hemos perdido un rato.

—Claro, claro —murmuró Carlton sonriendo con astucia, a pesar de tener la boca llena de hamburguesa.

Después de cenar, el grupo se deslizó rápidamente y con cautela por el centro comercial en dirección al restaurante. Sus zapatos sonaban suaves por el suelo enlosado del atrio. Nadie dijo una sola palabra. Charlie había dejado la linterna grande en el coche, pues ya se sabían el camino bastante bien. El guarda casi los había visto la noche anterior; no había motivo para arriesgarse a llamar más la atención. Llegaron al final del pasillo y Lamar, que iba en cabeza, se paró en seco. Charlie chocó contra Marla antes de darse cuenta de lo que estaba pasando, murmuró una disculpa y entonces se quedó helada.

El guarda nocturno de brazos cruzados bloqueaba la entrada al pasillo de Freddy's. No llevaba linterna, así que había permanecido invisible en la oscuridad hasta que casi estaban encima de él.

—Algo me decía que volveríais —dijo con una sonrisa extraña e irregular.

Marla musitó algo desagradable.

—Podría arrestaros por allanamiento. Os descubrí anoche, pero no vi dónde llegasteis. Ahora ya lo sé —añadió con suficiencia.

Había algo en aquel hombre que repelía. Era alto y demasiado delgado para el uniforme, que le hacía bolsas en los hombros y la cintura, como si en algún momento hubiera sido más robusto pero hubiera perdido la forma debido a una enfermedad o a una tragedia; su chapa identificativa, que decía DAVE, colgaba torcida de su pecho. Tenía la piel amarillenta y los ojos marcados por profundas arrugas, lo que acentuaba la sensación de larga enfermedad.

—¿Qué hacíais aquí atrás? —les preguntó—. ¿Estabais de fiesta? ¿Drogas? Sabéis que podría arrestaros ahora mismo.

Charlie y John se miraron.

—Lo sentimos —dijo Lamar enseguida—. Nos iremos. No tenemos drogas.

—¿Y eso quién lo dice? ¿Tú?

El guarda tenía una expresión extraña y hablaba con rapidez y severidad; no parecía estar respondiendo a lo que le decían. Parecía enfadado, pero las comisuras de sus labios no dejaban de curvarse, como si intentara no sonreír.

—¿Qué hacemos? —susurró Jessica.

—Probablemente, esta sea la noche más animada que ha tenido desde que está aquí —dijo Carlton con un deje de desprecio.

Charlie recordó de pronto que su padre era policía. Lo recordaba de uniforme, deslizándose las gafas de sol oscuras por la nariz para fulminarlos con la mirada, y después desvelando la broma con una sonrisa.

Sin embargo, el guarda parecía ir en serio.

—Nos iremos —repitió Lamar—. Perdón.

Charlie escudriñó al hombre con la mirada: el uniforme desajustado, los rasgos demacrados, casi exhaustos. Realmente podía echarlos de la propiedad o incluso hacer que los arrestaran por allanamiento, pero lo cierto es que no le tenía miedo. Percibía su incompetencia como una especie de carisma negativo. Seguro que siempre acababan empujándolo al final de todas las aglomeraciones, que siempre le gritaban en las discusiones, que

siempre era el último en salir elegido, que siempre lo olvidaban en favor de los que simplemente tuvieran un aspecto más enérgico, más vital. Charlie se reprendió. No era propio de ella pensar así, no solía dar por sentado que era capaz de adivinar cómo era la vida de los desconocidos por las facciones de su rostro. Pero eso le dio una idea.

—¿Por qué no nos acompaña? Solo queremos explorar un poquito más, y después nos iremos. Conoce este lugar mejor que cualquiera de nosotros —añadió con la esperanza de que adularlo ayudaría.

—Y no volveremos nunca más —dijo Carlton.

El guarda no desechó la idea de inmediato, y los demás enseguida metieron baza con sus propias promesas. El guarda los miró fijamente uno por uno. Cuando le tocó a Charlie, la chica apartó la mirada para no cruzarla con la de aquel tipo; tenía la sensación de que si le permitía asomarse a sus profundidades, acabaría revelándole algo. Una vez satisfecho con la inspección, asintió.

—Vale. Pero solo porque siempre he querido entrar ahí. —Señaló con el pulgar hacia atrás. Al ver la sorpresa que debió de aparecer en sus rostros, añadió—: No soy idiota. Llevo años trabajando aquí y recorriendo este edificio arriba y abajo. ¿Creéis que no sé lo que hay ahí detrás?

Charlie sintió que se sonrojaba; había dado por sentado que habían hecho un descubrimiento único. De pronto, el guarda bajó la vista hacia su chapa y la señaló.

—Soy Dave —dijo.

—Yo, Jason —contestó el chico, y los demás pronunciaron sus nombres uno por uno, con cautela.

Se quedaron allí un instante, mirándose incómodos unos a otros; nadie quería ser el primero en moverse. Entonces Jessica se encogió de hombros.

—Vamos —dijo.

Se acercó rápidamente al andamio que ocultaba el corredor hacia Freddy's y apartó el plástico que tapaba la abertura de la pared. Entraron en fila, deslizándose entre las cajas apiladas. Dave se quedó atrás y dejó pasar a los demás educadamente. Le hizo un gesto a Charlie para que fuera delante de él.

«No quiero tenerte detrás», pensó la chica. Miró a Jessica, que tampoco se movía.

—Adelante, por favor —insistió Charlie.

Dave agachó tímidamente la cabeza y entró.

Charlie lo siguió y Jessica volvió a colocar el plástico como estaba para ocultar la entrada, a pesar de que no quedaba nadie ahí fuera que pudiera pillarlos. Mientras avanzaban por el corredor, Charlie tocó la pared de ladrillo con los dedos y arrastró la mano como para guiarse. Las linternas parecían más débiles ahora, pero sabía que solo podían ser imaginaciones suyas.

Condujeron al guarda hasta la pesada estantería de madera que ocultaba la entrada. Lamar, John y Jessica la apartaron para descubrir la puerta. Charlie esperaba que el hombre se mostrara impresionado, pero se limitó a asentir como si lo hubiera sospechado desde el principio.

Accedieron al pasillo del restaurante uno por uno. Charlie volvió a quedarse atrás. Cuando Carlton pasó junto a ella, lo agarró del brazo.

—Carlton, ¿habías visto alguna vez a este tipo? —susurró.

El chico negó con la cabeza.

—El pueblo no es tan pequeño, no conozco a todo el mundo.

Charlie asintió ausente y mantuvo la vista clavada en el recién llegado mientras recorrían el largo pasillo hasta el comedor principal de Freddy's. Había invitado al guarda porque parecía la única manera de volver a entrar, pero estaba empezando a arrepentirse. Dejar entrar allí a un desconocido era como hacerle pasar a su casa, como ceder una parcela de su vida.

—¿Qué pasó con el restaurante? —preguntó Lamar en un tono casi cauteloso, forzando una simpatía que era imposible que sintiera—. ¿Por qué está sellado? ¿Y por qué está abandonado el centro comercial?

Su voz sonaba débil en aquel pasillo estrecho, algo amortiguada.

—¿No lo sabéis? —dijo Dave—. Este pueblo necesita dinero, empleo, ingresos, esas cosas, y lo que nos sobra es espacio. Así que decidieron construir un gran centro comercial para intentar atraer negocios, incluso puede que turistas. Lo levantaron alrededor de Freddy Fazbear's, pero cuando llegó el momento, nadie quiso alquilar el restaurante por lo que sucedió, ya sabéis. Y entonces alguien tuvo la brillante idea de sellar el lugar dejándolo intacto, alguien para quien quizá tuviera un valor sentimental. Ni siquiera creo que intentaran vaciarlo. Pero no fue suficiente. Algo de este lugar se contagió al resto del edificio, puede que incluso al suelo. Nadie quiso traer aquí sus negocios. A veces venían empresarios de fuera del pueblo a ver el sitio, pero nunca firmaban nada. Decían que no los

convencía. Yo creo que tiene un aura, no sé, una energía mística, si es que creéis en esas cosas. —Dave movió los dedos en el aire como si estuviera lanzando un hechizo.

—Yo no creo en esas cosas —dijo escuetamente Lamar, pero el guarda no pareció percibir su tono.

—Para gustos, los colores. Lo único que sé es que nadie quiso abrir ninguna tienda aquí y se dejó de construir antes incluso de terminar el edificio. Ahora ya no viene nadie, excepto niños con ganas de molestar. Y yo —añadió con algo similar al orgullo.

Charlie pensó que debía de sentirse un poco el dueño del lugar, al ser el único que había ido hasta allí durante tantos años. Parecía posible que tuviera la sensación de que aquel extraño edificio le pertenecía, en cierto modo. Para él, ellos debían de ser los invasores.

Llegaron al final del pasillo y el espacio se abrió ante ellos. Jessica se adelantó hasta la sala de control que había debajo del escenario bamboleando la luz de la linterna. Desapareció un instante y accionó el interruptor. De pronto, toda la sala se llenó de luz brillante y cálida. Charlie se detuvo y parpadeó para acostumbrarse a la claridad repentina. Dave pasó a su lado y la chica se fijó en que tenía una cicatriz fea y curvada en el cuello, casi una media luna perfecta. El tejido era rugoso y blanco, así que el corte debía de haber sido profundo. Dave dio una vuelta completa a pocos metros de ella; cuando lo hizo, Charlie vio que tenía una cicatriz gemela: la misma media luna en el mismo sitio al otro lado del cuello. Sintió un ligero escalofrío. Las marcas eran demasiado limpias, demasiado perfectas; casi parecían hechas a propósito.

El grupo se dispersó. Carlton fue hacia la cocina, a saber por qué. Y Jason se dirigió otra vez a la sala de juegos.

—¡Ten cuidado! —le gritó Marla mientras seguía a Lamar a la sala de control para unirse a Jessica.

Charlie se quedó atrás y John esperó con ella. Tenía la impresión de que algo había cambiado en el ambiente. El aire estaba enrarecido, como si tuviera que respirar más profundo para aspirar suficiente oxígeno. «Es un tipo normal», se dijo a sí misma, pero ese era el problema. Se habían traído a un extraño y ahora el restaurante parecía menos seguro, ya no era un refugio oculto. Se había roto la magia de Freddy's.

Freddy, Bonnie y Chica habían comenzado a moverse de forma

agarrotada e inconexa. Charlie miró a Dave, pero este no pareció sorprendido. «Ha estado aquí antes —pensó—. Pues claro que ha estado aquí antes. En aquella época venía todo el pueblo.»

John la apremió y ella lo siguió a la sala de control a regañadientes. Dave se pegó a ellos como un animal abandonado.

Dentro, Jessica estaba inclinada sobre los botones y los presionaba, mientras que Lamar estudiaba el panel de control intentando entenderlo. Dave miró por encima de sus hombros para observarlos. Asentía brevemente para sí mismo, absorto en sus propios pensamientos. Cuando Jessica se echó atrás para estirarse, él carraspeó:

—Mmm, ¿puedo probar? —Se acercó un poco alargando el brazo con elegancia.

Jessica y Lamar se miraron y se encogieron de hombros.

—¿Por qué no? —contestó Jessica.

Se movieron para que pudiera llegar al panel, y el hombre se quedó mirándolo largo rato sin moverse; después pulsó una serie corta de botones. Se oyó un zumbido por los altavoces, una nota larga, grave y constante.

—Guau —dijo Jessica señalando las pantallas.

Charlie vio movimiento en ellas y salió de la sala de control para verlo por sí misma. Los animales del escenario estaban bailando. De forma tosca, torpe, sin la elegancia ni la complejidad que recordaba Charlie, pero ahora completaban secuencias, no movimientos individuales.

Charlie volvió a la sala, pero no cruzó la puerta.

—¿Cómo has hecho eso? —le espetó sin importarle si estaba siendo maleducada. Dave levantó las manos.

—La suerte del principiante —contestó—. Solo he tocado algunos botones.

—Claro —dijo Charlie. Se frotó las sienes—. ¿Puede alguien apagar los altavoces?

Lamar se adelantó a toda velocidad, accionó un interruptor y el ruido cesó. A pesar del silencio, Charlie tenía la sensación de seguir oyendo el pitido en su cabeza. Cerró los ojos un instante, y cuando los abrió, Jessica y Lamar habían vuelto a los controles, pero se movían con cierta cautela, y cada pocos segundos se miraban como para reafirmarse. Charlie miró a John, que tenía los brazos cruzados y la mirada clavada en la nuca de Dave.

En la sala de juegos, Carlton apretó varios botones al azar en una de las máquinas sabiendo que no pasaría nada, luego se dio la vuelta y vio que era el blanco de la mirada resentida de un niño de once años.

—¿Qué? —le preguntó.

—No soy un bebé —dijo Jason—. No hace falta que me vigiles.

—¿Cómo? Jason, no te estoy vigilando, solo estoy pasando el rato contigo. No soy Marla. Por mí, como si metes la lengua en un enchufe. —Movió cómicamente las cejas y Jason se echó a reír.

—Vale, pues igual lo hago.

Registró los zócalos en busca de un enchufe, y por un momento consideró la posibilidad de seguirle el farol a Carlton; sin embargo, cuando se volvió hacia él, el chico ya se había alejado. Se mordió el labio y se balanceó sobre los talones; se sentía tonto. Un poco después volvió a acercarse a los dibujos de la pared. Había demasiados para contemplarlos uno a uno, pero sospechaba que no tendría que hacerlo. Los dibujos vendrían a él, como la noche anterior. Querían que alguien los encontrara, y lo único que debía hacer él era mirar.

Los garabatos de la sala de juegos no dieron ningún resultado: no eran más que mugrientos trazos infantiles que se habían ajado con el tiempo. Volvió al comedor pegado a la pared para registrarla, a la caza de algo que fuera más que pintura.

—¿Qué haces, Jason?

De pronto, Lamar estaba detrás de él. Se volvió y lo estudió un instante pensando qué hacer. Lamar le caía bien, a pesar de que su simpatía era fácilmente achacable a su interés en Marla. El chico se había agachado de forma que su cabeza estaba casi a la altura de la de Jason. Este se inclinó hacia él y susurró:

—Los dibujos se mueven.

Lamar se apartó. Una fugaz expresión de auténtica alarma cruzó su rostro, pero desapareció enseguida. Jason se mordió el labio y esperó. Lamar le sonrió y después le dio unas palmaditas en la cabeza.

—Vale, Jason, te buscaremos la ayuda que necesitas —dijo.

Jason se echó a reír y apartó de un golpe la mano de Lamar.

—Cierra el pico, lo digo en serio —insistió ligeramente avergonzado, pero Lamar repitió las palmaditas y se marchó.

En cuanto el chico se alejó unos pocos metros, Jason puso cara de

desesperación. «¿Quién te has creído que soy, tu mascota?» Se sacudió enérgicamente el pelo, como si así pudiera librarse de lo que fuera que le había hecho Lamar, y después volvió a concentrarse en la pared.

Ya había recorrido todo un muro y estaba doblando la esquina cuando sucedió: un parpadeo, justo por el rabillo del ojo, casi un centelleo. Se paró. «¿Cuál ha sido?» Repasó cuidadosamente los dibujos de arriba abajo por la zona en la que creía haber visto movimiento, pero no encontró nada. Volvió a empezar, se detuvo a mirar cada garabato, y entonces volvió a suceder. Esta vez su ojo captó el fogonazo justo cuando se detuvo. Y en cuanto se fijó en él, vio otro, tan breve que lo habría ignorado y lo habría considerado un efecto de la luz si no hubiera estado buscándolo. Estaba encima y casi a un metro del primero; sus ojos iban veloces de uno a otro para intentar verlos a la vez. De pronto, algo se movió en un dibujo entre los otros dos, y este fue más evidente. En esta ocasión casi vio cómo cambiaba el dibujo antes de que parara. Apoyado en los talones, Jason miraba por turnos los tres dibujos. La pintura era negra y los tres parecían haber sido dibujados por el mismo niño; todos tenían dos figuras en primer plano: un niño y un conejo.

Jason echó un vistazo a su alrededor. Al parecer, su hermana y los demás seguían entretenidos con el escenario; Lamar había regresado con ellos. Se sacó del bolsillo el dibujo que había encontrado la noche anterior. Lo alisó contra el suelo, despegó lentamente parte del celo sucio y lo pegó a la pared a la altura de sus ojos. Clavó la mirada en la pared y esperó.

No sucedió nada.

Jason frunció el ceño. Antes estaba seguro de que averiguaría algo, pero no eran más que dibujos. El niño y el conejo estaban en el centro del papel: en uno de ellos aparecían muy juntos; en otro, alejados. Pero allí no había nada que pudiera considerarse una historia. «Qué se le va a hacer.» Empezó a mirar los demás dibujos otra vez, y entonces el de más arriba comenzó a moverse.

Esta vez vio el cambio: las rayas de pintura se curvaron y se deslizaron por la página a voluntad, demasiado rápido para seguirlas. Cuando el primer dibujo se quedó quieto, empezó el siguiente, y así continuaron uno tras otro hasta que terminó el último, el que acababa de volver a colgar. Jason observaba con los ojos como platos y el corazón a mil por hora, pero cuando se dio cuenta de lo que estaba sucediendo, ya había acabado. Las

figuras estaban fijas y ahora sí que contaban una historia. En el primer dibujo, había un niño sentado, solo. En el segundo, Bonnie aparecía detrás de él. En el siguiente, Bonnie había agarrado al niño y lo había levantado del suelo.

En el último, el niño gritaba.

Con los ojos como platos y el corazón acelerado, Jason dio un paso atrás. Estaba paralizado; de pronto, su cuerpo parecía de plomo, demasiado pesado para salir corriendo. Se oyó un ruido, como si el viento agitara las hojas de la pared, pero seguían colgadas inmóviles. El sonido fue aumentando de volumen hasta que el viento dio paso a un grito. Jason se tapó los oídos con las manos al tiempo que las hojas se desprendían de las paredes y caían al suelo con estrépito, como si estuvieran hechas de algo mucho más pesado que el papel. Vio que en cuanto tocaban el suelo se empapaban de un color rojo oscuro. Jason se dio la vuelta para echar a correr, pero del techo caía un torrente de hojas que le cerraba el paso. Una de ellas aterrizó sobre su hombro, otra en la espalda, y se le quedaban pegadas y lo envolvían como si quisieran ahogarlo. Jason sintió que las piernas cedían bajo el peso y finalmente cayó de rodillas.

Se abrazó en cuclillas bajo la tormenta de papel, y entonces la sala comenzó a temblar con violencia. Jason apretó los dientes, atrapado… y de pronto todo se detuvo. Las hojas teñidas de rojo habían desaparecido, no tenía nada en la espalda. Marla lo había cogido por el hombro y lo miraba con los ojos muy abiertos.

—Jason, ¿qué narices te pasa?

El chico se levantó a duras penas y se pasó la mano por el cuerpo como si estuviera cubierto de insectos invisibles.

—Los dibujos me estaban cayendo encima —dijo, todavía asustado; sin embargo, al echar la vista atrás, se dio cuenta de que la sala estaba en silencio e inmóvil. Solo uno de los dibujos se había caído de su sitio.

Marla lo miró, después dirigió la vista hacia su hermano y sacudió la cabeza. Se acercó más a él y le siseó al oído:

—Me estás avergonzando.

Lo soltó un instante después, con el rostro casi impasible, y se marchó. Jason se tambaleó al ponerse en marcha, pero la siguió tan rápido como pudo con los ojos clavados en las paredes.

En la sala de control, Dave tenía las manos sobre los botones; sus dedos

los sobrevolaban sin pulsar ninguno. Los movimientos parecían descuidados, instintivos, una especie de hábito. Charlie se inclinó hacia John.

—Ha estado aquí antes —le susurró—. Mira cómo toca los controles.

—Igual es solo que se le dan bien los ordenadores —contestó John, no muy convencido.

—¿Puedes hacer que bailen otra vez? —pidió Jessica.

Dave parecía no haber oído la pregunta. Tenía la boca entreabierta y parecía estar mirando fijamente algo que ninguno de ellos veía. Bajo aquellas luces brillantes, todos percibían que tenía el uniforme sucio y roto por algunas partes, la cara mal afeitada y la mirada un poco desenfocada. En lugar de un guarda, parecía más bien un vagabundo, y los miraba a todos como si hubiera llegado allí mucho tiempo atrás y ellos fueran los recién llegados. Le llevó un rato ser consciente de la pregunta.

—Claro, a ver qué podemos hacer —dijo.

Le sonrió a Jessica con la boca torcida. Clavó los ojos en ella con una intensidad un poco excesiva y le sostuvo la mirada durante un instante más del necesario. Jessica tragó saliva sintiendo un asco visceral, pero le devolvió la sonrisa educadamente.

—Está bien —dijo Dave—. Ya he estado aquí un par de veces; creo que conozco un par de trucos.

Charlie y John se miraron.

—¿Has estado aquí antes? —le preguntó John en tono cauteloso y tranquilo, pero el hombre no le hizo caso, tal vez no lo oyera.

En el extremo izquierdo del panel de control había un teclado que nadie había tocado todavía porque no parecía estar conectado a nada más. Dave extendió la mano hacia él y comenzó a pulsar los botones con rapidez, como si lo hubiera hecho cientos de veces. Miró a Jessica con complicidad.

—Puedes pedir un baile por ser una ocasión especial. —Volvió a sonreírle con la misma mueca intensa.

—Genial —dijo Jessica con un suspiro de alivio. Cualquier cosa con tal de no tener que estar tan cerca de ese hombre. Miró a Lamar—. Voy a ver. ¿Te encargas tú?

—Sí, claro —dijo adelantándose para ocupar el hueco mientras Jessica y Dave se abrían paso hacia la sala.

Las luces del escenario parpadeaban en secuencias para acompañar una

música que ya había parado, y la boca de Bonnie se movía como si cantara. Los párpados se le cerraban prolongadamente y después se abrían con un sonoro clic; los ojos se le movían de un lado a otro. Una gran mano azul subía y bajaba rasgueando de forma exagerada la guitarra roja que había perdido las cuerdas mucho tiempo atrás.

—Lamar, ¿cuánto de esto lo estás haciendo tú? —preguntó Carlton, bastante impresionado.

—¡No mucho! —contestó Lamar desde dentro—. La mayor parte parece preprogramada.

Bonnie se volvió hacia ellos y Jessica se quedó helada porque parecía que la estaba mirando directamente a ella. Pero el muñeco siguió girando enseguida hacia las filas de asientos vacíos y levantó la cabeza para cantar.

—Es raro verlos así —dijo Jessica dando un paso atrás para tener una vista mejor.

El pie de Bonnie se movía al ritmo de la música, y al mismo tiempo abría y cerraba la boca. No había voz, no había melodía. Solo se oía un zumbido extraño que salía de los altavoces, y una orquesta de chasquidos y chirridos mecánicos. Bonnie aceleró el pie y rasgueó a más velocidad. De pronto, sus ojos parecían desacompasados, ya que miraban a la izquierda cuando la cabeza giraba hacia la derecha, y después se volvían hacia dentro.

Dave se acercó al escenario con paso decidido.

—Pero mira que eres nervioso, ¿eh? —Sonrió y se mantuvo aparentemente impasible a medida que el conejo se movía cada vez más rápido.

—Oye, Lamar, ¿puedes frenarlo un poquito? —pidió Jessica.

Los brazos de Bonnie comenzaron a sufrir espasmos, tenía la boca abierta pero atascada, y los ojos miraban en direcciones que parecían aleatorias.

—¡Lamar! ¡Esto no va bien! —chilló Jessica.

El pie de Bonnie dio un tirón hacia arriba con un ruido que pareció un disparo y se liberó del tornillo que lo anclaba a la tarima.

—¡Lamar! —Carlton se subió al escenario y corrió hacia Bonnie en busca de un botón de apagado mientras esquivaba los movimientos erráticos del conejo.

—¡Carlton, no seas idiota, baja de ahí! —Jessica se acercó al escenario a toda prisa.

Bonnie se movía demasiado rápido y fuera de control, como si el

programa tuviera un fallo técnico. Ya no seguía la secuencia de baile que todos conocían al dedillo. Comenzó a convulsionar y a romperse. Carlton se echó hacia atrás intentando escapar, pero el brazo de Bonnie se separó de la guitarra, se balanceó y le dio en el pecho al chico, que cayó del escenario. Aterrizó de espaldas y se quedó tirado tratando de recuperar el aliento.

—¡Lamar! ¡Lamar, apágalo! —gritó Jessica.

—¡No sé cómo! —contestó él.

Jessica se arrodilló junto a Carlton y lo miró sin saber qué hacer. Le dio palmadas en el hombro con insistencia.

—Carlton, ¿estás bien? ¿Carlton? ¡Mírame!

El chico lanzó una breve carcajada que sonó más bien como una tos, después sujetó la mano de su amiga para incorporarse.

—No pasa nada, ha sido un buen golpe, pero ya está —dijo. Jessica todavía parecía preocupada, así que le aseguró entre resoplidos—: Solo necesito un momento.

En la sala de control, Lamar pulsaba botón tras botón a un ritmo frenético, pero en las pantallas todavía se veía a Bonnie realizar movimientos descontrolados e inconexos; no respondía a nada de lo que él hacía. Charlie se precipitó dentro de la sala y lo apartó de un empujón, pero solo tardó unos segundos en ver que los botones no servían de nada. Intercambió una mirada con Lamar. «No tenemos el control», pensó. Como si se hubieran puesto de acuerdo, salieron de la sala a toda velocidad para ayudar a los demás.

Jessica lanzó un grito breve y agudo, Marla y John corrieron hacia ella, y Charlie y Lamar llegaron segundos después. Todos los animales se movían ahora con la misma intermitencia y completaban sus ciclos programados de forma aleatoria y transmitiendo una sensación desesperada. Las luces de la sala comenzaron a parpadear a gran velocidad. Las del escenario hicieron lo mismo; los colores aparecían y desaparecían, de manera que todo el espacio quedaba bañado primero de un brillante tono dorado; después, de un verde enfermizo; y, finalmente, de un morado violento. Parpadeaban como las luces estroboscópicas, y el efecto mareaba. Los altavoces emitían estallidos de electricidad estática tan intermitentes como las luces, y bajo ese ruido se oía lo mismo que habían oído la noche anterior: el gruñido de una voz demasiado baja para ser humana y demasiado irreconocible para tratarse de palabras.

El grupo se juntó con cautela sin creer del todo lo que veían y oían. Las luces palpitaban a un ritmo salvaje. Cuando Charlie avanzó hacia sus amigos, no estaba segura de a qué distancia estaban o qué tenía justo delante. Se apiñaron en el centro de la sala y observaron a los animales tintinear y balancearse siguiendo sus propios planes. Carlton se puso de pie y Jessica lo miró preocupada, pero él hizo un gesto con la mano para tranquilizarla.

—Ya te he dicho que estoy bien —gritó para hacerse oír por encima del ruido.

Charlie permaneció inmóvil, incapaz de apartar la mirada de los animales. «Están intentando escapar», pensó. Era una idea infantil y trató de olvidarla, pero se aferró a ella mientras los observaba, sin percibir apenas el parpadeo espasmódico de luz y sonido. Las criaturas animatrónicas no daban la impresión de estar fallando; sus movimientos no parecían mecánicos, sino histéricos, como si necesitaran desesperadamente hacer algo pero una terrible circunstancia se lo impidiera.

—¿Dónde está Dave? —dijo John de pronto.

Charlie lo miró a los ojos con terror creciente. «Oh, no.» Todos buscaron a su alrededor, pero no había ni rastro del guarda.

—Tenemos que encontrarlo —dijo Charlie.

—Seguramente ya se ha ido; ¿qué más da? —preguntó Marla con voz aguda y asustada.

—No es él quien me preocupa —respondió Charlie con gravedad. Se encaminó hacia el pasillo de la derecha del escenario y miró a John—. Vamos.

El chico echó un vistazo al resto del grupo por encima del hombro y después siguió a Charlie con paso ligero.

—Deberíamos ir a la otra sala de control y ver si podemos parar todo esto desde allí —apuntó Jessica con sequedad, haciéndose cargo de la situación. Le dijo a Marla—: Tú y Jason id a buscar a Dave.

—Yo los acompaño —se ofreció Lamar enseguida.

—¿Sala de control? —preguntó Carlton en dirección a Jessica.

—Sala de control —confirmó ella.

Todos se pusieron en marcha moviéndose despacio. Las luces intermitentes distorsionaban el espacio, hacían aparecer obstáculos que no existían y ocultaban los que había. El efecto los desorientaba, los situaba en

un laberinto de luz y sonido que cambiaba constantemente.

—¡Au! —gritó Marla, y todos se pararon en seco.

—¿Estás bien? —exclamó Carlton.

—Sí, es solo que he chocado con este estúpido carrusel —respondió.

Los altavoces habían enmudecido por el momento, pero se gritaban entre sí como si un abismo los separara.

En otro pasillo, Dave avanzaba hacia su objetivo. Ahora que los demás no lo veían, se movía con rapidez, deslizándose casi de costado y echando atrás la mirada por encima de su hombro encorvado de vez en cuando para comprobar que nadie lo seguía. El cinturón de su uniforme tenía un gran llavero enganchado del que, sin embargo, solo colgaban unas pocas llaves. Escogió una, abrió una puerta y entró en la oficina del restaurante. Cerró la puerta rápidamente tras él tratando de amortiguar el sonido, a pesar de que el grupo jamás lo oiría a tanta distancia, camuflado entre sus propios gritos y el estruendo de los altavoces. Encendió la luz del techo; era estable e iluminaba la estancia sin titilar. En la pared más alejada había un armario de gran altura pegado a la pared, y utilizó otra llave para abrirlo. Dave permaneció inmóvil largo rato ante la puerta abierta respirando profundamente. Mientras lo hacía, estiró la espalda y su pecho hundido pareció expandirse, como adquiriendo una confianza en sí mismo impropia de él al ver lo que tenía delante. Con una sonrisa fina y extraña, extendió la mano y, saboreando el momento, acarició el pelo amarillo con las yemas de los dedos.

Jessica y Carlton recorrieron a toda prisa el pasillo hacia la segunda sala de control, pero Marla y los dos chicos se movían más lentamente y se asomaron a las zonas para fiestas privadas, así como a la sala de juegos. Todas las estancias parecían vacías, pero, a medida que avanzaban, Jason pensó que con aquella luz cambiante era fácil que se les pasara algo por alto. Una vez comprobaron toda la zona, Marla y Lamar regresaron a la sala principal.

—¿Dónde están Jessica y Carlton? —gritó Lamar por encima de otro estallido de ruido incoherente.

Jason se detuvo y miró hacia atrás; en ese instante fugaz, lo vio: la silueta

de un conejo iluminado por las luces del pasillo durante una fracción de segundo que después desapareció y reapareció en su lugar en la sala de fiestas de la que acababan de salir.

—¡Marla! ¡MARLA! —gritó con voz estridente y alterada.

Su hermana se dio la vuelta.

—¿Qué? ¿Estás bien?

—¡He visto a Bonnie! ¡Estaba ahí!

—¿Qué? —La mirada de Marla se dirigió automáticamente a la tarima. Bonnie seguía allí, moviéndose de un lado a otro con espasmos extraños—. Mira, Jason, está ahí. No puede bajar del escenario.

El chico miró. Efectivamente, estaba ahí. «Lo he visto», pensó volviendo la mirada hacia el pasillo, que, sin embargo, estaba vacío.

Jessica se acercó corriendo y sin aliento.

—¿Estáis todos bien? He oído un grito.

—Estamos bien —contestó Lamar—. A Jason le ha parecido ver algo.

—¿Dónde está Carlton? —preguntó Marla. Se frotó las sienes—. Uf, esta luz me está dando dolor de cabeza.

—Sigue peleándose con los controles —contestó Jessica—. Tenemos que encontrar a Charlie y a John; creo que deberíamos salir de aquí.

—Yo diría que han ido por ahí —dijo Lamar señalando el pasillo que salía del extremo opuesto de la sala, al otro lado del escenario.

—Vamos —dijo Jessica.

Jason siguió al grupo, que cruzó otra vez el comedor principal maniobrando con cuidado entre las mesas y las sillas. Cuando llegaron al pasillo, echó la vista atrás. De pronto, Bonnie apareció otra vez: salió a toda velocidad de la sala de los recreativos y se metió en el pasillo que llevaba a la Cueva del Pirata. Jason vio a su hermana y a los demás cruzando el umbral uno tras otro y se escabulló antes de que lo vieran marcharse. Cruzó la habitación a todo correr con la intención de seguir al conejo, y ralentizó el paso al llegar al oscuro pasadizo.

Las bombillas de la sala pequeña estaban apagadas y, a pesar de no ver nada, sintió cierto alivio al descansar de las luces estroboscópicas. Se apoyó en la pared para avanzar e intentó detectar señales de movimiento delante de él, pero estaba demasiado oscuro y los ojos no se le habían acostumbrado. Después de lo que le pareció una eternidad, salió del pasillo y llegó a la Cueva del Pirata. Oyó a su hermana llamarlo en la lejanía.

«Supongo que se han dado cuenta de que no estoy con ellos», pensó irónicamente. Ignoró los gritos. Cruzó la sala y se asomó al otro pasillo, que conducía a más reservados para fiestas, pero estaba tan oscuro que apenas veía nada a más de un metro.

Se dio la vuelta y se acercó al pequeño escenario, del que aún colgaba el letrero de FUERA DE SERVICIO. «Como si algo funcionara en este lugar.» De pronto, la cortina se movió y Jason se quedó petrificado. El telón empezó a abrirse. El chico no fue capaz de echar a correr. Se hizo la oscuridad, pero entonces las luces se encendieron de pronto para descubrir a Carlton de pie delante de él, que había salido de detrás del telón.

—¿Qué haces aquí tú solo? Venga, vamos —le dijo al chico con una sonrisa cálida.

Con un inmenso alivio, Jason dio un paso adelante y abrió la boca para hablar, pero el miedo lo paralizó.

De pronto, Bonnie emergió de la oscuridad y apareció ante ellos bajo las luces del escenario. Pero no era Bonnie: el pelo amarillo de aquel conejo era casi cegador. Corrió hacia ellos y, antes de que Jason pudiera gritar, el conejo gigante agarró a Carlton por detrás, le tapó la cara con una de sus patas gigantes y acolchadas, y apretó el pecho del chico con el otro brazo. Carlton se resistió en silencio con golpes y patadas, pero la criatura apenas parecía notarlo. Gritaba, pero la pata del conejo engullía el sonido. Mientras luchaba, el conejo se escabulló hacia atrás por donde había venido y arrastró a Carlton consigo como botín de caza.

Jason los contempló boquiabierto. El corazón se le había acelerado y respiraba superficialmente; el aire enrarecido lo mareaba un poco. Oyó un ruido detrás de él, el chirrido del metal oxidado que comenzaba a moverse; dio un salto hacia delante, se volvió y se movió justo a tiempo para esquivar un gancho que caía a gran velocidad. Los ojos de Foxy brillaban en sincronía con las luces del techo, y por un confuso instante Jason tuvo la impresión de que aquellos ojos eran la fuerza que lo controlaba todo, de que si Foxy cerraba los ojos todas las luces se apagarían. Ese animal no se movía como los demás. Se levantó lenta y decididamente en el hueco que quedaba entre las dos cortinas del telón. Sus ojos relucientes alcanzaron una altura asombrosa.

—¡Jason!

Sabía que era la voz de Charlie, pero mantuvo la mirada clavada primero

en Foxy y después en el lugar por el que había desaparecido Carlton.

—¡Jason! —le gritó otra vez, y entonces ella y John llegaron a su lado, lo tocaron y lo sacudieron para sacarlo de su ensimismamiento.

John lo cogió de la mano y tiró de él para echar a correr. Cuando llegaron a la sala principal, los demás ya habían recorrido la mitad del pasillo que conducía al exterior; todos menos Marla, que esperaba inquieta en la entrada del pasillo y mostró un profundo alivio al ver a Jason.

—¡Marla, Bonnie se ha llevado a Carlton! —chilló Jason, pero ella se limitó a empujarlo por la espalda hacia la puerta y dentro del pasillo.

—¡Vamos, Jason!

—¡Pero es que he visto a Bonnie llevarse a Carlton! —gritó, aunque siguió corriendo por miedo a detenerse.

Atravesaron el pasillo hacia la puerta exterior, y todos botaban impacientes y asustados mientras se deslizaban de uno en uno; no había manera de acelerarlo. Cuando todos cruzaron, Charlie miró hacia el pasillo durante un buen rato, pero no venía nadie. Cerró la puerta y se apartó mientras Lamar y John empujaban la estantería de vuelta a su sitio para bloquear el paso.

—Nadie ha visto a Dave —dijo Charlie.

No era una pregunta, pero todos negaron con la cabeza.

—Debe de haberse largado cuando las luces se han vuelto locas —sugirió Lamar, pero no sonaba convencido.

—¡Carlton! —volvió a chillar Jason—. ¡Carlton sigue ahí dentro! ¡Bonnie se lo ha llevado!

Todos miraron a su alrededor; Carlton no estaba con ellos.

—Oh, no, sigue dentro —dijo Jessica.

—¡Bonnie se lo ha llevado! —insistió Jason escupiendo las palabras una tras otra con la voz temblorosa—. Lo he visto. Bonnie estaba en la Cueva del Pirata y ha agarrado a Carlton y lo ha arrastrado consigo, no he podido pararlo.

Se pasó la manga por los ojos para secarse las lágrimas.

—Ay, cariño… —Marla lo abrazó y él se aferró a ella con la cara hundida en su camisa—. No, habrá sido un efecto de la luz. Bonnie no podría hacer eso, no es más que un robot. Estaba en el escenario cuando nos hemos ido.

Jason cerró los ojos. Cuando se marchaban, solo había mirado hacia el escenario durante un segundo, pero era verdad: Bonnie estaba allí, dando

giros torpes y extraños, clavado en la tarima. Se apartó de los brazos de su hermana.

—Lo he visto —insistió más débilmente—. Bonnie se lo ha llevado.

Los demás se miraron por encima del chico. Charlie se volvió hacia Marla, que se encogió de hombros.

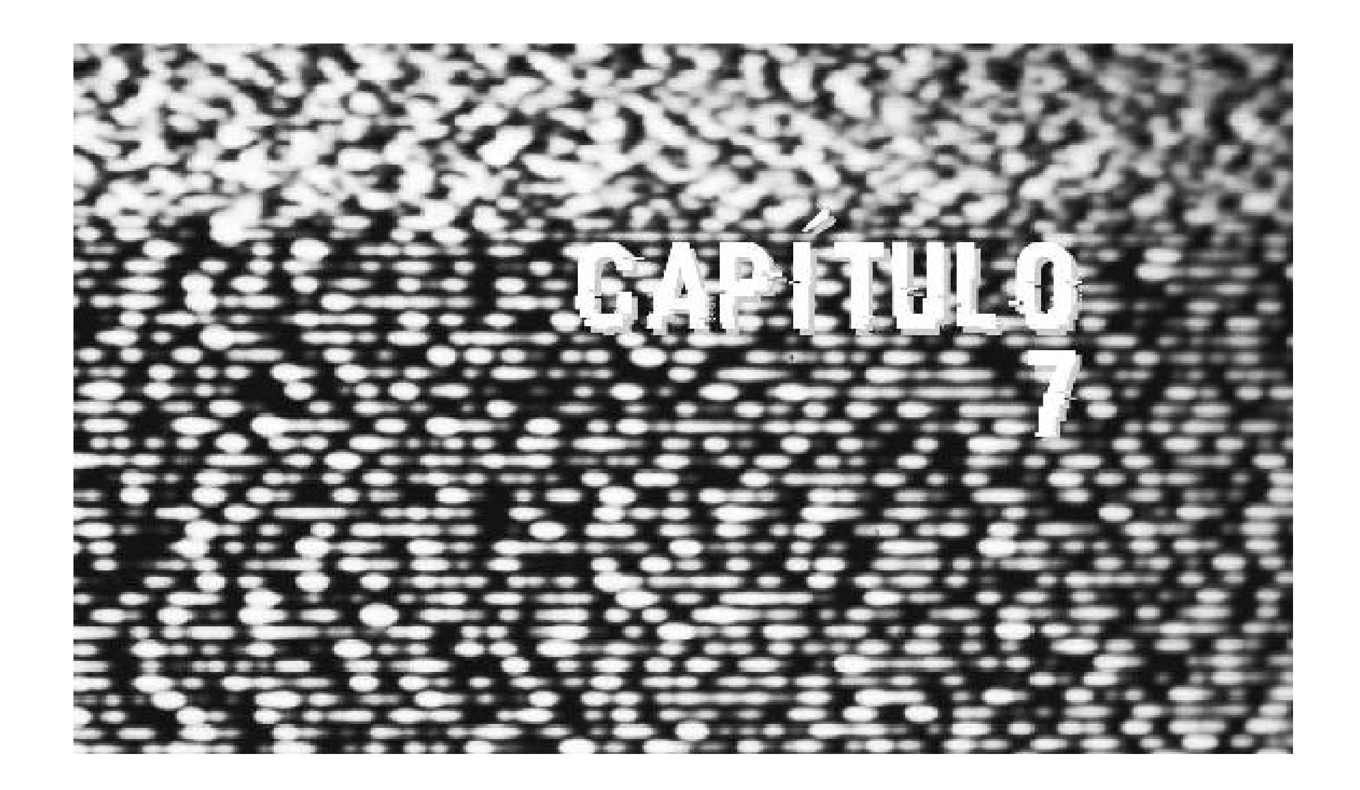
—Tenemos que volver dentro —dijo Charlie—. Tenemos que sacarlo de ahí.

Jessica asintió, pero John carraspeó.

—Creo que necesitamos ayuda —dijo—. Entrar ahí no es seguro.

—Vamos a buscar al padre de Carlton —dijo Marla—. No pienso volver ahí dentro con Jason.

Charlie quiso protestar, pero se mordió la lengua. Tenían razón, claro que la tenían. Lo que fuera que había pasado ahí dentro los superaba. Necesitaban ayuda.



Recorrieron el camino de vuelta por los pasillos del centro comercial abandonado sin tener cuidado alguno con las pisadas o los haces de luz de las linternas.

—Menos mal que íbamos a ser sigilosos —dijo Charlie, sombría, pero nadie respondió.

Aceleraban constantemente siguiendo un acuerdo tácito; para cuando llegaron al aparcamiento, ya casi estaban corriendo. Charlie percibió una sensación casi física de alivio al distinguir su coche cuando salieron por la puerta principal, como si se tratara de un viejo amigo.

—Alguien debería quedarse aquí —dijo entonces, quieta, con los dedos en la manija—. No podemos dejar a Carlton solo.

—No —negó Marla con decisión—. Nos vamos todos.

La miraron sorprendidos un instante. De pronto les estaba hablando como le hablaba a Jason: la hermana mayor que lo sabe todo. Lamar y Jason intercambiaron una mirada, pero nadie dijo nada.

—Nos vamos al pueblo. Todos —añadió lanzando una mirada de advertencia a Charlie—. Y vamos a buscar ayuda.

Subieron corriendo en los coches. Cuando Charlie cogió el volante, John se subió al asiento del copiloto y ella le dirigió una sonrisa franca. Jessica se subió detrás justo después. Sintió una pequeña decepción: quería hablar con él a solas. «Vamos en busca de ayuda, esto no es una cita», se reprendió, pero esa no era la cuestión. Aquel chico le daba sensación de seguridad, una piedra de toque entre todas las cosas raras que estaban sucediendo a su alrededor. Dirigió la vista hacia él, pero John estaba mirando por la ventanilla. Salieron del aparcamiento y siguieron el coche de Marla hacia la oscuridad.

Cuando llegaron al pueblo, Marla giró bruscamente hacia un lado de la calle principal y paró el coche; Charlie hizo lo mismo. Antes de que se hubiera detenido por completo, Jessica bajó de un salto y echó a correr. Marla la siguió un paso por detrás. Se pararon delante del cine y, en ese momento, Charlie se dio cuenta de que había un policía de uniforme debajo de la marquesina, apoyado en su coche blanco y negro. Abrió mucho los ojos al ver a las jóvenes que se abalanzaban hacia él y dio un paso involuntario hacia atrás cuando Marla empezó a hablar sin detenerse a recuperar el aliento.

—… por favor, tiene que venir —estaba acabando de decir Marla cuando los demás la alcanzaron.

El agente parecía un poco apabullado. Tenía la cara rosa brillante y llevaba el pelo tan corto que su gorra lo cubría por completo. Charlie se dio cuenta de que era joven, entre los veinte y los treinta, y de que los miraba con escepticismo.

—¿Se trata de una emergencia real? —les preguntó—. Puede que no lo sepáis, pero las bromas pueden traeros problemas serios.

Jessica puso los ojos en blanco y se adelantó para reducir la distancia entre ambos.

—Esto no es ninguna broma —dijo tajante, y Charlie se acordó de pronto de lo alta que era—. Nuestro amigo está atrapado en ese centro comercial abandonado, y su trabajo es ayudarnos.

Parecía confuso, pero entonces miró en la dirección de la que habían venido.

—¿En el centro comercial? ¿«Ese» centro comercial? —Abrió los ojos como platos y después frunció el ceño en señal de reproche; a pesar de lo joven que era, tenía el aspecto de un padre decepcionado—. ¿Y qué hacíais

allí, si se puede saber?

Charlie y Marla se miraron, pero Jessica ni siquiera pestañeó.

—Ya se ocupará de nosotros después. Nuestro amigo está en peligro y tiene que ayudarnos, agente… —Se inclinó hacia él y leyó la chapa identificativa—: Agente Dunn. ¿Prefiere que vaya donde los bomberos?

A pesar del miedo que sentía, Charlie casi se echó a reír. Jessica hablaba como si estuviera en una tienda y amenazara con llevarse su dinero a otra parte. Era tan absurdo que tendría que haber recibido una mirada perpleja como única respuesta, pero Dunn echó mano de la radio enseguida.

—No, esperad —dijo.

Pulsó un botón y la radio emitió un breve zumbido estático. Charlie se estremeció al oírlo. Cuando miró a su alrededor, vio que John se ponía tenso y Jason se acercaba a Marla. Dunn, que no pareció percibir sus reacciones, ladró sonidos incomprensibles en código por la radio. De pronto, a Charlie la asaltó el fogonazo de un recuerdo: ella y Marla corriendo por el jardín y susurrando a unos *walkie-talkies*. Nunca conseguían entenderse a través de esos juguetes baratos que su padre había encontrado en el cajón de las ofertas de la tienda, pero no les importaba; la cuestión no era comunicarse de verdad.

—¡Charlie, venga! —le gritó Jessica, y Charlie volvió en sí.

Todo el mundo estaba yendo hacia los coches y se apiñaba en ellos. Marla arrancó la primera y el policía la siguió, mientras que Charlie iba a la cola.

—¿Por qué no lleva la sirena encendida? —preguntó Jessica. Hablaba con la voz fina y quebradiza, como si sus únicas opciones fueran criticar o echarse a llorar.

—No nos cree —dijo John con suavidad.

—Debería llevar la sirena encendida —dijo Jessica, esta vez casi en un susurro.

Charlie apretaba el volante con tanta fuerza que tenía los nudillos blanquecinos, y conducía con la mirada clavada en las luces traseras rojas del coche de policía.

Cuando llegaron de nuevo al centro comercial, Jessica salió disparada y obligó a los demás a correr tras ella. A Charlie no le importó; le apetecía correr, sentía que tenía un propósito. Mientras avanzaban, Lamar hablaba con el policía a gritos por encima del ruido de sus pisadas.

—El restaurante está sellado, pero dejaron una puerta abierta —decía con

la voz entrecortada por la respiración—. Detrás del plástico, lo mueves, y un pasadizo oscuro, Carlton huele a pies.

El agente ralentizó brevemente el paso, pero después recuperó la velocidad. Cuando llegaron al corredor, frenaron y se movieron con más cuidado hasta dar con la puerta.

—Justo aquí —dijo John.

Dunn se adelantó para ayudar con la estantería.

La apartaron demasiado rápido y lo que había en los estantes se tambaleó. El mueble se balanceó y las herramientas, los cables y las latas de pintura llenas de clavos cayeron al suelo con gran estrépito.

—¡Au! —gritó John cuando un martillo le golpeó el pie.

Los objetos se desperdigaron y algunos rodaron y desaparecieron en el oscuro pasillo.

—¡¿Qué?! —gimió Jason, y todos levantaron la mirada del suelo.

El chico señalaba la puerta.

—¿Qué es esto? —resopló Marla.

Unas cadenas cruzaban la puerta de arriba abajo y tres enormes candados las sujetaban. Los eslabones estaban atornillados al marco metálico, y eran demasiado pesados para cortarlos sin herramientas especiales. Todo estaba oxidado y tenía aspecto de llevar años allí. Charlie se acercó a la puerta y tocó una de las cadenas, como para asegurarse de que era real.

—Esto no estaba aquí —dijo, y sus palabras sonaron estúpidas incluso cuando las estaba pronunciando.

—¡Tenemos que sacarlo de ahí! —chilló Jason con la voz entrecortada y tapándose los ojos con las manos—. ¡Bonnie va a matarlo y es culpa mía!

—¿De qué está hablando? —preguntó el policía mirándolos con sospechas renovadas—. ¿Quién es Bonnie y por qué va a hacer daño a vuestro amigo?

—Es…, es un robot —dijo Charlie enseguida—. Los robots de Freddy Fazbear’s siguen ahí dentro y todavía funcionan.

—Freddy Fazbear’s. —Dunn se sonrojó y volvió a mirar la puerta. Suavemente, debatiéndose entre la nostalgia y el miedo, añadió—: Yo solía ir a ese sitio cuando era pequeño.

Se recompuso rápidamente y carraspeó.

—Ha cobrado vida —insistió Jason sin hacer ningún esfuerzo ya por contener las lágrimas.

Dunn se agachó a su altura y suavizó el tono.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó.

—Tenemos que sacarlo de ahí —repitió Jason.

—Se llama Jason —dijo Marla, y su hermano la fulminó con la mirada.

—Jason —dijo Dunn. Apoyó la mano en el hombro del chico y miró a los demás con suspicacia.

«Cree que le hemos obligado a decir eso», pensó Charlie. Jason se retorció bajo la sujeción de Dunn, pero este no lo soltó y lo miró a los ojos para preguntarle lo siguiente:

—Jason, ¿te han obligado a decir eso? ¿Qué está pasando?

El chico, enfadado, se liberó y dio un gran paso atrás.

—Eso es lo que ha pasado de verdad —dijo con firmeza.

El agente Dunn exhaló larga y lentamente, frustrado; después se incorporó y dijo ya sin aquella fingida amabilidad:

—Vale, así que los robots se han llevado a vuestro amigo.

«Ya sé lo que intentáis hacer», insinuaba su tono.

—Estábamos ahí dentro —afirmó Charlie, inexpresiva, manteniendo un tono y un volumen constantes, como si decirlo con suficiente calma y sencillez pudiera convencer a aquel policía de que no estaban mintiendo—. Nuestro amigo no ha conseguido salir.

El agente volvió a mirar las cadenas.

—Mirad —dijo, aparentemente dispuesto a concederles el beneficio de la duda—, no sé cómo habéis entrado ahí antes, y en este momento no quiero saberlo. Pero las máquinas que hay dentro son viejas y nadie las ha tocado durante años. Lo más probable es que todo dé bastante miedo. La verdad es que no me gustaría tener que entrar ahí. Así que, aunque no me extraña que estéis asustados, os aseguro que esos robots no se mueven por sí solos. Este sitio está muerto y lo mejor es dejarlo estar.

Lanzó una risita forzada. Jason abrió la boca, pero no dijo nada.

—Creo que deberíais iros todos a casa —dijo Dunn, en lo que parecía más una amenaza que un consejo.

Se miraron unos a otros.

Después de un silencio incómodo, Jessica miró a Charlie.

—Estas cadenas no estaban aquí antes, ¿verdad? —titubeó, echando la vista atrás hacia sus amigos en busca de confirmación, como si estuviera empezando a dudar de su propia memoria.

—No —dijo Charlie acto seguido—. No estaban ahí. No nos vamos a ir, y necesitamos tu ayuda.

—Vale —dijo Dunn—. ¿Cómo se llama?

Sacó un cuaderno como de la nada.

—Carlton Burke —contestó Jessica.

Estaba a punto de deletreárselo cuando de pronto el agente Dunn apoyó el bolígrafo y cerró los ojos con gesto indignado. Los miró fijamente; ahora ya no parecía tan joven.

—Os voy a dar una última oportunidad. Contadme qué ha pasado exactamente.

Hablaba despacio y subrayaba las pausas entre palabras. Había recuperado el control y ya no se veía superado. Era como si de pronto lo hubiera entendido todo.

Todos intentaron explicárselo a la vez. Se interrumpían unos a otros. La voz de Jessica era la más fuerte y tranquila, pero ni siquiera ella conseguía contener el nerviosismo que sentía. Charlie se mantuvo apartada y en silencio. «Contadme qué ha pasado exactamente». ¿Por dónde se supone que debían comenzar? ¿Por esa noche? ¿Por esa semana? ¿Por Michael? ¿Por la primera vez que su padre había cogido una placa base? ¿Cómo iban a responder a una pregunta como esa? El policía asintió y volvió a echar mano de la radio, pero esta vez sus palabras fueron comprensibles.

—Norah, llama a Burke. Es su hijo. Estoy en el viejo centro comercial. —Después de un estallido estático a modo de respuesta, el agente volvió a concentrarse en ellos—. Vamos.

—¿Vamos adónde? —preguntó John.

—Fuera de la propiedad.

Marla comenzó a protestar, pero Dunn la interrumpió.

—Voy a acompañaros fuera de la propiedad —dijo. Se sacó la porra del cinturón y señaló con ella.

—Venga —dijo Lamar.

Jason seguía mirando al suelo, enfurruñado. Lamar le dio un golpecito en el hombro.

—Jason, venga. Ahora nos toca hacer lo que dice, ¿vale?

—Pero… ¡y Carlton! —gritó Jason.

Lamar negó con la cabeza.

—Ya lo sé. No pasa nada, lo encontraremos, pero ahora tenemos que

irnos.

Guio a Jason hacia la entrada del corredor y todos los siguieron. El policía caminaba detrás, demasiado cerca de Charlie. La chica aceleró, pero él también, así que se resignó a que la siguiera como su sombra.

Cuando llegaron al aparcamiento, les ordenó que esperaran junto al coche y se alejó varios pasos para hablar de nuevo por la radio, demasiado lejos para que lo oyeran.

—¿Qué está pasando? —preguntó Jason. Estaba empezando a lloriquear; se oyó el tono de voz y trató de modularlo. «No soy un niño pequeño», se recordó a sí mismo.

Nadie respondió, pero Marla, ausente, le acarició la espalda y el chico no se apartó.

Transcurrieron varios minutos en silencio. Jessica se sentó en el capó del coche de espaldas al resto del grupo. Charlie quiso acercarse a ella, pero no lo hizo. La angustia estaba provocando que Jessica se encerrara en sí misma y se volviera rígida, fría y brusca. Y Charlie no se veía capaz de atravesar la coraza sin derrumbarse.

—¿Se refería al padre de Carlton? —preguntó, pero nadie tuvo tiempo de responder.

Aparecieron unos faros y un coche se detuvo a su lado. El hombre que se bajó era alto y delgado; su cabello ralo podía ser tanto rubio como gris.

—El padre de Carlton —susurró Marla; una respuesta tardía a la pregunta de Charlie.

El hombre sonrió al acercarse.

—Soy el padre de Carlton —confirmó—. Como ya sois todos mayorcitos, podéis llamarme Clay.

Todos farfullaron el nombre a medio camino entre el saludo y la prueba. Jason se tapó la boca por vergüenza y llevó la lengua al hueco invisible entre sus muelas.

—Pensaba que ya habríamos dejado atrás la época de las travesuras, ¿no? —dijo Clayton con gesto de buen humor.

Jessica se bajó del capó del coche de Charlie con el rostro compungido.

—Lo siento mucho, ha desaparecido —dijo con decisión—. No sé qué ha sucedido, ¡estaba ahí mismo, con nosotros!

—¡Lo ha secuestrado Bonnie! —estalló Jason—. ¡Lo he visto! ¡El conejo se lo ha llevado!

Clay empezó a esbozar una sonrisa, pero se frenó al ver sus rostros.

—Ay, chicos, lo siento. Lleváis mucho tiempo fuera. Me temo que Carlton os está gastando una broma a todos.

—¿Cómo? —dijo Lamar.

—Con todos vosotros de vuelta en el pueblo, no ha podido resistirse —prosiguió Clay—. Sea lo que sea que ha pasado, os aseguro que lo ha planeado él. Seguramente saldrá de esos arbustos en cualquier momento.

Se hizo el silencio mientras todos esperaban a que sucediera lo improbable. No pasó nada.

—Bueno, ¡habría sido pedir demasiado! —dijo Clay—. Venga, ¿por qué no venís a nuestra casa? Os prepararé chocolate caliente. Cuando Carlton aparezca, ¡podréis decirle que está castigado!

—Vale —contestó Charlie sin esperar a recibir el consentimiento de los demás.

Quería creer a Clay, quería creer que Carlton estaba bien y que aparecería entre risas. Pero también deseaba ir a otro lugar, donde un adulto estuviera a cargo, alguien que les preparara chocolate caliente y les asegurara que los monstruos no existían. Su padre nunca habría hecho semejante afirmación. Su padre jamás le habría contado esa mentira.

Nadie protestó, así que formaron de nuevo la caravana y siguieron a Clay a casa. Todos ocuparon los asientos habituales: Charlie, John y Jessica en el coche de la primera, y Marla, Jason y Lamar en el de la hermana mayor. Charlie veía el coche del agente Dunn por el espejo retrovisor, justo detrás de ellos. «¿Va en la misma dirección o se está asegurando de que obedecemos?», se preguntó, pero en realidad no importaba. No estaban planeando escapar.

Una vez en casa de Carlton, entraron de uno en uno por la puerta delantera. Charlie miró hacia atrás justo a tiempo para ver pasar el coche de policía. «Nos estaba siguiendo.» Mientras subían los peldaños de la entrada, John se inclinó hacia ella para susurrarle algo al oído.

—¡De niño no era consciente de lo ricos que eran! —dijo, y ella contuvo la risa.

Era verdad, la casa era inmensa. Tenía tres pisos y se extendía hacia la arboleda que la rodeaba; era tan amplia que Charlie se imaginó que habría habitaciones en las que lo único que se veía por la ventana era el bosque. Clay los condujo al salón, que tenía un aspecto muy vivido; los muebles no

conjuntaban y las alfombras, oscuras y viejas, estaban pensadas para mancharse.

—La madre de Carlton, a la que ya podéis llamar Betty, está dormida —dijo Clay—. Los cuartos están bastante bien aislados, pero no gritéis ni deis golpes.

Lo prometieron a coro. Él asintió satisfecho y desapareció por una puerta. Se dispersaron y ocuparon los sillones y las sillas. Charlie se sentó en la alfombra entre las sillas de Jessica y Lamar. Quería mantenerlos a todos juntos. John se sentó a su lado y esbozó una leve sonrisa.

—¿Nos han tomado el pelo? —preguntó Marla.

—Puede ser. No sé qué otra cosa podría explicarlo —respondió Jessica desganada, observando la chimenea vacía—. La verdad es que ninguno de nosotros conoce muy bien a los demás. Quizá sea propio de él.

Todos se movieron incómodos en sus asientos. Era verdad; se habían estado comportando como si el tiempo que habían pasado lejos los unos de los otros no hubiera sido más que una pequeña pausa, como si pudieran ponerse al día de lo que habían estado haciendo y todo volviera a ser como antes, como si el grupo jamás se hubiera separado. Pero diez años era demasiado tiempo para que eso fuera cierto, y en el fondo lo sabían. Charlie miró a John. Se sentía un poco avergonzada, pero no habría sabido decir por qué.

Clay regresó con una bandeja de tazas humeantes y una bolsa de pequeñas nubes de azúcar.

—¡Aquí tenéis! —dijo alegremente—. Chocolate caliente para todos, incluso para mí.

Dejó la bandeja en la mesita de centro y se sentó en un gastado sillón verde que parecía encajarle como un guante, tan adaptado a su cuerpo como él lo estaba a la forma del mueble. Se inclinaron hacia delante y cogieron las tazas; Jason fue el único que se sirvió malvaviscos. Clay los miró a la cara uno a uno.

—Mirad, sé que no me creéis, pero Carlton hace cosas así. De todas formas, tengo que admitir que esta probablemente ha sido la más rara. Está mal que os haya hecho revivir todo aquello de cuando erais niños. —Contempló su taza largo rato. Después prosiguió—: Tendré que volver a hablar con él. Creedme, mi hijo tiene un sentido del humor peculiar. Ya sabréis que le enviamos al instituto del pueblo de al lado. Nadie lo conocía.

Pues bien, durante el primer mes de clase consiguió convencer a sus compañeros e incluso a sus profesores de que tenía un hermano gemelo en ese mismo colegio. No sé cómo demonios lo consiguió, pero yo no me enteré hasta que se cansó de la broma y empecé a recibir llamadas del instituto diciéndome que uno de mis hijos había desaparecido.

Charlie sonrió débilmente, pero no estaba convencida. Esto era distinto.

—Esto es diferente —dijo Marla, como si le hubiera leído el pensamiento —. Jason lo vio desaparecer, estaba aterrorizado. Si es una broma, ha sido cruel.

Sacudió la cabeza enfadada y arañó la taza de porcelana.

—Si es una broma… —repitió en tono más suave.

Miró a Charlie con el rostro atormentado. Su amiga supo que, si Carlton efectivamente había organizado todo aquello, Marla jamás volvería a dirigirle la palabra. Su feliz reunión se había terminado.

—Sí, lo sé —contestó Clay. Bebió un sorbo buscando las palabras adecuadas—. Pero él no lo ve así. Aquellos gemelos tenían personalidades completamente distintas. Shaun era un tipo extrovertido y alegre. Estaba en el equipo de debate ¡y hasta jugaba a fútbol! Carlton jamás se había acercado a un balón sin que lo obligaran. No sé cómo consiguió mantener el juego.

—Aun así —replicó Marla, pero sonaba menos segura de sí misma.

—Lo peor fue que Shaun tenía novia —prosiguió Clay, hablando más para sí mismo que para los jóvenes—. Ella lo apreciaba de verdad, pero él se limitaba a representar su papel. La pobre había estado saliendo con un chico que ni siquiera existía. Creo que Carlton se sorprendió al ver lo mucho que se enfadó la gente. Se deja llevar y da por hecho que todo el mundo se está divirtiendo tanto como él.

Charlie observó a John y él le devolvió la mirada algo angustiado. «En realidad, no nos conocemos, no de verdad.»

—Puede que sí haya sido cosa suya —dijo en alto.

—Puede —secundó Jessica.

—¡Yo lo vi! —exclamó Jason.

Antes de que nadie pudiera responder, salió corriendo de la sala y desapareció por una puerta. Marla se levantó automáticamente y se dispuso a seguirlo, pero Clay levantó la mano.

—Déjalo, necesita estar solo durante un rato. Y además quiero hablar con

los demás. —Dejó la taza en la mesita y se inclinó hacia delante—. Ya sé que solo estabais jugando, pero no quiero que volváis a bromear sobre Freddy Fazbear's. No sé si sabéis que yo no era el jefe por aquel entonces, todavía era inspector, y trabajé en aquellas desapariciones. Es lo peor que he visto hasta la fecha. No deberíais gastar bromas sobre eso.

Miró a Charlie. Su ojos grises eran impenetrables; sus facciones, pétreas; ya no era una amable figura paternal, sino el jefe de policía, y la miraba como si pudiera ver lo que había en su interior. Charlie sintió una repentina necesidad de confesar, pero en realidad no tenía nada que decir.

—Estoy especialmente sorprendido contigo, Charlie —dijo Clay en voz baja.

La chica se sonrojó, avergonzada. Quiso protestar y explicarse, decir cualquier cosa que suavizara la mirada que parecía taladrar su cráneo. En cambio, agachó la cabeza y farfulló una disculpa ininteligible.

Lamar rompió el silencio.

—Señor Burke… Clay, ¿llegaron a saber quién lo hizo? Pensaba que habían arrestado a alguien.

El policía tardó en responder. Todavía estaba mirando a Charlie, que sentía que estaba intentando decirle algo o leer su rostro.

—¿Clay? —insistió Marla, y entonces él pareció volver en sí. Miró al grupo con expresión sombría.

—Sí —contestó en voz baja—. Sí que arrestamos a alguien. De hecho, yo estaba y sigo estando seguro de que era culpable.

—¿Y qué pasó? —preguntó Lamar.

El grupo enmudeció, como si estuviera a punto de suceder algo muy importante.

—No había cuerpos —respondió Clay Burke—. Sabíamos que había sido él, yo no tenía ninguna duda. Pero los niños habían desaparecido, nunca los encontramos, y sin cuerpos…

Enmudeció y dejó vagar la mirada, apenas consciente de que los chicos estaban allí.

—Pero podía acusársele de secuestro. ¡Habían desaparecido! —exclamó Charlie, repentinamente furiosa, indignada por aquella evidente injusticia —. ¿Cómo es posible que ese hombre siga por ahí? ¿Y si vuelve a hacerlo?

Sintió que Marla le apoyaba la mano en el brazo. Asintió, se relajó y trató de tranquilizarse. Pero la rabia seguía dentro y acechaba bajo la piel. Clay la

miraba con algo parecido a la curiosidad.

—Charlie, la justicia castiga al culpable, pero también debe proteger al inocente. Eso significa que a veces los criminales se libran después de haber hecho cosas terribles, pero es el precio que tenemos que pagar.

Hablaba con gravedad, dando peso a sus palabras. Charlie abrió la boca para replicar. «En este caso, fue el precio que pagué yo», le habría gustado decir, pero antes de hablar le miró a la cara. Mostraba una sonrisa convencida; lo que decía era muy importante para él y lo creía a pies juntillas. «Así es como consigues dormir por las noches», pensó con una amargura impropia de ella. Cruzaron las miradas largo rato y al final Charlie suspiró, asintió y cedió al desafío. En el fondo, ni siquiera estaba en desacuerdo con él. Clay se incorporó de pronto en su sillón.

—Bueno —dijo animado—, creo que es demasiado tarde para que las chicas volváis conduciendo al motel. ¿Por qué no pasáis aquí la noche? Tenemos otras dos habitaciones de invitados. Y así podréis reñir a Carlton por la mañana —añadió con una sonrisa burlona.

Lamar y John acompañaron a Charlie, Marla y Jessica arriba, a las habitaciones; Jason reapareció cuando subían las escaleras y se unió al grupo como si no hubiera pasado nada.

—Jason y yo ocuparemos una —dijo Marla—. Jessica y Charlie podéis quedaros en la otra.

—Yo quiero dormir con Lamar —dijo en ese momento Jason.

Lamar no pudo evitar esbozar una amplia sonrisa.

—Vale, está bien —dijo el chico.

Después dirigió una mirada a Marla por encima de la cabeza de su hermano, y ella se encogió de hombros.

—Allá tú, ¡quédatelo si quieres! Eso significa que alguien se quedará solo, o podemos dormir todos en el mismo cuarto. Sé que no pasa nada, pero siento que deberíamos estar juntos.

Estaba diciendo exactamente lo que Charlie había pensado muy poco antes.

—Yo cogeré la otra habitación —dijo.

Marla le dedicó una mirada dubitativa, e incluso John pareció un poco sorprendido, pero Charlie se limitó a observarlos sin decir nada.

Cuando cerró la puerta tras ella, suspiró de alivio. Se acercó a la ventana y era tal como se lo había imaginado: lo único que se veía eran árboles. La

casa parecía completamente aislada, a pesar de que sabía que la entrada y la carretera estaban justo al otro lado. Desde fuera le llegaba el sonido de las aves nocturnas y los murmullos de otras criaturas más grandes que se movían por el suelo. De pronto se sintió inquieta, completamente despierta. Al mirar por la ventana le entraron ganas de salir, de deslizarse hacia el bosque y ver qué ocultaba. Miró el reloj; ya había pasado la medianoche, así que se quitó los zapatos a regañadientes y se tumbó en la cama.

Como todo en casa de Carlton, estaba muy usada, el tipo de mueble que solo tenía la gente que había sido adinerada durante generaciones, cuyos antepasados podían permitirse objetos de tal calidad que duraban siglos. Charlie cerró los ojos en lo que supuso que sería un intento inútil de descansar, pero allí tumbada, oyendo los ruidos del bosque y a Jessica y a Marla cuchicheando y riendo en el cuarto contiguo, tuvo la sensación de estar hundiéndose en el colchón. Su respiración se volvió más profunda y enseguida se quedó dormida.

Se despertó sobresaltada. Volvía a ser una niña pequeña y su padre dormía en la habitación de al lado. Era verano y las ventanas estaban abiertas; había empezado a llover, el viento entraba a bocanadas en la habitación, levantaba las cortinas en un baile frenético y traía consigo una fina llovizna. Pero no era eso lo que la había despertado. Había algo en el aire, una sensación de la que no podía librarse. Algo iba muy mal.

Charlie se bajó de la cama con cuidado. El unicornio Stanley estaba junto a ella, paciente y desactivado, mirándola con ojos inertes. Le dio una palmadita en el hocico, como si consolarlo a él la tranquilizara también a ella. Se deslizó silenciosamente por su lado y salió al pasillo, sin saber muy bien qué la movía. Recorrió el pasillo a hurtadillas, pasó por delante de la habitación de su padre en dirección a la escalera y se agachó detrás de la barandilla como si los barrotes abiertos pudieran protegerla de algo. Se aferró a ellos mientras bajaba las escaleras apoyando el peso en el pasamanos y evitando las tablas que crujían. Descendió los peldaños uno a uno; daba la sensación de que tardaría años, una eternidad en llegar abajo, y de que cuando llegara ya sería una anciana cuya vida entera había transcurrido mientras descendía aquellos escalones.

Charlie llegó al final y se miró para ver qué había cambiado. Ya no tenía un cuerpo pequeño, ni llevaba camisón ni iba desnuda, sino que su cuerpo adolescente era alto, fuerte y estaba completamente vestido. Al

incorporarse de la postura temerosa que había adoptado, era más alta que la barandilla, y observó perpleja la casa de su infancia. «Esta soy yo —pensó—. Sí. Es el presente.»

Algo daba golpes delante de ella. La puerta de entrada estaba abierta de par en par y el viento la lanzaba a intervalos irregulares contra la pared. La lluvia entraba a raudales y estaba empapando el suelo y azotando el perchero de al lado, que se balanceaba de un lado a otro como si no pesara nada. Había hojas y ramitas desperdigadas por el suelo que el viento había arrancado y barrido dentro de la casa, pero la mirada de Charlie se dirigió a sus viejos zapatos, sus favoritos, negros, de charol y con hebilla. Estaban cuidadosamente colocados junto a la alfombrilla, y ella veía cómo la lluvia los encharcaba y los estropeaba. Se quedó inmóvil un instante, paralizada, demasiado lejos para que la lluvia la alcanzara, pero lo bastante cerca para que la humedad le mojara lentamente la cara. Debía acercarse a la puerta y cerrarla.

En lugar de hacerlo, se echó hacia atrás despacio sin apartar los ojos del límite de la tormenta. Dio un paso, después otro… y su espalda chocó contra algo sólido. Se dio la vuelta asustada y entonces lo vio.

Era la «cosa» del taller de su padre, terrorífica y retorcida. Estaba en pie, torcida, con un rostro estrecho, rojizo y canino, y un cuerpo casi humano. La ropa que llevaba estaba hecha jirones y revelaba sus articulaciones y extremidades metálicas, pero lo único que veía Charlie eran sus ojos, los ojos plateados que se proyectaban hacia ella una y otra vez, apareciendo y desapareciendo con el parpadeo. Charlie quiso echar a correr, pero los pies no se le movían. Sentía el pulso ahogándola en el cuello y le costaba respirar. La cosa sufría espasmos. Levantó la mano con un movimiento lento y atascado para estirarse y tocarle la cara. Charlie temblaba y no fue capaz de apartarse, pero entonces la mano se paró a pocos centímetros de su mejilla.

Respirando superficialmente y con los ojos cerrados, se preparó para lo que venía, pero el metal y la tela rasgada nunca llegaron a tocarle la piel. Abrió los ojos. La cosa se había quedado inmóvil y la luz plateada de sus ojos casi se había desvanecido. Charlie se apartó mientras la observaba con cuidado, pero la figura no se movió. La chica empezó a preguntarse si se habría apagado, si la energía que la alimentaba se habría acabado. Los hombros le colgaban hacia delante y la mirada parecía perdida en el

infinito. Charlie sintió una punzada de pena por la criatura, la misma sensación de afinidad solitaria que había percibido en el taller de su padre muchos años atrás. «¿Le duele?», había preguntado. Ahora ya era lo bastante mayor para conocer la respuesta.

De pronto, con una sacudida, la cosa volvió a la vida. Charlie sintió que se mareaba al ver que avanzaba hacia ella adelantando el cuerpo como si acabara de aprender a caminar. Giraba la cabeza de un lado a otro a un ritmo frenético, y sus brazos subían y bajaban con una dejadez peligrosa.

Algo se hizo añicos. La cosa había tirado una lámpara. El ruido que hizo al estamparse contra el suelo de madera despertó a Charlie de su estupor. Se dio la vuelta, corrió escaleras arriba y se dirigió lo más rápido que pudo hasta la puerta de la habitación de su padre, demasiado asustada incluso para gritar su nombre. Mientras trepaba por la escalera, una pequeña parte de ella se dio cuenta de que los peldaños eran demasiado grandes, que casi avanzaba a gatas y tropezaba descalza con el dobladillo del camisón. En un instante de lucidez notó que volvía a ser una niña. Y entonces el momento se esfumó y ese estado era el único que recordaba.

Intentó llamar a su padre de nuevo, pero ya estaba allí. No hacía falta que gritara su nombre. Estaba de pie en el pasillo. Charlie se agarró al faldón de su camisa mientras se agachaba detrás de él. Su padre la sujetó por el hombro, Por primera vez, el contacto con él no le transmitió seguridad. Charlie asomó la cabeza por detrás de la espalda del hombre y vio las orejas de la cosa y después su rostro a medida que subía las escaleras a tirones y espasmos. Su padre mantuvo la calma mientras lo observaba ascender el último peldaño. Entonces agarró la mano de la niña y la abrió para obligarla a soltarlo. Avanzó con pasos largos, casi zancadas, para encontrarse con la cosa, pero, cuando extendió la mano, Charlie vio que le temblaba. Tocó a la cosa, le rodeó la cara con las manos durante un instante prolongado, como si la estuviera acariciando, y sus extremidades pararon, aunque la cabeza aún se movía de un lado a otro con suavidad. Parecía desconcertada, como si también la hubiera despertado algo extraño y aterrador. El padre de Charlie hizo algo que ella no vio, y la cosa dejó de moverse; dejó caer la cabeza, derrotada, y los brazos colgaron inertes a los lados. La niña avanzó de espaldas hacia su cuarto dejándose guiar por la pared, pues no se atrevía a apartar la mirada de la cosa hasta estar a salvo tras la puerta. Cuando echó un último vistazo

al pasillo, apenas veía ya el destello de sus ojos, que apuntaban hacia el suelo. De pronto, las lucecitas plateadas titilaron. No movió la cabeza, pero los ojos oscilaron de forma lenta y calculada para encontrarse con la mirada de Charlie. La niña lloriqueó, pero no apartó la vista, y entonces la cabeza hizo un ruido seco, como si algo se hubiera roto…

Charlie se despertó sobresaltada y se estremeció. Se llevó la mano al cuello, donde su pulso latía demasiado rápido y fuerte. Recorrió la estancia con la mirada y recordó paso a paso dónde estaba. «La cama.» No era la suya. «La habitación.» Oscura, estaba sola. «La ventana.» El bosque en el exterior. «La casa de Carlton.» Fue calmando su respiración. El proceso solo le había llevado unos segundos, pero la inquietaba haberse sentido tan desorientada. Parpadeó, pero todavía conservaba el recuerdo de aquellos ojos plateados que brillaban como si fueran reales. Se levantó y se acercó a la ventana, la abrió de golpe y se asomó, desesperada por respirar un poco de aire nocturno.

«¿Sucedió de verdad?» El sueño parecía un recuerdo, algo que había pasado muy poco antes, pero así eran los sueños, ¿no? Parecían reales… y entonces despertabas. Cerró los ojos y trató de retomar el hilo, pero era demasiado difícil distinguir el sueño de lo que no lo era. La brisa la hizo estremecerse, a pesar de no hacer frío, y volvió dentro. Miró el reloj. Solo habían pasado un par de horas y quedaban muchas más para que se hiciera de día, pero dormir parecía una tarea imposible. Se puso los zapatos y se deslizó en silencio por el pasillo y las escaleras con la esperanza de no despertar a sus amigos. Salió al porche, se sentó en los escalones delanteros y se recostó hacia atrás para mirar el cielo. Había rastros de nubes, pero la luz de las incontables estrellas desperdigadas por el firmamento las atravesaba. Intentó perderse en ellas como solía hacer de niña, pero lo único que veía en aquellos puntitos iluminados eran ojos que la miraban.

Oyó un ruido a su espalda y dio un salto para apoyarse en la barandilla. John había aparecido tras ella y la miraba sobresaltado. Se observaron un instante con extrañeza. Charlie recuperó la voz.

—Ey, lo siento, ¿he vuelto a despertarte?

John negó con la cabeza y se sentó a su lado.

—No, la verdad es que no. Te he oído salir, o al menos imaginaba que serías tú, pero ya estaba despierto… Los ronquidos de Jason suenan como los de un tipo tres veces más grande que él.

Charlie rio.

—He tenido un sueño raro —dijo. John asintió y esperó a que continuara, pero en cambio preguntó—: ¿Qué pensaba la gente de mi padre?

John se recostó y miró las estrellas un momento; después señaló con la mano.

—Esa es Casiopea —dijo, y ella entornó los ojos en la dirección en que apuntaba el dedo.

—Es Orión —lo corrigió—. John, lo digo en serio. ¿Qué pensaba la gente sobre él?

El chico se encogió de hombros, incómodo.

—Charlie, yo era un niño pequeño, ¿recuerdas? Nadie me contaba nada.

—Yo también he sido pequeña. Es cierto, nadie te cuenta nada, pero hablan delante de ti como si no estuvieras. Me acuerdo de tu madre y de la de Lamar haciendo apuestas sobre cuánto duraría el nuevo padrastro de Marla.

—¿Y qué decían? —preguntó John, divertido.

—Tu madre apostaba por tres meses; la de Lamar era más optimista —dijo Charlie con una sonrisa burlona, pero volvió a ponerse seria e insistió en voz baja—: Sé que sabes algo.

Después de un instante, John asintió.

—Algunas personas pensaban que había sido él, sí —admitió.

—¿Cómo? —Charlie estaba horrorizada. Lo miró con los ojos muy abiertos, le costaba respirar—. ¿Que pensaban qué?

John la miró, nervioso.

—Creía que era eso lo que me estabas preguntando —dijo.

Charlie negó con la cabeza. «Algunas personas pensaban que había sido él.»

—Yo… no, me refería a qué pensaban de él como persona. Si pensaban que era raro, o bueno o… No sabía que… —Empezó a decir, superada por lo que acababa de descubrir.

«Algunas personas pensaban que había sido él.» Pues claro. Era su restaurante. El primer niño que desapareció fue su hijo. Sin confesiones ni condenas, ¿en quién iban a pensar si no? Sacudió la cabeza de nuevo.

—Charlie, lo siento —dijo John, titubeante—. Lo he dado por hecho. De todos modos, has tenido que conocer personas que lo pensaban… Si no entonces, ahora.

—Pues no —saltó. Sintió una falsa satisfacción al ver que él se apartaba, dolido. Respiró hondo y añadió en tono más contenido—: Sé que suena obvio, pero jamás se me ocurrió pensar que nadie pudiera considerarlo responsable. Y más adelante, después de que se…

«Pero eso no haría más que confirmar sus sospechas», pensó mientras lo decía.

—La gente pensó que había sido por la culpa —dijo John, casi para sí mismo.

—Y así fue. —Charlie sintió que la rabia crecía en su interior, que estaba a punto de desbordarse, así que la contuvo y escupió palabras en breves estallidos—. Pues claro que se sentía culpable, era su restaurante. Su obra, sus creaciones, y todo acabó en una masacre. ¿No crees que es normal?

Su voz sonaba cruel, incluso para ella misma. «Discúlpate», pensó, pero ignoró el consejo.

«La gente pensaba que había sido él. Pero no habría sido capaz.» Aunque si lo hubiera hecho, ¿cómo podría haberlo sabido ella? «Lo conocía», se dijo con vehemencia. Pero ¿era eso verdad? Lo quería, confiaba en él con la devoción ciega de una niña de siete años, incluso ahora. Lo comprendía desde la perspectiva de la infancia, cuando una sabe ciertas cosas y otras no. Si consideramos a nuestros padres el centro del universo, aquello de lo que depende nuestra supervivencia, no vemos sus fallos, sus cicatrices ni sus debilidades hasta más tarde.

A medida que crecía, Charlie no tuvo la oportunidad de caer en la cuenta de que su padre era humano. Para ella seguía siendo una criatura mítica, casi mágica, el hombre que podía desactivar a los monstruos. Pero también era el hombre que los construía. ¿Hasta qué punto lo conocía?

La ira había remitido, había retrocedido hasta el lugar del que nacía. Y la había dejado vacía y hueca. Cerró los ojos y se llevó la mano a la frente.

—Lo siento —dijo, y John le tocó el hombro un instante.

—No pasa nada —respondió.

Charlie se tapó el rostro. No tenía ganas de llorar, pero no quería que le viera la cara. Reflexionaba sobre ideas demasiado nuevas, demasiado terribles para ser pensadas delante de otra persona. «Si lo hizo, ¿cómo podría haberlo sabido yo?»

—¿Charlie? —John carraspeó y repitió su nombre—: Charlie, sabes que no lo hizo, ¿verdad? El señor Burke ha dicho que sabían quién fue, pero que

tuvieron que soltarlo. Se fue de rositas. ¿Te acuerdas?

Charlie no se movió, pero sintió algo parecido a la esperanza en su interior.

—No fue él —insistió John.

Ella levantó la mirada.

—Es verdad. Tienes razón, claro que no —susurró—: Claro que no fue él.

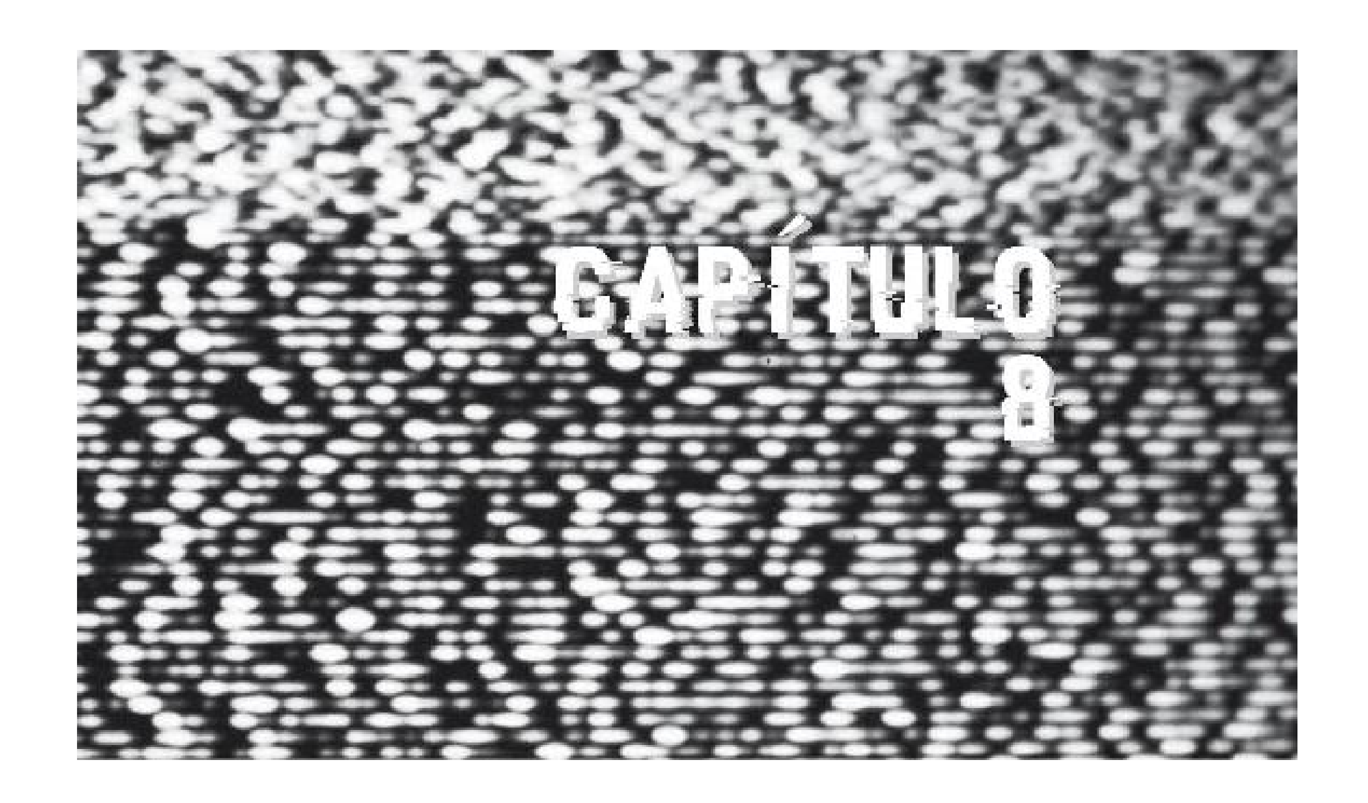
—Por supuesto que no —la secundó él.

Charlie asintió moviendo la cabeza arriba y abajo como si cogiera impulso.

—Quiero volver a la casa una última vez —dijo—. Y quiero que me acompañes.

—Pues claro —contestó el chico.

Ella volvió a asentir y levantó la mirada hacia el cielo.



—¡*C*harlie!

Alguien llamaba a la puerta con la fuerza suficiente para sacudir las viejas bisagras. Charlie se incorporó lentamente con los ojos aún medio cerrados, pero esta vez por lo menos sabía dónde estaba. Había dejado la ventana abierta y el aire que entraba olía fresco y pesado: era el aroma húmedo y cargado de la lluvia que se acercaba. Se levantó y miró por la ventana con una profunda inhalación. A diferencia de la mayor parte del mundo, esa arboleda tenía casi el mismo aspecto por la mañana que en la oscuridad. Charlie y John habían vuelto a la cama poco después de terminar de hablar. John la había mirado con cara de querer decir algo más, pero ella había fingido no darse cuenta. Le estaba agradecida por estar a su lado y por darle lo que necesitaba sin tener que pedirlo, porque jamás lo habría hecho.

—¡Charlie!

Se reanudaron los golpes, así que se rindió.

—Estoy despierta, Marla —respondió en voz alta.

—¡Charlie! —Jason se había unido a la fiesta de golpes y sacudidas.

Charlie gruñó y fue a abrir.

—He dicho que estoy despierta —dijo, fulminándolos en broma con la mirada.

—¡Charlie! —gritó otra vez Jason, y esta vez Marla lo hizo callar. Sonrió a Charlie, esta se echó a reír y sacudió la cabeza.

—Creedme, estoy despierta —dijo.

Marla ya estaba vestida, con el pelo todavía un poco húmedo de la ducha y la mirada despierta y alerta.

—¿Siempre estáis así? —le preguntó Charlie fingiendo a medias el mal humor.

—¿Cómo?

—Tan animados a las seis de la mañana —contestó, y miró con los ojos en blanco a Jason, que la imitó contento de que lo incluyeran en la conversación.

Marla sonrió radiante.

—¡Son las ocho! Venga, que el desayuno está en marcha.

—Y el café, ¿también está en marcha?

Charlie siguió a Marla y a Jason escaleras abajo hacia la cocina, donde Lamar y John ya estaban sentados a una mesa alta de madera de aspecto moderno. El padre de Carlton estaba a los fogones preparando tortitas.

—Huele a lluvia —dijo Charlie.

Lamar asintió.

—Viene tormenta. Lo han dicho en las noticias, nos lo ha contado él —dijo el chico, y señaló con el pulgar a Clay.

—¡Y es de las grandes! —exclamó este a modo de respuesta.

—Se suponía que nos íbamos hoy —dijo Jason.

—Ya veremos —contestó Marla.

—¡Charlie! —la llamó Clay sin apartar los ojos de la sartén—. ¿Una, dos o tres?

—Dos, gracias. ¿Hay café?

—Sírvete, hay tazas en el armario —dijo Clay señalando la cafetera llena en la encimera.

Charlie se sirvió y rechazó con un gesto la oferta de leche, nata, azúcar o edulcorante.

—Gracias —dijo en voz baja mientras se sentaba junto a Lamar y cruzaba una breve mirada con John—. ¿Ha llegado Carlton?

Lamar negó con una sacudida de la cabeza.

—Aún no ha aparecido —dijo Clay—. Seguramente todavía no se haya despertado, allá donde esté.

Puso un plato lleno delante de Charlie, que lo atacó sin darse cuenta del hambre que tenía hasta que ya estaba masticando. Estaba a punto de preguntar dónde era más probable que se encontrara Carlton cuando apareció Jessica con un bostezo y la ropa sin arrugar, a diferencia de la de Charlie.

—Llegas tarde —bromeó Marla.

Jessica se desperezó con ganas.

—No salgo de la cama hasta que las tortitas están en la mesa —dijo y, con una sincronización perfecta, Clay volcó una recién hecha en un plato.

—Pues llegas justo a tiempo.

De pronto, la expresión del hombre cambió, debatiéndose entre el recelo y el alivio. Charlie se dio la vuelta. Detrás de ella había una mujer vestida con un traje de chaqueta gris y con el pelo repeinado y con laca, como si fuera una muñeca de plástico.

—¿Ahora resulta que hemos abierto una cafetería? —preguntó.

Recorrió la cocina con la mirada.

—Más bien una crepería —la corrigió Jessica, pero nadie le hizo caso.

—¡Betty! —exclamó Clay—. Ya recuerdas a los chicos, y estas son Charlie, Jessica y Marla. Y Jason.

Fue señalando a cada uno. La madre de Carlton los saludó asintiendo, como si los supervisara.

—Clay, tengo que estar en los juzgados dentro de una hora.

—Betty es la fiscal del condado —prosiguió Clay como si no la hubiera oído—. Yo pillo a los malos ¡y ella los devuelve a las calles!

—Sí, nuestra familia presta el servicio completo —dijo con sequedad mientras se servía una taza de café y se sentaba junto a Jessica—. Por cierto, ¿dónde está nuestro pequeño futuro criminal?

Clay titubeó.

—Otra de sus bromas —dijo—. Volverá a casa enseguida, estoy seguro.

Sus miradas se cruzaron e intercambiaron algo privado. Betty apartó los ojos con una carcajada algo forzada.

—Ay, Dios mío, ¿qué ha sido esta vez?

Se hizo una pequeña pausa. A la luz del día, la historia sonaba descabellada. Charlie no sabía por dónde empezar. Lamar comenzó a

contarla después de carraspear nervioso.

—Fuimos, eh, a la obra del centro comercial para ver qué quedaba de Freddy Fazbear's.

Al oír aquel nombre, Betty levantó la cabeza de golpe y asintió rápidamente.

—Continúa —dijo, y su voz de pronto sonó fría y cortante.

Lamar, incómodo, siguió explicando la historia. Marla y Jason intervinieron con detalles. Varios minutos después, la madre de Carlton tenía una versión confusa de la verdad. Mientras escuchaba, el rostro se le endureció hasta parecer de escayola; era una estatua de sí misma. Cuando terminaron, negó con movimientos breves y rápidos de la cabeza. Charlie pensó que no solo parecía estar negando lo que le decían, sino también intentando eliminar la información por completo de su mente.

—Tienes que ir a buscarlo ahora mismo, Clay —ordenó—. ¡Envía a alguien! ¿Cómo has podido esperar toda la noche?

Dejó la taza en la mesa un poco más enérgicamente de lo debido y derramó algo de café. Después se acercó al teléfono y empezó a marcar.

—¿A quién llamas? —preguntó Clay, alarmado.

—A la policía —espetó ella.

—¡Pero si la policía soy yo!

—¿Entonces por qué estás aquí en lugar de estar buscando a mi hijo?

Clay abrió y cerró la boca un instante con impotencia, antes de recuperar la compostura.

—Betty, no es más que otra de sus bromas. ¿Te acuerdas de las ranas?

Ella colgó el teléfono y se volvió hacia él con los ojos en llamas. De pronto, Charlie se la imaginó de pie ante el jurado haciendo caer sobre alguien todo el peso de la ley.

—Clay —dijo con voz grave y contenida, una calma amenazadora—, ¿cómo se te ocurre no despertarme? ¿Cómo has podido no contármelo?

—¡Betty, estabas dormida! Solo ocurre que Carlton ha hecho de las suyas, no quería molestarte.

—¿Creías que me molestaría menos despertarme y ver que mi hijo ha desaparecido?

—Pensaba que a estas horas ya habría vuelto —replicó Clay.

—Esto es distinto, es Freddy's —sentenció.

—¿Crees que no lo entiendo? Sé lo que sucedió allí, lo que les pasó a

esos niños —replicó—. ¿Que no lo entiendo? Por Dios, Betty, yo vi la sangre de Michael esparcida en el suelo por el que lo habían arrastrado desde…

Se detuvo al darse cuenta, demasiado tarde, de que estaba rodeado de adolescentes. Los miró, casi presa del pánico, pero su esposa no los veía. O más bien no le importaba, pensó Charlie.

—Bueno, pero no lo viste a él —le espetó Betty—. ¿Te acuerdas de lo que le dijiste a Carlton? ¿Sé fuerte, sé valiente, pequeño soldado? Así que se comportó como tu pequeño soldado. ¡Estaba destrozado, Clay! Había perdido a su mejor amigo, le habían arrebatado a Michael delante de sus narices. Déjame decirte algo, jefe: ese chico ha pensado en Michael cada día de su vida durante los últimos diez años. Lo he visto poner en práctica bromas tan elaboradas que merecerían representarse como obras de arte, pero es completamente imposible que Carlton haya profanado el recuerdo de Michael convirtiendo Freddy's en un chiste. Llama a alguien ahora mismo.

Clay parecía ligeramente conmocionado, pero se recompuso enseguida y salió de la habitación. Charlie oyó un portazo tras él. Betty miró a los adolescentes con la respiración entrecortada, como si hubiera estado corriendo.

—Todo saldrá bien —dijo, convencida—. Si está atrapado ahí dentro, lo sacaremos. ¿Qué planes tenéis hoy?

La pregunta era bastante tonta: estaba claro que no pasarían el día en el parque ni irían al cine sabiendo que Carlton podía estar en peligro.

—Se suponía que nos marchábamos —dijo Marla.

—Pero está claro que no nos iremos —añadió rápidamente Lamar, aunque Betty no parecía estar escuchándolos.

—Tendré que llamar al trabajo —dijo distraídamente, se acercó al teléfono para hacer la llamada.

Charlie miró a John, que salió al rescate.

—Vamos a ir a la biblioteca —dijo—. Hay un par de cosas que queremos investigar…, ¡averiguar!

Se sonrojó ligeramente al decirlo, y Charlie sabía por qué. Era absurdo hablar así de casos, desapariciones y asesinatos. Pero Marla asintió.

—Sí, iremos todos —añadió.

A Charlie se le cayó el alma a los pies. No había ningún motivo para no

decirles a todos que quería volver a su antigua casa solo con John. Nadie se sentiría ofendido. Pero ese no era el problema; incluso compartir con ellos tal información le parecía exponerse demasiado. La madre de Carlton colgó el teléfono cuando terminó de hablar.

—Odio esto —anunció al aire con una voz contenida, casi temblorosa—. Ahora, como siempre, tendré que quedarme aquí sentada y sola rezando para que todo salga bien. ¡Lo odio!

Todos pegaron un brinco al oírla gritar. Charlie miró a Marla, que se encogió de hombros sin saber qué hacer. Lamar carraspeó, nervioso.

—Creo que nos quedaremos un día más —dijo.

Hubo un silencio, y entonces Marla y Jessica acudieron en su auxilio.

—Sí, el tráfico está fatal —dijo Jessica en tono agudo y forzado.

—Sí, y también está la tormenta. Además, no creo que nos divirtamos mucho sabiendo que ha desaparecido —añadió Marla.

—Parece que tendrá que aguantarnos. —Jessica dirigió una sonrisa angustiada a la madre de Carlton, que no pareció verla.

—Vamos —dijo John antes de que nadie más pudiera decir nada.

Charlie y él salieron rápidamente de la casa y subieron al coche. La chica suspiró aliviada cuando el motor se puso en marcha.

—Ha sido horrible.

—Pues sí. —John la miró con preocupación—. ¿Qué opinas sobre lo de Carlton?

Charlie no respondió hasta que salió marcha atrás de la entrada.

—Creo que su madre tiene razón —dijo metiendo la marcha—. Creo que anoche nos dejamos convencer de lo que queríamos oír.

El agente Dunn paró el coche en el aparcamiento del centro comercial obedeciendo la orden del jefe Burke de que regresara al lugar. A la luz del día no era más que una obra abandonada, una fea mancha en el paisaje llano y desierto. «A primera vista es imposible saber si lo están construyendo o derribando —pensó Dunn—. A cierta distancia es imposible distinguir la creación de la destrucción.» Le gustó la frase y le dio vueltas durante un rato mientras observaba el edificio. Llamó impulsivamente por radio a la centralita.

—Ey, Norah —dijo.

—Dunn —respondió ella con sequedad—. ¿Qué pasa?
—He vuelto al centro comercial a echar otro vistazo.
—Oh, tráeme algo de recuerdo —bromeó.
El policía se echó a reír y cortó la conexión.
Mientras caminaba a paso ligero por el edificio, Dunn dio las gracias porque al menos los niños no estuvieran allí esta vez. Como era el miembro más joven del Departamento de Policía de Hurricane, siempre se cuidaba de considerar niños a los adolescentes, a pesar de ser consciente de lo pequeña que era la distancia que los separaba. Si conseguía convencerlos de que era un adulto responsable, quizás algún día él también se lo creería.
Encendió la linterna cuando llegó al estrecho corredor que conducía a Freddy Fazbear’s. Recorrió las paredes arriba y abajo con el haz de luz, pero el pasillo estaba desierto. Respiró hondo y entró. Se mantuvo cerca de la pared rozando suavemente los ladrillos con el hombro mientras intentaba evitar los charcos que se formaban bajo las fugas de las tuberías. La luz intensa de la linterna iluminaba el corredor casi tan bien como las bombillas de techo, pero, por algún motivo, esa luz no resultaba agradable, ya que conseguía que el lugar pareciera inhóspito y lúgubre, sobre todo cuando resaltaba las estanterías de herramientas y las tristes latas de pintura desechadas. A medida que avanzaba hacia la puerta del restaurante, le cayó en la cabeza algo pequeño y frío, y se quedó paralizado; levantó la linterna a modo de arma y pegó la espalda a la pared para defenderse de la amenaza. Otra fría gota de agua le cayó en la mejilla. Respiró profundamente.
Cuando por fin llegó a la puerta exterior del restaurante, la estantería que la bloqueaba había desaparecido. Las cadenas, que tan permanentes e inamovibles parecían, colgaban sueltas, y la puerta estaba un poco entreabierta. El enorme candado oxidado estaba en el suelo con el cierre abierto. Dunn lo apartó de una patada. Metió los dedos en el hueco de la puerta haciendo palanca hasta que pudo agarrarla bien, y después hizo fuerza con las dos manos hasta que, entre chirridos, se abrió lo suficiente para pasar. Se deslizó por el pasillo interior apuntando con la linterna hacia delante y pegado a una de las paredes. El aire parecía cambiar a medida que se adentraba en el restaurante. Dunn sintió un frío que se abría paso por dentro de su uniforme y alimentaba su creciente angustia.
—Tranquilízate, Dunn —dijo en voz alta, e inmediatamente se sintió estúpido.

Llegó al comedor principal y se detuvo para repasar todas las paredes con la linterna. La luz parecía más débil allí dentro, el espacio la engullía. La sala estaba vacía, pero era exactamente como la recordaba de cuando era niño. Tenía diez años cuando las tragedias comenzaron y once cuando acabaron. Su fiesta de cumpleaños iba a celebrarse en Freddy's, pero tras la primera desaparición su madre la canceló, invitó a sus amigos a casa y contrató un payaso, que al final resultó igual de terrorífico. «Muy hábil, mamá», pensó Dunn. La luz se posó sobre el pequeño tiovivo, en el que nunca se había montado porque decía que era muy mayor para eso. Justo antes de que el haz de la linterna alcanzara el escenario, se quedó inmóvil y tragó saliva. «El conejo se lo ha llevado», había dicho el niño. Dunn se estremeció y apuntó a la tarima.

Allí estaban las figuras, tal como las recordaba. A diferencia del carrusel, no parecían haber empequeñecido. Se correspondían exactamente con la imagen que guardaba en la memoria, y por un instante sintió una nostalgia casi dolorosa en el pecho. Al mirarlas, se dio cuenta de que los ojos de todas ellos estaban extrañamente fijos hacia delante, como si estuvieran observando algo en el extremo opuesto de la estancia. Apuntando con la linterna hacia delante, Dunn se acercó al escenario hasta quedarse a un par de metros de distancia, y levantó la mirada hacia los animales uno tras otro. Bonnie sostenía la guitarra con aire desenfadado, como si fuera a comenzar a tocarla en cuanto le apeteciera. Chica y su magdalena parecían compartir algún misterioso secreto. Freddy sujetaba el micrófono y miraba fijamente hacia la lejanía sin pestañear.

Algo se movió a su espalda. Dunn se dio la vuelta con el corazón acelerado. La linterna no encontró nada. Nervioso, la movió de un lado a otro, pero lo único que vio fueron mesas vacías. Echó un vistazo a Bonnie por encima del hombro, pero el conejo seguía inmóvil y ensimismado, con ese aire inescrutable.

Dunn respiró de forma superficial y se quedó quieto para escuchar con atención; la adrenalina le había aguzado los sentidos. Poco después volvió a oír el ruido: un sonido arrastrado, esta vez desde la derecha. Inmediatamente apuntó con la linterna en esa dirección. Había una puerta abierta; detrás, un pasillo. Dunn avanzó en esa dirección agachado y manteniéndose a un lado, como si algo fuera a pasar corriendo por allí. «¿Por qué he venido solo?» Ya sabía la respuesta. Su sargento no se había

tomado en serio aquel registro, y lo cierto es que él tampoco. Al fin y al cabo, no era más que el hijo del jefe dando problemas una vez más. «Seguramente sea Carlton», se recordó a sí mismo.

Al final del pasillo encontró una puerta entornada. La empujó hacia dentro con una mano. Al mismo tiempo, se agachó y se hizo a un lado. La puerta se abrió y no sucedió nada. Se sacó la porra del cinturón. No estaba familiarizado con el peso, ya que no había tenido necesidad de usarla demasiadas veces. Sin embargo, ahora agarró el mango de goma dura como si le fuera la vida en ello.

La oficina no estaba vacía del todo; había un pequeño escritorio y una silla plegable metálica apoyada en él. En una de las paredes había un armario grande con la puerta un poquito entreabierta. El pasillo por el que había llegado Dunn era la única salida. Barrió el armario de arriba abajo con la linterna y respiró hondo. Balanceó la porra para reafirmarse y estudió cuidadosamente aquella pequeña estancia. Se puso a un lado y utilizó la porra para abrir la puerta con un movimiento suave. Se abrió con facilidad y todo seguía en calma. Aliviado, Dunn echó un vistazo dentro. El armario estaba vacío, salvo por un disfraz.

Era Bonnie, aunque en realidad no. El rostro era el mismo, pero el pelo de este conejo era amarillo. Estaba al fondo del armario, sin vida, y sus ojos eran enormes agujeros negros. «El conejo se lo ha llevado.» Así que el niño no mentía: Carlton debía de haber disfrazado a alguien con este traje para que lo ayudara con la broma. De todos modos, Dunn seguía intranquilo; no quería tocar esa cosa. Bajó la linterna y se guardó la porra en el cinturón con la intención de marcharse de allí.

Antes de que pudiera darse la vuelta, el disfraz cayó hacia delante y aterrizó sobre él con el peso inerte de un cadáver. Permaneció inmóvil un instante, pero de pronto comenzó a retorcerse con violencia y a agarrarlo con sus manos fuertes e inhumanas. Dunn gritó con voz aguda y desesperada, y forcejeó contra el conejo, que le había cogido de la camisa y después del brazo. Sintió un dolor violento y repentino, y una pequeña parte objetiva de su mente pensó: «Me lo ha roto, me ha roto el brazo». Pero el miedo amortiguó el dolor cuando el conejo le hizo dar vueltas y lo empujó contra la puerta del armario, levantando su peso con la misma facilidad que si fuera un niño. A Dunn le costaba respirar; el brazo del conejo le presionaba el cuello con tanta fuerza que cualquier movimiento lo ahogaba.

Justo cuando pensaba que estaba a punto de desmayarse, se redujo la presión y Dunn resolló aliviado llevándose la mano al cuello. Entonces vio el cuchillo.

El conejo sostenía una cuchilla delgada y plateada. Sus patas grandes y acolchadas deberían haber sido demasiado torpes, pero, al mirarlo fijamente, Dunn supo que lo había hecho antes y que volvería a hacerlo fácilmente. Profirió un alarido indefinido, sin esperanza alguna de que alguien lo oyera; no era más que un sonido gutural y desesperado. Respiró hondo y volvió a lanzar un grito animal que le hizo vibrar todo el cuerpo, como si aquello pudiera defenderle de lo que sucedería a continuación.

El cuchillo penetró. Dunn lo sintió atravesar la piel y el músculo, lo sintió cortar cosas que no habría sabido nombrar, para acabar profundamente clavado en su pecho. En pleno ataque de dolor y pánico, el conejo se acercó, casi abrazándolo. Dunn se mareó, estaba perdiendo la consciencia. Cuando levantó la mirada, vio dos hileras de horribles dientes amarillos que sonreían, y vio también que el disfraz se deshilachaba por los bordes de la boca. Los dos enormes agujeros para los ojos lo observaron. Eran oscuros y huecos, pero la criatura se acercó lo suficiente para que Dunn viera unos ojos más pequeños que lo observaban desde las profundidades de la máscara. Sostuvieron pacientemente la mirada de Dunn, que sentía que se le dormían las piernas y la mirada se le nublaba. Quería volver a gritar, que su voz expresara su furia final, pero no fue capaz de mover la cara ni de elevar el tono para chillar. El conejo lo sujetó de pie y aguantó su peso: sus ojos fueron lo último que vio Dunn en vida.

Charlie abrió con llave la puerta delantera de su antigua casa y volvió la mirada hacia los escalones.

—¿Vienes?

John seguía en el peldaño inferior con la mirada levantada hacia la casa. Se estremeció ligeramente antes de alcanzarla a toda prisa.

—Lo siento —dijo apocado—. Durante un segundo he tenido una sensación rara.

Charlie se rio sin demasiadas ganas.

—¿Solo durante un segundo?

Entraron. John volvió a detenerse para mirar a su alrededor como si

acabara de pisar un lugar sagrado que mereciera que le presentara humildemente sus respetos. Charlie se mordió la lengua intentando no ser impaciente. Así se había sentido ella también. Y así se sentiría ahora si no se viera abrumada por una sensación de urgencia, por la noción de que la respuesta a todo y a cómo traer de vuelta a Carlton debía de estar en algún lugar de esa casa. ¿Dónde iba a estar si no?

—John, no pasa nada. Vamos.

Él asintió y la siguió escaleras arriba hacia el segundo piso. Volvió a pararse un instante a medio camino. Charlie vio que clavaba la mirada en la mancha oscura del entarimado del salón.

—Está… —comenzó a decir, tragó saliva y empezó de nuevo—. ¿Stanley sigue aquí?

Charlie fingió no haberse dado cuenta del lapsus.

—¡Te acuerdas de su nombre! —exclamó con una sonrisa.

John se encogió de hombros.

—¿Quién no adoraría a un unicornio mecánico?

—Sí, sigue aquí. Los juguetes todavía funcionan. Ven.

Recorrieron deprisa la distancia que los separaba de su cuarto.

John se arrodilló junto al unicornio, pulsó el botón que lo ponía en marcha y observó embelesado cómo recorría la habitación entre chirridos. Charlie se tapó la sonrisa con la mano. John lo contemplaba atentamente, tan serio como si estuviera sucediendo algo trascendente. Durante un momento volvió a tener el mismo aspecto que años atrás, con el pelo por encima de la cara y toda la atención dirigida hacia Stanley, porque nada en el mundo era más importante que esa criatura mecánica.

De pronto, algo le hizo levantar la mirada. Se le iluminó la cara cuando lo señaló.

—¡Tu armario de niña mayor! ¡Está abierto! —exclamó mientras se ponía de pie y se acercaba al armario más alto de los tres, que tenía la puerta entreabierta. La abrió del todo: estaba vacío—. ¿Y qué hubo en él durante todos esos años?

—No estoy segura —dijo Charlie encogiéndose de hombros—. Creo recordar que la tía Jen me trajo aquí en algún momento, pero puede que me equivoque. Quizás estaba lleno de ropa que por fin me quedaba bien. Mi tía siempre fue muy ahorradora; por qué gastar dinero en ropa nueva si no es necesario, ¿no?

Terminó con una sonrisa. John miró de reojo los armarios pequeños, pero los dejó estar.

—Voy a ver si encuentro álbumes de fotos o papeles —dijo Charlie, y asintió ausente cuando Stanley traqueteó de vuelta a su posición inicial.

Cuando salió de la habitación, oyó que se ponía en marcha otra vez para completar una vez más el recorrido del raíl.

La habitación que había pertenecido a su padre era contigua a la de Charlie. Estaba en la parte trasera de la casa y tenía demasiadas ventanas. En verano era muy calurosa; en invierno, el frío se colaba dentro sin piedad. No obstante, Charlie sabía por qué la utilizaba sin que nadie se lo hubiera dicho: desde allí se veía el garaje y su taller. Siempre le había parecido lógico; era su sitio, una parte de sí mismo vivía allí y no le gustaba estar demasiado lejos de su punto de referencia. Recordó por un instante su sueño, pero no fue ni siquiera una imagen, sino una simple evocación extraña de la memoria. Frunció el ceño y miró por la ventana hacia la puerta del garaje, cerrada y en silencio.

«O simplemente quería asegurarse de que nada salía de allí», pensó. Se apartó de la ventana mientras se encogía de hombros y sacudía las manos para desprenderse de aquella sensación. Recorrió el cuarto con la mirada. Al igual que el suyo, estaba intacto. No abrió los cajones de la cómoda, pero, por lo que sabía, bien podían seguir llenos de sus camisas y sus calcetines limpios, doblados y listos para usarse. La cama estaba cuidadosamente hecha y cubierta con la manta de cuadros que usaba a modo de colcha después de que su madre se marchara, cuando ya no había nadie que insistiera en usar ropa de cama blanca. La estantería que había en una de las paredes seguía llena de libros. Charlie fue hacia allí y comenzó a estudiar los estantes. Muchos de los tomos eran libros de texto, manuales de ingeniería cuyos títulos no le decían nada; y el resto eran obras de no ficción, una colección que le habría parecido ecléctica a cualquiera que no conociera a su padre.

Había libros de biología y anatomía, tanto humana como animal; también de historia de las ferias ambulantes y del circo. Había libros sobre desarrollo infantil, acerca de mitos y leyendas, y sobre patrones y técnicas de costura. Había volúmenes que afirmaban tratar sobre artículos de broma, reuniones de *patchwork*, y animadoras de fútbol y sus mascotas. En la balda superior vio pilas de carpetas; la inferior estaba vacía, excepto por un único

libro: un álbum de fotos encuadernado en piel y tan impecable como lo permitían el tiempo y el polvo. Charlie lo cogió y se quedó atascado un momento, casi era demasiado alto para ese estante. Tardó un minuto en desencajarlo. Cuando lo logró, regresó a su dormitorio; dejó la puerta abierta porque de pronto tuvo la sensación de que si la cerraba quizá no pudiera volver a entrar.

John estaba sentado en la cama y miraba a Stanley con la cabeza ladeada.

—¿Qué pasa? —preguntó Charlie.

El chico levantó la mirada, pensativo.

—Me preguntaba si se ha sentido solo —contestó, y después se encogió de hombros.

—Tiene a Theodore —dijo Charlie apuntando con una sonrisa al conejo de peluche—. Es Elie la que está sola en el armario. Mira.

Dejó el álbum al lado de John, se acercó a los pies de la cama y giró el volante que ponía a Elie en movimiento. Se sentó junto al chico y ambos observaron juntos, hechizados, cómo la muñequita salía impasible a ofrecer té con su vestido limpio y planchado. Ninguno de los dos dijo nada hasta que la puerta del armario más pequeño se cerró tras ella. John carraspeó.

—Y bien, ¿qué hay en ese libro?

—Fotos —contestó Charlie—. Todavía no lo he abierto.

Cogió el álbum y lo abrió por una página, al azar. La foto de arriba era de su madre con un bebé en brazos, más o menos de un año de edad. Lo levantaba con los brazos estirados, como un avión. Echaba la cabeza hacia atrás en plena carcajada y su pelo castaño ondeaba a su espalda. El bebé tenía los ojos grandes y la boca abierta de alegría. John le sonrió.

—Pareces muy feliz —dijo.

Ella asintió.

—Sí, debía de serlo.

«Si es que soy yo», pero no lo dijo en voz alta. Abrió otra página, en la que la única imagen era un gran retrato familiar para el que habían posado rígidamente en un estudio. Llevaban ropa elegante: el padre de Charlie se había puesto un traje; su madre llevaba un vestido rosa fucsia con hombreras que le elevaban los hombros casi hasta las orejas; tenía el pelo castaño alisado. Sostenían un bebé cada uno, uno con un vestido blanco con volantes y el otro con un traje de marinero. El corazón de Charlie dio un vuelco. John respiró aire con fuerza. Lo miró con la sensación de que el

suelo se abría bajo ellos.

—Era real, no me lo había imaginado.

John no contestó, se limitó a asentir. Apoyó brevemente la mano en su hombro y después miraron el álbum de fotos.

—Parecemos muy felices —dijo Charlie en voz baja.

—Creo que lo erais. Mira qué sonrisa tan boba tenías. —La señaló y Charlie se rio.

Todo el álbum era igual, los primeros recuerdos de una familia feliz que esperaba tener muchos más. No estaba ordenado cronológicamente, así que Charlie y Sammy aparecían de niños, después de recién nacidos, y más adelante en varias etapas intermedias. Salvo en las ocasiones formales en las que le ponían a Charlie un vestido, que parecían ser escasas, era imposible saber quién era quién. No había ni rastro del Fredbear's Family Diner.

Hacia el final del álbum, Charlie dio con una *polaroid* de Sammy y ella juntos, muy rojos, llorando y tumbados de espaldas, vestidos solo con el pañal y la pulsera del hospital. En el espacio en blanco debajo de la imagen alguien había escrito: «El niñito de mamá y la niñita de papá».

El resto de las páginas estaban en blanco. Charlie volvió atrás y abrió el álbum al azar para encontrar una tira de fotomatón con cuatro fotos en las que se veía a sus padres solos. Se sonreían el uno al otro, después hacían muecas a la cámara; en la siguiente, la risa les impedía posar y los emborronaba. En la última, sonreían al objetivo. Su madre posaba radiante hacia la cámara con el rostro encendido y sonrosado, pero su padre tenía la mirada perdida y la sonrisa fija, como si se la hubiera dejado puesta por error. Sus ojos oscuros tenían un aspecto intenso, distante. Charlie contuvo el impulso de echar la vista atrás para ver aquello que él estaba mirando. Despegó el celofán de la página, sacó la tira y la dobló por la mitad con cuidado de que el pliegue quedara entre dos imágenes, para no estropearlas. Se la metió en el bolsillo y miró a John, que la observaba otra vez como si fuera algún tipo de criatura impredecible a la que tuviera que tratar con cautela.

—¿Qué? —preguntó.

—Charlie, sabes que yo no pienso que fuera él, ¿verdad?

—Eso me dijiste ayer.

—Lo digo en serio. No es solo por lo que contó el padre de Carlton. Lo

conocí todo lo bien que un niño puede conocer al padre de otro niño, y él no haría algo así. No me lo creo.

Hablaba con seguridad y tranquilidad, como alguien que creyera que el mundo está formado por datos y cosas tangibles y que la verdad existe. Charlie asintió.

—Lo sé —contestó. Suspiró lentamente, mientras reunía las palabras que iba a pronunciar—: Pero puede que yo sí.

John abrió mucho los ojos, asustado. Ella levantó la mirada hacia el techo durante un minuto, tratando de recordar si todas aquellas grietas ya estaban allí cuando era niña.

—No estoy diciendo que lo hiciera; no es eso lo que pienso —prosiguió —. Para nada. No puedo pensar siquiera en ello. Borré todo aquello de mi mente el día que me marché de Hurricane. No pienso en Freddy's, no pienso en lo que sucedió y no pienso en él.

John la miraba como a un monstruo, como si lo que estaba diciendo fuera lo peor que había oído jamás.

—No entiendo cómo puedes decir algo así —dijo en voz baja—. Lo querías. ¿Cómo puedes siquiera plantearte la posibilidad de que hiciera algo tan horrible?

Charlie trataba de dar con las palabras adecuadas.

—Las personas que hacen cosas horribles también tienen gente que las quiere. No creo que lo hiciera, no estoy diciendo eso —repitió, y las palabras otra vez flotaron en el aire tan endebles como el papel—. Pero lo recuerdo poniéndose el disfraz amarillo de Freddy, bailando, gesticulando al ritmo de las canciones. En cierto modo, formaba parte de él. Mi padre era el alma del restaurante, no había nadie más. Y siempre estaba distante, como en esa foto. Siempre sucedía algo bajo la superficie. Era como si tuviera una vida real y una secreta, ¿entiendes?

John asintió y parecía que estaba a punto de hablar, pero Charlie se le adelantó.

—Nosotros éramos su vida secreta. Su vida real era el trabajo, eso era lo importante. Nosotros éramos su placer culpable, podía querernos y escabullirse para pasar tiempo con nosotros; nos mantenía ocultos de los peligros de lo que hacía en su mundo real, por así decirlo. Y cuando estaba con nosotros, siempre había una parte de él que regresaba a la realidad, fuera cual fuera para él.

John volvió a abrir la boca, pero Charlie cerró el álbum de golpe, se levantó y salió del cuarto. John no la siguió inmediatamente. Mientras cruzaba el pasillo hacia la habitación de su padre, casi podía oírlo pensar. Fue hacia la estantería sin esperarlo porque quería deshacerse del álbum; quizá si lo cerraba y lo dejaba allí, su mente también volvería a la normalidad. El libro no encajaba en el estante, así que se puso de rodillas para tener mejor ángulo y conseguir encajar ese mamotreto en su lugar. Entre tanto, la estantería parecía haber encogido: jamás podría devolverlo a su sitio.

Al tiempo que se lamentaba, frustrada, Charlie empujó el álbum con todas sus fuerzas. La estantería se balanceó hacia delante y hacia atrás. De repente, le cayeron encima un montón de papeles y carpetas. Se echó a llorar mientras las páginas llovían a su alrededor y cubrían el suelo como si fueran nieve. John apareció enseguida.

Se arrodilló con ella en medio de aquel pequeño accidente y apartó los papeles tan rápido como pudo sin romperlos. Le apoyó la mano en el hombro con cuidado, y ella no se apartó. La atrajo hacia sí y la abrazó. Charlie le devolvió el abrazo con tanta fuerza que sabía que tenía que estar haciéndole daño, pero no podía soltarlo. Sollozó con más fuerza, como si saber que la estaban sujetando, conteniendo, la hiciera sentir más segura para desahogarse. Pasaron varios minutos.

John le acarició el pelo y Charlie siguió llorando. El cuerpo le temblaba por la fuerza de los sollozos, se estremecía como si estuviera poseída. No estaba pensando en lo que había sucedido, ni pasando de un recuerdo a otro para llorarlos todos; tenía la mente en blanco. No tenía nada, no era nada salvo esos intensos sollozos. Le dolía la cara de la tensión, sentía el dolor atravesando por la fuerza las paredes de su pecho. Parecía que sus lloros iban a durar toda la eternidad.

Sin embargo, la eternidad no era más que una ilusión. Poco a poco, fue recuperando el ritmo normal de su respiración. Charlie volvió en sí y se apartó agotada del hombro de John. El chico se vio una vez más con los brazos extendidos en el aire, sorprendidos por aquel vacío repentino. Intentó librarse de esa postura incómoda sin llamar la atención. Charlie se sentó apoyada en un lado de la cama de su padre y puso la cabeza sobre la manta. Se sentía hueca, débil y envejecida, pero se encontraba un poco mejor. Sonrió tímidamente a John. Vio el alivio en el rostro de su amigo al

recibir esa primera señal de que se recuperaba.

—Estoy bien —dijo—. Es este sitio, todo esto.

Se sentía estúpida tratando de explicarlo, pero John se deslizó para sentarse a su lado.

—Charlie, no hace falta que me lo expliques. Ya sé lo que pasó.

—¿Seguro? —Lo escrutó con la mirada sin saber cómo formular la pregunta. Parecía demasiado cruda, demasiado gráfica para hacerla directamente—. ¿Sabes cómo murió mi padre, John?

Se puso nervioso de inmediato.

—Sé que se suicidó —dijo titubeante.

—No, quiero decir si sabes cómo sucedió exactamente.

—Ah. —John se miró los pies como si no fuera capaz de enfrentarse a sus ojos. Continuó en voz baja—: Creía que se había apuñalado a sí mismo. Recuerdo oír hablar a mamá y a papá. Ella dijo algo de un cuchillo y de toda aquella sangre.

—Hubo un cuchillo… y hubo sangre.

Cerró los ojos y los mantuvo así mientras hablaba. Sentía que John observaba cada movimiento de su rostro, pero sabía que si lo miraba no conseguiría terminar.

—Yo no llegué a verlo —dijo—. Me refiero a que no vi el cuerpo. No sé si te acuerdas, pero mi tía vino a buscarme al colegio en mitad del día.

Se calló y esperó la confirmación con los ojos cerrados.

—Sí, me acuerdo —afirmó la voz de John desde la oscuridad—. Fue la última vez que te vi.

—Eso es. Vino a buscarme y enseguida supe que había pasado algo malo: no te recogen del colegio en mitad del día cuando todo va bien. Me llevó fuera, hasta su coche, pero no subimos inmediatamente. Me levantó y me sentó en el capó del coche. Me dijo que me quería.

«Te quiero, Charlie, y todo saldrá bien», dijo la tía Jen, y entonces el mundo se vino abajo con las siguientes palabras que salieron de su boca.

—Me dijo que mi padre había muerto y me preguntó si sabía lo que eso significaba.

Y Charlie asintió porque lo sabía y porque una horrible premonición hizo que no se sorprendiera.

—Me dijo que iba a pasar un par de días con ella y que iríamos a casa a buscar algo de ropa. Cuando llegamos, me cogió en brazos como a una niña

pequeña. Al cruzar la puerta, me tapó la cara con la mano para que no viera lo que había en el salón. Pero lo vi.

Era una de sus criaturas, una que ella no había visto nunca; estaba colocada de cara a las escaleras; tenía la cabeza un poco inclinada hacia delante, de manera que Charlie pudo ver que la parte trasera del cráneo estaba abierta y los circuitos al aire. Las extremidades le colgaban desnudas, un esqueleto de metal expuesto y entreverado de cables por los que no circulaba sangre alguna. Además, tenía los brazos extendidos como si quisiera abrazar a alguien. Se encontraba en medio de un charco oscuro e inmóvil de algún líquido que parecía estar extendiéndose, aunque debía de ser imperceptible. Le vio la cara, si podía llamársela así: apenas tenía formados los rasgos, que se presentaban crudos y amorfos. Aun así, Charlie se dio cuenta de que estaban contraídos en una mueca casi grotesca; si pudiera, aquella cosa habría estado llorando. La miró durante una eternidad, aunque puede que no fuera ni un segundo, apenas un vistazo mientras la tía Jen la llevaba en volandas escaleras arriba. Sin embargo, lo había visto incontables veces desde entonces, en sueños, cuando se despertaba, cuando cerraba los ojos desprevenida. Esa cara se le aparecía y se abría paso en su mente. Sus ojos ciegos no eran más que bultos, como los de una estatua. Lo único que veían era su propio dolor. En la mano, casi a modo de broche final, tenía el cuchillo. Cuando Charlie vio el arma, toda la imagen se volvió nítida. Supo qué era esa cosa y para qué se había construido.

John la miraba fijamente, presa del horror.

—¿Es así cómo…? —No terminó la frase.

Charlie asintió.

—Pues claro.

El chico se movió para consolarla de nuevo, pero Charlie se apartó ligeramente, casi sin pensarlo. John pareció decepcionado.

—Lo siento —dijo ella enseguida—. Solo quería…, lo siento.

John negó rápidamente con la cabeza y se volvió hacia el batiburrillo de papeles que había en el suelo.

—Deberíamos repasarlos para ver si hay algo.

—Claro —respondió ella bruscamente, intentando no hacer caso de los intentos del chico por consolarla.

Comenzaron de forma aleatoria. Todo había caído en semejante desorden

que no había otra forma de empezar. La mayoría de los papeles eran esquemas mecánicos y páginas de ecuaciones incomprensibles para ambos. También había formularios fiscales, que John recogió con entusiasmo esperando encontrar información sobre el Fredbear's Family Diner; sin embargo, después de quince minutos se rindió con un suspiro y dejó caer los papeles.

—Charlie, no soy capaz de descifrarlo. Miremos el resto, pero no creo que darle vueltas nos vaya a convertir en matemáticos o contables.

Charlie siguió revisando hojas con terquedad en busca de algo que entendiera. Levantó un manojo de papeles intentando organizarlos en montones. De una de las pilas cayó una fotografía, que John cogió al vuelo.

—Charlie, mira —dijo, repentinamente emocionado.

La chica se la cogió de la mano. Era su padre en el taller, vestido con el disfraz amarillo de Freddy Fazbear. Llevaba la cabeza encajada bajo el brazo, que miraba ciega hacia la cámara; en cambio, el padre de Charlie sonreía y tenía el rostro rosa y sudoroso, como si hubiera estado mucho tiempo con el traje puesto. Junto a él había un Bonnie amarillo.

—El conejo amarillo —dijo Charlie—. Tal como dijo Jason.

—Pero tu padre lleva el disfraz de oso.

—El conejo debe de ser un robot. Mira los ojos, son rojos. —Lo observó de más cerca. Se veía el color rojo, pero no brillaba; enseguida se dio cuenta de por qué—. No son rojos, ¡es por el *flash*! ¡Hay una persona ahí dentro!

—¿Y quién…?

—¿… quién lleva ese traje? —completó Charlie.

—Tenemos que ir a la biblioteca —dijo John, que se levantó de un salto. Charlie se quedó donde estaba, mirando fijamente la imagen—. ¿Charlie?

—Voy.

John le tendió la mano para ayudarla a levantarse.

Cuando bajaban por la escalera, John se quedó un poco atrás, pero Charlie no se dio la vuelta. Sabía lo que se estaba imaginando su amigo, pues ella también lo estaba viendo: la mancha del suelo extendiéndose lentamente.

Charlie condujo rápido hasta la biblioteca, sentía que una urgencia

sombría se cernía sobre ella. La tormenta que habían anunciado se percibía en el ambiente: aquel olor que flotaba en el aire era como un aviso. Por alguna razón, el hecho de que el tiempo empeorara la satisfacía. Tempestad en su interior, tempestad en el exterior.

—Nunca había tenido tantas ganas de llegar a la biblioteca —bromeó John.

Ella sonrió apretando los labios, casi por compromiso.

La biblioteca central de Hurricane estaba junto al colegio de primaria al que habían ido para el homenaje. Cuando salieron del coche, Charlie echó un vistazo al parque; se imaginó a niños gritando y jugando mientras corrían en círculos, absortos en sus juegos. «Éramos tan jóvenes.»

Recorrieron juntos a toda prisa los pocos pasos que los separaban de la entrada del edificio, una construcción de ladrillo cuadrada y moderna que tenía aspecto de haberse incluido en el mismo paquete que la escuela contigua. Recordaba vagamente la biblioteca, pues no solían visitarla demasiado a menudo cuando eran niños. Además, cuando lo hacían, Charlie se pasaba todo el tiempo sentada en el suelo de la sección infantil. De hecho, ser capaz de ver por encima del mostrador de información la desconcertó un poco.

Le pareció que la bibliotecaria era joven, una mujer de aspecto atlético con pantalón de vestir y jersey morado. Sonreía radiante.

—¿En qué puedo ayudaros? —les preguntó.

Charlie titubeó. La mujer rondaba los treinta. Se dio cuenta de que desde que había regresado a Hurricane prestaba mucha atención a la edad y escrutaba cada rostro para calcular cuántos años tenían cuando todo sucedió. Esta mujer debía de ser adolescente. «No importa —pensó—. De todas formas, tendrás que preguntar.» Iba a pedir información sobre Fredbear's, pero, sin embargo, dijo:

—¿Es usted de Hurricane?

La bibliotecaria negó con la cabeza.

—No, soy de Indiana.

Charlie sintió que su cuerpo se relajaba. «No estaba aquí.»

—¿Tiene información sobre un lugar llamado Fredbear's Family Diner? —preguntó.

La mujer frunció el ceño.

—¿Te refieres a Freddy Fazbear's? Había un sitio que se llamaba así, creo

—dijo con vaguedad.

—No, no es ese —contestó Charlie, dispuesta a mostrar una paciencia infinita con la bibliotecaria, que por suerte seguramente era la única persona del pueblo que no conocía su historia.

—Bueno, si buscáis registros municipales, como escrituras o licencias, tendríais que ir al Ayuntamiento, pero… —Miró el reloj—. Ya son más de las cinco, así que hoy no podrá ser. Si queréis echar un vistazo a los microfilms, tengo periódicos que se remontan a 1880.

—Sí, de acuerdo.

—Me llamo Harriet —dijo la mujer mientras los conducía a una puerta al fondo del edificio.

Ellos respondieron obedientes con sus nombres, y la mujer siguió parloteando como un niño a punto de enseñar su juguete preferido.

—Por cierto, sabéis lo que son los microfilms, ¿no? Aquí no podemos almacenar pilas y pilas de periódicos, no hay sitio y se estropearían con el tiempo, así que es una forma de conservarlos. Se sacan fotos y se guarda la película. Es casi como un carrete, ¿sabéis? Son muy pequeños, así que hace falta una máquina para verlos.

—Ya sabemos lo que son —intervino John cuando hizo una pausa—, pero no sabemos cómo usarlos.

—¡Pues para eso estoy aquí! —exclamó Harriet, que abrió la puerta de golpe.

Dentro había una mesa con una pantalla de ordenador colocada encima de una pequeña caja con una ruedita a cada lado. De la parte delantera salían dos mandos. Charlie y John miraron desconcertados el aparato. Harriet sonrió.

—Queréis consultar el periódico local, ¿verdad? ¿Entre qué años?

—Mmm… —Charlie hizo cuentas y se aventuró—: ¿De 1979 a 1982?

Harriet asintió y salió de la sala. John se inclinó hacia delante para estudiar la máquina y movió un poco los mandos.

—Ten cuidado —le advirtió Charlie en broma—. Creo que esa mujer estaría perdida sin esta cosa.

John levantó las manos y se echó hacia atrás. Harriet reapareció con lo que parecían cuatro pequeños carretes de película y los sostuvo en el aire.

—¿Con qué año queréis empezar? ¿1979?

—Por ejemplo —contestó Charlie, y la bibliotecaria asintió.

Se acercó a la máquina e introdujo la película con mano experta. Giró un interruptor y la pantalla cobró vida; apareció un periódico.

—1 de enero de 1979 —anunció John adelantándose para leer los titulares—. Política, alguien ganó un partido de algún deporte y el tiempo. También hubo una panadería que regaló galletas para celebrar Año Nuevo. O sea, como ahora, pero sin galletas.

—Con estos podéis avanzar —explicó Harriet manejando los controles—. Avisadme si necesitáis ayuda para cambiar de rollo. ¡Divertíos!

Les guiñó el ojo con complicidad y cerró la puerta tras ella.

Charlie se colocó delante de la máquina. John se quedó detrás con la mano apoyada en la silla. Le gustaba tenerlo cerca, como si pudiera detener cualquier cosa que tratara de asustarla.

—Es bastante guay —comentó él.

Ella asintió mientras buscaba respuestas en las páginas.

—A ver, vamos a concretar —dijo John—. ¿Qué tiene más posibilidades de salir en el periódico?

—Estaba buscando un anuncio de inauguración —respondió Charlie.

—Ya, pero ¿crees que eso sería noticia? Lo siento, no quería decirlo, pero tenemos que pensar así.

—Sammy —dijo Charlie—. Tendríamos que haber empezado por él. Nos mudamos a la casa nueva cuando yo tenía tres años, así que tuvo que ser en 1982.

Cambiaron el carrete con cuidado. Charlie ojeaba nerviosa la puerta, como si Harriet fuera a pillarlos haciendo algo prohibido.

—¿Cuándo es tu cumpleaños? —preguntó John, que la sustituyó en la silla.

—¿No lo sabes? —bromeó.

El chico hizo una mueca exagerada para fingir que reflexionaba profundamente sobre la cuestión.

—El 13 de mayo —dijo por fin.

Ella se rio, asombrada.

—¿Cómo lo sabes?

Él le sonrió.

—Porque sé cosas.

—¿Y por qué es importante?

—Has dicho que tenías tres años cuando os mudasteis, pero no los

cumpliste hasta mayo, así que podemos descartar los cinco primeros meses. ¿Recuerdas algo del restaurante la noche que desapareció Sammy?

Charlie sintió que una suerte de dolor físico la atenazaba.

—Lo siento —dijo. Se sentía acalorada—. Lo siento, me has asustado. Déjame pensar.

Cerró los ojos.

El restaurante. El armario lleno de disfraces. Ella y Sammy a salvo en la oscuridad hasta que la puerta se abrió y apareció el conejo, que se inclinó sobre ellos con ese rostro horrible y aquellos ojos humanos. Se le aceleró el corazón. Ralentizó la respiración y extendió una mano. John se la cogió. Se aferró a él como a un ancla. *El conejo inclinado sobre ellos, los dientes amarillos bajo la máscara, y detrás del conejo… ¿Qué había detrás del conejo? El restaurante estaba abierto; oía voces, gente. No había más gente disfrazada… ¿Alguna otra actuación? ¿Robots? No…* Casi lo tenía. Respirando a duras penas, trató de sonsacarle el secreto a su memoria, con miedo de ahuyentarlo. Movimientos lentos, palabras lentas. Lo tenía, lo había recuperado de las profundidades de su mente y lo manoseaba entre los dedos.

—John, ya sé cuándo fue.

Antes, esa misma noche, cuando todavía estaban despiertos, el armario se abrió y se asomó su madre. La luz a su espalda la envolvía en un halo. Sonreía a sus mellizos, radiante con su elegante vestido largo, su cabello al aire y su tiara deslumbrante. «Mamá es una princesa», murmuró Charlie con voz soñolienta. La mujer se agachó y la besó en la mejilla. «Solo por esta noche», susurró, y después los dejó dormir en la oscuridad.

—Era una princesa —dijo emocionada.

—¿Qué? ¿Quién?

—Mi madre. Estaba vestida de princesa, era una fiesta de Halloween. Vete al 1 de noviembre.

John tuvo algún problemilla con los controles, pero allí estaba. El titular era pequeño, pero aparecía en primera página del lunes 1 de noviembre: BEBÉ ROBADO. Charlie se dio la vuelta. John empezó a leer en voz alta, pero ella lo interrumpió.

—No hagas eso. Dime solo si hay algo útil.

John permaneció en silencio mientras la chica miraba con angustia hacia la puerta, a la espera, uniendo con los ojos los nudos de la madera falsa.

—Hay una foto —dijo por fin—. Tienes que mirar.

Se inclinó sobre su hombro. El artículo seguía en las páginas interiores y ocupaba una página entera con fotos del restaurante, de toda la familia. Y de ella y Sammy, aunque no aparecía el nombre de ninguno de los dos. En la esquina inferior izquierda había una fotografía de su padre y de otro hombre. Se rodeaban los hombros mutuamente y sonreían contentos.

—John —dijo Charlie.

—Aquí dice que eran socios —musitó John.

—No —acertó a decir Charlie, incapaz de apartar los ojos de la imagen, del rostro que ambos conocían.

De pronto, alguien comenzó a aporrear la puerta que tenían detrás y los dos pegaron un brinco.

—¡CHARLIE! ¡JOHN! ¿ESTÁIS AHÍ?

—Marla —dijeron al mismo tiempo.

Charlie corrió hacia la puerta para abrirla de un tirón.

—Marla, ¿qué pasa?

Estaba roja y sin aliento. Harriet asomaba angustiada por detrás. Tenía el pelo mojado y el agua le resbalaba por la cara, pero no se la secaba: ni siquiera parecía darse cuenta. «Supongo que ha empezado a llover», pensó Charlie, a pesar de la angustia que sentía.

—¡No está! ¡Jason ha desaparecido! —gritó Marla.

—¿Cómo? —dijo John.

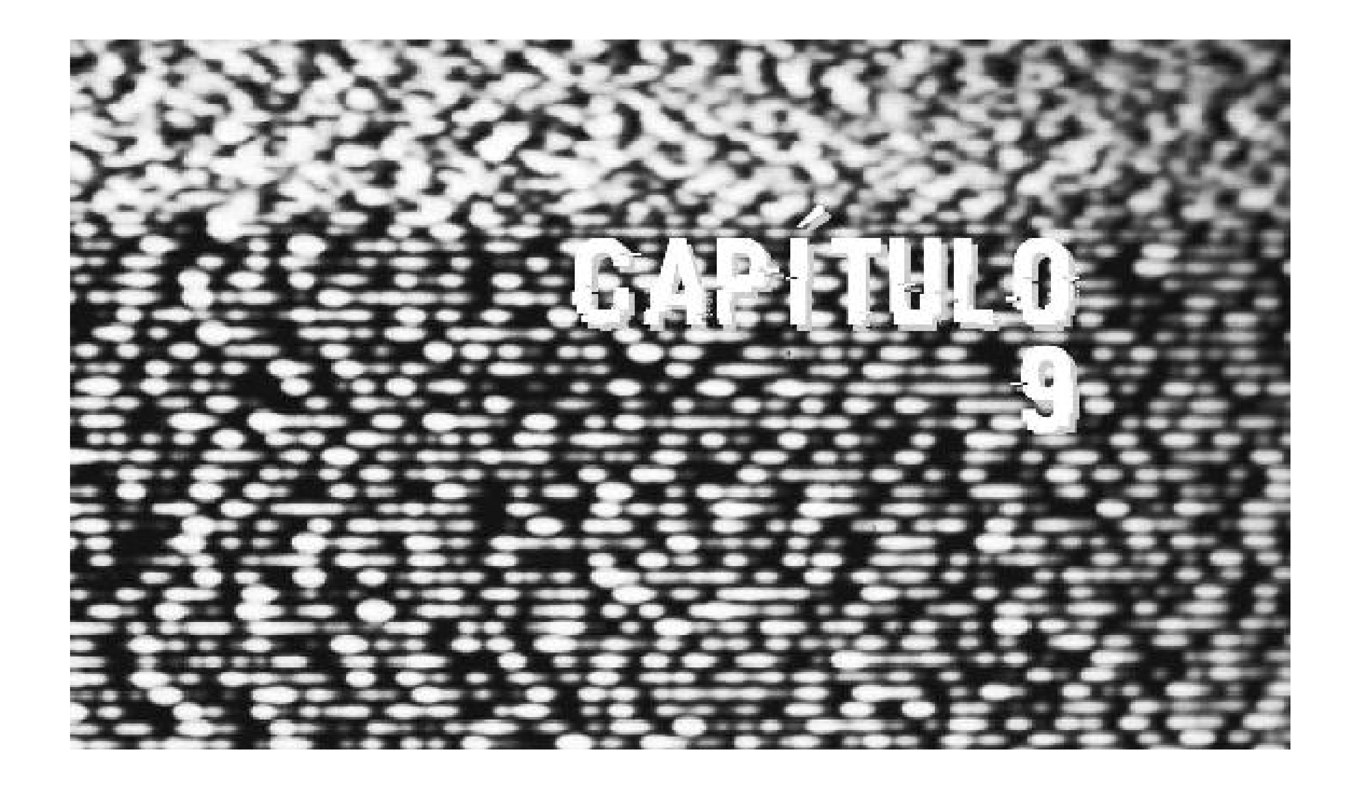
—Ha vuelto a Freddy’s, lo sé —contestó ella—. No hacía más que repetir que debíamos volver, que no podíamos pasarnos todo el día sin hacer nada. Pensaba que estaba en otra habitación, pero he mirado por todas partes. ¡Sé que está allí!

Dijo todo aquello sin respirar y acabó con un resuello débil que asomaba bajo su respiración, un lamento que no lograba acallar.

—Oh, no —dijo Charlie.

—Vamos —insistió Marla, que temblaba de los nervios. John le puso la mano en el hombro para consolarla, pero ella sacudió la cabeza—. No intentes tranquilizarme, ven conmigo y ya está.

No hablaba con rabia, solo desesperación. Se dio la vuelta y corrió hacia la puerta. John y Charlie la siguieron tras disculparse con la mirada de la bibliotecaria, que no entendía qué estaba pasando.



Carlton abrió los ojos desorientado, la cabeza le latía de forma dolorosa y atronadora. Estaba medio sentado, apoyado contra la pared, y se dio cuenta de que no podía mover los brazos. Sentía pequeñas punzadas de dolor y un cosquilleo entumecido por todo el cuerpo; intentó moverse para aliviar la sensación, pero estaba sujeto de algún modo, y los escasos movimientos que podía realizar solo conseguían que le dolieran más zonas del cuerpo. Miró a su alrededor tratando de ubicarse. Parecía un almacén: veía cajas apiladas a lo largo de las paredes y latas vacías de pintura y otros productos de limpieza por el suelo, pero había más. Montones de tela peluda por todas partes. Carlton los miró soñoliento. Se sentía aturdido, como si pudiera volver a dormirse fácilmente si cerraba los ojos… «No.» Sacudió con fuerza la cabeza intentando despejarse.

—Oh, no —gruñó al sentir que le palpitaba la cabeza y que se le revolvía el estómago. Apretó los dientes y cerró los ojos con la esperanza de que el latido y las náuseas remitieran.

Al final lo consiguió, ya que se redujeron hasta ser manejables, y volvió a abrir los ojos para empezar de nuevo. Esta vez tenía la mente un poco más

clara y bajó la mirada para ver qué lo retenía. «Oh, no.»

Estaba embutido dentro del pesado torso con forma de barril de un disfraz de muñeco, la parte superior descabezada de alguna clase de animal. Tenía los brazos atrapados dentro y sujetos a los lados en una posición forzada mediante algún tipo de estructura. Los brazos del disfraz colgaban inertes y vacíos a los costados, y sus propias piernas asomaban incongruentes por debajo, pequeñas y delgadas en comparación. Sentía otras cosas dentro del torso del muñeco, piezas de metal que se le clavaban en la espalda. También sentía algunas zonas en carne viva, y no habría sabido decir si lo que le resbalaba por la espalda era sudor o sangre. Algo le apretaba los lados del cuello, y cuando giró la cabeza, aquello se le clavó en la piel. El pelo del disfraz estaba sucio y apelmazado; su color ajado podía haber sido azul brillante algún día, pero ahora no era más que beis con un toque azulado. Vio una cabeza del mismo color encima de una caja de cartón a pocos metros de distancia, y la miró con un asomo de curiosidad, pero no habría sabido decir qué se suponía que era. Parecía que a alguien le hubieran pedido que «hiciera un animal» y hubiera hecho exactamente eso, con mucho cuidado de que no se pareciera a ninguna especie en concreto.

Recorrió la sala con la mirada y fue dándose cuenta de dónde estaba. Los montones de tela tenían rostro. Eran disfraces vacíos, muñecos del restaurante desinflados y tirados en el suelo que lo miraban con ojos vacíos, como si quisieran algo.

Miró a su alrededor intentando analizar la situación con calma, a pesar de que el corazón le latía agitado en el pecho. La estancia era pequeña, y una única bombilla la iluminaba con luz débil y titilante desde el techo, lo que confería una inquietante sensación de movimiento a toda la habitación. Un pequeño ventilador metálico de mesa, teñido por el óxido, oscilaba suavemente en un rincón, pero el aire que soplaba estaba cargado del sudor acumulado en aquellos disfraces que llevaban una década sin lavarse. Carlton tenía calor, el ambiente estaba demasiado cargado. Intentó levantarse, pero sin los brazos no podía apoyarse. Al moverse sintió otra náusea intensa y una punzada de dolor en la cabeza.

—Yo no haría eso —farfulló una voz áspera.

Carlton miró a su alrededor, pero no vio a nadie. Y entonces la puerta se abrió. Se movía lentamente. Entre tanto terror, Carlton sintió un arrebato de impaciencia.

—¿Quién es? ¡Sácame de aquí! —dijo con desesperación.

La puerta gimió como un animal herido al abrirse casi por sí sola y revelar un marco vacío. Después de una breve pausa, un conejo amarillo asomó la cabeza con las orejas inclinadas formando un ángulo desenfadado. Se quedó quieto un instante, casi posando. A continuación entró botando con elegancia, sin rastro de los movimientos rígidos y mecánicos de los animatrónicos. Después de un pequeño baile de pies, giró e hizo una profunda reverencia. Entonces levantó las manos y se quitó su propia cabeza para revelar al hombre que había dentro del disfraz.

—Supongo que no debería sorprenderme —dijo Carlton. Sus nervios dieron pie a una ocurrencia automática—: Nunca te fíes de un conejo.

No tenía sentido, no era gracioso, pero las palabras le salían de la boca sin que su cerebro tuviera nada que ver. Todavía estaba mareado, le dolía la cabeza, pero de pronto sentía una claridad visceral: «Esto es lo que le sucedió a Michael. Tú eres lo que le sucedió a Michael».

—Silencio —dijo Dave.

Carlton abrió la boca para contestar, pero la réplica mordaz murió en su garganta al ver la cara del guarda. Cuando lo habían conocido, parecía desmejorado, exhausto e inútil. Pero ahora, delante de Carlton, vestido con su absurdo disfraz de conejo, tenía un aspecto distinto. En principio, su rostro era el mismo —rasgos demacrados y ojos hundidos, piel como gastada por el tiempo y a punto de romperse—, pero ahora Carlton distinguía una innegable energía malvada, una vitalidad mezquina.

Años atrás, Carlton había pensado que había dos tipos de personas malas. Por un lado, estaban los malos evidentes, como su profesor de lengua de sexto, que gritaba y lanzaba borradores, o el niño de quinto que se peleaba con críos más pequeños después de clase. Ese tipo de persona era fácil de reconocer, ya que sus ofensas eran públicas, brutales e innegables. Pero también estaba esa otra clase de tirano malvado, aquel que se volvía rencoroso cuando arañaba algún resquicio de poder y que cada vez se sentía más maltratado por su familia, que no lo apreciaba; por sus vecinos, que lo desairaban de maneras imperceptibles; y por el mundo, que por alguna razón les arrebataba algo esencial.

En ese momento tenía delante alguien que había pasado gran parte de su vida luchando como una rata acorralada y que se había envuelto en un manto de amargo sadismo para, finalmente, convertirlo en parte de sí

mismo. Atacaba a otros y se regodeaba en su sufrimiento, pues sentía que el mundo le debía aquellos placeres crueles. El rostro del guarda, que se deleitaba con el dolor y el miedo de Carlton, era una de las cosas más aterradoras que había visto jamás. Abrió y cerró la boca. Al final recobró la voz con valentía.

—¿Qué nombre es ese para un asesino en serie, Dave? —le dijo. Sonó como un graznido tembloroso, en sus palabras ni siquiera resonó un tonillo bravucón.

Dave no pareció oírlo.

—Te he dicho que no te muevas, Carlton —dijo con tranquilidad. Dejó la cabeza de conejo encima de una caja de plástico y comenzó a toquetear los cierres de la nuca—. No es una orden, es una amable advertencia. ¿Sabes en qué te he metido?

—¿En tu novia? —dijo Carlton.

Dave esbozó una ligera sonrisa.

—Qué gracioso eres —dijo con desprecio—. Pero no. No llevas un disfraz, Carlton, no exactamente. Mira, estos trajes se diseñaron con dos objetivos: para que los llevara gente como yo y para animatrónicos como los que se ven en el escenario, ¿entiendes?

Carlton asintió, o comenzó a hacerlo, pero al ver que Dave levantaba una ceja se detuvo.

—He dicho que no te muevas —dijo. El cuello de su disfraz se abrió y empezó a soltarse un segundo cierre en la espalda mientras hablaba—. Resulta que todas las piezas del animatrónico siguen dentro de ese traje; es solo que están sujetas por resortes como este.

Dave se acercó al montón de disfraces, escogió uno y le llevó el torso verde y peludo sin cabeza a Carlton. Sostuvo el traje toqueteando dos piezas de metal sujetas a ambos lados del cuello.

—Estos son los resortes —explicó, acercando tanto la pieza al rostro de Carlton que este casi no podía enfocarla con la mirada—. Mira.

Tocó alguna parte del resorte de forma tan imperceptible que Carlton no vio lo que había hecho; la pieza se cerró con el ruido del petardeo de un coche. El chico se quedó tieso y, de pronto, se tomó mucho más en serio la orden de no moverse.

—Ese traje es muy viejo, es uno de los primeros que fabricó Henry, y puedes activar los resortes muy fácilmente si no sabes lo que haces —

prosiguió Dave—. Casi no hace falta ni moverse.

—¿Henry? —preguntó Carlton, intentando concentrarse en lo que le decía aquel hombre.

Todavía le parecía estar oyendo el chasquido, como si fuera una canción pegadiza que se repetía una y otra vez en su cabeza. «Voy a morir —pensó por primera vez desde que se había despertado—. Este hombre me va a matar, voy a morir, ¿y entonces qué? ¿Se enterará alguien?» Apretó la mandíbula y miró a Dave a los ojos.

—¿Quién es Henry?

—Henry —repitió Dave. Parecía sorprendido—. El padre de tu amiga Charlie. ¿No sabías que fue él quien construyó este lugar?

—Ah, vale, sí —contestó Carlton, confuso—. Es que siempre he pensado en él como «el padre de Charlie».

—Claro —dijo Dave con el murmullo educado que utilizaba la gente cuando no le importaba lo que se había dicho—. Bueno, pues ese es uno de sus primeros trajes. Y si activas uno de los resortes, sucederán dos cosas: primero, todos los resortes se cerrarán hacia ti y te causarán profundos cortes, y una décima de segundo después todas las piezas del animatrónico que sujetaban: todo ese acero y plástico duro se te clavará en el cuerpo al instante. Morirás, pero será una muerte lenta. Sentirás cómo se te perforan los órganos, el traje se empapará con tu sangre, y sabrás que te estás muriendo durante unos interminables minutos. Intentarás gritar, pero no podrás. Tendrás las cuerdas vocales cortadas y los pulmones se te irán llenando de tu propia sangre hasta que te ahogues.

Tenía la mirada perdida. Carlton supo con una certeza escalofriante que aquello no era una predicción; Dave estaba recordando.

—¿Cómo…? —Se le quebró la voz y volvió a intentarlo con un áspero susurro—: ¿Cómo lo sabes?

Dave lo miró a la cara y esbozó una amplia sonrisa.

—¿Cómo crees tú que lo sé?

Dejó en el suelo el disfraz y se llevó las manos a la espalda para desatarse la última parte del traje que vestía en ese momento. Le llevó bastante tiempo. Carlton lo observó durante varios minutos manosear los mecanismos que había debajo del cuello del traje. Por fin se lo quitó con un gesto exagerado. Carlton soltó un gemido de impotencia y terror.

Dave no llevaba camisa bajo el disfraz. Podía ver su pecho desnudo

incluso a la luz débil y titilante de la sala. Tenía la piel cubierta de unas horribles cicatrices, unas líneas blancas que le dibujaban un patrón simétrico en la carne, igual a ambos lados de su cuerpo. Dave vio cómo lo miraba y se rio con un sonido repentino y alegre. Carlton se estremeció al oírlo. El hombre separó los brazos del cuerpo y se dio la vuelta lentamente, para que Carlton tuviera tiempo de sobra de ver que había cicatrices por todas partes: le cubrían la espalda como un delicado encaje y se le extendían hasta la cintura de los pantalones de conejo, como si continuaran hasta abajo del todo. En la nuca, donde las marcas eran de mayor tamaño y más visibles, dos cicatrices dibujaban líneas paralelas desde el nacimiento del cuello hasta el cráneo y desaparecían bajo el pelo. Carlton intentó tragar saliva; tenía la boca tan seca que no habría podido hablar aunque hubiera tenido algo que decir.

Dave le dirigió una sonrisa desagradable.

—No te muevas —repitió.

—¡Está aquí, tiene que estar aquí! —gritó Marla, mirando desesperada la puerta que conducía a Freddy's.

Se retorcía las manos, que ya tenían los nudillos blanquecinos. Charlie la observaba con impotencia. No había nada que decir. La puerta ya no estaba cubierta de cadenas; de hecho, ya no era una puerta. Estaba soldada, el metal se había fundido con el marco de forma impecable y las bisagras habían desaparecido bajo soldaduras irregulares. Todos miraban fijamente en la misma dirección, incapaces de comprender lo que veían. Charlie movió los pies. Había pisado un charco al salir corriendo del coche y ahora tenía los zapatos y los calcetines empapados y helados. Parecía imperdonable pensar en su propia incomodidad en un momento como aquel, pero no lo podía evitar.

—Esto es una locura, ¿quién podría hacer algo así? —dijo Marla, boquiabierta. Levantó las manos de pura frustración. Casi gritaba—: Alguien ha cerrado esto soldándolo. ¿Y si Jason está ahí dentro?

Se tapó la cara con las manos. Jessica y Lamar se adelantaron para consolarla, pero ella los apartó.

—Estoy bien —se limitó a decir, pero no se movió y siguió mirando el punto en la pared en el que antes había una puerta.

Marla parecía más pequeña, menos ella misma; la energía que la había empujado hasta entonces y que era fruto del pánico había desaparecido y la había dejado vacía, sin rumbo. Ignoró a los demás y miró a Charlie, que le devolvió la mirada, incómoda.

—¿Qué hacemos? —preguntó.

Charlie negó con la cabeza.

—No lo sé, Marla. Si está ahí dentro, tenemos que sacarlo. Debe de haber alguna forma.

—Tiene que haber otra entrada —la secundó John, aunque hablaba con más seguridad de la que sentía Charlie—. Freddy's tenía ventanas y una puerta de servicio, ¿no? También debía de haber salidas de emergencia. ¡Tiene que haber algo!

—¡Calla! —gritó Marla.

Todos se quedaron paralizados. Señalaba hacia el suelo.

—¿Qué pasa? —preguntó Charlie, que se acercó a ella.

—Es la huella de Jason —contestó Marla—. Mira, se ve la pisada, son esas estúpidas zapatillas en las que se gastó la paga de todo un año.

Charlie bajó la mirada. Marla tenía razón: había una pisada embarrada más o menos de la talla del pie de Jason, y era reciente. El rostro de Marla había vuelto a la vida con furia y determinación.

—Parece que acaba de estar aquí —dijo—. Mira, se ve que las huellas giran y vuelven a marcharse. La puerta ya debía de estar soldada cuando llegó. Seguramente siga por aquí. ¡Vamos!

Las pisadas de Jason se adentraban en el corredor, hacia la oscuridad. Se agacharon hacia el suelo para seguir el rastro. Charlie se quedó atrás, sin ayudar, pero sin perder tampoco de vista la linterna que se balanceaba más adelante. Se estaba olvidando de algo, algo que debería saber. Algo sobre Freddy's. Al ver que se había separado del grupo, John dejó que los demás se adelantaran.

—¿Estás bien? —preguntó en voz baja.

Charlie sacudió la cabeza.

—Sí, no pasa nada, sigue.

El chico esperó a que dijera algo más, pero ella miraba fijamente en la oscuridad. «Otra entrada.»

—¡Lo encontré! —La voz de Jessica atravesó la oscuridad.

Charlie volvió en sí misma y corrió para alcanzar a los demás. Lamar

tenía otra vez la linterna y apuntaba con ella hacia un respiradero que había cerca del suelo. Estaba viejo y oxidado. Vieron la tapa tirada en el suelo, entre pisadas y restos de barro.

—Jason, ¿qué estás haciendo? ¿En qué estás pensando? —resopló Marla, que se arrodilló junto al conducto de ventilación. Su tono se debatía entre el pánico y el alivio—. Tenemos que ir tras él.

Charlie vaciló, pero no dijo nada.

—Es demasiado pequeño —apuntó John—, no creo que ninguno de nosotros entre por ahí.

Marla se miró a sí misma y después a los demás uno a uno, como calculando.

—Jessica —dijo con decisión—. Venga.

—¿Qué? —Ella miró hacia un lado, como si pudiera estar refiriéndose a otra persona—. No creo que quepa, Marla.

—Eres la más delgada. Simplemente, inténtalo, ¿vale?

Jessica asintió, fue hacia el respiradero y se arrodilló en el cemento embarrado del corredor. Analizó el agujero durante un instante e intentó meterse, pero los hombros casi no entraban. Enseguida volvió a salir sin aliento.

—Marla, no quepo, lo siento.

—¡Sí que cabes! Por favor, Jessica.

La chica volvió la mirada hacia los demás. Charlie vio que estaba casi lívida, con una desagradable inexpresividad. «Es claustrofóbica», pensó, pero antes de que pudiera decir nada, Jessica estaba otra vez en el conducto de ventilación y se retorcía para intentar entrar.

—Por favor —repitió Marla.

Jessica salió disparada como si algo la hubiera mordido.

—No puedo —dijo con la respiración acelerada y superficial, como si hubiera corrido un *sprint*—. ¡No entro!

—Tiene que haber otra forma. —Charlie extendió el brazo entre Marla y Jessica, como para detener una posible pelea.

Cerró los ojos e intentó recordar una vez más. Se imaginó el restaurante, pero no como lo habían visto esos últimos días, sino como había sido en el pasado. Las luces brillaban con fuerza y estaba lleno de gente. «Eso es.»

—Solía hacer calor, el ambiente se cargaba. En verano olía a pizza, a fritanga y a niños sudorosos. Mi padre solía decir… Solía decir: «¿A quién

se le ocurriría poner una claraboya en un armario?» —Cuando lo dijo, se sintió aliviada.

Todavía le parecía estar viendo el almacén con el techo abierto. Sammy y ella solían deslizarse dentro y disfrutar de la corriente de aire fresco que entraba por arriba.

—Ahí lo tenemos. Vamos al tejado —dijo John interrumpiendo los recuerdos de Charlie.

—¿Qué tejado? —preguntó Marla, que estudió el techo del corredor cerrado.

Ahora que había constatado que Jason seguía vivo, ya no actuaba presa del pánico, pero su angustia aún era palpable. Movía constantemente los ojos de un lado a otro, como si su hermano pequeño fuera a aparecer de pronto de entre las sombras.

—Está sellado, como todo lo demás —intervino Lamar.

—Puede que no —dijo Charlie—. El tejado del centro comercial es bastante alto. Seguro que por lo menos hay sitio para entrar a gatas.

—¿A gatas? ¿Crees que hay hueco entre el tejado de Freddy's y el del centro comercial? ¿Ahí arriba? —John parecía emocionado y levantó un instante la mirada hacia la oscuridad. Más tranquilo, repitió—: ¿Habrá hueco?

Charlie estaba ocupada midiendo el techo del corredor, comparándolo mentalmente con lo que habían visto desde fuera. Los tamaños eran distintos, estaba segura de ello.

—Esto no es el techo del centro comercial, no es lo bastante alto —afirmó algo más animada.

Avanzó por el pasillo a paso rápido sin esperar al resto. Los demás la siguieron. De pronto, la zona que tenía encima se iluminó porque Lamar la alcanzó y apuntó hacia arriba con la linterna. Charlie iba de un lado a otro mirando la pared y el techo mientras intentaba imaginar el espacio desde fuera.

—El techo de este pasillo seguramente esté a la misma altura que el de Freddy's.

Charlie oyó la voz de Jessica a su espalda y se sobresaltó un instante. Estaba tan centrada en su objetivo que había olvidado a sus amigos.

—Tenemos que subir —dijo Charlie, volviéndose hacia el grupo.

Los demás la miraron perplejos durante un segundo. Entonces Lamar

movió el brazo en un acto reflejo para levantar la mano. Se dio cuenta de lo que estaba haciendo y carraspeó.

—No me gusta señalar lo evidente, pero… —dijo Lamar apuntando hacia delante.

A un par de metros había una escalera de mano apoyada contra la vieja pared de ladrillo. Charlie sonrió, se acercó corriendo e hizo una señal a John para que la siguiera. La sujetaron juntos; era pesada, metálica y estaba cubierta de salpicaduras de pintura, pero podían levantarla. Una vez que la tuvo bien sujeta por un lado, Charlie volvió la mirada hacia el techo.

—Es probable que haya un agujero, una trampilla… o algo —dijo.

—¿Un agujero, una trampilla o algo? —repitió John con una media sonrisa mientras levantaba el otro lado de la escalera.

—¿Se te ocurre algo mejor? Venga. —Tiró de la escalera con tanta fuerza que John se tambaleó y casi se cayó al suelo.

Se movían despacio. Con solo una linterna no podían ver hacia dónde iban y examinar las paredes al mismo tiempo, así que cada pocos metros se detenían para que Lamar recorriera con la linterna la línea que unía la pared de ladrillo y el techo empapado del pasillo provisional. Aunque los ralentizaba, Charlie agradecía esas pausas; la escalera, de metal, pesaba mucho. Podía haber pedido a alguien que la sustituyera, pero por algún motivo deseaba participar activamente de aquello. Quería ayudar.

Marla estaba cada vez más nerviosa. Al cabo de un rato, empezó a llamar a Jason con voz suave.

—¡Jason! Jason, ¿me oyes?

—Está dentro, no puede oírte —dijo John. Llevaba el extremo más ancho de la escalera, por lo que su voz sonó casi cortante.

Marla lo fulminó con la mirada.

—No lo sabes.

—Marla, ya basta —intervino Jessica—. Estamos haciendo todo lo que podemos.

La chica no contestó. Pocos minutos después llegaron al final del corredor.

—¿Y ahora qué? —preguntó John.

—No lo sé —respondió Charlie, perpleja—. Estaba segura de que encontraríamos algo.

—¿Es eso lo que suele pasarte normalmente? —bromeó John levantando

una ceja en su dirección.

Lamar lanzó un grito triunfal desde el final del pasillo.

—¡Lo encontré!

Marla salió corriendo hacia él. Jessica la siguió con un poco más de cautela, por miedo a los obstáculos con los que pudiera toparse en la oscuridad.

Charlie le guiñó un ojo a John y volvió a levantar la escalera. Él se apresuró a cogerla por su lado y volvieron con ella por donde habían venido.

Cuando alcanzaron al resto del grupo, los tres levantaban la mirada hacia el techo. Charlie los imitó. Efectivamente, había una trampilla cuadrada lo bastante grande para que un adulto entrara por ella, cuyos bordes apenas se distinguían en la oscuridad. Colocaron la escalera sin decir palabra; tenía unos tres metros de altura y se acercaba lo bastante al techo para alcanzar la trampilla con facilidad. Marla subió la primera mientras Lamar sujetaba la escalera por un lado y Jessica por el otro.

John y Charlie observaron como Marla escalaba.

—Así que esta trampilla… —John la señaló—. La trampilla de este pasillo queda justo al lado de Freddy's y nos conducirá al tejado, que está debajo de la cubierta del centro comercial. Entre ambos hay un hueco. Y en el tejado de Freddy's hay una claraboya que encontraremos si nos arrastramos por esa cámara.

Dibujó un esquema invisible en el aire con el dedo mientras hablaba con un retintín escéptico. Charlie no contestó. Las pisadas de Marla en los peldaños, golpes pesados y metálicos, resonaban vacilantes a su alrededor.

—Una vez que encontremos la claraboya —prosiguió John sin saber si Charlie lo estaba escuchando siquiera—, nos dejaremos caer por ella hacia Freddy's, seguramente sin posibilidad alguna de salir.

Marla, que ya estaba arriba del todo, toqueteaba en el techo algo que los demás no veían y hacía ruiditos de frustración.

—¿Está cerrada? —le preguntó Charlie.

—Vale, de acuerdo. Tiene sentido —dijo John, que ya era consciente de que solo hablaba para sí mismo.

—El pestillo está atascado. Necesito…, ¡toma ya! —Se oyó un chasquido sordo—. ¡Lo conseguí!

Levantó las manos por encima de la cabeza y empujó hacia arriba. La

puerta se abrió lentamente hasta que cayó hacia el otro lado con un golpe.

—Y eso que íbamos a ser sigilosos —dijo John con sequedad.

—Qué más da —replicó Charlie—. De todas formas tenemos que entrar. Además, ¿de verdad crees que quienquiera que esté ahí dentro no sabía que vendríamos?

Arriba, Marla se abría paso a través de la trampilla. Apoyó los brazos a ambos lados del hueco y se aupó apoyándose en la escalera. Esta se balanceó peligrosamente. Lamar y Jessica la asujetaron para estabilizarla, pero no fue necesario. Marla ya se había subido al techo. Esperaron a que dijera algo.

—¿Marla? —la llamó Jessica al final.

—Sí, estoy bien —contestó ella.

—¿Qué ves? —le preguntó Charlie.

—Lanzadme la linterna.

La chica sacó el brazo por el hueco y lo sacudió impaciente. Lamar se acercó un poco y tiró la linterna hacia arriba con cuidado. Marla la pescó en el aire y el haz de luz desapareció de inmediato; la bombilla se había apagado.

La chica se sentó en el hueco entre los dos techos para intentar arreglarla. La zarandeó, sacudió las pilas y pulsó el interruptor varias veces, en vano. Al desenroscar el extremo y soplar en el compartimento de las pilas, sintió que el pánico crecía en su interior. Desde que se había dado cuenta de que Jason había desaparecido, toda su atención se había centrado en él. Pero ahora, sola en la oscuridad, empezó a pensar en el peligro que podía estar corriendo ella misma. Volvió a enroscar la tapa en la linterna y se encendió al instante. La luz le dio en los ojos y la cegó brevemente. La apartó y después dibujó con ella un círculo a su alrededor, que le reveló un espacio amplio que se extendía en todas direcciones. Era el tejado de Freddy Fazbear’s Pizza.

—¿Qué ves? —repitió Charlie.

—Tenías razón: hay sitio, pero no demasiado. Está muy oscuro y huele fatal. —Su voz sonaba temblorosa incluso para ella misma; de pronto, necesitó desesperadamente que alguien la acompañara—. ¡Daos prisa, no me dejéis aquí sola!

—Ya vamos —le gritó Jessica.

—Yo subiré la siguiente —se adelantó Charlie.

La escalera estaba oxidada. A medida que escalaba se oían los chirridos del metal. Sin embargo, transmitía sensación de solidez, así que enseguida llegó a la trampilla e hizo lo mismo que Marla. Se colocó en el último peldaño, de manera que ya tenía la cabeza y los hombros dentro; apoyó los brazos a ambos lados y se empujó con los pies contra la escalera, casi con un salto, para aterrizar en el tejado de Freddy's. No había espacio para ponerse de pie, apenas bastaba para sentarse; entre el tejado del restaurante y el del centro comercial había menos de un metro. Algo traqueteaba sobre sus cabezas, como si les cayeran piedras encima. Charlie tardó un instante en darse cuenta de que era la lluvia golpeando la chapa aislante. El agua le goteaba en la cabeza. Al levantar la mirada vio un punto en que las juntas metálicas en zigzag no estaban unidas, sino simplemente alineadas una junto a otra. Se secó las manos en los vaqueros; las tablillas del tejado estaban mojadas. Tenía las palmas cubiertas de gravilla, polvo y algo viscoso y desagradable.

Miró a Marla, que estaba a poca distancia de ella.

—Ven aquí, déjales sitio —dijo Marla, indicándole que se acercara.

Charlie se movió a gatas rápidamente.

Jessica asomó la cabeza por la trampilla y subió con cuidado al hueco donde estaban. Una vez allí arriba, la chica miró a su alrededor como si calibrara el lugar. Charlie recordó preocupada el miedo que había visto en ella en el conducto de ventilación, pero Jessica respiró profundamente.

—Puedo con esto —dijo, aunque no parecía que creyera sus propias palabras.

Un instante después, Lamar se unió a ellas. Enseguida pidió la linterna y apuntó con ella hacia la trampilla. Poco después, John subió a gatas y algo cayó con estrépito abajo y rebotó. Todos se sobresaltaron con el ruido, excepto John.

—Lo siento, eso ha sido la escalera —explicó.

—Charlie, ¿hacia dónde? —preguntó Marla.

—A ver. —Cerró los ojos y volvió mentalmente sobre sus pasos como había hecho cuando buscaban la forma de entrar—. Recto, creo. Mientras lleguemos al extremo opuesto, la encontraremos.

Echó a gatear en la dirección que creía correcta sin esperar respuesta. Una luz apareció delante de ella un segundo después.

—Gracias —le dijo suavemente a Lamar, que intentaba anticiparse a los

movimientos de Charlie con la linterna.

—No tengo nada mejor que hacer —susurró.

El espacio era ancho. Debería haber dado sensación de amplitud, pero había vigas y tuberías distribuidas aleatoriamente que cruzaban el espacio o recorrían la cubierta sobre la que se desplazaban, de manera que tenían la impresión de estar atravesando un denso bosque esquivando enredaderas y pasando por encima de árboles caídos. El techo de Freddy's tenía una ligera pendiente ascendente que tendrían que bajar cuando llegaran a la mitad. Las tejas que pisaban con manos y pies estaban tan profundamente empapadas que parecían no haber estado secas de verdad desde hacía años y desprendían olor a moho. Charlie se secaba las manos en el pantalón cada cierto tiempo, a pesar de saber que solo permanecerían limpias un segundo. De vez en cuando, le parecía oír algo que se escabullía a cierta distancia del grupo, pero ignoró los ruidos. «Tienen más derecho a estar aquí que nosotros», pensó, sin estar segura de a qué especie pertenecían.

El techo que tenían encima seguía un patrón extraño, ascendía y descendía independientemente de lo que hubiera debajo, de tal manera que a veces abría un hueco de más de un metro sobre sus cabezas y justo después se hundía tanto que les rozaba la espalda y los obligaba a agachar la cabeza para retorcerse incómodos. Jessica iba justo detrás de Charlie, que oía de vez en cuando los ruidos suaves y asustados de su amiga; sin embargo, cada vez que miraba hacia atrás, Jessica se limitaba a asentir con gesto impasible. Continuaron hasta llegar a la pared que señalaba el borde del tejado.

—Vale —sentenció Charlie dándose la vuelta a medias—. Debería estar por aquí. Separémonos para buscarla.

—No, espera, ¿qué es eso? —dijo Marla, señalando algo.

Charlie no veía lo que había descubierto su amiga, pero siguió la dirección en la que apuntaba.

La claraboya era una hoja plana de vidrio incrustada en el techo como una ventana pequeña, sin manillas, bisagras o pestillos a la vista. Se asomaron para intentar ver la sala de debajo, pero el cristal estaba demasiado sucio para distinguir nada. John se adelantó y trató de limpiarla con la manga, que acabó negra sin haber conseguido nada; al menos la mitad de la mugre estaba al otro lado, y la claraboya seguía obstruida.

—No es más que un armario, no pasa nada —dijo Charlie.

—Ya, pero ¿habrá alguien dentro de ese armario? —preguntó Lamar.

—Qué más da, no tenemos elección —respondió Marla.

Todos miraron a Charlie, que estudiaba la claraboya con gesto pensativo.

—Se abre hacia dentro —dijo, y señaló—. Se empuja de este lado y oscila. Hay un pestillo dentro, justo aquí. Puede que si…

Empujó y la ventana cedió casi al instante. Charlie tuvo la repentina sensación de que se caía, a pesar de que todo su peso estaba bien apoyado en el tejado.

—Es bastante estrecho —dijo John.

La claraboya no se abría por completo; el cristal oscilaba un poco hacia dentro y el espacio apenas permitía que una persona se deslizara por él.

—No lo he construido yo —replicó Charlie, algo molesta—. Es lo que hay. Así que si vas a entrar, adelante.

Sin esperar respuesta, metió las piernas en el hueco, resbaló hacia dentro y se quedó colgando un momento. Cerró los ojos y esperó que el suelo no estuviera tan lejos como recordaba. Se soltó y cayó.

Aterrizó en el suelo y sintió el golpe en las piernas, pero se le pasó enseguida.

—¡Doblad las piernas! —gritó mientras se apartaba.

Marla se dejó caer. Charlie se acercó a la puerta en busca de un interruptor. Sus dedos dieron con uno y lo accionó. Las viejas lámparas fluorescentes chasquearon y zumbaron. Poco a poco, un brillo tenue y frágil inundó el espacio.

—Bien —susurró en un arrebato de entusiasmo.

Se dio la vuelta y algo le rozó la cara; vio fugazmente unos grandes ojos de plástico y unos dientes rotos y amarillentos. Gritó, saltó hacia atrás y, para recuperar el equilibrio, se agarró a una estantería, que se balanceó. La cabeza que había tocado, una estructura de alambre sin revestir cuya única decoración eran los ojos y los dientes, se tambaleó en el estante que había junto a ella y después cayó al suelo. Con el corazón acelerado, Charlie se pasó las manos por el cuerpo como si estuviera cubierta de telas de araña. Las piernas le temblaban mientras se movía inquieta de un lado a otro. La cabeza rodó por el suelo y se detuvo a sus pies mirándola con su sonrisa alegre y siniestra.

Se apartó de golpe de esa expresión espantosa. Algo la agarró por detrás. Trató de soltarse, pero se había quedado enganchada a un par de brazos

metálicos. Aquellas extremidades inertes se aferraban a su camiseta y pellizcaban la tela. Al intentar zafarse se le enredó también el pelo; se enmarañaba cada vez más, hasta que tuvo la sensación de que acabaría consumida. Gritó otra vez y los brazos la envolvieron aún más. Parecía que crecían a medida que luchaba contra ellos. Peleó con todas sus fuerzas, movida por una rabia visceral y por el miedo a que esa cosa le hiciera daño.

—¡Charlie, para! —gritó Marla—. ¡Charlie!

La chica la agarró del brazo para intentar detener sus movimientos histéricos, y usó la otra mano para soltarle el pelo de la estructura metálica.

—Charlie, no es real, no son más que… piezas de robot —dijo.

Sin embargo, Charlie seguía asustada, se apartó de su amiga y se golpeó la cabeza contra una caja de cartón.

Chilló aterrorizada cuando la caja se volcó. Le llovieron ojos del tamaño de un puño, que cayeron con gran estrépito y rodaron por todo el suelo. Tropezó y pisó una de las esferas de plástico, que le hizo perder pie. Intentó agarrarse a una estantería, pero no lo consiguió y cayó de espaldas con un golpe que la dejó sin aliento.

Miró hacia arriba, aturdida y resoplando. Había ojos por todas partes, no solo en el suelo, sino también en las paredes. La acechaban desde la oscuridad: ojos hundidos y sombríos que la observaban desde las estanterías. Los contempló fijamente, incapaz de apartar la mirada.

—Charlie, venga.

Marla estaba arrodillada junto a ella con cara de angustia. Agarró a Charlie del brazo y tiró de ella hasta que se incorporó. La chica aún no había recuperado el aliento. Mientras inhalaba de forma superficial, se echó a llorar. Marla la abrazó con fuerza y ella se lo permitió.

—Tranquila, tranquila —le susurró mientras Charlie trataba de calmarse y de distraerse mirando a su alrededor.

«No es real», se dijo a sí misma. Estaban en un almacén, un simple armario. Todo eso eran piezas de repuesto. El aire estaba cargado de polvo, que caía incesante de las estanterías y le cosquilleaba en la nariz y en la garganta. El resto del grupo se deslizó por la claraboya uno por uno. John fue el último y aterrizó en el centro de la habitación con un golpe. Jessica estornudó.

—¿Estás bien? —preguntó John en cuanto vio a Charlie.

—Sí, no pasa nada. —Charlie se soltó de Marla y se cruzó de brazos

mientras trataba de recuperar la compostura.

—Sabéis que no podemos salir de aquí por ahí arriba, ¿no? —dijo John mirando hacia la claraboya.

—Solo necesitamos algo en lo que apoyarnos —replicó Charlie—. O escalar una de las estanterías.

Jessica negó con la cabeza.

—No, mira cómo está abierta.

Charlie levantó la vista. La claraboya se abría hacia abajo, de modo que el cristal descendía con un ángulo suave del tamaño justo para dejarlos pasar. Para salir tendrían que…

—Vaya.

No había salida. Por mucho que se acercaran a la claraboya, el cristal siempre les obstaculizaría el paso al sobresalir hacia el espacio que necesitaban para escalar. Si intentaban agarrarse al techo, tendrían que tumbarse tanto sobre el vidrio que perderían pie.

—Podríamos romper el cristal —apuntó John—. Pero sería peligroso subirse al marco de metal, más aún si tuviera fragmentos de vidrio roto.

Se calló y volvió a pensarlo, con el rostro serio.

—No pasa nada, ya encontraremos otra salida —dijo Charlie—. En marcha.

Se asomaron al pasillo con cuidado. Lamar había apagado la linterna, pero era fácil distinguir lo que los rodeaba ahora que la luz del armario se filtraba hacia fuera. «Por lo menos, el techo no gotea», pensó Charlie limpiándose las manos en el pantalón una vez más. El suelo era de baldosas blancas y negras, tan brillante como si acabaran de pulirlo. Había dibujos infantiles en las paredes que susurraban cuando el aire que entraba por la claraboya los movía. Charlie permaneció inmóvil, plenamente consciente del ruido que acababa de hacer. «¿Sabrá que estamos aquí?», se preguntó, y se dio cuenta de que se refería al propio edificio. Tenía la impresión de que Freddy's percibía su presencia, de que reaccionaba a ella como una criatura viva. Extendió la mano para rozar la pared con los dedos, casi como si la estuviera acariciando. El yeso era frío e inerte, inanimado. Apartó la mano. Se preguntó qué haría Freddy's.

Doblaron una esquina, después otra. Se detuvieron en la entrada de la Cueva del Pirata, algo apartados de la puerta. «La Cueva del Pirata. He recuperado la orientación.» Charlie contempló el pequeño escenario, que ya

no estaba iluminado, así como el telón, que ocultaba a su único artista.

Unas pocas lucecitas titilaron a los lados del escenario al encenderse e iluminaron el espacio con un brillo grisáceo. Charlie miró a su alrededor y vio que Lamar estaba junto a la puerta con la mano en un interruptor.

—No tenemos elección —dijo en su defensa señalando la linterna, que estaba fallando.

Charlie asintió resignada. Lamar apagó la linterna moribunda.

—Quiero echar un vistazo a esta sala de control —dijo Marla apuntando con el dedo a la puertecita que tenían al lado—. Lamar, ven conmigo. El resto probad en la otra. Si cada uno nos ocupamos de un conjunto de cámaras, podemos ver el restaurante entero y sabremos si Jason está aquí.

—No creo que debamos separarnos —dijo Charlie.

—Esperad —intervino Lamar.

Le pasó la linterna inútil a John para tener las manos libres y se sacó de los bolsillos dos *walkie-talkies*: eran aparatos grandes, negros y cuadrados que Charlie solo había visto colgados de los cinturones de la policía.

—¿De dónde los has sacado? —le preguntó.

Lamar sonrió misteriosamente.

—Me temo que no os lo puedo decir.

—Los ha robado de casa de Carlton —afirmó Jessica, cogiéndole uno de la mano y estudiándolo.

—No, estaban en el garaje, la señora Burke me dijo dónde encontrarlos. Los he probado y funcionan.

«¿La señora Burke sabía que vendríamos aquí?», se preguntó Charlie. Marla se limitó a asentir. Quizá ya lo sabía, o puede que ya nada la sorprendiera.

—Venga —dijo la chica, que caminó entre las mesas delante de la Cueva del Pirata con cuidado de no mover nada. Lamar se acercó a Jessica para enseñarle a usar el *walkie-talkie*.

—Es este botón —dijo señalándolo, y después siguió a Marla.

Tras un momento de perplejidad, el resto también se puso en marcha. A Charlie se le encogió el estómago al caer realmente en la cuenta de que tanto Jason como Carlton podían estar en auténtico peligro. No es que antes no lo supiera, pero, mientras estaban fuera intentando resolver los rompecabezas, era posible distanciarse en cierta medida de lo que estaba sucediendo. Observó a Marla caminar hacia la sala de control con una

autoridad sombría. Se agachó en la puertecita y se volvió hacia Charlie.

—Adelante —dijo señalando con la cabeza hacia el pasillo que conducía al comedor principal.

Se pusieron en movimiento. Charlie lideró al grupo a través del pasadizo hacia el escenario principal.

Marla miró a Lamar, que asintió. La muchacha sujetó el pomo, apretó los dientes y abrió la puerta de golpe, todo en el mismo instante.

—¡Marla!

La chica dio un salto y a duras penas contuvo un grito. Jason estaba acurrucado en el hueco debajo de las pantallas, horrorizado y con los ojos muy abiertos, con la mirada fija en la puerta como un ratoncillo asustado.

—¡Jason!

Marla entró agachada en la sala de control y se abalanzó hacia él con los brazos extendidos. El niño le devolvió el abrazo, por una vez agradecido, incluso desesperado por recibir aquellas muestras de cariño. Ella lo sujetó con fuerza y lo apretó hacia sí hasta que él empezó a preocuparse de que lo aplastara de verdad.

Fuera del abrazo incontenible de Marla, Jason oyó un breve zumbido estático. Miró por encima del hombro de su hermana y vio que Lamar contemplaba el *walkie-talkie* y se preparaba para hablar por él.

—¿Jessica? Lo hemos encontrado, está bien —dijo.

La radio emitió otro zumbido y Jason oyó palabras que no llegó a entender. La oleada de alivio inicial había remitido y empezaban a dolerle las costillas.

—¿Marla? —Le dio golpecitos en el hombro, primero suaves y después más fuertes—. ¡Marla!

La chica lo soltó, pero lo agarró de los hombros un instante y lo miró a los ojos como para asegurarse de que de verdad era él, de que no lo habían cambiado por otro ni le habían hecho daño.

—Marla, ya vale —dijo él con la mayor indiferencia de la que fue capaz, y consiguió que la voz no le temblara.

Su hermana lo soltó, lo empujó en broma y comenzó a reñirle mientras tiraba de él para sacarlo de debajo del panel de control.

—Jason, cómo has podido…

Lamar la interrumpió al bajar el resto de los peldaños hasta el cuartito.

—¿Por el conducto de ventilación? ¿En serio? —comentó entre risas.

—¡Podrías haberte matado gateando por ahí! —añadió Marla agarrándole los hombros.

Jason zarandeó los brazos hasta que su hermana lo soltó.

—¡Vale, vale! —exclamó—. Todo el mundo me ha echado de menos, me alegro de saber lo importante que soy.

—Sí que lo eres —dijo Marla, enfadada.

Jason puso los ojos en blanco con teatralidad.

La pequeña estancia se iluminó cuando Lamar accionó el interruptor; las pantallas cobraron vida. Marla miró a Jason pensativa y después dirigió su atención hacia las cámaras de seguridad.

—Bien, a ver qué tenemos aquí.

Lamar miró pantalla por pantalla. La central superior mostraba el comedor principal y el escenario; mientras observaban, aparecieron Charlie, Jessica y John, que atravesaron la sala en formación de V, con Charlie a la cabeza.

—Mira —dijo de pronto Marla señalando la pantalla inferior derecha.

El guarda nocturno estaba allí; aunque no le distinguían la cara, el uniforme holgado y los hombros caídos confirmaban que era él. Estaba en el pasillo junto a la entrada del restaurante y pasó por delante de las salas de fiesta y la de juegos con paso lento y decidido.

—Avísalos, Lamar —le ordenó Marla con urgencia.

El chico habló por el *walkie-talkie* :

—Jessica, el guarda anda por ahí, ¡escondeos!

No hubo respuesta por radio, pero en la pantalla vieron que el trío se detenía en seco. Entonces se dirigieron al mismo tiempo a la sala de control que había debajo del escenario, se apretujaron dentro y cerraron la puerta justo cuando el guarda apareció en el umbral.

«Voces. Gente en movimiento.»

Carlton no se permitió suspirar de alivio; un rescate no le serviría de nada si sus entrañas estaban perforadas por cientos de diminutas piezas de robot. Así que siguió a lo suyo, avanzando centímetro a centímetro por el suelo para entrar en el plano de la cámara de seguridad que colgaba cerca del

techo, justo encima de la puerta. Cada movimiento era tan sutil que no parecía nada, pero llevaba más de una hora así y ya casi había llegado. Mantenía una respiración regular y usaba las manos atrapadas para levantar un poquito el cuerpo, moverlo hacia un lado y dejarlo caer algo más a la derecha. Tenía calambres en los dedos y seguía doliéndole la cabeza, pero continuaba.

Aunque seguía asustado y era dolorosamente consciente de lo fácil que sería desencadenar su propia muerte, en algún momento el miedo se había amortiguado, o quizá se había acostumbrado a él. El pánico no podía durar para siempre, la adrenalina se agotaba con el tiempo. En ese momento, la necesidad de realizar movimientos lentos y precisos tenía prioridad sobre cualquier otra cosa. Era todo en lo que podía concentrarse. Se desplazó una última vez y se detuvo. Cerró los ojos un instante; lo había conseguido.

«No puedo parar ahora.»

Los demás estaban allí. Tenían que ser ellos. Y si lo estaban buscando, comprobarían las cámaras. Miró fijamente el objetivo, para que lo vieran. No podía saludar o saltar. Intentó balancearse un poco hacia delante y hacia atrás, pero, por muy rígido que se mantuviera, sentía la presión de los resortes a punto de saltar. Se mordió el labio de pura frustración.

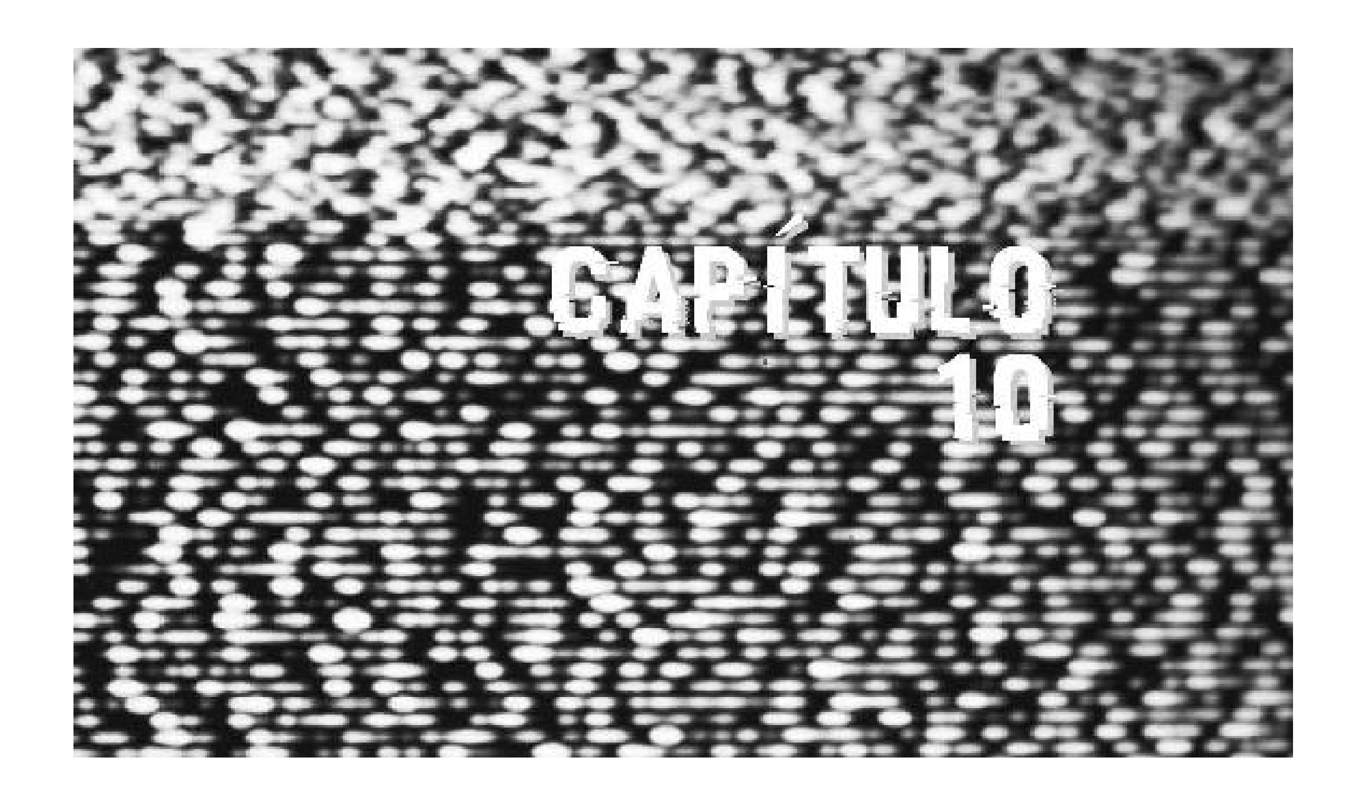
—¡Estoy aquí! —susurró al vacío, pero de pronto tuvo la inexplicable sensación de que alguien lo había oído, de que había alguien más en la habitación. Se le volvió a acelerar el corazón y la adrenalina que había remitido resurgió.

Miró a su alrededor despacio y con cuidado hasta que algo le llamó la atención.

No era más que uno de los disfraces, tirado y vacío entre las sombras, medio escondido en un rincón del cuarto. Estaba inmóvil, pero su rostro apuntaba directamente hacia él. Al mirarlo, Carlton se dio cuenta de que en las profundidades de las cuencas de los ojos del disfraz había dos diminutos destellos de luz. Sintió pequeños espasmos en algunos músculos, un escalofrío contenido, aunque no lo bastante intenso para matarlo. No apartó los ojos.

Mientras sostenía la mirada de la criatura, sintió que comenzaba a calmarse. El latido de su corazón se ralentizó y su respiración se volvió más regular. Era como si de pronto estuviera a salvo, a pesar de que sabía que el traje que llevaba estaba a un simple gesto, a un sobresalto, de matarlo.

Siguió mirando esos dos puntos de luz. Mientras lo hacía, oyó una voz. Se quedó sin aliento un instante. Mientras hablaba aquella voz que habría reconocido en cualquier lugar, aquella voz que habría dado cualquier cosa por volver a oír, Carlton comenzó a llorar y puso todo su empeño en impedir que le temblara el cuerpo. Desde la oscuridad, los ojos se le clavaban en el rostro mientras la voz seguía revelándole secretos en medio de aquel silencio atronador, contándole cosas que se temía, cosas que alguien debía oír.



Las pantallas perdieron la señal y mostraron interferencias.

—¡Eh! —exclamó Marla.

Golpeó el costado de una de las pantallas y la imagen se movió distorsionada, tembló y desapareció de nuevo. Le dio otro golpe y la imagen se aclaró poco a poco después de otra interferencia; cuando recuperó la resolución, apareció el escenario.

—Algo no encaja —dijo Lamar, y los tres se inclinaron hacia delante para ver mejor.

—Bonnie —comentó Jason en tono grave.

—Bonnie —repitió Marla, que miró asustada a Lamar—. ¿Dónde está Bonnie?

El chico apretó enseguida el botón del *walkie-talkie*.

—Charlie —la llamó con urgencia—. Charlie, no salgáis de la sala de control.

En la sala de control bajo el escenario, Charlie y Jessica observaban las pantallas en busca de señales de vida.

—Está demasiado oscuro, no veo nada —se quejó Jessica.
—¡Ahí! —señaló Charlie.
Jessica parpadeó.
—No veo nada —insistió.
—Es Carlton, justo ahí. Voy a buscarlo. —Se deslizó hacia la salida sin esperar respuesta.
—Charlie, espera —dijo John, pero ya había salido.
La puerta se cerró tras ella de golpe y los tres oyeron el ruido sordo y metálico del pestillo al encajarse.
—¡Charlie! —gritó de nuevo John, pero ya se había marchado. Tiró de la puerta y gruñó—: Se ha cerrado del todo.
El *walkie-talkie* crepitó y oyeron retazos de la voz de Lamar.
—Ch… lie, no salg… de la sal… ol.
Jessica y John se miraron. El chico cogió la radio.
—Demasiado tarde —dijo mirando a su amiga mientras bajaba el aparato.

Charlie se abrió paso entre las sillas con paso vacilante, pero enseguida se dio cuenta de que había dado una vuelta sobre sí misma. La iluminación había cambiado; ahora una única luz azul parpadeaba sobre el escenario. La sala brillaba una y otra vez con el estallido cegador, similar a un relámpago. Al instante se oscurecía de nuevo. Charlie se tapó los ojos e intentó recordar contra qué había chocado primero. Con cada pulsación de luz, las sillas metálicas y los gorros de fiesta plateados parpadeaban como balizas en la oscuridad. Comenzó a sentir un latido en la cabeza.
Entornó los ojos para intentar orientarse, pero más allá de las mesas que la rodeaban lo único que veía eran miles de imágenes grabadas en sus retinas. No tenía ni idea de hacia dónde ir para encontrar a Carlton. Se apoyó en una silla cercana y se presionó la frente con la mano.
Una mesa chirrió brevemente contra el suelo. Charlie supo que no había sido ella. Se dio la vuelta, pero la luz se había apagado. Cuando se encendió de nuevo se encontraba en dirección al escenario; donde debía haber tres pares de ojos, solo vio dos. Freddy y Chica la miraban desde arriba, sus ojos de plástico reflejaban la luz. Sus cabezas parecían seguirla a medida que se deslizaba por la mesa.
Bonnie había desaparecido.

De repente se sintió expuesta y cayó en la cuenta de cuántos sitios había en esa sala abierta para que algo se escondiera, así como de lo visible que era ella para cualquier persona (o cosa) que estuviera observando. Pensó un instante en la pequeña sala de control de la que acababa de salir y sintió una punzada de arrepentimiento. «Puede que salir de ahí haya sido una decisión muy estúpida…»

Se oyó otro chirrido. Charlie se volvió para descubrir que la mesa que tenía detrás se estaba alejando lentamente. Giró para echar a correr, pero chocó contra algo antes incluso de dar un paso. Levantó las manos en la oscuridad para protegerse y tocó pelo apelmazado. El foco se encendió otra vez y esta vez salió un ruido inclasificable de la boca abierta que tenía delante. «Bonnie.» El conejo estaba a escasos centímetros de ella abriendo y cerrando la boca a gran velocidad y girando los ojos. Charlie se apartó de un tirón y caminó despacio hacia atrás. El conejo no trató de seguirla, sino que continuó con su extraño conjuro silencioso mientras los ojos le rebotaban sin descanso. A Charlie se le enganchó un pie en la pata de una silla plegable; se tambaleó hacia atrás y cayó de culo. Empezó a gatear a toda prisa para escapar de Bonnie. Desde el escenario, un foco brilló claramente dirigido hacia ella. Se protegió con la mano para ver quién había allí, pero la luz la cegaba. Lo único que distinguía eran dos pares de ojos que la seguían.

Charlie gritó y se levantó con esfuerzo. Echó a correr sin mirar atrás, atravesó la sala y se dirigió al pasillo que desembocaba en la Cueva del Pirata. Se deslizó por la pared hasta el baño. La puerta resonó al cerrarse tras ella; la sala estaba vacía, lo único que había eran tres lavabos y tres cubículos. Solo una de las lámparas fluorescentes estaba encendida e iluminaba lo justo para teñir la estancia de gris oscuro, en lugar de negro. Las paredes que separaban las cabinas parecían endebles. De pronto, Charlie se imaginó al gigante de Bonnie agarrando la estructura metálica con las patas y arrancándola del suelo. Apartó esa visión, corrió al cubículo más alejado de la puerta y cerró el pestillo, tan pequeño que parecía casi delicado. Se sentó en la cisterna del váter, levantó los pies sobre el asiento y apoyó la espalda contra la pared de baldosas azules. Oía el eco de su propia respiración en la sala vacía. Se obligó a ralentizarla y cerró los ojos mientras se obligaba a guardar silencio y a permanecer escondida.

—¿Charlie? —John seguía aporreando la puertecita de la sala de control—. ¡Charlie! ¿Qué está pasando ahí fuera?

Jessica permanecía sentada en silencio, todavía inquieta por los gritos y los golpes.

—Sabe cuidar de sí misma —dijo John apartándose un poco de la puerta.

—Sí —coincidió Jessica.

El chico no se volvió para mirarla.

—Tenemos que salir de aquí —declaró.

Sacudió la puerta otra vez: la parte superior osciló un poco cuando tiró, pero la base estaba completamente encajada. Se agachó aún más. Había un seguro, un cerrojo que penetraba en el suelo. El pasador que lo abría se había roto hacía tiempo y solo quedaba un saliente dentado tan fino que apenas pudo sujetarlo. Se cortó los dedos al tirar de él hacia arriba y le quedaron unas líneas rojas. El cerrojo seguía en su sitio.

—Jessica, prueba tú —dijo volviéndose hacia ella. La chica tenía la mirada clavada en la pared de televisores; todos mostraban interferencias, pero de vez en cuando se veía el destello de una imagen—. Da igual, sigue mirando.

Agachó la cabeza de nuevo y se concentró en el cerrojo.

Charlie permanecía en silencio en el baño. Prestaba atención a cada respiración. Era consciente de cada vez que inhalaba y espiraba. En una ocasión había probado a meditar y no le había gustado nada, pero ahora, concentrarse intensamente en su respiración la tranquilizaba. «Supongo que solo necesitaba la motivación adecuada —pensó—. Como mantenerme con vida.» Los cubículos traquetearon un poco y en la lejanía se oyó un retumbar de varios segundos. «Fuera hay tormenta.»

Mantenía los ojos clavados en el suelo. La luz del techo era tan tenue que apenas iluminaba la cabina. Contuvo la respiración. La lámpara titiló y emitió un breve zumbido, después se hizo el silencio. La cisterna en la que estaba sentada no parecía muy estable; se escurrió hasta el borde para bajar el pie con cuidado. En cuanto la punta de la zapatilla tocó la baldosa, las anchas puertas del lavabo se abrieron con gran estruendo.

Levantó el pie de golpe sin pensarlo y la tapa de cerámica de la cisterna sonó como varias cazuelas chocando entre sí. Se quedó completamente

quieta, con el pie en el aire. Después lo apoyó de nuevo encima de la tapa. «He hecho demasiado ruido», pensó. Se inclinó hacia delante con cuidado y levantó una mano para agarrarse al panel divisorio. Se estiró para ponerse de pie despacio mientras el asiento del váter se balanceaba bajo sus pies.

Oteó por encima del divisor hacia los dos cubículos de al lado. Estaba demasiado oscuro para ver más allá; toda la hilera oscilaba suavemente bajo su peso.

Se oyó un susurro. Algo ancho y pesado se deslizaba por el suelo mucho menos preocupado que ella por no hacer ruido. Alternaba la mirada entre la puerta del cubículo de al lado y la del baño. El susurro continuó, pero no era capaz de localizar de dónde venía. El ruido llenaba toda la estancia.

De pronto, la incógnita del sonido se despejó: era nítido y estaba cerca. La pared a la que estaba sujeta tembló ligeramente. Barrió la sala con la mirada con la esperanza de que los ojos se le acostumbraran un poco más a la oscuridad. Distinguía una papelera junto a la puerta y la silueta de los lavabos. Angustiada, dirigió la vista de nuevo a la puerta de su cubículo y recorrió los bordes hasta que su mirada se posó en el hueco a un par de centímetros que rodeaba la puerta. Un gran ojo de plástico le devolvía la mirada sin parpadear, clavado en ella. Por encima de la puerta colgaban dos orejas de conejo enormes y artificiales.

Charlie se tapó la boca y saltó lo más rápido que pudo para arrastrarse por el suelo hacia el segundo cubículo. Oyó que Bonnie sacudía la puerta de la cabina que acababa de abandonar, pero sus pies no se movieron. Pasó por debajo del otro panel divisor y llegó al cubículo más cercano a la entrada. Esta vez, sus pies chocaron con el váter que dejaba atrás y la tapa cayó con un sonoro golpe.

Charlie se quedó paralizada. El muñeco no se movió. Contuvo el aliento durante lo que le pareció una eternidad. «Lo ha oído, ¡ha tenido que oírlo!» Pero Bonnie seguía sin hacer ningún ruido. Charlie se quedó quieta y aguzó el oído a la espera de que el sonido de otro movimiento enmascarara el suyo. Su respiración parecía más fuerte que antes. Agachó la cabeza e intentó distinguir siluetas en el suelo.

El susurró se reanudó, Entonces, sin previo aviso, llegó justo delante de ella. Contuvo la respiración e intentó desesperadamente identificar alguna silueta en la oscuridad. «Ahí está.» Delante de la puerta había un pie grande y acolchado, como si se hubiera detenido a medio paso. «¿Se está

marchando? Vete, por favor», suplicó Charlie. Notó un sonido nuevo: tela rígida crujiendo con suavidad. «¿Qué es eso?» El pie no se había movido. El ruido de la tela y el pelo retorciéndose y estirándose, rasgándose y reventando aumentó de volumen. «¿Qué es eso?» Charlie clavó las uñas en el suelo y contuvo un grito. «Se está agachando.» Una enorme pata se apoyó delante de ella. Después vio otra figura: la cabeza del animal. Era inmensa y llenaba todo el espacio que quedaba bajo la puerta. Bonnie descendió hasta el suelo con suavidad y giró la cabeza hasta que sus ojos se encontraron con los de Charlie. Tenía la boca abierta de par en par como impulsada por una emoción macabra, como si hubiera encontrado a alguien jugando al escondite.

Por debajo de la puerta del cubículo entró una oleada de aire caliente. «¿Aliento?» Charlie se tapó la nariz y la boca; el hedor era insoportable. Sintió otra oleada en la cara, esta vez más caliente y pútrida. Cerró los ojos, a punto de abandonar toda esperanza de escapar. Quizá si mantenía los ojos cerrados suficiente tiempo se despertaría. Le llegó otra ráfaga de aire caliente, se apartó de golpe y se golpeó el cogote contra el váter. Rebotó dolorida y echó el brazo hacia delante para protegerse la cara de un posible ataque. Pero no se produjo. Abrió un ojo. «¿Dónde está?»

De pronto, un sonoro golpe hizo que las paredes de metal que la rodeaban se tambalearan. Charlie se sobresaltó y se cubrió la cabeza mientras Bonnie atacaba de nuevo. Las patas del cubículo se balancearon y los tornillos chirriaron al arrancarlos del suelo; toda la estructura parecía a punto de venirse abajo. La chica se arrastró por debajo del último panel divisor, se puso de pie y agarró el pomo para cerrar la puerta detrás de sí mientras salía a toda velocidad.

Regresó corriendo al comedor principal y se dirigió como un rayo hacia la sala de control. Sus ojos ya no estaban acostumbrados a la luz, así que corrió con las manos extendidas, incapaz de ver más allá de sus próximos pasos.

—¡John! —gritó agarrando el picaporte y zarandeando la puerta.

No se movió.

—¡Charlie, está atascada! —respondió John desde dentro.

Mientras se peleaba con la puerta, levantó la mirada hacia el escenario.

Chica había desaparecido.

—¡John! —gritó desesperada.

Sin esperar respuesta, se marchó corriendo hacia el pasillo que tenía a la izquierda, intentando alejarse lo máximo posible de los baños.

El pasadizo estaba casi a oscuras. A medida que avanzaba, las puertas se abrían ante ella en la pared como bocas negras. No se detuvo a mirar en ninguna, solo rezaba para que no saliera nada de alguna de ellas y le saltara encima. Llegó a la última y paró un instante, con la esperanza de que, contra todo pronóstico, estuviera abierta. Agarró el pomo y lo giró. Por suerte, se abrió.

Se deslizó dentro y cerró la puerta enseguida, intentando no hacer ruido. Se quedó observando la entrada durante largo rato, casi esperando a que se abriera de golpe. Por fin se dio la vuelta. Fue entonces cuando lo vio: Carlton estaba allí. Tenía los ojos abiertos como platos, pero no se movía. En cuanto Charlie se acostumbró a aquella luz tan tenue, lo entendió. Estaba atrapado, encajado en la mitad superior de uno de los trajes animatrónicos. Su cabeza sobresalía de entre los hombros del disfraz. Estaba pálido y agotado. Y ella sabía por qué. «Los resortes.» Por un momento le pareció estar oyendo la voz de su padre: «¡Podría arrancaros la nariz!».

—¿Carlton? —dijo Charlie con cautela, como si su voz pudiera activar los mecanismos.

—Ajá —respondió él con el mismo tono vacilante.

—Ese traje te matará si te mueves.

—Gracias por la información —resopló, intentando reírse a medias.

Charlie forzó una sonrisa.

—Bueno, hoy es tu día de suerte. Seguramente soy la única persona que sabe cómo sacarte de esa cosa con vida.

Carlton exhaló con respiración temblorosa.

—Mira qué bien.

Charlie se arrodilló a su lado y estudió el disfraz largo rato, sin tocarlo.

—Estos dos resortes del cuello no sujetan nada —dijo por fin—. Solo los ha puesto para que salten y te corten el cuello si intentas moverte. Tengo que desactivar esos primero y después podremos abrir la parte de detrás del disfraz para sacarte. Pero no te muevas, Carlton, en serio.

—Sí, nuestro querido asesino en serie ya me ha explicado eso de no moverme —dijo.

Charlie asintió y volvió a concentrarse en el disfraz, intentando trazar un

plan de ataque.

—¿Sabes a quién llevo puesto? —preguntó Carlton casi como si nada.

—¿Qué?

—El disfraz, ¿sabes qué personaje se supone que es?

Charlie lo estudió y después buscó a su alrededor hasta encontrar la cabeza a juego.

—No. No todo lo que construía subía al escenario.

De pronto, sus dedos dejaron de trabajar. Inspeccionó el surtido de disfraces y piezas en distintas fases de fabricación que llenaban las paredes.

—Carlton, ¿está aquí?

El chico se esforzó por mirar hacia atrás sin moverse, con una renovada sensación de terror.

—No lo sé —musitó—. No lo creo, pero me he desmayado varias veces.

—Vale, deja de hablar, intentaré darme prisa —dijo Charlie. Ya había descubierto cómo funcionaba el mecanismo, o al menos eso creía.

—No vayas demasiado rápido —le recordó Carlton.

Charlie metió la mano en el cuello del disfraz despacio y con cuidado, agarró el primer resorte y maniobró hasta tener los dedos encajados entre el mecanismo y el cuello de Carlton.

—Cuidado con esa arteria, la tengo desde que era pequeño —dijo el chico.

—Shh —siseó Charlie.

Cuando Carlton hablaba, notaba que se le movía el cuello; no creía que eso pudiera activar los resortes, pero la sensación de los tendones moviéndose bajo sus manos era inquietante.

—Vale —musitó—, lo siento. Cuando estoy nervioso, me da por hablar.

Apretó la mandíbula y se mordió los labios. Charlie metió más la mano y encontró el sensor. El resorte saltó contra su mano con un chasquido penetrante, tan fuerte que le durmió los dedos. «Uno menos», pensó mientras lo sacaba, ya inutilizado, del cuello del traje. Dobló los dedos hasta recuperar la sensibilidad. Luego gateó hasta el otro lado de Carlton y empezó de nuevo. De vez en cuando miraba por encima del hombro para asegurarse de que todos los disfraces seguían en su sitio contra la pared.

La piel de su amigo era cálida al tacto. A pesar de que ya no hablaba, todavía percibía sus movimientos, la vida que había en él. Mientras trabajaba, sentía su pulso contra el dorso de la muñeca. Tuvo que reprimir

unas lágrimas inesperadas. Tragó con fuerza y se concentró en la tarea intentando no pensar en que estaba tocando a alguien que moriría si le fallaba.

Activó también este resorte, recibió el impacto en la palma de la mano y sacó el mecanismo desactivado del traje. Carlton respiró hondo y ella se asustó.

—¡Carlton, no te relajes!

El chico se puso rígido y respiró lentamente, con los ojos muy abiertos y asustados.

—Tienes razón. Sigue siendo una trampa mortal.

—Deja de hablar —le pidió Charlie una vez más.

Sabía con exactitud el peligro que corría todavía y no soportaba oírle hablar, sobre todo si estaba a punto de morir.

—Vale, ya casi está.

Gateó hasta colocarse a su espalda, donde un conjunto de diez cierres de cuero y metal ataban el disfraz. Reflexionó un instante. Tenía que mantener el traje sujeto, exactamente como estaba, hasta el último momento. Se sentó detrás de él y dobló las rodillas: así podía mantener el disfraz en su sitio con las piernas mientras lo abría.

—No sabía que te importaba —murmuró Carlton como intentando hacer un chiste, pero demasiado cansado y asustado para terminarlo.

Charlie no contestó.

Soltó los cierres uno a uno. El cuero estaba rígido, y el metal, muy ajustado. Ambos se resistían a que los manipulara. Cuando ya llevaba la mitad, sintió que el peso del traje comenzaba a desplazarse. Lo sujetó más fuerte con las rodillas para mantenerlo cerrado. Por fin abrió el último, en la base del cuello. Respiró hondo: ya estaba.

—Vale, Carlton, ya casi estamos. Voy a abrir esto y a lanzarlo hacia delante. Cuando lo haga, sal de él lo más rápido que puedas, ¿de acuerdo? Uno… dos… ¡y tres!

Abrió el disfraz de un tirón y lo empujó con todas sus fuerzas. Carlton se zafó de él de golpe y cayó bruscamente sobre ella. Al soltarlo, Charlie sintió un dolor agudo y punzante en el dorso de la mano, pero el disfraz voló hasta el centro del cuarto y quedaron a salvo. Se oyeron varios chasquidos, ruido como de petardos. Ambos gritaron, dieron un salto hacia detrás y chocaron contra una pesada estantería metálica. Observaron cómo el disfraz vacío se

retorcía y giraba por el suelo; las piezas del animatrónico saltaban y se encajaban con violencia. Cuando se detuvo, Charlie lo miró fijamente. Esa cosa no era más que un torso, un objeto.

A su lado, Carlton dejó escapar un gruñido grave; se dio la vuelta y vomitó en el suelo: parecía que se le iban a salir las entrañas. Charlie lo miró sin saber qué hacer. Le apoyó la mano en el hombro y la dejó ahí hasta que terminó, se limpió la boca y se sentó casi sin aliento.

—¿Estás bien? —le preguntó, aunque las palabras sonaron ridículas.

Carlton asintió con cuidado, después hizo una mueca de dolor.

—Sí, estoy bien. Perdón por lo del suelo. Supongo que, en cierto modo, todo es tuyo.

—Puede que estés sufriendo una conmoción —dijo Charlie, alarmada, pero él negó con la cabeza, más despacio esta vez.

—No lo creo. Me duele la cabeza como si me hubieran pegado muy fuerte, y estoy mareado, tras horas de estar atrapado en esta sala contemplando la muerte. Pero creo que estoy bien. La cabeza la tengo bien.

—De acuerdo —dijo Charlie, dubitativa. Entonces por fin procesó algo que él le había dicho—. Carlton, has dicho que «nuestro querido asesino en serie» te ha explicado lo de no moverte. ¿Has visto quién te ha hecho esto?

Carlton se puso de rodillas con cuidado y después se levantó, apoyándose en una caja cercana. Miró a Charlie.

—He estado atrapado en esa cosa durante horas. Siento un hormigueo en todo el cuerpo. —Sacudió el pie como para demostrar lo que decía.

—¿Has visto quién ha sido? —repitió Charlie.

—Dave, el guarda —dijo Carlton. Parecía sorprendido de que su amiga no lo supiera.

Charlie asintió: se lo imaginaba.

—¿Qué te ha dicho?

—No mucho —contestó Carlton—. Pero…

De repente abrió mucho los ojos, como si acabara de recordar algo más que importante. Apartó la mirada de Charlie y cayó lentamente de rodillas.

—¿Qué pasa? —musitó Charlie.

—¿De verdad quieres saberlo?

Ahora parecía muy tranquilo para alguien que había escapado de una muerte casi segura.

—¿Qué pasa? —insistió la chica.

Él la miró nervioso un instante, después respiró hondo y palideció.

—Charlie, esos niños de hace tantos años…

Inmediatamente captó toda la atención de su amiga.

—¿Qué?

—A todos ellos, Michael y los demás, se los llevaron del comedor cuando nadie miraba y los trajeron aquí. —De pronto, Carlton retrocedió y fue hacia la puerta, observando las paredes como si estuvieran llenas de criaturas invisibles. Se frotó los brazos como si tuviera un frío repentino e hizo una mueca de dolor—. Dave, el guarda, los traía aquí… Y los metía en trajes, Charlie.

Se detuvo, con la mirada perdida.

—Siguen aquí —añadió.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Charlie en un susurro tan suave que casi no la oyó.

Carlton hizo un gesto hacia el rincón opuesto de la sala. Charlie miró hacia allí: había un disfraz amarillo de Freddy apoyado contra la pared, completamente montado, como si estuviera a punto de salir al escenario para el espectáculo.

—Ahí está. Ese es el oso que recuerdo del otro restaurante. —Charlie se tapó la boca.

—¿El otro restaurante? —Carlton parecía desconcertado.

—No entiendo. —Charlie tenía la mirada clavada en el disfraz amarillo—. Carlton, no lo entiendo —insistió.

—Michael.

Su amiga lo miró fijamente. «¿Michael?»

—¿A qué te refieres? —preguntó con voz contenida.

—Ya sé que parece una locura —dijo, y después bajó la voz hasta convertirla en un susurro—, pero creo que Michael está dentro de ese traje.

—¡No consigo sacar esta cosa! —John suspiró de frustración y se frotó la mano; el cerrojo le estaba dejando marcas rojas en los dedos.

Jessica murmuró algo, pero no apartó los ojos de las pantallas.

—¡No veo nada! —estalló poco después.

La radio crepitó y después oyeron la voz de Marla, que los llamaba desde la sala de control de la Cueva del Pirata.

—Eh, vosotros dos, callad y no os mováis.

Se quedaron clavados donde estaban. Jessica miró a John, pero él se encogió de hombros, tan confundido como ella.

Algo golpeó la puerta. El chico se apartó de un salto y casi se cayó.

—¿Marla? —dijo Jessica con la cara pálida—. Marla, eres tú, ¿verdad?

El golpe sordo se repitió, más fuerte que antes. La puerta tembló.

—¿Qué es eso, un mazo? —susurró John con voz ronca.

Los golpes continuaron. La puerta, que tan sólida parecía, comenzó a abollarse. Se apretujaron contra el panel de control sin nada mejor que hacer que observar. Jessica se agarró a la espalda de la camisa de John y enredó los dedos en la tela. El chico no la apartó. La puerta se dobló hacia dentro de nuevo. Esta vez una de las bisagras cedió un poco, de manera que se abrió una pequeña rendija entre la puerta y el marco. No aguantaría mucho tiempo. John sintió que los dedos de Jessica le agarraban la camisa con más fuerza. Quería darse la vuelta y consolarla de alguna manera, pero estaba tan fascinado que no era capaz de apartar la mirada. Casi podía ver a través de la rendija. Alargó el cuello. Hubo otro golpe. La hendidura se ensanchó: al otro lado vio unos ojos tranquilos e inexpresivos que acechaban.

—¡Fuera, fuera! —gritó Marla agitando las manos hacia la pantalla, como si John y Jessica pudieran verla.

Lamar se tapaba la boca con ambas manos y tenía los ojos muy abiertos. Jason estaba sentado en el suelo y esperaba nervioso, como si también fueran a atacar su puerta enseguida. La imagen de las pantallas era oscura, pero estaba claro que algo grande acechaba el escenario principal: una figura negra y estática que merodeaba de un lado a otro y que a ratos bloqueaba toda la imagen.

—Marla —susurró Lamar con la esperanza de que se callara—. Marla, mira…

Señaló la pantalla que mostraba la Cueva del Pirata, al otro lado de su puerta. La chica miró la imagen por encima del hombro. El telón estaba abierto; el espacio, completamente vacío. El letrero de FUERA DE SERVICIO colgaba intacto de un lado a otro de la tarima.

—El pestillo, no lo hemos… —dijo Marla, débilmente, cayendo en la

cuenta del error que habían cometido.

La chica se volvió hacia Jason y dejó escapar un lamento de pánico: la puerta se estaba abriendo poco a poco.

—Shhh. —Lamar pulsó rápidamente el pequeño interruptor para apagar la luz de la sala y se apretó contra la pared, junto a la puerta.

Marla y Jason lo imitaron y se pegaron contra la pared de enfrente. Las pantallas seguían parpadeando e iluminaban la estancia en diferentes tonos de gris y algún que otro estallido blanco.

La puertecita chirriaba a una velocidad desesperante y el hueco negro se ensanchó hasta abrirse por completo.

—¡Marla! —Una voz entrecortada por las interferencias llamó desde algún lugar del suelo. Lamar estiró el pie hacia el otro lado de la alfombrilla para intentar alcanzar el *walkie-talkie*.

—Shhh, shhh… —Marla cerró los ojos y suplicó en silencio que Jessica dejara de hablar.

—Marla, ¿dónde estás? —insistió la voz de la chica.

Lamar consiguió girar hacia un lado el aparato, que se apagó con un clic. No sabía si había movido una pila o había conseguido darle al interruptor, pero no importaba.

En aquella sala diminuta no había dónde esconderse. El techo era demasiado bajo para estar de pie. Incluso con la espalda apoyada en la pared, sus piernas se estiraban por debajo del marco de la puerta. La repisa que había bajo la entrada era lo bastante alta para ocultar las piernas a alguien que estuviera fuera, pero no a quien consiguiera entrar.

Contuvieron el aliento. La sala ya no estaba vacía, algo estaba entrando. A medida que avanzaba, vieron un hocico y el brillo arañado de dos ojos que miraban hacia delante sin parpadear. Aquella cabeza monstruosa amenazaba con llenar el espacio.

—Foxy —vocalizó Jason sin hacer ruido.

Los ojos de plástico se movían artificialmente a izquierda y derecha; buscaban, pero no veían. La mandíbula parecía estar a punto de abrirse, pero no llegó a hacerlo.

La débil luz de las pantallas le teñía de rojo el rostro y dejaba el resto de su cuerpo envuelto en la oscuridad. La cabeza se movía despacio hacia detrás; las orejas subían y bajaban sin un ritmo concreto, una ocurrencia de última hora cuando se programó diez años atrás. A medida que se retiraba,

los ojos de Foxy giraban de un lado a otro; uno de ellos estaba parcialmente oculto por un parche podrido. Marla contuvo el aliento, temiéndose el momento en que la mirada recaería sobre ella. La cabeza ya casi estaba fuera cuando los ojos se desplazaron hacia la derecha y dieron con la chica. Las esferas de plástico se clavaron en ella, que permaneció sentada en silencio y horrorizada. Un instante después, la cabeza se retiró y dejó un espacio vacío y negro.

Jason salió disparado para agarrar la puerta y cerrarla. Marla amagó débilmente con sujetarlo para intentar detenerlo. El chico pasó a su lado, se detuvo y se arrodilló en el umbral. Oteó en la oscuridad, ahora sí con miedo de lo que pudiera haber allí fuera. Gateó despacio hacia delante y su torso desapareció momentáneamente mientras se estiraba para agarrar el pomo. Después volvió dentro y cerró la puerta con suavidad. Marla y Lamar cerraron los ojos y suspiraron profundamente al mismo tiempo.

Jason los miró. Casi sonreía cuando, en un momento de confusión, la puerta se abrió de golpe otra vez y un feo garfio de metal se le hundió en la pierna. Chilló de dolor. Marla saltó para sujetarlo, pero no fue lo bastante rápida. Vio impotente cómo arrastraban a su hermano por la puerta.

—¡Marla! —gritó el chico arañando el suelo en vano.

Ella aulló con desesperación. Lo único que veía del agresor era el horrible brillo del garfio.

La chica se abalanzó hacia la puerta tras él, cayó de rodillas y se arrastró hacia aquella cosa, pero Lamar la sujetó por el hombro y tiró de ella hacia atrás mientras echaba mano de la puerta. Antes de que pudiera cerrarla, una fuerza sobrehumana se la arrancó de las manos. De pronto tuvieron delante a Foxy, que entró en la sala.

Estaba lleno de vida, muy distinto. Se volvió hacia Marla. Sus ojos plateados parecían entender lo que veían. Su rostro era canino; los retazos de pelo naranja apenas le cubrían el cráneo. Alternó la mirada entre ambos: primero dirigió su sonrisa macabra a Lamar; después, a Marla. Los ojos le brillaban y se le apagaban. Cuando cerraba la mandíbula, sonaba como si algo se rompiera. Lo miraron fijamente acorralados contra el panel de control. Entonces Lamar cayó en la cuenta de lo que estaba pasando.

—No cabe entero —susurró.

Marla se fijó: era cierto: los hombros de Foxy se habían atascado en el umbral; su cabeza era lo único que podía atravesar la puerta.

Lamar arremetió contra el animatrónico, se apoyó en la pared y le dio tres patadas hasta que Foxy se quejó en voz baja, un sonido más propio de una máquina que de un animal. Se escabulló hacia atrás, hacia la oscuridad. El chico cerró la puerta tras él y encajó el cerrojo. Se miraron mutuamente durante un rato con la respiración acelerada.

—¡Jason! —gritó Marla.

Lamar la abrazó. Ella se dejó hacer, pero no lloró: se limitó a cerrar los ojos.

—¿Qué quieres decir con que Michael está en ese traje? —dijo Charlie con suavidad, como si le estuviera hablando a alguien que se ha vuelto loco pero al mismo tiempo estuviera desesperada por conocer la respuesta.

Carlton miró el oso amarillo largo rato; cuando se volvió hacia Charlie, tenía el rostro en calma. Abrió la boca para hablar, pero su amiga le puso un dedo sobre los labios. Algo se acercaba; oía pisadas en el pasillo: unos pasos que se dirigían hacia ellos. Pasos decididos, de alguien a quien no le importaba que lo oyeran. Charlie buscó como loca por la sala y descubrió una tubería en un rincón. La cogió y se colocó a toda prisa detrás de la puerta para que quienquiera que entrara no la viera. Carlton levantó el torso del traje con la intención de usarlo como arma. Parecía confuso, como si no pensara con claridad.

—No lo hagas —le advirtió Charlie en voz baja, pero era demasiado tarde.

Algo chasqueó dentro del traje. Carlton lo soltó y dio un paso atrás con una mancha de sangre en la mano.

—¿Estás bien? —le susurró su amiga.

El chico asintió.

El pomo de la puerta giró.

Dave apareció en el umbral con la cabeza alta y el gesto serio. Al ver a Carlton liberado de aquel disfraz, resopló. Antes de que pudiera moverse, Charlie levantó la tubería, dio un paso adelante y la dejó caer sobre su cabeza con un clonc repugnante.

Dave se dio la vuelta, conmocionado. Charlie levantó el arma lista para atacar otra vez, pero el hombre se tambaleó hacia atrás contra la pared y se desplomó sentado.

—¡Carlton, vamos! —exclamó Charlie con urgencia, pero el chico se miraba la mano herida—. ¿Te has hecho daño?

—No —contestó, despertó de su ensimismamiento y se limpió la mano en la camisa, que era negra.

—Venga —insistió Charlie mientras lo agarraba del brazo—. Tenemos que salir de aquí. No sé cuánto tiempo estará KO.

«Estás demasiado tranquila para haber dejado inconsciente a alguien», pensó irónicamente.

Salieron al pasillo vacío, iluminado solo por el brillo tenue que llegaba de las demás salas. Charlie llevó a Carlton rápidamente a través de las puertas batientes de la cocina, donde la oscuridad era absoluta. La negrura era tan densa que casi se podía tocar, era como si los hubiera engullido. Se volvió para mirar a su amigo, pero el débil sonido de su respiración fue lo único que le confirmó que seguía a su lado. Algo le tocó el hombro y contuvo un grito.

—He sido yo —siseó Carlton.

Ella suspiró.

—Asegurémonos de que no nos sigue nadie y podremos ir a buscar a los demás para salir de aquí —musitó.

Echó la vista atrás hacia la puerta, a los últimos resquicios de luz que asomaban por debajo de ella. Se acercó un poco y se puso de puntillas para mirar por la ventana redonda, procurando no tocarla.

—¿Qué ves? —murmuró Carlton.

—Nada, creo que estamos a salvo.

En cuanto pronunció esas palabras, una silueta le pasó por delante y oscureció el cristal. Charlie se apartó de un salto y casi se cayó encima de Carlton. Ambos tropezaron con prisa por alejarse de la puerta.

De repente, dos haces de luz atravesaron la oscuridad e iluminaron la sala con un intenso brillo amarillo. Chica merodeaba por allí y casi se les puso encima. Se estiró hasta alcanzar su altura máxima. «Debía de estar escondida aquí desde el principio», pensó Charlie. Los rincones oscuros de la cocina podían ocultar cualquier cosa. Chica movió los ojos de un lado a otro para mirarlos con aquellos haces de luz mareantes. Entonces se detuvo. Charlie agarró a Carlton del brazo.

—¡Corre! —gritó.

Se pusieron en marcha rodeando la mesa y haciendo que el mobiliario

metálico repiqueteara al rozarlo. Los pasos de Chica tras ellos eran largos y lentos. Cuando por fin alcanzaron la puerta, se precipitaron hacia el pasillo y corrieron en dirección al comedor principal.

John y Jessica estaban en silencio y escuchaban el alboroto exterior. El chico apoyaba la mano en la puerta de la sala de control; la criatura del otro lado se había marchado, o por lo menos eso parecía. El cerrojo estaba en el suelo. John probó a girar el pomo, pero la puerta, ahora deformada, seguía atascada.

—¿Estás loco? —exclamó Jessica, asustada.

—¿Y qué otra cosa podemos hacer? —respondió John con tranquilidad.

Ella no contestó.

El chico cogió carrerilla desde el panel de control y le dio una patada calculada a la puerta, que se movió unos pocos centímetros.

—Ahora déjame a mí —dijo Jessica; antes de que él respondiera, le dio otra patada, que también la movió solo un poco.

Se turnaron en silencio hasta que finalmente John dio la patada que rompió la bisagra superior. Enseguida forzó la puerta lo suficiente para poder salir a gatas.

Se detuvieron fuera, expuestos en el comedor principal. Jessica miró el escenario con tristeza: estaba vacío.

—No sé por qué estamos más seguros aquí —dijo.

Pero John no la escuchaba.

—¡Charlie! —gritó, y después se tapó la boca, pero era demasiado tarde.

Charlie y Carlton se acercaban corriendo por aquel oscuro pasillo.

—¡Vamos! —les gritó Charlie sin detenerse.

John y Jessica la siguieron fuera del comedor por el pasadizo opuesto, hacia el almacén por el que habían entrado.

Charlie recorría el pasillo con un objetivo claro: se detuvo delante de una puerta cerrada para intentar abrirla. Detrás de ellos tenían la negra abertura de una sala de fiestas completamente a oscuras, un espacio amplio y vacío que podía esconder cualquier cosa. John dio la espalda al grupo para vigilar aquel abismo.

—¿Está cerrada? —preguntó Carlton con un deje de pánico en la voz.

—No, solo atascada —contestó Charlie.

La forzó y la puerta se abrió de golpe. Corrieron dentro. John se quedó fuera hasta el último momento, con los ojos aún clavados en la oscuridad que dejaba atrás.

Una vez cerraron la puerta, Charlie alargó la mano hacia el interruptor que había junto a la entrada, pero John le sujetó el brazo.

—No enciendas la luz —dijo echando un vistazo hacia atrás—. Tenemos luz suficiente, deja que tus ojos se acostumbren.

Encima de la puerta había una ventana de vidrio grueso esmerilado que dejaba pasar un hilo de luz y color desde el pasillo.

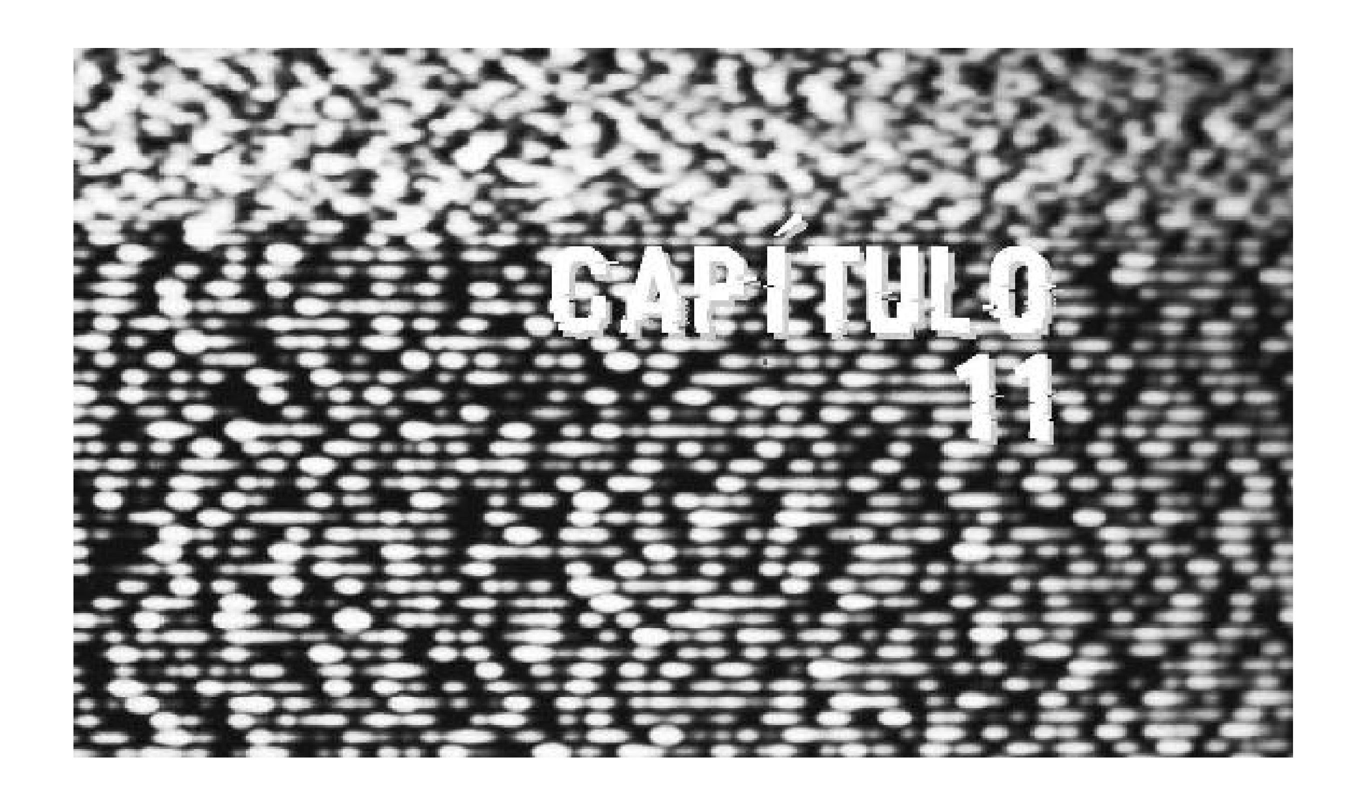
—Tienes razón —dijo Charlie.

Una luz encendida allí dentro los habría delatado. Registró la estancia en penumbra. Había sido una oficina, pero no recordaba haberla visitado a menudo; no estaba segura de quién solía usarla. Había cajas de cartón aquí y allá desbordadas de papeles con las tapas tímidamente apoyadas sobre el caos que contenían. En la esquina había un viejo escritorio de metal azul grisáceo con abolladuras visibles en la superficie. Jessica se apoyó en ella para sentarse encima.

—Cierra la puerta con pestillo —dijo, enfadado.

Charlie lo hizo. El pomo tenía un botón que estaba claro que resultaría inútil, además de un cerrojo endeble, como los que suele haber en los cubículos de los baños o en las vallas de madera.

—Supongo que es mejor esto que nada.



Permanecieron sentados en silencio unos minutos en aquella pequeña oficina, todos con los ojos puestos en la puerta, esperando. «Volvemos a estar atrapados, pero en otro sitio», pensó Charlie.

—Tenemos que salir de aquí —dijo Jessica con suavidad, como poniendo voz a lo que pensaba su amiga.

De repente, Carlton hizo un leve sonido de angustia. Cogió una caja de cartón entre espasmos, volcó parte de su contenido y vomitó en ella. Tenía el estómago vacío, así que las arcadas eran en vano; sus entrañas se contraían sin efecto alguno. Finalmente se recostó resollando. Tenía la cara roja y lágrimas en los ojos.

—Carlton, ¿estás bien? —preguntó John asustado.

—Nunca he estado mejor —contestó el chico mientras su respiración se normalizaba poco a poco.

—Estás sufriendo una conmoción —dijo Charlie—. Mírame.

Se arrodilló delante de él y le observó los ojos intentando recordar qué aspecto tenían las pupilas cuando alguien estaba conmocionado. Carlton movió las cejas.

—Ah, ah, ¡au! —Apretó los dientes, agachó la cabeza y se la sujetó como si alguien fuera a arrebatársela. Un minuto después, aún encogido por el dolor, se disculpó——: Lo siento, creo que ha sido la carrera, me recuperaré.

—Pero… —comenzó a protestar Charlie.

Sin embargo, él la interrumpió mientras se incorporaba con visible esfuerzo.

—Charlie, no pasa nada. ¿No crees que es normal que me encuentre un poco mal? ¿Y tú? —Le señaló el brazo y ella bajó la mirada sin saber a qué se refería.

Una pequeña mancha de color rojo intenso había empapado la venda del día anterior; la herida debía de haberse abierto mientras huían.

—Oh —exclamó Charlie, de pronto también un poco mareada. John se acercó a ayudarla, pero ella lo apartó con un gesto—. Estoy bien.

Movió el brazo para probar; sentía el mismo dolor sordo que le había atravesado la herida durante las últimas horas, pero no parecía haber empeorado y la mancha de sangre no crecía demasiado rápido.

Se oyó otro trueno en el exterior y las paredes temblaron.

—Tenemos que salir de aquí. No solo de esta sala, ¡sino del edificio! —exclamó Jessica.

—Carlton necesita un médico —añadió John.

Jessica levantó la voz un poco histérica.

—¡Vamos a necesitarlo todos si no salimos de aquí!

—Lo sé —la secundó Charlie.

Sintió que aquel comentario evidente la enfadaba un poco y trató de contenerse. Estaban asustados y atrapados; atacarse unos a otros no ayudaría.

—Vale —prosiguió—. Tienes razón, tenemos que salir de aquí. Podríamos probar por la claraboya.

—No creo que consigamos salir por ahí —dijo John.

—Tiene que haber alguna escalera—respondió Charlie, cuyo miedo crecía a medida que analizaba las opciones. Se irguió y recuperó la compostura.

—No nos servirá de mucho —comentó Jessica.

—Los conductos de ventilación —dijo John, acelerado—. El respiradero por el que ha entrado Jason es demasiado pequeño, pero tiene que haber

más. Ventanas. Freddy's tenía ventanas, ¿no? Tienen que conducir a alguna parte.

—Yo diría que es casi seguro que están todas tapiadas. —Charlie sacudió la cabeza y la bajó al suelo un instante, después miró a John a los ojos—. Han sellado todo el edificio.

El *walkie-talkie* despertó crepitando y todos se sobresaltaron. Se oyó la voz de Lamar.

—¿John?

El chico cogió la radio.

—¿Sí? Sí, estoy aquí, con Charlie, Jessica y Carlton. Estamos en una oficina.

—Bien —contestó Lamar—. Escucha…

Se oyó un breve ruido y entonces recibieron la voz de Marla.

—Bien, escuchad, estoy viendo las pantallas y parece que todos los robots han vuelto al escenario principal.

—¿Y la Cueva del Pirata? —intervino Charlie, que se inclinó hacia John para hablar al aparato—. ¿Foxy también está ahí?

Hubo una pequeña pausa.

—El telón está cerrado.

—Marla, ¿va todo bien? —preguntó Charlie.

—Ajá —respondió escuetamente, y el zumbido de fondo se desvaneció de repente; había apagado el *walkie-talkie*.

Charlie y John se miraron.

—Algo pasa —dijo Carlton—. Aparte de lo evidente, quiero decir.

Hizo un gesto vago señalando todo lo que los rodeaba.

—¿De qué hablas? —Jessica estaba perdiendo la paciencia.

—Me refiero a Marla. Algo le pasa, vuelve a llamarla.

John apretó otra vez el botón de llamada.

—¿Marla? ¿Qué pasa?

La respuesta de Lamar tardó un largo minuto en llegar.

—No sabemos dónde está Jason. —Se le quebró la voz—. Está en peligro.

El estómago de Charlie dio un vuelco. «No.» Oyó que John respiraba hondo. Al otro lado de la línea se oyó un sonido tembloroso: Marla estaba llorando. Empezó a hablar, paró y volvió a intentarlo.

—Foxy —dijo en tono un poco elevado, debido a que forzaba las

palabras—. Se lo ha llevado Foxy.

—¿Foxy? —preguntó Charlie con cautela.

La figura de la entrada, la lluvia azotándola, los ojos plateados ardiendo en la oscuridad.

Cogió el *walkie-talkie* de las manos de John; él no protestó.

—Marla, escúchame, vamos a encontrarlo, ¿me oyes?

Aquel atrevimiento sonaba vacío, incluso para ella misma. El *walkie-talkie* no hizo ningún ruido. Charlie, que se sentía inquieta, con ganas de hacer algo, se volvió hacia los demás.

—Voy a comprobar la claraboya una última vez. Jessica, ven conmigo, eres la que más posibilidades tienes de caber por ahí.

—Cómo no —contestó ella a regañadientes, pero se puso de pie.

—No deberíais ir solas —dijo John, que se levantó para ir con ellas.

Charlie negó con la cabeza.

—Alguien tiene que quedarse con él —replicó señalando a Carlton.

—Eh, ya soy mayorcito, puedo quedarme solo —dijo el chico hablando en dirección a un estante.

—Nadie se queda solo —declaró Charlie con firmeza.

John asintió hacia ella, como para despedirse. Ella le correspondió. Miró de nuevo a Carlton, que tenía el rostro tenso de dolor.

—No dejes que se quede dormido —le dijo a John en voz baja.

—Lo sé —susurró él.

—Os estoy oyendo, ¿sabéis? —comentó Carlton, pero su voz sonaba fatigada.

—Vamos —dijo Jessica.

Charlie cerró la puerta tras ellas y oyó que John volvía a cerrar el pestillo. Ella iba en cabeza. El armario de la claraboya no estaba lejos y se deslizaron por el pasillo y a través de las puertas sin incidentes.

—La claraboya. ¿Ves?, no hay manera de escalar por ella, ni siquiera para mí. Para alcanzar el tejado tendría que apoyar todo el peso en el cristal y se rompería. Aunque tuviéramos una escalera, por aquí no podríamos salir —dijo Jessica.

—Podríamos quitar la ventana de la claraboya —sugirió débilmente Charlie.

—Supongo que podríamos romper todo el vidrio, pero eso nos lleva de vuelta a la cuestión de la escalera. Tenemos que buscar por ahí.

Alguien llamó a la puerta inesperadamente. John se incorporó de un salto para aguzar el oído. Charlie volvió a llamar y durante un instante se arrepintió de que no hubieran acordado algún tipo de señal.

—Soy yo —dijo en voz baja, y el pestillo se deslizó.

John parecía preocupado.

—¿Qué pasa? —preguntó Charlie, y desvió la mirada hacia Carlton.

El chico estaba acurrucado en el suelo con las rodillas contra el pecho; con los brazos se envolvía extrañamente la cabeza. Charlie se arrodilló a su lado.

—¿Carlton? —lo llamó.

El chico emitió un leve quejido. Le puso una mano en el hombro y se inclinó hacia él.

—¿Charlie? Siento todo esto —musitó.

—Shh. Cuéntame qué te pasa. —Sentía un terror nauseabundo. Estaba sucediendo algo terrible y no sabía hasta qué punto se trataba de su amigo herido o del agotamiento, el dolor y el miedo. Le acarició la espalda y, esperando que fuera verdad, le dijo—: Te pondrás bien.

Después de un rato, su amigo la apartó de un empujón; ella se retiró un poco dolida, hasta que vio que se lanzaba sobre la caja de cartón con más arcadas. Charlie levantó la mirada hacia John.

—Necesita un médico —dijo él en voz baja.

Ella asintió.

Carlton se incorporó y se limpió la cara con la manga.

—No es para tanto. Es solo que estoy agotado.

—No puedes quedarte dormido —le dijo Charlie.

—Lo sé, no lo haré. Pero anoche no dormí y no he comido nada desde ayer; eso lo empeora todo. He tenido un momento malo, pero estoy bien.

Charlie lo miró dubitativa, pero no replicó.

—¿Y ahora qué? —dijo Jessica.

Charlie no respondió inmediatamente, a pesar de saber que la pregunta iba dirigida a ella. Se estaba imaginando al guarda con los ojos en blanco y desplomándose en el suelo con el rostro desencajado. Necesitaban respuestas y él era quien las tenía.

—Ahora esperemos que no haya matado al guarda por accidente —dijo Charlie.

—No quiero volver a salir —dijo Jessica.

—Tenemos que volver adonde he encontrado a Carlton.

—Espera —dijo John, y sacó la radio otra vez—. Eh, Marla, ¿estás ahí?

Se oyó un breve zumbido y después la voz de la chica.

—Sí, estamos aquí.

—Tenemos que llegar al almacén que está al otro lado del comedor principal, después del escenario. ¿Veis esa zona?

Hubo una pausa mientras Marla buscaba por las pantallas.

—Veo la mayor parte. ¿Dónde estáis? A vosotros no os veo.

—Estamos en una oficina, es… —John miró a Charlie en busca de ayuda y esta cogió el *walkie-talkie*.

—Marla, ¿ves otro pasadizo que sale de la sala principal? Más o menos en la misma dirección que el armario, pero justo al lado.

—¿Cómo? ¡Hay demasiados pasillos!

—Espera. ¿Ves esto?

A pesar de las protestas de los demás, Charlie abrió la puerta y asomó la cabeza con cuidado. Cuando estuvo segura, en la medida de lo posible, de que la zona estaba despejada, salió, levantó la mirada y saludó. Por el *walkie-talkie* no se oía nada más que un zumbido suave y constante, pero entonces Marla habló agitada.

—¡Te veo, Charlie, te veo!

La chica se deslizó de nuevo dentro de la salita. Jessica cerró la puerta tras ella, comprobando dos o incluso tres veces el pestillo.

—Vale, Marla —dijo Charlie—. Sigue las cámaras. Ahora que ves el pasillo, ¿ves también el comedor principal?

—Sí —respondió al instante—, la mayor parte. Veo el escenario y la zona de alrededor, y veo también el segundo pasadizo, paralelo al vuestro.

—¿Ves la puerta del final?

—Sí, pero no el interior.

—Tendremos que jugárnosla —respondió Charlie—. Marla, ¿tenemos vía libre hacia el comedor?

—Sí —contestó la chica después de un instante—. Eso creo.

Charlie se puso en cabeza y los cuatro recorrieron el pasillo despacio. Jessica se quedó un poco atrás con Carlton, tan cerca de él que casi tropezó con sus pies.

—Jessica, estoy bien.

—Lo sé —dijo en voz baja, pero no se apartó, y él tampoco volvió a

protestar.

Pararon al llegar al final del pasadizo.

—¿Marla? —llamó Charlie por la radio.

—Adelante… ¡No, esperad! —gritó, y se detuvieron en seco apretando los cuerpos contra la pared, como si eso pudiera hacerles invisibles. Marla susurró por el *walkie-talkie*, y el siseo distorsionó aún más su voz—. Hay algo… Quedaos quietos…

Dijo algo más, pero no lo entendieron. Charlie estiró el cuello para ver la sala y lo que estuviera merodeando por allí, alguna silueta difusa acechando entre las sombras lista para atacar. Se oyó un trueno fuera y los paneles del techo temblaron como si estuvieran a punto de caer.

—Marla, no veo nada —dijo Charlie por la radio. Miró hacia el escenario, donde todos los animatrónicos estaban quietos, en posición, y dirigían sus miradas vacías hacia la lejanía.

—Yo tampoco —susurró John.

—Perdonad —dijo Marla—. Ya sé que es evidente, pero este sitio da miedo. Y tengo la sensación de que estamos en una medianoche eterna. ¿Alguien sabe qué hora es?

Charlie miró el reloj y entornó los ojos para distinguir las manecillas.

—Son casi las cuatro.

—¿De la mañana o de la tarde? —preguntó Marla. No parecía decirlo en broma.

—De la tarde —se oyó a Lamar por la radio, con cierta dificultad, como si no estuviera lo bastante cerca del aparato—. Te lo he dicho, Marla, es de día.

—No lo parece —se lamentó ella, y justo después otro temblor del edificio la hizo chillar.

—Lo sé —dijo él con suavidad, y la radio se apagó.

Charlie se quedó mirando el *walkie-talkie* un momento con una sensación de vacío. Era como colgar el teléfono sabiendo que la persona al otro lado seguía allí, pero sintiendo la pérdida de todos modos, como si pudiera haberse ido para siempre.

—¿Charlie? —la llamó John.

Ella lo miró.

El chico hizo un gesto con la cabeza hacia Carlton, que estaba apoyado en la pared con los ojos cerrados. Jessica se movía a su alrededor sin saber qué

hacer.

—Tenemos que sacarlo de aquí —afirmó John.

—Lo sé —contestó Charlie—. Vamos. El guarda es nuestra mejor opción para salir vivos de este sitio.

Echó otro vistazo al espacio abierto que tenían ante ellos y guio al resto. Al cruzar por delante del escenario vio que John y Jessica levantaban la vista, pero ella se negó a mirar a los animales, como si eso impidiera que ellos la miraran a ella. Sin embargo, no ayudó; sentía sus ojos clavados en ella, analizándola, esperando su momento. Al final no pudo soportarlo y giró la cabeza de golpe. Lo único que vio fueron robots inanimados con los ojos clavados en algo que nadie más veía.

Se pararon de nuevo en la entrada del pasadizo para esperar a que Marla los guiara; después de un momento angustioso, su voz salió de la radio con tranquilidad.

—Adelante, el pasillo está despejado.

Avanzaron. Ya casi habían llegado. Charlie sintió que se le encogía el estómago, una sensación serpenteante que luchaba por liberarse. Pensó en Carlton retorcido en el suelo de la oficina y por un instante tuvo ganas de imitarlo. Se detuvo a pocos metros de la puerta y levantó la mano.

—No sé si está ahí dentro —dijo en voz baja—. Y si está, no sé si se habrá… despertado.

«Ahora esperemos que no haya matado al guarda por accidente», había dicho antes en broma, pero las palabras la inquietaron. No se le había ocurrido que podía estar muerto hasta que lo dijo en voz alta. Y ahora, cuando estaba a punto de averiguarlo, la idea la inquietó.

—Charlie, tenemos que entrar —dijo John, como si supiera en qué estaba pensando.

Ella asintió. John se adelantó como para ponerse delante, pero ella negó con la cabeza. Hubiera lo que hubiera dentro, era ella quien lo había causado. Era su responsabilidad. Cerró los ojos un instante y después giró el pomo.

Estaba muerto. Estaba tumbado de espaldas en el suelo con los ojos cerrados y con el rostro ceniciento. Charlie notó que se tapaba la boca con su propia mano, pero era como si alguien le moviera el cuerpo. Se sentía entumecida y el nudo de su estómago se había quedado inmóvil. John pasó junto a ella, se arrodilló y le dio una bofetada a aquel hombre.

—John —dijo Charlie, y ella misma oyó el deje de pánico en su voz.

Él chico la miró con sorpresa.

—No está muerto —afirmó—. Solo inconsciente. Así no podrá contarnos nada.

—Tenemos que atarlo o algo —dijo Jessica—. No lo despiertes así.

—Sí, no es mala idea —la secundó Carlton.

Su mirada registró la sala en busca de objetos, herramientas o trajes, cualquier cosa que Dave pudiera usar, y que probablemente usaría, en su contra si tenía la oportunidad.

Charlie seguía inmóvil mientras el entumecimiento se desvanecía. «No está muerto.» Se sacudió como un perro para intentar librarse de los restos de la impresión y carraspeó.

—Busquemos algo con lo que atarlo. En este sitio parece haber de todo.

Jessica fue al fondo de la sala, donde las piezas de los disfraces se apilaban descuidadamente y las cabezas de los muñecos miraban desde ángulos extraños con ojos espantosos.

—Cuidado al tocar los disfraces —le dijo Charlie.

—Podríamos meterlo en uno de ellos, como me hizo él a mí —comentó Carlton.

Lo dijo en un tono impropio de él, duro y dolido. Charlie no creía que se debiera al daño que se había hecho. Su amigo se sentó en una caja con el rostro desfigurado y los brazos alrededor del cuerpo.

De pronto, la cara se le encendió alarmada.

—No toques… —exclamó, y apartó a Charlie de un empujón.

Pasó junto a Jessica, que rebuscaba entre los trastos, y empezó a abrirse paso entre el desorden levantando cajas y apartando cosas en una búsqueda desesperada.

—Charlie, ¡¿dónde está?! —preguntó recorriendo la habitación con la mirada sin encontrarlo.

Charlie se acercó adonde estaba buscando y se dio cuenta de qué faltaba: el disfraz amarillo de oso que había tirado en el rincón.

—¿Qué pasa? —preguntó John, confundido.

—Charlie, ¿dónde está? ¿Dónde está Michael? —Se dejó caer sobre una caja de cartón que se hundió un poco, pero aguantó el peso. Solo miraba a Charlie, como si no hubiera nadie más allí.

—¿Michael? —musitó John, que miró a Charlie, pero ella le devolvió la

mirada en silencio; no tenía respuestas.

—Michael estaba aquí. —Carlton apretó los labios y se balanceó adelante y atrás.

—Te creo —respondió Charlie, tranquila y en voz baja.

John apoyó las manos en las rodillas y suspiró.

—Voy a ayudar a Jessica —murmuró, y se levantó resignado—. Tiene que haber cuerda por algún lado.

—Enseguida voy. —Charlie le sonrió a Carlton con la esperanza de consolarlo y después se unió a los demás: fue hacia las cajas del rincón, junto a la puerta.

La primera solo contenía más papeleo, formularios oficiales con letra pequeña, pero debajo había una caja de cables alargadores.

—Eh, he encontrado algo —dijo Charlie, pero un grito aterrador la interrumpió.

Charlie se puso de pie al instante, lista para salir corriendo, pero los demás seguían donde estaban. Jessica señalaba algo en el rincón y casi temblaba. John estaba tras ella con los ojos muy abiertos.

—¿Qué es? —quiso saber Charlie.

Al no obtener respuesta, se acercó a toda prisa y miró la pila de disfraces vacíos que señalaba su amiga.

Era difícil distinguir lo que había en aquel montón de muñecos. Clavó la mirada en el batiburrillo de pelo, ojos, picos y patas. Y entonces lo vio.

Un hombre muerto.

Parecía joven, no mucho mayor que ellos. Y le resultaba familiar.

—Es el policía de anoche —dijo John cuando recuperó la voz.

—¿Qué? —dijo Carlton, que volvía a estar alerta. Se acercó a mirar—. Es el agente Dunn. Lo conozco.

—Tu padre lo había enviado a buscarte —dijo Charlie en voz baja.

—¿Qué hacemos? —preguntó Jessica.

Se había ido apartando poco a poco, y ahora su pie chocó contra Dave; dio un salto y contuvo otro grito. Eso hizo que Charlie apartara la vista de Dunn: fue suficiente para que recordaran la tarea que tenían entre manos.

—No podemos hacer nada —dijo con firmeza—. Venga, no sabemos cuánto tiempo tenemos hasta que se despierte.

John y Jessica la siguieron al otro lado de la sala; la chica se mantuvo cerca de Charlie, como si tuviera miedo de apartarse de ella otra vez. Esta

cogió un puñado de cables y se lo pasó a John.

El proceso fue largo y penoso. Sentaron a Dave contra la pared, pero seguía escurriéndose hasta que John lo agarró por los hombros. Lo inclinó hacia delante mientras Charlie le ataba las manos a la espalda. Cuando terminó, levantó la mirada y vio que John esbozaba una leve sonrisa.

—¿Mis nudos te divierten? —dijo con la mayor ligereza de la que fue capaz.

El tacto de la carne de Dave, viva pero floja y más pesada de lo que debería, era inquietante. Al soltarlo todavía sentía restos de su piel sudada en las palmas de las manos.

John se encogió de hombros.

—Parece que todas esas veces que jugamos a polis y ladrones merecieron la pena.

—Se me había olvidado.

Se echó a reír y él asintió.

—Y todavía tengo las cicatrices que me hiciste, de las quemaduras de cuerda —añadió John con una sonrisa.

—Y eso que todavía no era *girl scout* —dijo Charlie—. Deja de quejarte y levántale los pies. Espero que mis habilidades no se hayan atrofiado.

Terminó de atar a Dave fingiendo una confianza en sí misma que no tenía. Los cables eran gruesos y rígidos, así que era difícil manipularlos. Y no estaba segura de cuánto aguantarían. Cuando estuvo todo lo convencida que podía estar, se apartó.

John miró a su alrededor como buscando algo; después se deslizó por la puerta sin decir palabra.

Carlton estaba de rodillas y se acercó a Dave sin ponerse de pie, con paso torpe; parecía que fuera a caerse en cualquier momento.

—Arriba, dormilón —susurró.

—Gracias, Carlton, ya nos encargamos nosotros. Tú relájate. —Charlie miró a Jessica y después se concentró en el guarda: lo abofeteó suavemente, pero este siguió inconsciente.

—Eh, capullo, despierta. —Le dio otra bofetada.

—Toma, prueba con esto. —John regresó con una lata llena de agua. La única explicación que dio fue la siguiente—. La fuente. Aquí no cabía mucha.

—No pasa nada —contestó Charlie.

Cogió el recipiente, lo puso encima de la cabeza de Dave y dejó que los chorritos de agua que goteaban por los agujeros de la lata le cayeran en la cara. Apuntó a la boca; poco después, el guarda barboteó y abrió los ojos.

—Mira qué bien, estás despierto —dijo Charlie, y acto seguido le volcó el resto del agua en la cabeza.

El hombre no dijo nada, pero mantuvo la mirada fija, casi antinatural.

—Bueno, Dave, ¿qué tal si nos cuentas qué está pasando?

Abrió la boca un poco, pero no dijo nada. Después de un instante, volvió a quedarse inmóvil, tan quieto que Charlie le puso los dedos en el cuello a regañadientes para buscarle el pulso.

—¿Está vivo? —preguntó John, intimidado por lo que parecía ser un cadáver que iba y venía de la muerte. Se acercó al hombre, se agachó para ponerse a su altura y lo escudriñó en busca de algo.

—El pulso es normal —declaró Charlie. Apartó la mano, más sorprendida que si hubiera estado muerto.

—Charlie, hay algo distinto en él —dijo John, alarmado.

Alargó la mano y le agarró la barbilla para moverle la cabeza de un lado al otro. Dave no se resistió, sino que conservó esa mirada fija e inexpresiva, como si el mundo que lo rodeaba no estuviera allí.

—¿A qué te refieres? —preguntó Charlie, a pesar de que también lo veía. Era como si se hubieran llevado al guarda, el hombre al que habían conocido, como si lo que tuvieran delante no fuera más que una carcasa vacía.

John negó con la cabeza, soltó la barbilla de Dave y se limpió la mano en el pantalón. Se puso de pie y se apartó para distanciarse de él.

—No lo sé. Sencillamente, veo algo diferente.

—¿Por qué no nos hablas de los niños? —Carlton estaba apoyado contra la pared, envalentonado pero no recuperado del todo. Señaló hacia el escenario de fuera y prosiguió—: Metiste a los niños en esos trajes de ahí y los mataste.

—Cállate, Carlton —dijo John, enfadado—. No dices más que tonterías.

—No, es verdad —susurró Charlie.

John la escrutó con la mirada y después se volvió hacia los demás, que no tenían más respuestas que Charlie. Volvió a concentrarse en Dave, con un gesto aún más asqueado. Al ver el rostro de John, Charlie sintió de pronto el peso de los recuerdos. Michael, un chico alegre y despreocupado; Michael,

que dibujaba retratos de todos ellos y se los enseñaba con un orgullo solemne; Michael, al que habían asesinado, cuyos últimos instantes debieron de ser puro dolor y terror; Michael, asesinado por el hombre que tenían delante. Miró a los demás y en todos los rostros vio el mismo único pensamiento: «Este es el hombre que mató a Michael».

John lanzó el brazo hacia delante sin previo aviso y golpeó a Dave en la mandíbula con un sonoro crac. El guarda se desplomó hacia atrás y el impacto casi tiró a John al suelo. Recuperó la posición y rebotó un poco sobre los dedos de los pies, alerta, esperando una reacción o la oportunidad de golpear de nuevo. El cuerpo de Dave se levantó, se irguió, pero sus movimientos eran demasiado suaves. No parecía estar haciendo ningún esfuerzo, ni usando los músculos ni consumiendo energía. Corrigió su postura despacio y regresó a su estado decaído, con la boca abierta.

Carlton se tambaleó hacia delante.

—Toma esa, imbécil.

Levantó el brazo y se balanceó. Jessica se acercó de un salto justo a tiempo para cogerlo en brazos.

Dave seguía mirando fijamente. A Charlie le llevó un rato preguntarse si estaría observando algo de verdad. Se dio la vuelta, siguió su mirada y de pronto se sobresaltó. En la mesa pegada a la pared había una cabeza de conejo.

—¿Es eso lo que quieres? —Charlie se puso de pie y se acercó a la máscara. Añadió en un susurro—: ¿Necesitas esto?

Cogió la cabeza con cuidado; la luz iluminó los bordes de los resortes que había dentro. La levantó y se la llevó con gesto casi ceremonioso a Dave, que se inclinó de forma casi imperceptible.

Se la puso en la cabeza con mucho menos cuidado del que había tenido con Carlton. Cuando la tuvo completamente apoyada en los hombros, el enorme rostro se irguió hasta quedar casi vertical. Dave abrió los ojos vidriosos e inexpresivos, como los robots del escenario. Las gotas de sudor comenzaron a resbalarle por debajo de la máscara y una mancha le oscureció el cuello de la camisa del uniforme.

—Mi padre confiaba en ti —dijo Charlie. Estaba de rodillas, concentrada en el rostro del conejo. Se le quebró la voz—: ¿Qué le hiciste?

—Lo ayudé a crear. —La voz venía de dentro de la máscara, pero no era la de Dave; no era el tono lastimero y amargo que habrían reconocido. La

voz del conejo era suave y profunda, casi musical. Era confiada, incluso reconfortante, una voz que podría convencer a cualquiera de cualquier cosa.

Dave ladeó la cabeza y la máscara se movió de tal manera que solo uno de sus ojos saltones podía ver a través de los agujeros.

—Los dos queríamos amar —dijo en ese mismo tono melodioso—. Tu padre amó. Y ahora yo también he amado.

—Tú has matado —escupió Carlton, y lanzó algo que sonó como una carcajada. Parecía más lúcido, como si la rabia lo centrara. Se soltó de Jessica y se arrodilló en el suelo—. Eres un enfermo. Y has creado monstruos. Los niños a los que mataste siguen aquí. ¡Los has hecho prisioneros!

—Están en casa, conmigo. —La voz de Dave era áspera, y la enorme cabeza del muñeco se deslizaba hacia delante y hacia los lados mientras hablaba—. Son felices.

—¿Cómo salimos de aquí? —Charlie puso la mano encima de la cabeza del conejo y la recolocó sobre los hombros del guarda. El pelo estaba húmedo y pegajoso al tacto, como si el propio disfraz estuviera sudando.

—Ya no hay salida. Lo único que queda es la familia. —Su ojo redondo reapareció en una de las cuencas y brilló a la luz. Cruzó la mirada con Charlie un instante e hizo un esfuerzo por inclinarse hacia ella—. Vaya, qué guapa que eres.

Charlie retrocedió como si la hubiera tocado. «¿Qué quiere decir con eso?» Dio otro paso atrás luchando contra el asco.

—Bueno, entonces tú también estás atrapado, y no harás daño a nadie más —dijo John en respuesta a su amenaza velada.

—No lo necesito —contestó Dave—. Cuando oscurezca, despertarán; los espíritus de los niños se levantarán. Os matarán. Y por la mañana saldré de aquí pisando vuestros cadáveres uno a uno. —Los miró por turnos, como regodeándose en lo sangriento de la escena.

—También te matarán a ti —dijo Jessica.

—No, estoy bastante seguro de que sobreviviré.

—¿De verdad? —intervino de pronto John—. Si no me equivoco, son los espíritus de los niños a los que tú mataste. ¿Por qué querrían hacernos daño a nosotros? Van a por ti.

—No se acuerdan. Lo han olvidado. Los muertos sí que olvidan. Lo único que saben es que estáis aquí intentando arrebatarles su día más feliz. Sois

intrusos. —Bajó la voz para susurrar—: Sois adultos.

Se miraron unos a otros.

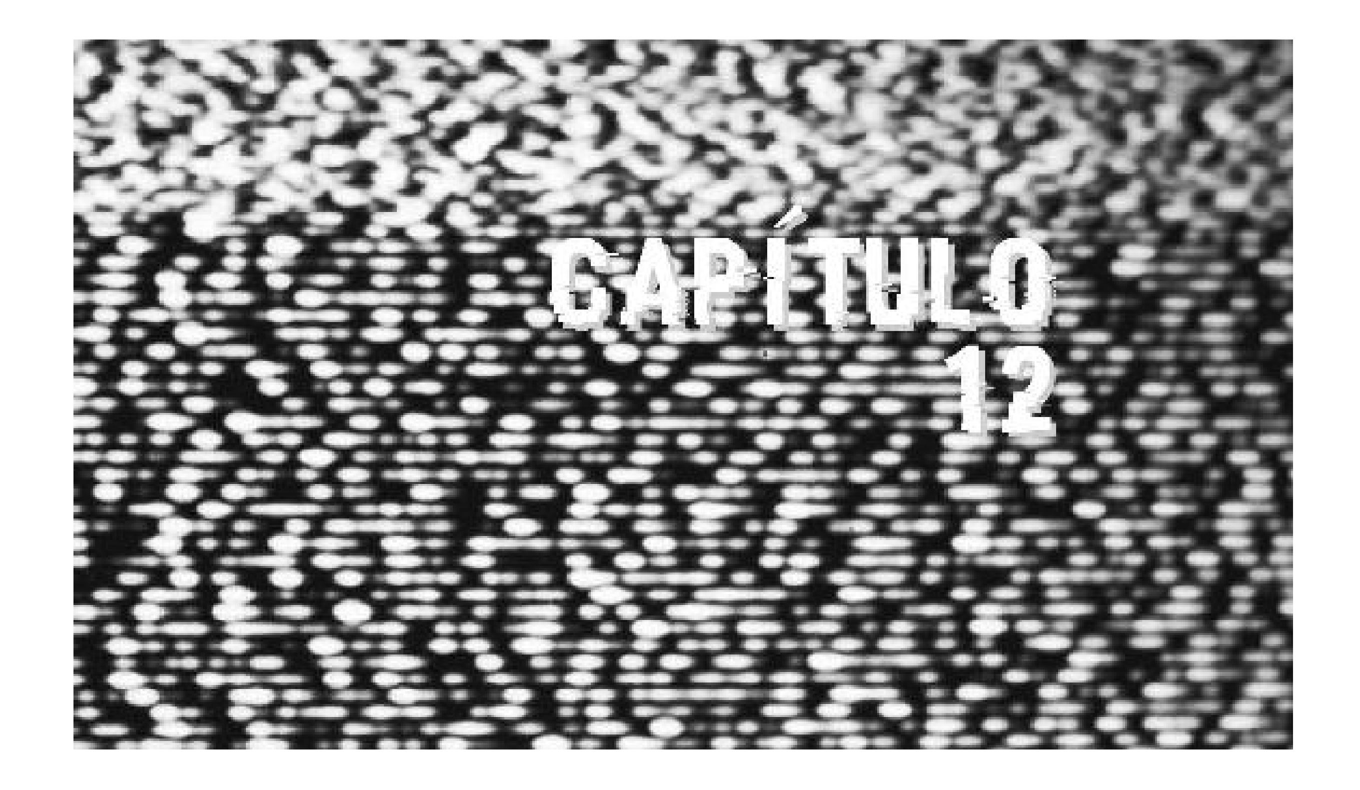
—No somos… —comenzó a decir Jessica.

—Estáis cerca de serlo. Especialmente para un niño vengativo, confuso y asustado. Ninguno veréis la luz del día.

—¿Y por qué piensas que no te matarán a ti? —insistió John.

Los ojos de Dave brillaron un poco, casi parecían en paz.

—Porque soy uno de ellos.



*T*odos se quedaron mirando al hombre del suelo. Jessica dio un paso atrás involuntariamente. Charlie estaba petrificada, no podía apartar la mirada de él. «Porque soy uno de ellos.» John se puso a su lado, como si le hubiera leído la mente.

—Charlie, está loco —dijo en voz baja, y fue suficiente para despertarla del horrible hechizo. Se volvió hacia él.

—Tenemos que salir de aquí —dijo.

Él asintió, se volvió hacia el grupo e hizo un gesto hacia el *walkie-talkie* que tenía en la mano.

—Voy a volver a la sala de control. Estos aparatos son radios de la policía, así que tiene que haber alguna forma de que emitan hacia el exterior. Quizá pueda usar el equipo que hay allí para recibir señal.

—Voy contigo —dijo Charlie de inmediato, pero él negó con la cabeza.

—Tienes que quedarte con ellos —dijo en tono apenas audible.

Charlie miró a Jessica y a Carlton. Tenía razón. Carlton necesitaba a alguien a su lado, y Jessica… Jessica mantenía la compostura, pero no podían dejarla sola a cargo de la seguridad de ambos. Charlie asintió.

—Ten cuidado —dijo.

Él no respondió; se guardó el *walkie-talkie* en el cinturón, le hizo un guiño y se fue.

Clay Burke estaba en la oficina repasando los informes de los casos de la semana. No había gran cosa: infracciones de tráfico, dos hurtos y una confesión del asesinato de Abraham Lincoln. Clay hojeó los papeles y suspiró. Negó con la cabeza y abrió el cajón superior de su escritorio para sacar el expediente que llevaba mortificándolo toda la mañana.

«Freddy's.» Cuando cerraba los ojos, volvía allí, al alegre restaurante familiar con el suelo embadurnado de sangre. Después de que Michael desapareciera, había trabajado jornadas de catorce horas seguidas, algunos días incluso había dormido en la comisaría. Cada vez que volvía a casa iba a ver a Carlton, que solía estar dormido. Quería abrazar a su hijo y no soltarlo jamás. Podía haber sido cualquiera de los niños que había allí aquel día; había sido pura suerte que el asesino no se hubiera llevado al suyo.

Había sido el primer asesinato del que se había encargado su departamento. Era una unidad de dieciséis personas que normalmente se ocupaba de pequeños robos y quejas por ruido, y que les encargaran la investigación de un espantoso asesinato les hizo sentir a todos casi como niños cuyas pistolas de plástico de pronto fueran de verdad.

Clay abrió el expediente sabiendo lo que encontraría. Solo era un informe parcial, el resto estaba en el almacén del sótano. Releyó por encima las palabras que tan bien conocía, el lenguaje burocrático que intentaba, pero no lograba ocultar el resultado: no se había hecho justicia. «A veces los criminales se libran después de haber hecho cosas terribles, pero es el precio que tenemos que pagar.» Eso es lo que le había dicho a Charlie. Ahora se avergonzaba un poco al darse cuenta de cómo le habría sentado eso precisamente a ella.

En un arrebato de urgencia, levantó el teléfono para llamar a recepción en lugar de recorrer los seis metros que lo separaban de allí y preguntar en persona.

—¿Dunn ha vuelto de Freddy's? —preguntó antes de que la agente al otro lado de la línea pudiera decir nada.

—No, señor —contestó—. He…

Burke colgó sin esperar a que terminara. Se quedó mirando la pared largo rato; después cogió su taza de café y se dirigió al sótano.

No hacía falta que buscara la caja de pruebas de las desapariciones, no era la primera vez que la consultaba. No había nadie allí abajo, así que, en lugar de llevársela arriba a su despacho, se sentó en el suelo de hormigón y repartió los papeles y las fotografías a su alrededor. Allí estaban las entrevistas, las declaraciones de los testigos y los informes de la escena del crimen, el suyo incluido. Los repasó sin un objetivo concreto. No sabía qué estaba buscando; allí no había nada nuevo.

En realidad, no había nada que encontrar. Ya sabía quién había sido. Al principio había sospechado de Henry, como muchos otros del pueblo. Era una idea terrible, pero el crimen también lo era; no había solución posible que no supusiera un escándalo. Él no fue quien interrogó al padre de Charlie, pero había leído la transcripción. El hombre se había expresado de forma casi incoherente, estaba tan perturbado que no era capaz de dar respuestas claras. Sonaba como si estuviera mintiendo. Y para la mayoría eso era prueba suficiente. Pero Clay se resistió, retrasó su arresto, y así fue como llegaron a William Afton, el socio de Henry. Afton parecía el más normal de los dos, el hombre de negocios. Henry era el artista; siempre parecía estar en otro mundo, pensando en sus criaturas mecánicas incluso cuando mantenía una conversación sobre el tiempo o los partidos de fútbol de los niños. Había algo raro en él, cierto aturdimiento; era casi un milagro que hubiera criado a una niña tan aparentemente normal como Charlie.

Clay se acordaba de cuando Henry se había mudado al pueblo y había comenzado a construir el nuevo restaurante. Alguien le había contado que Henry tenía un hijo al que habían secuestrado varios años antes, pero no sabía mucho más. Parecía un buen tipo, aunque era obvio que estaba muy solo; su dolor resultaba evidente incluso desde lejos. Entonces abrió Freddy Fazbear's y el pueblo cobró vida. Fue ahí cuando apareció Charlie. Hasta entonces Clay ni siquiera sabía que Henry tuviera una hija.

William Afton fue quien convirtió Freddy's en un negocio, tal como había hecho con el anterior restaurante. Era robusto y alegre en la misma medida en que Henry era tímido y sombrío. Era un hombre corpulento con la colorada genialidad de un Papá Noel con astucia para los negocios. Y había matado a los niños. Clay lo sabía, todo el departamento lo sabía. Había estado presente en todos los secuestros y había desaparecido misteriosa y

brevemente al mismo tiempo que cada uno de los críos. Al registrar su casa habían encontrado un cuarto atestado de cajas de piezas mecánicas y un mohoso traje de conejo amarillo, así como pilas de diarios llenos de delirios paranoicos, pasajes sobre Henry que iban desde la envidia absoluta hasta casi la adoración.

Sin embargo, no había pruebas, no había cuerpo, y por lo tanto no podía haber acusación. William Afton se había marchado del pueblo y no se podía hacer nada para detenerlo. Ni siquiera sabían adónde había ido. Clay cogió una fotografía del montón: se la habían llevado, enmarcada, de la pared de la oficina de Henry en el restaurante. Era una imagen de los dos juntos, William y él, sonriendo a la cámara delante del Freddy Fazbear's recién abierto. La miró fijamente, como ya había hecho otras veces. Los ojos de Henry no se correspondían con su sonrisa. La expresión parecía forzada, pero lo cierto es que siempre era así. No había nada raro en la foto, salvo que uno de los dos hombres había resultado ser un asesino.

De pronto, Clay percibió un destello, algo indefinido que no lograba identificar. Cerró los ojos y dejó que su mente vagara como un perro sin correa: «Venga, encuéntralo». Era William, algo que le resultaba familiar; algo reciente, de hecho. Clay abrió los ojos de golpe. Lo devolvió todo a la caja desordenadamente y solo dejó fuera la fotografía. Subió las escaleras de dos en dos con ella en la mano; cuando llegó a la planta principal, casi corría. Fue directo a un archivador en concreto sin hacer caso de los saludos de sus sorprendidos compañeros. Abrió el cajón de un tirón y rebuscó en él hasta que… Allí estaban, los historiales de los empleados solicitados por las empresas de los últimos seis meses.

Sacó el montón y lo hojeó buscando fotos. Encontró lo que buscaba en la tercera carpeta. Sacó la imagen y la sostuvo junto a la de Henry y William, moviéndose para que su cuerpo no tapara la luz.

«Es él.»

La solicitud del historial decía «Dave Miller», pero sin duda era William Afton. El socio del restaurante era corpulento y amable; el hombre de la foto era cetrino y delgado, la piel le colgaba y tenía una expresión desagradable, como si se le hubiera olvidado sonreír. Parecía una copia barata de sí mismo. O quizás ese era su aspecto cuando se quitaba el disfraz, pensó Clay.

Pasó la página para ver por qué se había solicitado el historial. Se quedó

lívido y sin respiración. Se levantó y cogió la chaqueta al mismo tiempo, pero se detuvo. Se sentó despacio y dejó caer la prenda. Volvió a sacar el informe parcial del cajón y cogió una de las fotos con delicadeza. Se había tomado después, cuando el lugar no era más que la escena de un crimen. Paró un instante y cerró los ojos. Entonces miró la imagen otra vez, con la intención de contemplarla como si fuera por primera vez.

Había un destello de luz que nunca antes había visto. Uno de los animatrónicos del escenario, el oso Freddy, miraba al fotógrafo. Y uno de sus ojos estaba parcialmente iluminado.

Clay dejó la fotografía a un lado y pasó a la siguiente, sacada desde otro ángulo; sin embargo, el costado del escenario principal seguía dentro del plano. El cuerpo de Chica daba la espalda a la cámara, pero la cara estaba girada directamente hacia ella y otra mancha de luz le iluminaba el ojo izquierdo. Clay la frotó con la yema del dedo para asegurarse de que no era un fallo del papel. En la siguiente imagen se veía a Bonnie en la oscuridad, detrás de las sillas. En uno de sus ojos había un punto de luz, como una estrella, como si reflejara el brillo de un foco que no existía. «¿Qué es esto?» Clay sintió que se ponía rojo; se dio cuenta de que había dejado de respirar. Movió las manos por la mesa como un hechicero pidiendo a la siguiente imagen que se revelara por sí misma. Y una de ellas lo hizo. La última fotografía se había sacado en la Cueva del Pirata. Recordaba que la escena era caótica: mesas y sillas desordenadas, trastos por los pasillos. Pero a diferencia de las otras veces que había observado esa imagen, no hizo caso de aquel desbarajuste y se concentró solo en el escenario. El telón estaba un poco abierto. Tras él había una figura apenas visible, cuyo ojo estaba iluminado seguramente por el *flash* de una cámara. Clay analizó el resto de las fotografías buscando más reflejos, pero no los encontró. «No había *flash*.»

Jason abrió los ojos. Le dolía la pierna; era un dolor sordo y constante. Probó a doblarla y vio que se movía con facilidad, así que la herida no podía ser demasiado grave. Estaba tumbado sobre algo abultado. Sentía todo el cuerpo rígido, como si hubiera estado durmiendo sobre un montón de… Miró qué tenía debajo: una pila de cables y alargadores. Se incorporó. Estaba oscuro, pero distinguía vagamente lo que había a su alrededor. Se

inclinó para examinarse la pierna. Tenía los vaqueros rotos allí donde Foxy le había clavado el garfio, y el corte tenía mal aspecto, pero no sangraba mucho. El garfio se había enganchado sobre todo al pantalón. Jason se sintió un poco aliviado. Una vez comprobado eso, comenzó a estudiar el entorno. Estaba en un rincón. Una pesada cortina negra colgaba de una pared a otra para separar ese espacio de la sala que había al otro lado. Gateó por encima de los cables con cuidado de no hacer ruido. Alcanzó el borde de la cortina, donde había una diminuta rendija entre esta y el muro. Se tomó un instante para armarse de valor y a continuación se asomó, consciente de cada uno de sus movimientos.

Estaba detrás del telón del pequeño escenario de la Cueva del Pirata. Oía que algo se movía ahí fuera, pero desde donde estaba lo único que veía era una sala vacía. Sacó un poco más la cabeza y estiró el cuello para mirar. No sabía de dónde venía el ruido, pero cada vez estaba más envalentonado y preparado para saltar del escenario y echar a correr. Una luz parpadeaba en el comedor principal e iluminaba el pasillo unos pocos segundos cada vez con colores brillantes que mareaban. No era gran cosa, pero le proporcionaban a Jason una dirección en la que correr. Miró hacia allí hasta que fue lo único que veía. Entonces paró. La sala estaba a oscuras, incluso más que antes; los ojos se le habían acostumbrado a la luz y ahora estaba casi ciego. El ruido proseguía. El chico abrió más el telón. Esta vez se movió demasiado rápido y los aros de metal que sujetaban la cortina entrechocaron.

La luz de la Cueva del Pirata se encendió.

Allí estaba Foxy, justo delante de él, con el rostro tan cerca del de Jason que casi podían tocarse. El chico se escabulló detrás del telón, volvió a cerrarlo e intentó escapar de aquel pequeño rincón, pero no tenía adónde ir. Se arrastró hacia atrás y permaneció pegado a la pared con la esperanza de que, de algún modo, la cortina lo protegiera de Foxy.

De repente, el telón comenzó a abrirse, pero no a la fuerza, sino como si el espectáculo estuviera a punto de empezar. Las luces de colores brillaban en series silenciosas y las cortinas con purpurina se retiraron majestuosas para descubrir el escenario mientras la criatura esperaba pacientemente a sus pies.

Foxy ladeó la cabeza como reflexionando y entonces comenzó a acercarse. Subió los peldaños de la tarima uno a uno; cada paso del muñeco

consistía en toda una serie de movimientos inconexos, como si cada pieza metálica de su cuerpo maniobrara por su cuenta. Jason lo observó aterrorizado; sin embargo, una pequeña parte de él estaba fascinada; nunca antes había visto nada igual. Foxy llegó al escenario y dio otros dos pasos decididos hasta colocarse sobre Jason. Este levantó la mirada hacia él, demasiado asustado para moverse, paralizado como un ratón bajo un halcón abalanzándose en picado. Respiraba superficialmente y el corazón le latía tan rápido que le dolía el pecho. Foxy levantó otra vez el garfio. Jason se enroscó en el suelo y se protegió la cabeza con los brazos para esperar el golpe.

Pero no llegó.

El chico no se movió. Esperó y esperó preguntándose si el tiempo se había ralentizado ahora que se acercaba el momento de su muerte, o si su mente trataba de ofrecerle refugio haciendo que sus últimos segundos se alargaran lo más posible. Pero era demasiado. Abrió los ojos y ladeó un poco la cabeza manteniendo los brazos delante de la cara. Foxy seguía allí, inmóvil. Muy a su pesar, los ojos de Jason se cruzaron con los de la criatura. Era como contemplar el sol; la mirada ardiente del muñeco le llenó los ojos de lágrimas e hizo que quisiera apartarlos, pero no podía. Fue el animatrónico quien los apartó. Mientras Jason lo observaba a través de la mancha que le nublaba la vista, Foxy se volvió hacia el público ausente. El garfio cayó lentamente a un lado, inclinó la cabeza hacia delante y se quedó inmóvil. El zumbido de los mecanismos y los chasquidos de las piezas enmudecieron y el telón se cerró.

—¿Lista? —preguntó Lamar.

Marla asintió brevemente.

—Estoy preparada —contestó.

Abrió de golpe la puerta con los puños cerrados y salieron del cuartito en direcciones opuestas, atentos a un ataque. Marla respiraba con fuerza y su rostro dejaba ver parte de la ira que sentía. La oscuridad era densa, casi tangible. Apenas distinguía lo que había a su alrededor. Veía a Lamar, pero si se separaban más de un metro se perderían mutuamente. Las luces del techo titilaron, pero solo un instante; esa breve iluminación acabó con la poca visión nocturna que tenían y convirtió la oscuridad en un manto

impenetrable.

—¿Hay algo en tu lado? —susurró Marla.

Lamar miró angustiado en la dirección de la que venía su voz.

—No, ¿y en el tuyo?

—Luz, por favor —musitó Marla.

Lamar levantó la linterna como si blandiera un arma y la encendió. Las lámparas del techo chisporrotearon.

Jason veía su linterna moverse de un lado a otro a través del telón ligeramente traslúcido. «Oh, no.» La luz se posó sobre el animatrónico un instante. Se oyó un chasquido. Jason levantó la mirada. Foxy no se movía. El haz de luz pasó sobre él otra vez y de nuevo se oyeron los ruidos mecánicos: no había duda, pero parecía seguir inmóvil. Jason se arrastró hacia delante rodeando el pie de Foxy y miró el rostro del muñeco cuando la luz lo iluminó una vez más. Otra vez el chasquido; algo en su interior se estaba preparando, pero sus ojos continuaban apagados. El chico se arrastró tanto como se atrevió sin entrar en el campo de visión del animatrónico. Llegó al borde del telón y sacó el brazo para hacer una señal de advertencia.

—¡Jason! —oyó decir a la voz de su hermana, y después un siseo que debió de ser de Lamar.

La linterna se movió hacia arriba, apuntó al escenario y los ojos de Foxy se encendieron. Giró la cabeza hacia la luz con una precisión depredadora. Jason, presa del pánico, se estiró hacia el montón de cables y cogió uno. Foxy levantó un pie y el chico lo rodeó con el cable y tiró con todas sus fuerzas. El muñeco se tambaleó hacia delante y se agarró a la cortina con el garfio. Se le enganchó, rasgó violentamente el telón y se cayó al suelo en una maraña de tela y extremidades metálicas. Jason se arrastró lejos del muñeco en apuros y corrió hacia la luz.

Marla extendió los brazos hacia él, pero el chico la apartó.

—Corred —jadeó, y los tres salieron disparados hacia el pasillo.

Doblaron una esquina y se detuvieron al mismo tiempo. Jason patinó contra Lamar y se agarró a él para no caer. Al final del oscuro pasadizo había otra silueta, demasiado grande para ser una persona. Aquella chistera era inconfundible.

«Freddy Fazbear.»

Tenía los ojos iluminados. Su penetrante brillo rojo engullía el espacio a su alrededor. Oían las notas quebradas de una melodía mecánica y ligera, como de caja de música, que venía desde donde estaba Freddy. Se quedaron mirando fijamente, fascinados, pero entonces Jason recuperó la cordura y tiró del brazo de Marla.

—Vamos —siseó, y ambos corrieron tras él por donde habían venido.

Al llegar a la Cueva del Pirata, frenaron. Foxy se había librado de la tela y estaba empezando a incorporarse. Los tres se miraron y pasaron corriendo por su lado. Jason contuvo la respiración hasta que atravesaron el siguiente umbral, invocando una vieja superstición.

Lamar hizo un gesto hacia una de las salas para fiestas y se deslizaron dentro. Apagó la linterna y se quedaron quietos un instante mientras sus ojos se adaptaban. La estancia tenía tres mesas largas como de comedor y todas seguían preparadas para una fiesta: había hileras de sillas plegables a ambos lados; cada sitio tenía un gorro de fiesta, un plato y un vaso de papel. Acordaron tácitamente esconderse detrás de mesas distintas para que cada uno tuviera tanto espacio como fuera posible. Se agacharon con la esperanza de quedar disimulados entre las patas de las sillas, clavaron la mirada en el pasillo vacío y escucharon en silencio.

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí? —repitió John por radio, pero solo se oía un zumbido.

Había conseguido conectar el *walkie-talkie* al equipo de sonido, pero parecía imposible recibir señal del exterior; Freddy‘s estaba aislado del mundo. Volvió a mirar las pantallas. En una de ellas veía tres siluetas agachadas debajo de unas mesas. Debían de ser Marla, Lamar y Jason. «Han encontrado al chico», pensó, profundamente aliviado y liberando una tensión de la que no había sido consciente. Todo lo que se veía en las pantallas estaba iluminado en tonos grises y blancos artificiales.

—Deben de ser cámaras de visión nocturna —dijo al aire, y entornó los ojos para ver entre las interferencias.

Contempló a las figuras borrosas arrastrarse y detenerse bajo las largas mesas de fiesta. Entonces, un movimiento en otra de las pantallas captó su atención.

Una figura avanzaba sin descanso por el pasillo hacia la sala en la que

estaban. John no distinguía qué era, pero sus movimientos no eran humanos. Se paró junto a una puerta. Al darse cuenta de lo que sucedía, John miró otra vez la sala de fiestas en la que se escondían sus amigos. Cogió el *walkie-talkie*, encendió los altavoces y subió el volumen todo lo que pudo.

—Lamar —dijo en tono tranquilo intentando sonar imponente. Oyó la vibración de su propia voz a través de las paredes de la sala de control—. Lamar, no os mováis.

La voz de John resonó por el altavoz, enturbiada por las interferencias pero inteligible.

—Lamar, no os mováis.

Lamar, Marla y Jason se miraron de unas mesas a otras. La estancia se iluminó con un brillo rojo ardiente. Entonces observaron, lo más quietos posible, cómo Freddy Fazbear entraba en la sala. Sus movimientos eran mecánicos y toscos; se dirigió al centro de la habitación con paso decidido y se detuvo entre dos mesas, con Marla a un lado y Jason al otro. El chico miró a su hermana, que se llevó el dedo a los labios. Jason no se había dado cuenta hasta entonces de que le corrían lágrimas por las mejillas.

Observó a Freddy registrar la sala. Su cabeza, junto con los focos que tenía por ojos, se desplazó hacia un lado, paró con un clic y regresó al otro lado. Hubo una larga pausa. Los dos pies acolchados estaban inmóviles, las piernas parecían árboles negros en un bosque. Se oyó el ruido del pelo retorciéndose y la tela arrugándose. Los pies comenzaron a girar. Freddy se dio la vuelta y se encaminó hacia la puerta; cada uno de sus pasos hacía temblar el suelo. Cuando el muñeco pasó a su lado, Jason se encogió instintivamente y golpeó con el pie una de las sillas metálicas, que arañó el suelo. Se le aceleró el corazón y miró angustiado a Marla, que le hizo señas para que se acercara. Freddy se había detenido, pero todavía oían la tela y el pelo estrujándose. Comenzó a agacharse con movimientos lentos. En esos escasos y preciosos segundos, Jason apartó las dos sillas que tenía delante y abrió un hueco lo bastante amplio para gatear por detrás del muñeco en cuanto tuviera la oportunidad. La luz de los ojos de Freddy apareció bajo la mesa e iluminó el espacio junto a Jason, que rápida y silenciosamente se arrastró entre las sillas hasta donde se escondía su hermana. El muñeco se

incorporó y clavó los ojos en el suelo justo en el momento en que Jason retiraba el pie de su campo de visión.

Freddy empezó a moverse hacia la mesa bajo la que se ocultaban. Marla apoyó la mano en el brazo de su hermano para sujetarlo. Hubo otra pausa. Lamar, debajo de la mesa que tenían enfrente, les hizo una señal para que fueran con él, más lejos de Freddy. Marla negó con la cabeza, pues no quería arriesgarse a hacer más ruido. «Quizá se vaya», se dijo a sí misma. Jason justo comenzaba a respirar con normalidad cuando se dieron cuenta de que Freddy volvía a agacharse, esta vez en silencio. Se le habían apagado los ojos, pero en cuanto lo vieron, la mirada se le encendió de nuevo e iluminó la sala. Marla y Jason se arrastraron entre las sillas metálicas lo más rápido que pudieron sin tocarlas. Gatearon por la estrecha alfombra entre las mesas hasta llegar a un hueco entre las sillas y se escondieron junto a Lamar. Marla y él se miraron sin saber qué hacer; Freddy se había incorporado y comenzó a rodear la tercera mesa.

—Tenemos que correr hacia la puerta —susurró Marla.

Jason asintió y les hizo un gesto para que lo siguieran. Observó y esperó a que Freddy se agachara una vez más. Señaló la mesa central. Contuvieron el aliento intentando no jadear y Lamar miró hacia la puerta. ¿Lo conseguirían? Marla puso la mano encima del hombro de Jason y él trató de zafarse, pero lo sujetaba con fuerza clavándole los dedos. El chico se movió para que lo soltara, pero entonces la miró: estaba aterrorizada, incluso más que él. Dejó que se agarrara a él sin perder de vista a Freddy, a la espera de la siguiente oportunidad.

Sin embargo, no llegó. Mientras esperaban, listos para huir, Freddy se dio la vuelta y sus pasos decididos lo llevaron a la entrada. La sala se oscureció y el corazón de Jason dio un vuelco antes de entender qué había sucedido: las luces habían desaparecido porque Freddy se había marchado.

—Marla —musitó con poco más que un hálito de voz—. Se ha ido.

Su hermana lo miró y asintió, pero no le soltó el hombro.

—¿Estás bien? —le preguntó casi en el mismo tono inaudible.

Él asintió, después se señaló la pierna y se encogió de hombros de forma exagerada. Su hermana le sonrió y levantó la mano de su hombro para revolverle el pelo.

De pronto, Lamar le dio en el brazo a Marla. Se señaló la oreja y ella lo miró desconcertada. Jason se puso tenso al darse cuenta de a qué se refería.

La chica no tardó en comprenderlo también. Había música en la sala, un sonido metálico y fatigoso, como de caja de música, pero con los silencios entre notas un poco demasiado largos. La estancia se iluminó de nuevo en un tono rojo asfixiante; antes de que pudieran moverse, alguien levantó la mesa de un tirón. Freddy estaba encima de ellos. Empujó la mesa a un lado, casi lanzándola por los aires. Los tres gritaron, pero no para pedir auxilio, sino como un último gesto desafiante en vano. Jason se aferró a su hermana, que le apretó la cabeza contra su cuerpo y le tapó los ojos para que no lo viera.

De repente, Freddy se tambaleó hacia un lado. Trató de recuperar el equilibrio, pero otro golpe desde atrás lo lanzó hacia delante y cayó de bruces hacia las mesas. Marla, Lamar y Jason levantaron la mirada y vieron a Charlie y a John con los rostros acalorados por el esfuerzo.

—Venga —dijo Charlie—, vámonos de aquí.

Dave se zafó de las ataduras enseguida; los nudos eran fuertes, pero los cables eran demasiado elásticos. Un par de giros y estuvo libre. Se arrastró a cuatro patas hasta la puerta y acercó la oreja a la rendija, con cuidado de no sacudir la puerta y delatarse.

Los altavoces retumbaron y entonces oyó el ruido que había estado esperando: pisadas que huían a la carrera.

Aguardó a que el sonido se alejara y se puso en pie con decisión.

—¿Adónde estamos yendo? —resolló Marla mientras corrían hacia el comedor principal.

—La oficina —contestó Charlie—. La puerta es de verdad, podemos atrincherarnos dentro.

Miró de reojo a John, que asintió brevemente. Qué harían una vez estuvieran atrincherados era otra cuestión, pero podrían ocuparse de ella cuando ya se encontraran a salvo.

Atravesaron el comedor a la carrera; Charlie echó un vistazo rápido al escenario al pasar, pero vio lo que ya suponía: estaba vacío.

Llegaron al pasillo estrecho que conducía a la oficina. Charlie sintió un gran alivio al ver la puerta y la luz que brillaba por la ventanita como un faro en la oscuridad.

«Un momento, ¿luz?»

Bajó el ritmo; estaban a tres metros de la puerta. Levantó la mano para indicar a los demás que pararan. Se acercaron lentamente a la puerta. Charlie se armó de valor, agarró el pomo y lo giró. Estaba bloqueado. Miró a los demás con impotencia.

—Hay alguien dentro —susurró Jason acercándose a Marla.

—No hay nadie más aquí —dijo Marla con suavidad, pero pareció más bien una pregunta.

Charlie estuvo a punto de probar otra vez con la puerta, pero se frenó. «No atraigas su atención.»

—¡Se ha soltado! —dijo Jessica con voz ronca.

Charlie se estremeció. «Tiene razón», pensó, pero no lo dijo.

—Tenemos que volver —declaró. Se dio la vuelta sin esperar respuesta y se abrió paso entre Lamar y John para ponerse en cabeza.

Dio dos pasos hacia delante y se paró en seco cuando oyó que los demás ahogaban un grito.

Era Chica, con ojos ardientes como dos faros naranjas.

Estaba en el otro extremo del pequeño pasillo y les cerraba la única salida. Su cuerpo llenaba todo el hueco, ni siquiera podían pasar a toda velocidad por su lado. Charlie echó un vistazo hacia atrás a pesar de que sabía que no había otra salida. Antes de que pudiera reaccionar, John estaba corriendo hacia el animatrónico. No llevaba armas, pero se abalanzó hacia el muñeco y dio un salto para intentar agarrarlo del cuello. Lo alcanzó por un instante y se aferró a él a duras penas mientras Chica zarandeaba la cabeza de un lado a otro. El muñeco se inclinó hacia delante y giró hacia un lado, de manera que empotró a John contra la pared. Este se soltó y se desplomó en el suelo. La magdalena de la bandeja de Chica abrió la boca como si se riera e hizo girar los ojos en sus cuencas diminutas.

—¡John! —exclamó Charlie echando la linterna hacia atrás para que alguien la cogiera.

Sintió que alguien le quitaba el peso de las manos, pero no miró hacia atrás para saber quién era. Levantó la mirada hacia el techo y vio que había un cable eléctrico sobre ellos. Parte de la goma se había desgastado y había tramos de cable al descubierto. Chica avanzaba despacio. Charlie saltó, pero no llegó lo bastante alto para alcanzarlo. Miró a ambos lados. «¿Será lo suficientemente estrecho?» Echó un vistazo al muñeco. Se movía con

lentitud, con pasos comedidos; estaban atrapados, así que no necesitaba darse prisa. Charlie puso un pie contra la pared, después estiró la pierna atravesada en el pasillo e hizo lo mismo al otro lado para escalar apoyada en los dos muros. Subió centímetro a centímetro con las piernas temblorosas por el esfuerzo. Miró hacia arriba manteniendo el equilibrio a duras penas mientras se estiraba para alcanzar el cable. Con cuidado de tocar solo la goma, lo rodeó con los dedos y se dejó caer al suelo. Chica se lanzó hacia delante con los brazos extendidos y los dientes formando una sonrisa mecánica.

Charlie saltó blandiendo el cable delante de ella y lo encajó en el hueco entre la cabeza y el torso de Chica. El muñeco dio una sacudida hacia atrás entre chispas. Entonces, durante un horrible instante, Charlie no pudo moverse. La mano le palpitaba con la corriente eléctrica y se quedó atrapada sin poder soltar el cable. Se la miró intentando que los dedos se abrieran. «¿Así es como voy a morir?» Lamar la agarró y tiró. Ella lo miró con los ojos muy abiertos. Los demás ya habían echado a correr. Chica estaba desactivada, o eso parecía, y se desplomó hacia delante con los ojos apagados. Lamar le cogió del brazo y siguieron a los demás.

Dave contempló el enfrentamiento a través del ventanuco de la puerta de la oficina con una sonrisa de satisfacción. «Ya solo es cuestión de tiempo», pensó. La chica había actuado con inteligencia al escalar así por las paredes, pero casi se había matado. No durarían mucho más. Solo tenía que esperar.

De pronto, la estancia se iluminó con un tono azul etéreo. Se quedó paralizado y después se volvió lentamente. «Bonnie.» El animatrónico se alzaba delante de él, lo bastante cerca para tocarlo. Dave cayó hacia atrás contra la pared y chilló.

Se oyó un grito desde la oficina. El grupo se detuvo un instante y todos se miraron nerviosos.

—No importa —dijo Charlie—. Vamos.

Echó un vistazo rápido a Chica, que seguía tirada en el suelo, inmóvil. Condujo a los demás al comedor principal. Cuando llegaron hubo un movimiento repentino. Foxy estaba allí.

Se subió de un salto a una mesa delante de ellos y buscó hasta que sus

ojos plateados dieron con Jason. Se agachó como si estuviera a punto de saltar sobre el chico. Charlie cogió un dispensador de servilletas y se lo lanzó con todas sus fuerzas. Le dio en la cabeza y rebotó sin causar mucho efecto, pero fue suficiente para atraer su atención. Se volvió hacia ella y saltó.

Charlie ya había echado a correr para alejarlo de allí y de los demás. «¿Y luego qué? —pensó mientras corría a toda velocidad fuera del comedor y por el pasillo—. La sala de recreativos.» Estaba oscura y había objetos tras los que esconderse.

Siguió corriendo a toda velocidad hasta alcanzar la puerta y después giró tan rápido que casi se cayó. Pretendía desorientar a Foxy aunque fuera por un instante. Miró a su alrededor frenéticamente. Había una hilera de máquinas recreativas al fondo de la sala, justo un poco separadas de la pared. Oyó pasos tras ella y se lanzó hacia allí.

El espacio era tan reducido que apenas pudo deslizarse dentro. Estaba aprisionada entre las máquinas y la pared; tenía gruesos cables enrollados bajo los pies. Dio un paso atrás para adentrarse en el hueco, pero su pie resbaló en un cable y casi se cayó al suelo. Distinguió movimiento en la sala y vio un destello de luz plateada.

«Me está viendo.»

Se puso a cuatro patas y gateó hacia atrás centímetro a centímetro. Un pie se le enganchó en un cable y se paró para soltarse; se retorció hasta adoptar una postura imposible que le permitiera liberarse. Siguió avanzando marcha atrás hasta que su pie chocó contra otra pared. Se detuvo. Tenía tres lados cubiertos, casi se sentía a salvo. Cerró los ojos un instante. «Aquí es imposible estar a salvo.»

Oyó el estruendo del metal entrechocando; la máquina del final de la hilera se balanceó hasta golpear la pared que había detrás. Foxy se inclinó sobre el aparato y Charlie lo vio destrozar la pantalla, cuyos fragmentos de plástico se desperdigaron por el suelo. El garfio se le quedó enganchado en algo dentro de la máquina y lo sacó de un tirón arrastrando cachitos de cable.

Avanzó hasta el siguiente videojuego, destruyó la pantalla y empujó la máquina brutalmente contra la pared. Charlie sintió la vibración del impacto mientras el muñeco se acercaba.

«¡Tengo que salir de aquí!» Pero no había escapatoria. Ahora que estaba

quieta y sentada, se dio cuenta de que tenía el brazo entumecido por el dolor. Por fin lo miró. La venda estaba empapada en sangre; la pared tenía una mancha alargada por donde había arrastrado el brazo. De repente tuvo ganas de llorar. Le dolía todo el cuerpo. La herida del brazo y la tensión constante de todo un día (aunque era imposible saber cuánto tiempo habían pasado allí dentro) la estaban dejando exhausta, vacía.

La siguiente máquina chocó contra la pared y Charlie se estremeció. Solo quedaban dos, casi había llegado a su altura. Oía cómo sus mecanismos trabajaban, zumbaban, crujían y a veces rechinaban. Cerró los ojos, pero seguía viendo su pelo apelmazado, los huesos de metal asomando por debajo y los ardientes ojos plateados.

La criatura arrancó la consola que Charlie tenía al lado y la tiró al suelo como si no pesara nada. Los cables bajo las manos y los pies de la chica salieron disparados con la máquina y la hicieron resbalar sin posibilidad de agarrarse a nada para mantener el equilibrio. Se recuperó y levantó la vista justo a tiempo para ver un gancho caer sobre ella.

Se movió demasiado rápido para pensarlo. Se lanzó con todas sus fuerzas contra la última máquina, que se tambaleó y finalmente cayó al suelo derribando a Foxy y atrapándolo. Charlie echó a correr, pero el muñeco sacó el garfio y le golpeó la pierna provocándole un corte. La chica gritó y se desplomó. Le dio una patada con el otro pie, pero el agujero del gancho era profundo; cada vez que él se encogía, ella sentía el impacto. Le golpeó la cara y el animatrónico arrancó el garfio de su pierna con un desgarro. Charlie gritó otra vez y se llevó las manos a la herida de forma instintiva; de pronto, tenía encima a Foxy, que abría y cerraba la boca y la arañaba mientras intentaba sacar las piernas de debajo de la máquina. Ella se defendía y trataba de escapar. El garfio le hacía un corte tras otro. Y ella intentaba parar los golpes y pedía ayuda a gritos.

De pronto apareció John. Se puso encima de Foxy y le pisoteó el cuello con fuerza. El muñeco se sacudió, pero no pudo alcanzarlo.

—¡Charlie, levántate! —chilló.

La chica se lo quedó mirando un instante demasiado conmocionada para procesar las palabras. John pisoteó el cuello de Foxy una y otra vez. Entonces, con un movimiento rápido, cogió a Charlie de la mano, la levantó del suelo y echó a correr arrastrándola con él. Llegaron al comedor principal, donde el resto del grupo estaba apiñado en el centro de la sala.

Charlie se apresuró a unirse a ellos con alivio. Se daba cuenta de que cojeaba, pero no sentía dolor, algo que en el fondo sabía que no era bueno. Cuando alcanzó a los demás, se le cayó el alma a los pies. Sus gestos resultaban desalentadores. Lamar sostenía la linterna delante de él, pero era como un sonajero en su mano temblorosa.

Marla hizo una señal rápida hacia las entradas. Freddy estaba en el pasillo que conducía al almacén, mientras que Bonnie bloqueaba ahora el pasadizo hacia la oficina. Chica, ya repuesta, los acechaba desde el escenario. Charlie echó un vistazo en la dirección de la que habían venido.

Foxy se acercaba a ellos; se había liberado. Se detuvo en la entrada, como esperando una señal. No había escapatoria. Ahora que era plenamente consciente de todo lo que la rodeaba, Charlie percibió el sonido de una caja de música, como si lo hubiera estado oyendo todo el tiempo sin darse cuenta. Respiró hondo. Aquel instante parecía eterno. Habían llegado hasta allí y ahora estaban atrapados. Esperaron. Puede que los animatrónicos ya no tuvieran ninguna prisa. Charlie vagó con la mirada por la sala en busca de un arma, pero lo único que había eran gorros de fiesta y platos de papel.

Los animatrónicos iniciaron el avance todos al mismo tiempo. Charlie agarró el respaldo de una silla plegable, sin saber muy bien de qué le serviría. Ahora los muñecos se movían más rápido y coordinados, como si la batalla fuera un baile coreografiado. Marla le cogió la mano a Jason y le susurró algo al oído. Fuera lo que fuera, él negó con la cabeza, apretó la mandíbula y cerró los puños. Lamar lo miró un instante, pero no dijo nada. Jessica tenía los brazos en jarras y murmuraba algo para sí. Los animales ya casi se les habían echado encima. Freddy caminaba como un depredador; la música llegaba desde su dirección; de su interior, de hecho. Chica bajó del escenario de un brinco y se acercó a ellos a saltitos, como si estuviera emocionada pero quisiera contenerse. Las grandes patas de Bonnie golpeaban el suelo en señal de desafío. Foxy se deslizaba con una malvada elegancia y con la mirada clavada en Charlie, como si fuera lo único que veía. Ella contempló sus ojos plateados. Ocupaban todo su campo de visión y expulsaron todo lo demás hasta que el mundo fue plateado: el mundo eran los ojos de Foxy y no quedaba ni rastro de ella.

John le apretó la mano y rompió así aquella suerte de encantamiento. Ella lo miró con la vista todavía nublada.

—Charlie —dijo con la voz entrecortada—. Charlotte…

—Shh —contestó ella—. Luego.

El chico asintió aceptando la mentira de que habría un después. Foxy volvió a agacharse. Charlie soltó a John y se mentalizó con el corazón acelerado. Las articulaciones de Foxy se desplazaron en preparación para el salto, pero entonces se paró. Charlie esperó. No oía gritos a su espalda ni sonidos de lucha; incluso la caja de música había enmudecido. Foxy estaba inmóvil, aunque todavía le brillaban los ojos. Charlie miró a su alrededor y lo vio.

Era Freddy. No el que todos conocían, no el que estaba a menos de un metro de Marla con la boca abierta listo para morder. Era el otro, el que ella recordaba, el Freddy amarillo del restaurante. El disfraz que solía ponerse su padre. Los estaba mirando fijamente desde el rincón. Y entonces Charlie oyó algo. Susurros ininteligibles en su cabeza, un murmullo suave que se abría paso en su mente consciente sin arraigar del todo. Miró a los demás y supo que también lo oían. Era indescifrable, pero el significado era inconfundible.

Carlton fue el primero en expresarlo:

—¿Michael?

Los sonidos que oían se volvieron más cálidos. Era una suerte de confirmación tácita. Se acercaron juntos al oso dorado. Marla pasó junto al Freddy marrón como si no estuviera allí. Y Charlie le dio la espalda a Foxy sin miedo. Solo pensaba en una cosa: «Eres tú, Michael».

Casi lo habían alcanzado. Lo único que quería Charlie era abrazarlo y volver a ser la niña pequeña que había sido tantos años atrás. Volver a rodear con los brazos a aquel niño tan querido que le habían arrancado de su vida aquella tarde normal y corriente de hacía tantos años. Volver a ese día y rescatarlo, salvarle la vida esta vez.

—Michael —musitó.

El oso amarillo permanecía inmóvil. A diferencia de los demás, no parecía haber nada en su interior; se sostenía por sí mismo, por su propia voluntad. No había nada que mantuviera cerrada la mandíbula del disfraz. Y sus ojos estaban vacíos.

De pronto, Charlie se dio cuenta de que estaban dando la espalda a los demás animales, así que se volvió angustiada. Freddy, Bonnie, Chica y Foxy estaban en reposo, como si hubieran vuelto al escenario. Tenían los ojos clavados en ella, pero habían dejado de acercarse.

—Son los niños —susurró Carlton.

—Foxy no estaba atacando a Jason —dijo Marla con la voz entrecortada—. Estaba intentando protegerlo.

John dio unos pasos vacilantes hacia el centro del comedor; después se acercó más decidido y observó a los robots uno por uno.

—Son los niños —repitió—. Todos ellos.

Sus rostros ya no eran animales ni inertes; era como si un espíritu los habitara.

De pronto se oyó un estruendo en la puerta sellada de la salida. Todos se quedaron de piedra y se dieron la vuelta a la vez en el momento en que la pared junto a la entrada soldada tembló con la fuerza de una explosión.

«Y ahora ¿qué?», se preguntó Charlie.

Los ladrillos se rompieron y cayeron al suelo desperdigados. El polvo inundó el aire de nubes marrones. Una silueta atravesó el agujero blandiendo un mazo gigante. A medida que el aire se despejaba, vieron de quién se trataba: Clay Burke, el padre de Carlton.

Dejó caer el martillo y corrió hacia su hijo para envolverlo en un abrazo. Le acarició el pelo y lo sujetó como si no fuera a soltarlo jamás. Charlie los observó desde lejos, con alivio y una punzada de envidia.

—Papá, voy a vomitar —murmuró Carlton.

Clay se echó a reír, pero se apartó al ver que su hijo no estaba bromeando. El chico se dobló con las manos en las rodillas, luchando contra las arcadas y ante la alarma de su padre. Finalmente se incorporó.

—Estoy bien.

Clay ya no escuchaba. Contemplaba la estancia, a los animales. Todos ellos estaban congelados en el tiempo, fuera de lugar.

—Vale, chicos —dijo Clay en voz baja y con cautela—. Creo que es hora de irnos.

Se encaminó hacia la salida que había abierto.

Los chicos se miraron unos a otros. Los susurros habían desaparecido. El Freddy amarillo, fuera lo que fuera, se había encorvado de nuevo y volvía a ser un traje vacío, aunque en realidad ninguno lo había visto moverse. Charlie asintió en dirección a Clay y todos fueron hacia el agujero de la pared, casi a regañadientes. Charlie se quedó atrás. John permaneció a su lado, pero le hizo un gesto para que continuara: así ella cerraría la comitiva.

Apenas había tenido tiempo de dar el primer paso cuando algo la agarró

por el cuello. Intentó gritar, pero tenía la tráquea oprimida. Aquello que la agarraba le dio la vuelta como si no pesara nada y se vio cara a cara con el conejo amarillo. Los ojos de Dave brillaban triunfales desde dentro. Le rodeaba el cuello con el brazo y se lo apretaba tan fuerte que casi no podía respirar. La sujetaba tan cerca de él que casi la estaba abrazando. Percibía el olor del disfraz, el del pelo con manchas pútridas de sudor, sangre y crueldad.

Habló con la mirada clavada en Charlie:

—Tú te quedas.

—Por supuesto que no —dijo Clay, haciéndose con la autoridad del grupo.

Dave clavó los dedos más profundamente en el cuello de Charlie y ella profirió un sonido ahogado.

—La mataré aquí mismo, delante de tus ojos, si no haces lo que te digo —declaró en tono casi agradable.

Clay lo miró largo rato mientras reflexionaba y finalmente asintió.

—Vale —dijo tranquilo—. Haremos lo que tú digas. ¿Qué quieres?

—Bien —respondió Dave, que aflojó el brazo que sujetaba el cuello de Charlie.

La chica volvió a respirar, entre temblores.

Clay comenzó a avanzar hacia ellos y los demás lo siguieron. Charlie levantó la vista hacia el hombre del disfraz de conejo y él devolvió la mirada. «Fuiste tú. Tú mataste a Michael. Tú mataste a Sammy. Tú me los arrebataste.» Sus ojos debían haberse mostrado fieros y peligrosos. Debían de haber sido ventanas a su despreciable interior. Pero no eran más que unos ojos sosos y vacíos.

Charlie introdujo las manos de golpe en el hueco bajo la cabeza del disfraz. Dave se apartó, pero ella se aferró al traje.

—Si quieres ser uno de ellos, ¡sé uno de ellos! —gritó, y activó los resortes.

Dave abrió los ojos como platos y gritó. Charlie sacó las manos de un tirón justo a tiempo para evitar los resortes que saltaron y se le clavaron en el cuello al hombre. Dio un paso atrás y observó que Dave se desplomaba en el suelo. Empezó a gritar mientras el traje se desbloqueaba. Pieza a pieza, las entrañas del animatrónico le perforaron la carne, le desgarraron los órganos y le atravesaron el cuerpo como si ni siquiera existiera. En un

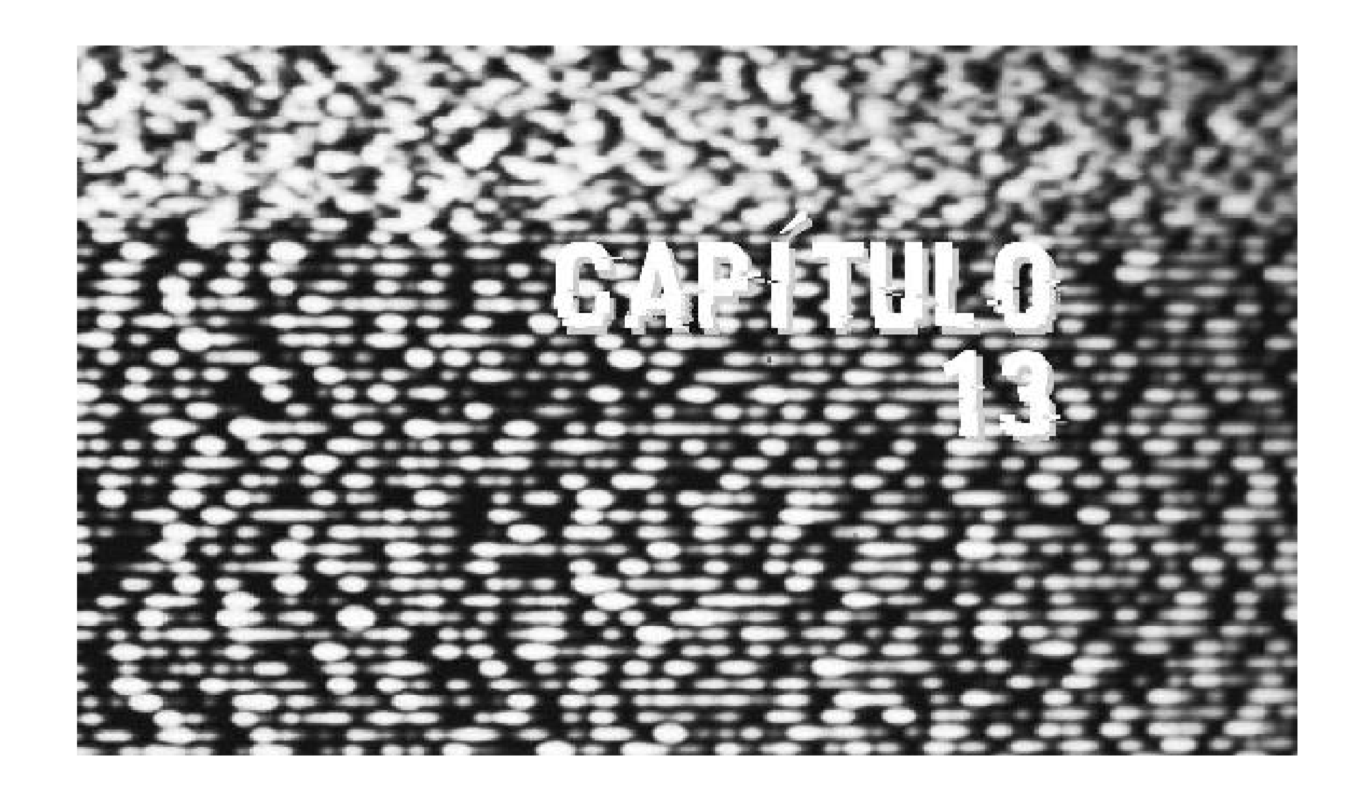
momento dado dejó de chillar, pero siguió retorciéndose en el suelo durante lo que parecieron largos minutos, hasta que se quedó quieto.

Charlie lo miró fijamente con la respiración acelerada, como si hubiera estado corriendo. La figura del suelo parecía irreal. John fue el primero en moverse. Se puso a su lado, pero ella, sin levantar la vista, le hizo un gesto para que se apartara antes de que él pudiera tocarla. No habría soportado que lo hiciera.

Jessica ahogó un grito y todos miraron en la misma dirección. Los animatrónicos se estaban moviendo. El grupo retrocedió y formó un corro, pero ninguno de los animales los miraba. Uno a uno agarraron el cuerpo roto del suelo y comenzaron a arrastrarlo hacia el pasillo de la Cueva del Pirata. Cuando desaparecieron por la puerta, Charlie se dio cuenta de que el Freddy amarillo había desaparecido.

—Vámonos —dijo en voz baja.

Clay Burke asintió y salieron del restaurante uno a uno por última vez.



*E*staba amaneciendo cuando salieron al exterior.

Clay rodeó a Carlton con el brazo y por una vez el chico no lo apartó con una broma. Charlie asintió ausente y parpadeó cegada por la luz.

—Carlton y yo vamos a urgencias —dijo Clay—. ¿Alguien más necesita un médico?

—Yo estoy bien —contestó Charlie sin pensarlo.

—Jason, ¿necesitas ir al hospital? —preguntó Marla.

—No —respondió él.

—A ver esa pierna —insistió su hermana.

El grupo se detuvo mientras Jason le enseñaba la herida a Clay. Charlie sintió una oleada de alivio. Ahora había un adulto responsable. Un momento después, Clay levantó la mirada hacia Jason con gesto serio.

—No creo que haya que amputar, todavía no.

Jason sonrió y Clay se volvió hacia Marla.

—Yo me ocuparé de él. Puede que le deje cicatriz, pero le hará parecer más duro.

La chica asintió y le guiñó el ojo a Jason, que se echó a reír.

—Tengo que cambiarme de ropa —dijo Charlie. Parecía una tontería en ese momento, pero tenía la camiseta y el pantalón empapados de sangre en algunas zonas, y secos y rígidos en otras. Empezaba a picarle.

—Estás hecha un desastre —señaló Carlton—. ¿Le pondrán una multa si la pillan conduciendo así?

—Charlie, ¿estás segura de que no necesitas ir al médico? —dijo Marla, preocupada por su amiga ahora que su hermano estaba a salvo.

—Estoy bien —repitió Charlie—. Solo necesito cambiarme. Pararemos en el motel.

Cuando llegaron a los coches, se dividieron en los grupos habituales: Marla, Jason y Lamar en el coche de la primera, y John, Jessica y Charlie en el de esta última. Charlie abrió la puerta del conductor y se detuvo para mirar el edificio. No fue la única; por el rabillo del ojo vio que todos los demás hacían lo mismo. El centro comercial se alzaba oscuro, largo y chato contra el cielo teñido de rosa, como una criatura tosca adormilada. Todos se dieron la vuelta y entraron en los coches sin hablar. Charlie siguió mirándolo mientras arrancaba el coche y esperó hasta el último momento para darle la espalda. Salió del aparcamiento y se marchó de allí.

Los coches se separaron en la carretera. Clay y Carlton giraron en otra dirección al salir del aparcamiento y se dirigieron al hospital. Charlie se desvió hacia el motel, mientras que Marla continuó hacia la casa de los Burke.

—¡Me pido ducharme primero! —exclamó Jessica al salir del coche, pero al ver la cara de Charlie, lo reconsideró—: Bueno, venga: ve tú primero.

Charlie asintió. Una vez en la habitación, cogió su bolsa y pasó con ella al baño. John y Jessica la esperaron fuera. Cerró el pestillo tras ella y se desvistió sin mirar los cortes del brazo y la pierna a propósito. No necesitaba ver lo que había, solo limpiarlo y vendarlo. Se metió en la ducha y aulló en voz baja cuando el agua se le metió en las heridas abiertas, pero apretó los dientes y se limpió, lavándose el pelo una y otra vez hasta que no quedó nada de suciedad.

Salió y se secó con la toalla, se sentó en el borde de la bañera, apoyó la cara en las manos y cerró los ojos. No estaba preparada para salir ni para enfrentarse a las consecuencias, ni para hablar siquiera de lo que había pasado. Quería salir de ese cuarto de baño y no volver a oír jamás nada de lo que había sucedido. Se frotó las sienes. No le dolía la cabeza, pero sentía

una presión dentro, algo que aún no había aflorado.

«No puedes quedarte aquí dentro para siempre.»

Todavía tenía gasas y esparadrapo de la primera vez, así que los sacó de la bolsa, se limpió las dos heridas con una toalla del motel y se vendó el brazo y la pierna con todo lo que quedaba. «Seguramente necesito puntos», pensó, pero fue una idea fugaz. No lo haría. Se levantó y fue a mirarse en el espejo. En la mejilla tenía un corte que había dejado de sangrar, pero no tenía buena pinta. No sabía cómo taparlo, aunque en realidad no deseaba hacerlo, por la misma razón que no quería puntos: estaba empeñada en que se curaran mal, en que dejaran cicatriz. Quería que las pruebas quedaran marcadas en su cuerpo: «Esto sucedió, fue real. Esto es lo que me pasó».

Se puso rápidamente los vaqueros y la última camiseta limpia que tenía, salió del baño y vio que Jessica y John estaban llevando las maletas al coche.

—He pensado que no tiene sentido que dejemos cosas aquí —le explicó la chica—. Todos nos vamos por la mañana, así que en realidad podemos llevárnoslo todo a casa de Carlton.

Charlie asintió y cogió la mochila de Jason para llevarla al coche junto con sus propias cosas.

Carlton y su padre ya habían regresado para cuando ellos llegaron, y volvieron a entrar en el salón de la casa, que ya casi les resultaba familiar. El chico estaba acurrucado en un sillón junto a la chimenea, que alguien había encendido. Marla y Lamar estaban en el sofá. Jason estaba sentado justo delante del fuego y miraba fijamente las llamas. Charlie se sentó cerca de él con dificultad. John se unió a ella y la miró con preocupación, pero ella lo ignoró y él no dijo nada.

—¿Estás bien? —preguntó Charlie frotando brevemente el brazo de Carlton.

Él la miró adormilado.

—Sí, es una conmoción leve. Me pondré bien siempre que nadie más intente matarme.

—Bueno…, ¿y ahora qué? —preguntó Jessica al sentarse en la silla que había junto a Carlton. Hizo una pausa para buscar las palabras adecuadas—. Quiero decir… ¿Qué pasará ahora?

Se miraron unos a otros; todos se hacían la misma pregunta. «¿Qué se hace después de algo así?» Charlie miró a Clay, que estaba en la puerta y solo había entrado a medias.

—Señor… Clay, ¿qué sucederá ahora? —preguntó en voz baja.

El hombre miró hacia la lejanía durante un minuto antes de responder.

—Bueno, Charlie, yo vuelvo a Freddy's. Recogeré a mi compañero, no iré solo —dijo en tono serio. Forzó una sonrisa, pero nadie lo imitó—. ¿Qué creéis que debería suceder?

Miraba a Charlie. Le hacía a ella esa pregunta imposible, como si la chica tuviera una respuesta. Ella asintió, aceptando la responsabilidad.

—Nada. Se acabó. Quiero dejarlo como está.

Clay le hizo un gesto de asentimiento con el rostro impasible. Ella no supo si era la respuesta que esperaba, pero eso era todo lo que podía ofrecerle. Los demás permanecieron en silencio. Marla y Lamar afirmaban con la cabeza, pero Jessica parecía querer protestar.

—¿Qué pasa, Jessica? —dijo Charlie con suavidad al darse cuenta, incómoda por que su amiga quisiera que le diera permiso para discrepar.

—No me parece que sea lo correcto. ¿Qué pasa con… todo? Quiero decir que la gente debería saberlo, ¿no? Así es como funcionan las cosas. Ese guarda mató a todos esos niños. ¡Y la gente debería enterarse!

—Nadie nos creerá —intervino Jason sin levantar la vista.

—El agente Dunn —dijo Jessica mirando a Clay—. ¡El agente Dunn ha muerto ahí dentro! ¿Qué le contará a su familia? ¿Les dirá la verdad?

—El agente Dunn ha muerto a manos del mismo hombre que mató a vuestros amigos. Ahora puedo probarlo. —Hubo un silencio. Prosiguió en tono suave—. No los devolverá a la vida, pero quizás ahora descansen en paz.

Clay se volvió hacia el fuego y pasaron varios minutos hasta que retomó la palabra.

—Vosotros habéis cargado con Freddy's durante todos estos años y ya es hora de que paséis página. —Estaba serio, pero su tono autoritario les transmitía confianza—. Me aseguraré de que el agente Dunn sea enterrado como es debido.

Hizo una pausa para reunir valor, como si sus siguientes palabras requirieran un esfuerzo.

—Y vuestros amigos también. —Frunció el ceño—. Tendré que pedir un

par de favores, pero puedo conseguirlo sin llamar la atención. Lo último que quiero es perturbar ese lugar o profanarlo. Esos niños necesitan descansar.

A la mañana siguiente comenzaron a separarse. Marla se ofreció a llevar a Lamar y a Jessica a la estación de autobuses: se despidieron con abrazos y promesas de escribirse. Charlie se preguntó si alguno de ellos lo diría en serio. Supuso que Marla sí. El coche salió de la entrada de la casa de los Burke.

—Mi autobús no sale hasta más tarde —comentó John cuando el coche de Marla desapareció detrás de una curva.

—No me importaría pasar unas pocas horas más en Hurricane —respondió Charlie. Para su sorpresa, se dio cuenta de que era cierto.

John le dirigió una sonrisa rápida, casi nerviosa.

—Pues vale.

—Salgamos de aquí. Vayamos a algún sitio, a cualquier sitio en realidad.

Una vez solos en el coche, John la miró de reojo.

—Bueno, ¿volveremos a vernos algún día después de esto? —Trató de decirlo como de pasada, pero no había manera de suavizarlo.

Charlie mantuvo la vista hacia el frente.

—Puede que sí —contestó.

No podía mirarlo. Sabía que no era la respuesta que él quería, pero no podía darle lo que deseaba. ¿Qué podía ofrecerle como explicación? «No eres tú, es la carga que acarreamos los dos. Es demasiado. Cuando estás conmigo, no puedo olvidarlo.»

Sin embargo, había algo en su razonamiento que no encajaba, que no era del todo cierto, como si sus pensamientos respondieran a un guion preestablecido. Era como retraerse de forma instintiva para proteger una herida antes de recordar que ya estaba curada. Al final volvió la vista hacia John, que miraba fijamente a través del parabrisas con la mandíbula apretada.

—Tengo que ir a un sitio —dijo de pronto, y dio media vuelta con el coche.

Nunca había visitado aquel lugar, pero ahora, sin previo aviso, su mente giraba en torno a él. La tía Jen nunca lo había propuesto y Charlie nunca

había preguntado. De todos modos, sabía dónde estaba y puso rumbo hacia allí con la extraña sensación de tener un objetivo que cumplir. «Necesito verlo.»

Charlie paró el coche en un pequeño aparcamiento de gravilla junto a una valla de postes blancos bajos unidos por cadenas.

—Solo necesito un minuto —dijo.

John la miró algo preocupado.

—¿Estás segura de que quieres hacerlo ahora? —preguntó con suavidad.

Ella no respondió: salió del coche y cerró la puerta tras ella.

Aquel cementerio tenía casi cien años de antigüedad. Había colinas de hierba frondosa y árboles que ofrecían sombra. El rincón que buscaba estaba en el límite del cementerio; había una casita a pocos metros de la valla. La hierba estaba cortada con esmero, pero tenía calvas y amarilleaba. Los árboles se habían podado demasiado, de manera que las ramas más bajas estaban desnudas y expuestas.

Había un poste telefónico justo por dentro de la valla, prácticamente en el terreno del cementerio. Al lado se veían dos lápidas pequeñas y sencillas. Charlie observó todo aquello sin moverse durante un buen rato. Trataba de despertar en sí misma los sentimientos apropiados, dolor y pérdida, para poder llorar. Sin embargo, no sentía nada. Las tumbas estaban allí, pero verlas no la emocionaba. Respiró hondo y se encaminó hacia ellas.

Se trataba de un pequeño recuerdo, uno de esos instantes que no significaban nada en el momento, un día más, igual que el resto. Estaban juntos, los dos solos, y debió de ser antes de todo aquello, antes de que Fredbear's se torciera, antes de que nadie muriera.

Estaban sentados en la parte trasera del restaurante contemplando las colinas. Un cuervo aterrizó y comenzó a picar en el suelo en busca de algo. Por algún motivo, aquellos movimientos bruscos y precisos le parecieron la cosa más graciosa que había visto jamás. Charlie se echó a reír y su padre la miró. Ella lo señaló y el giró la cabeza para intentar ver lo que ella veía, pero no sabía a qué estaba apuntando. La niña no lograba transmitírselo, no conocía las palabras. Y entonces, justo cuando su emoción estaba a punto de convertirse en frustración, él también lo vio. De pronto se echó a reír y señaló el cuervo. Charlie asintió y sus miradas se cruzaron; él la

miró con una expresión de placer puro e infinito que parecía inundarlo hasta casi hacerlo explotar.

—Ay, Charlotte.

Título original: *Five Nights at Freddy's. The Silver Eyes*

Todos los derechos reservados. Publicado en acuerdo con Scholastic Inc.,
557 Broadway, Nueva York, NY10012, EE.UU.

SCHOLASTIC

Primera edición en este formato: mayo de 2017

Av. Marquès de l'Argentera 17, pral.
08003 Barcelona
info@rocaebooks.com
www.rocaebooks.com

ISBN: 978-84-16867-60-8